

El gen de la codicia

y el final de la explotación humana

Enrique Hoyos Jiménez

El gen de la codicia y el fin de la explotación humana.

Enrique Hoyos Jiménez, Sevilla. Marzo de 2015. Edición electrónica.



2ª edición, Mayo de 2015.

En esta 2ª edición se han corregido errores de formato y otros detectados en la 1ª, manteniendo el contenido de la obra.

* * * * * * *

Se puede descargar esta novela desde las páginas web:

https://sites.google.com/site/enrihjimenez/

https://sites.google.com/site/enriquehoyosjimenez/

Y se recogen comentarios y opiniones sobre la misma en los blogs:

http://elgendelacodicia.blogspot.com.es/

http://ehoyosjimenez.blogspot.com.es/

* * * * * * *

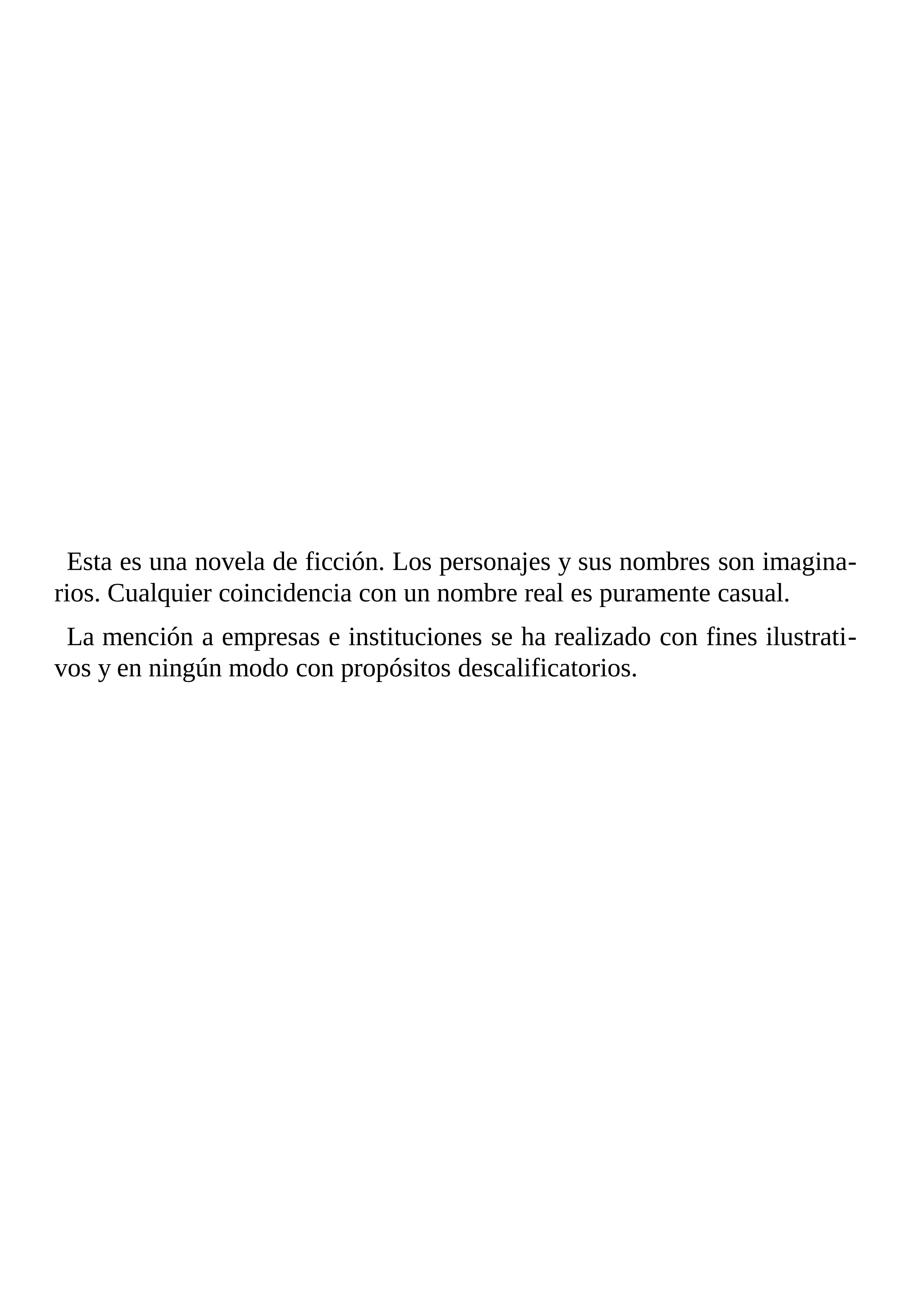
Para la edición electrónica se ha utilizado el software libre LibreOffice de The Document Foundation y Calibre, © Kovid Goyal

Dedicado a quienes sufren la injusticia social, a quienes luchan por la igualdad de todos y a quienes lucharán en el mañana.

A Mercedes, porque veintiséis años de matrimonio
no me han curado de la pasión que siento por ella.

Y a mis dos hijos que me proporcionan la alegría de estar dedicándose a aquello que yo soñé algún día hacer, pero no hice por cumplir otros sueños.

A ellos, gracias por su colaboración en esta obra.



Esta es una novela de ficción. Los personajes y sus nombres son imaginarios. Cualquier coincidencia con un nombre real es puramente casual.

La mención a empresas e instituciones se ha realizado con fines ilustrativos y en ningún modo con propósitos descalificatorios.

Índice

* * * * * * *

1. Prólogo del autor

En esta obra he tratado de expresar mis esperanzas y anhelos para el futuro próximo: mis deseos de libertad, igualdad y justicia para todos los seres humanos.

Hoy son muchos los que luchan para que la sociedad cambie, muchos los que sufren el desamparo, la explotación y la falta de un horizonte en el que puedan tener o vuelvan a tener derechos que hasta hace un lustro eran considerados inviolables.

No hay vuelta atrás en la conquista de derechos de la población, en todo caso un temporal retroceso. Pero estoy convencido de que la presión social y las propias leyes económicas nos pondrán en el punto crítico en el que sea ineludible hacer una revolución.

Aparecerán entonces colectivos sociales dispuestos a realizarla. Que sea pacífica o tenga que ser violenta dependerá de la resistencia que opongan los actuales dominantes.

En mi novela describo la posible ayuda de la ciencia para evitar mayor violencia en un camino que de cualquier modo va a ser imparable. Hoy la ciencia está controlada en gran medida por quienes tienen el poder. Pero la posibilidad de alguna *fuga* en este control es tentadora y da pie a pensar en el uso del avance científico para erradicar comportamientos realmente antisociales y cambiar la sociedad en beneficio de todos.

* * * * * * *

2. La Empresa

Siete de la mañana. Cientos de trabajadores se dirigen a sus puestos de trabajo desde la entrada de la gran fábrica. Es invierno y la luz solar aún no penetra en ninguna de las grandes naves. La iluminación artificial es escasa, tan sólo un foco dirigido a cada una de las máquinas-herramientas, dejando los pasillos en penumbra.

Podría haber sido de otro modo. Dos décadas atrás la producción de energética mediante fuentes renovables y nucleares estaba ganando terreno a los combustibles fósiles.

Pero en los años de la Segunda Depresión Económica Mundial las petroleras, aliadas con los bancos, aprovecharon la debilidad de los gobiernos para imponerse y hacer que las nuevas fuentes energéticas se quedasen en mera ilusión de principio de siglo.

Tampoco había calefacción en el lugar. Si bien los inviernos habían dejado de ser tan fríos como en la primera década del siglo, lo cierto es que el efecto invernadero había ocasionado una desregulación del clima, que ahora era bastante errático.

Aquél era un día particularmente frío. Apenas 5º bajo cero en el exterior y 0º en el interior de las naves.

Para la mayoría de trabajadores, no obstante, suponía un alivio el tiempo que pasaban en la fábrica, pues sus hogares eran aún más fríos.

* * * * * * *

Durante la Segunda Gran Depresión las petroleras comenzaron primeramente por fusionarse hasta convertirse en una sola gran empresa mundial. Con la compra de políticos y la extorsión a las compañías eléctricas nacionales y transnacionales fueron adueñándose del sector energético en casi todos los países. Tan sólo algunos estados sudamericanos mantenían su independencia frente a Oil International.

Rusia fue la última en caer en las redes tendidas por esta Gran Mafia. Opuestos sus dirigentes, en principio, a todo lo que fuese ceder soberanía en sectores estratégicos, algunos aceptaron más tarde grandes sobornos, otros fueron doblegados mediante presiones por escándalos y tres miembros de la Duma sufrieron *accidentes* que tenían la inequívoca firma de una advertencia a los demás parlamentarios.

La primera fase para el control total se la habían facilitado los gobiernos al detener la investigación en las *renovables*, además de suprimir las bonificaciones a su uso y producción.

El impacto del accidente de Fukushima había tenido el mismo efecto con las *nucleares*.

La total desincentivación a ambas fuentes de energía, aprobada por políticos defensores del liberalismo económico a ultranza, junto con un buen número de sabotajes a instalaciones en todo el mundo, hicieron el resto. En un par de años el 80% de la producción eléctrica se realizaba en las centrales térmicas y el resto en las hidroeléctricas.

La segunda fase comenzó sin demora. La codicia del Consejo Directivo de Oil International no permitía esperas. En un trimestre el precio de los carburantes se dobló por la falta de competencia. Algunas empresas eléctricas pusieron nuevamente en marcha sus viejas centrales de carbón, pero la mayor parte de las minas se habían abandonado años atrás, compradas también por las petroleras. Se extraía poco carbón, con destino a la fabricación de acero y otros usos menores.

Al demandar carbón las eléctricas, el precio de éste subió, haciendo más caro producir electricidad con carbón que con petróleo. Varias compañías eléctricas quebraron tras este frustrado intento. Fueron rápidamente compradas por Oil International a precio de saldo.

* * * * * * *

3. Canterbury

15 de Marzo de 2027

Sonó el teléfono. Eran las cuatro de la madrugada y Robert se sobresaltó. Al otro lado del hilo:

— Robert, soy Alice, debes salir de inmediato de ahí, la ASC tiene orden de detenerte.

— ¡Uf!. ¿Cuánto tiempo tengo?.

— La orden se ha emitido en Berlín por email a la comisaría de Canterbury, a través del MI6 y Scotland Yard. No creo que tarden.

— Vale, ¿crees que el piso de Cardiff es seguro?.

— Por el momento sí. Te tendré al corriente.

— Gracias Alice, cuídate.

— Sabes que te protegeremos en todo lo posible, no tardes en salir, suerte.

Robert tenía preparada su mochila de viaje con todo lo necesario. Recogió un par de cosas y se aseguró de dejar cierto desorden en el piso, para dar a entender que su salida era temporal.

Salió por la trasera de la casa, arrancó su moto y se dirigió a Cardiff.

A la media hora llegó a la casa el teniente Frank Lucas, acompañado de cuatro agentes de la ASC.

Tres timbrazos a la puerta.

— ¡Abran, somos la Agencia de Seguridad Ciudadana!.

Silencio, como era de esperar. Lucas se dirigió a un agente:

— Fuerce la cerradura.

El agente procedió rápidamente con una ganzúa.

Ya dentro de la vivienda comprobaron cierto desorden en la cocina y salón, mientras el dormitorio estaba totalmente recogido.

— Parece que nadie ha dormido aquí y que dejaron la casa anoche. Puede que vuelvan esta mañana. Los agentes Murphy y Saboa se quedarán en los alrededores montando guardia y me avisarán de cualquier movimiento. Los demás volvemos a comisaría.

Ya en el coche Lucas se dirige al agente Hutkins, mientras éste conducía:

— ¿Qué opinas de este asunto, John? La orden de Berlín me parece bastante irregular, no aclara motivos para clasificar al individuo como altamente peligroso. Me parece más algo proveniente del BND que de la BPOL.

— Estoy de acuerdo. Sé por mi amigo en el MI6 que últimamente andan algo nerviosos en el mundo de los espías. Parece que van contra una organización internacional de gran escala.

— ¿Estás seguro?, no ha habido un atentado terrorista desde hace más de una década. Desde los cambios de régimen en los países árabes, con la caída de Bashar Al-Assad y otros pocos dictadores, las aguas en Oriente próximo se amansaron y el problema palestino se marginó.

— Bueno, tienes razón. El terrorismo organizado se puede decir que ha desaparecido, pero no me negarás que cada vez hay más disturbios sociales, incluso en países donde antes reinaba la más absoluta tranquilidad.

— Y no es para menos. Los señores de la Oil no hacen mas que empeorar las condiciones de vida de la gente en todo el mundo. Con decir que apenas hay donaciones para la Solidaridad con África. Y es que la gente ha visto reducido su poder adquisitivo a la mitad en pocos años.

— Bien, volviendo a nuestro Robert Morrison, en el poco tiempo que nos ha dado el comisario antes de venir para acá he podido ver algo de su ficha personal. Es doctor en bioingeniería y hasta hace dos me-

ses trabajaba en Genentech. Ahora ha fichado por Genicotrox, aunque no he podido comprobar que Genicotrox tenga oficina aquí en Canterbury.

— En comisaría nos informaremos más ampliamente, ¿te parece?.

— Sí, pero creo que a Murphy y Saboa les he dado el día libre. Me da en la nariz que nuestro Morrison no volverá en mucho tiempo.

Ya en comisaría el teniente Lucas se dirigió a informar al comisario:

— Con su permiso, mi comisario.

— Adelante Lucas, ya he dado aviso para que se mantenga vigilancia en las carreteras cercanas. ¿Piensa que el individuo volverá a la casa?.

— Bueno, en mi opinión había un cuidado desorden. Dudo que un escrupuloso doctor en bioingeniería abandone su casa dejándola como la hemos visto. Señor, aunque hoy sea domingo, no hemos contado con la posibilidad de que nuestro amigo esté trabajando en su empresa.

— Pues lo dudo, Frank, la oficina de Genicotrox más cercana está en Horsham a hora y media de aquí. Por otra parte ya hemos llamado a los hospitales cercanos, sin resultado. Nos queda esperar a ver si dan resultado los controles de carretera o volver a llamar a hospitales.

Sentado frente a su ordenador, el teniente Lucas volvió a repasar la información sobre Robert Morrison. Cuarenta años de edad, nacido en Manchester, estudió en Cambridge, amplió estudios en Berkeley, ha trabajado en varias ciudades europeas de Alemania, Francia y España, además de en Reino Unido, socio de varios clubes de paddle en las ciudades en que ha vivido, no se ha casado, aunque se le suponen varias parejas, compañeras de piso. La que más tiempo estuvo con él lo hizo durante cinco años, una española mientras vivían en Stuttgart.

Antes de trabajar en Genentech lo hizo durante diez años en Dupont. Ahora se pasaba a Genicotrox con quince años de experiencia acumulada en dos de las grandes de la ingeniería genética. Era de suponer que con un buen ascenso, pero Morrison no figuraba en el organigrama directivo de

Genicotrox UK y aún menos en el de Genicotrox Corp. Es decir, seguía como científico. La despedida de Genentech había sido por rescisión voluntaria de contrato. La anterior de Dupont tuvo el mismo motivo.

— Un tipo listo, pero nada ambicioso — se dijo para sí Lucas.

Cuando buscó en el ordenador información sobre su puesto de trabajo en Genentech encontró un simple I*nvestigador senior* y al lado unos sorprendentes iconos: DGSE, CNI, BDN, MI5.

Al pulsar sobre este último apareció un cuadro pidiendo identificación de nivel 4. Sin alterarse, Lucas canceló el cuadro y pulsó después sobre el icono del CNI. Nuevamente apareció un cuadro de identificación para el grado de coronel o superior. Asimismo sucedió para el DGSE francés y el BDN alemán.

— ¡Joder con el amigo! — exclamó Lucas —. ¿En qué estará metido para esto?.

La curiosidad de Lucas le impulsó a seguir investigando en la bases de datos disponibles desde su terminal (muchas desde la ampliación de poderes que se había dado a Scotland Yard), buscando a otros investigadores de Genentech que tuviesen informe marcado por alguno de *los servicios*.

No dudó en usar un programa de desencriptación para entrar en la base de datos de Genentech cuando encontró la barrera de *Reserved to Enterprise* en el informe de Henri Crosstand. Se trataba de un director de división de Genentech UK y subdirector en la misma división en Genentech Corp. Había ascendido a estos puestos tras ser *Investigador senior* y su antigüedad en la empresa era de cuatro años más que R. Morrison. Junto a su puesto de trabajo estaban los iconos de los servicios de espionaje.

Lucas se dirigió a continuación a las bases bancarias de datos buscando cuentas de Morrison y de Crosstand. En ambos casos encontró de nuevo las barreras de entrada de las agencias de espionaje.

Sin darse por vencido continuó escudriñando en cuentas antiguas hasta encontrar una cuenta de Crosstand cancelada hacía cinco años. La última

retirada de fondos había sido por importe de dos millones de libras y la anterior una transferencia a Genome NGO (Genoma ONG) por importe de medio millón de libras.

De ahí se fue a buscar información sobre Genome NGO. Con sede en Liverpool esta organización humanitaria se dedicaba a realizar sus propias investigaciones genéticas para adelantar medicamentos de costo reducido, con destino especialmente al tercer mundo. En la larga lista de miembros del Consejo Directivo de Genome no se encontraban los nombres de Morrison y Crosstand.

Fue a repasar la lista de donaciones a la organización en el último año cuando se bloqueó su ordenador, apareciendo el mensaje *Stopped by MI5* (Detenido por el MI5).

Al instante sonó el teléfono del comisario y se le escuchó a éste decir *sí señor* varias veces. Tras cinco minutos de conversación el comisario abrió la puerta de su despacho y se dirigió a Lucas con expresión severa.

— Me han llamado de la Central de Scotland Yard, diciéndome que han recibido quejas del MI5 porque han observado un intento de conexión a sus servidores desde esta oficina. Señalan a tu terminal...

— Bueno, señor, he estado buscando información sobre Robert Morrison y he encontrado que el acceso a sus datos laborales está vedado por cuatro agencias de inteligencia, entre ellas el MI5...

— Lucas, nos conocemos desde hace mucho y lo valoro, pero no estoy dispuesto a que me den tirones de orejas por causa suya, a menos que...

— ¿A menos qué?, señor.

— A menos que su investigación aclare la verdad sobre lo que está sucediendo. He tenido llamadas de otros comisarios, comunicándome que habían recibido órdenes de detención parecidas a la nuestras. Ciudadanos sin antecedentes, órdenes directas de la Central de Scotland Yard por vía telemática sin especificar motivos y todas en el plazo de

media hora. Esto me huele a redada por asuntos políticos y ni quiero jugármela por nada ni quiero estar involucrado en manejos conspirativos de los jefes.

— Lo entiendo perfectamente, señor, yo también...

— En las circunstancias actuales prefiero que me llames Edward, creo que has merecido sobradamente mi confianza para eso.

— Muy bien, Edward, me costará algún trabajo al principio, pero no será muy difícil. Opino igual que tú, ya hemos tenido experiencias anteriores, desde la Restricción de Derechos Ciudadanos en que se nos ha utilizado para manejos gubernamentales en complot con grupos empresariales. Se nos obligó a dar carpetazo a los atentados contra las centrales eléctricas...

— Bien, Frank me quedan dos años para la jubilación, si no retrasan la edad para entonces. Y para lo que me quede no me importa jugármela un poco si me voy con la satisfacción de haber hecho de policía otra vez después de diez años de hacer de marioneta de los políticos y compinches.

— ¿Qué propones que hagamos?.

— De momento seguir investigando sobre las actividades de R. Morrison, lo haremos desde mi casa. Mi esposa también está que brama a diario por la situación y mi hijo mayor me instaló hace algún tiempo un sistema anti-rastreo con el que me he colado varias veces en los ordenadores del MI5 y MI6 y algún otro sitio...

— ¡Edward, jamás lo hubiese pensado!.

— Amigo mío, uno nunca sabe hasta qué punto la vida te puede cambiar la forma de pensar. Cuando vi que mis dos hijos, después de estudiar ambos Ingeniería con Máster, tuvieron que estar dos años en el paro para acabar en trabajos con sueldo basura, me empecé a dar cuenta de la auténtica realidad en que estamos metidos.

— Bien, he de decirle que yo también cuento en casa con uno de esos

sistemas anti-rastreo, un sobrino me lo instaló. También mi señora echa pestes de los gobernantes y petroleros. Hay algo más, en mi corta investigación he dado con un alto cargo de la empresa de Morrison, un tal Henri Crosstand, cuyos datos están también vedados por varias agencias de espionaje.

— Perfecto, Frank. Esta noche, si te es posible, cenamos en mi casa, me pones al corriente de lo que sabes y establecemos un plan.

* * * * * * *

4. Cardiff

Tras casi cuatro horas de viaje en la moto, Robert Morrison llegó a Cardiff sin incidencias. Se dirigió a un barrio céntrico de la populosa ciudad. Su propósito era contactar de inmediato con Mariam Bermúdez, una antigua amiga con la que durante un tiempo mantuvo una relación afectiva sin compromisos.

Ya cerca del bloque donde vivía Mariam miró por los alrededores por si veía algo o alguien sospechoso. No vio nada inusual, todo estaba como hacía seis meses en su última visita al lugar: una pequeña cola en el kiosco de prensa, ancianos sentados en los bancos de la calle, turistas paseando con mirada de curiosidad y una pareja de bobbys haciendo su ronda.

Esperó a que éstos pasasen y se acercó al portal para llamar a Mariam.

— Hola, ¿quién llama por favor?.

— Soy Robert ¿estás sola?.

— Te tengo una buena sorpresa, está aquí Henri. Te abro, sube.

— Vale, voy para arriba.

Una vez en el piso Robert abrazó a Mariam y a Henri. Dirigiéndose a éste preguntó:

— ¿Cómo tú por aquí?, te hacía en Londres.

— Lo mismo podría preguntarte. Según el planning de Genicotrox hoy te tocaba estar en Horsham desde las ocho de la mañana. Te pondré falta, ja, ja, ja...

— Me avisó Alice de que Scotland Yard venía a por mí. Vi los coches cuando me alejaba de casa.

— Una chica realmente lista esta Alice. A mí me avisó a eso de las doce de medianoche y me dijo que seguiría a la escucha de *la radio* por si había más órdenes de detención.

— Pues no sabes hasta que punto es lista, me ha salvado de más de un

aprieto, aunque yo también he hecho cosas por ella...

— Bueno, estamos para ayudarnos — terció Mariam — y no olvidemos nuestros propósitos finales. La CMH [1] espera mucho de nosotros, y pronto. La gente en todos los países está muy cabreada y los disturbios son cada vez más descontrolados, si queremos una revolución ordenada y con las menos víctimas posibles debemos cumplir nuestra parte con rapidez.

— A sus órdenes, señora — exclamó Robert.

— Bien, no nos dejemos llevar ni por las prisas ni por el entusiasmo — interpuso Henri —. Sabemos que nuestro trabajo es muy delicado y que jugamos con las vidas de millones de personas. Cualquier error en la alteración genética condicionada que pretendemos hacer puede originar una catástrofe, así que debemos asegurarnos bien de los resultados antes de lanzar el producto en masa.

— Tenemos voluntarios en gran número — replicó Mariam — entre ellos gente de perfil agresivo.

— Mariam, es la codicia más que la agresividad lo que queremos combatir — contestó Robert.

— He realizado perfiles psicológicos de todos los voluntarios y entre ellos hay cuatro con tendencia codiciosa reprimida — adujo Mariam.

— Habrá que confirmar los perfiles con análisis genéticos — terció Henri.

— Pues pongámonos a trabajar, si os parece vamos a nuestra *guarida* en esta ciudad — dijo Mariam.

* * * * * * *

1 Coordinación Mundial por la Humanidad

5. La Coordinación Mundial por la Humanidad

El Proyecto Genoma Humano comenzó en 1990 bajo la dirección de James D. Watson con el objeto de cartografiar las bases químicas que componen el ADN y determinar los genes responsables de la síntesis de las proteínas y ARN necesarios para el funcionamiento celular. Se determinó que sólo el 2% del código genético es operativo en esta síntesis.

En 2003, con antelación de dos años sobre lo previsto, se alcanzó el primer mapa del genoma humano. A partir de entonces se ha profundizado en el conocimiento de ciertas enfermedades y se han desarrollado nuevos fármacos con base genética.

En el Proyecto participaron laboratorios y universidades de Estados Unidos, Canadá, Nueva Zelanda, Gran Bretaña y España.

Posteriormente, en 2012, un grupo de más de 400 científicos de Reino Unido, EE.UU., España, Singapur y Japón, comprobaron que el 80% del código genético realiza una función específica, si bien no son *productores* directos de proteínas, sí actúan como *interruptores* en los procesos de fabricación de las mismas.

A partir de ese momento las investigaciones sobre la modificación directa del genoma humano en personas se multiplicaron, unas con la finalidad de suprimir enfermedades hereditarias o congénitas y otras (mantenidas en secreto) con objetivos militares de crear *supersoldados* o enfermar poblaciones enteras en África y otras regiones subdesarrolladas.

Destacados doctores como Ewan Birney, Ian Dunham y Mike Stratton fundaron entonces sus respectivas escuelas de investigación, en las que se han formado la mayoría de los especialistas hasta la actualidad.

Empresas como Genentech, Genicotrox, Monsanto, Novartis, AgroEvo, Dupont, Zeneca y Dow han dedicado desde entonces grandes presupuestos al desarrollo de fármacos génicos y a la patente de los mismos. Como consecuencia la discriminación social en el terreno de la salud se ha acrecentado en los últimos años llegando a extremos repulsivos, por la codicia de es-

tas empresas y la pusilanimidad de los gobernantes.

Ante estos hechos una parte de los científicos involucrados en estas empresas acordaron constituir una sociedad secreta con objeto de equilibrar la situación, buscando desarrollar fármacos de precios reducidos, vías de distribución a los países tercermundistas seguras y de bajo costo e investigar por ellos mismos nuevas aplicaciones.

No tardaron en darse cuenta de que su lucha era paralela a la de cientos de organizaciones que, tras la Segunda Depresión Económica Mundial, se esforzaban por recuperar los derechos humanos básicos para todas las naciones.

De este modo se aliaron con la Coordinación Mundial por la Humanidad (CMH), dentro de cuyo seno se fueron forjando planes para impedir la sumisión completa que Oil International pretendía imponer en todo el planeta. Posteriormente se inclinaron por eliminar o neutralizar a los altos dirigentes del entramado político-petrolero y, poco a poco, se dieron cuenta de que no había solución a largo plazo para las desigualdades humanas mientras hubiese gente dispuesta a menospreciar las vidas y derechos ajenos por tal de acumular riquezas.

En ese punto la Sociedad de Genetistas por la Libertad (SGL) propuso la erradicación de la codicia por vía genética. La propuesta fue aceptada por una gran mayoría, aunque otros muchos expresaron sus reservas sobre la viabilidad o tan siquiera la posibilidad de tal plan.

Se evaluaron riesgos y se determinó confiar un plan piloto a tres equipos de científicos, ingleses, españoles y chinos en colaboración con otros. Cada grupo llevaría su propia línea de investigación y ayudaría a la investigación de los otros grupos al tiempo que la evaluaría.

Un amplio colectivo de miembros de la CMH velaría por la seguridad de los científicos de la SGL, especialmente atentos a los participantes en el plan AC (Anticodicia). La casi totalidad de este grupo de seguridad estaban *infiltrados* en administraciones gubernamentales, sencillamente porque antes de adherirse al CMH eran funcionarios o asimilados, muchos en altos

puestos.

De resultar satisfactorios los ensayos pilotos se aplicaría una estrategia de neutralización de los cuerpos de seguridad de los estados y de las agencias de seguridad privadas, comenzando por la de Oil International.

Quedarían entonces los oligarcas desarmados y aun no se había tomado la decisión concreta de qué hacer con ellos. Por supuesto no se les dejaría seguir dominando el mundo.

Había muchos obstáculos que vencer antes de llegar a esta última fase. Los miembros de la CMH eran conscientes de que estaban enfrascados en una auténtica guerra contra organizaciones militares de gran experiencia en espionaje y contraespionaje.

Contaban ya con miembros de su organización en las filas de servicios como la CIA, FBI, BDN, DGSE, DIE chino, CNI, Mosad y el resto de los relevantes. Pero no podían desechar la posibilidad inversa, tener espías de estos servicios trabajando realmente para sus servicios y no para la CMH.

En esa cuestión el plan AC podría serles de gran ayuda si operaban con cautela, ya que en las pruebas con humanos incluirían a todos los sospechosos.

* * * * * * *

6. La guarida

Pese al bullicio de turistas en el centro de la ciudad los alrededores de Castell Coch estaban a esa hora poco transitados.

Sobre las ruinas de una fortaleza que en el siglo XIII mandó levantar el cacique local Ifor Bach, se edificó Castell Coch (Castillo Rojo) por orden de John Crichton-Stuart, 3er marqués de Bute en 1871, con la colaboración de su arquitecto William Burges. Los mismos habían trabajado durante tres años en la reconstrucción del Castillo de Cardiff.

El nuevo castillo-palacio fue edificado al estilo neogótico, contando con dos grandes salas y cuatro enormes aposentos, destinados a vivienda de la familia del marqués. En 1950 se entregó al Ministerio de Obras Públicas, para pasar más tarde a ser administrado por el Cadw en nombre de la Asamblea Nacional Galesa.

Aunque no está documentado, durante las Guerras Mundiales Primera y Segunda se construyeron refugios subterráneos por los entonces marqueses, con túneles de evacuación hacia el pueblo de Tongwynlais. Estos túneles se han mantenido en secreto por los pocos habitantes del pueblo que tuvieron conocimiento de su existencia.

— Nos interesa más entrar por el túnel norte — dijo Mariam.

— De acuerdo — repuso Robert — y creo que debemos darnos prisa antes de que vengan más curiosos.

A zancadas se dirigieron hacia la entrada del túnel. Una gruesa capa de follaje cubría la tapa de acceso. Con algún esfuerzo la levantaron entre los tres y comenzaron el descenso por una escala de mano. Una vez abajo se oyó la voz de Henri:

— Buena señal que la trampa de arriba estuviese algo atascada, debe llevar tiempo sin usarse.

— Si no me equivoco estamos a medio kilómetro del laboratorio, sugiero que nos demos prisa para aprovechar la mañana — indicó Mariam.

Cinco minutos más tarde estaban en el interior del laboratorio. La sala tenía unos trescientos metros cuadrados y estaba ocupada por un completo equipo de investigación bioquímica. A un lado había una puerta blindada que comunicaba con la sala de aislamiento, con paredes de cristal esta última y preparada para evitar fugas de cualquier agente patógeno. En el lateral opuesto había otra sala de descanso, con camas, cocina, despensa frigorífica, varios sofás, y equipo audiovisual.

— Tengo los últimos detalles del trabajo en Genicotrox. Un tal Samuel Braun encabeza el grupo de investigación en el genoma egocéntrico-agresivo. Nos puede servir para contrastar con nuestra propia línea de trabajo — enunció Henri.

— Estoy de acuerdo — profirió Robert — Será preciso conocer el mapa de genes interruptores de la característica egocéntrica para desactivarlo y mejorar nuestros resultados.

— Pero nos hará falta saber más — repuso Mariam — no queremos transformar a la humanidad en una piara de pánfilos incapaces de velar por su propia defensa.

— Bueno, S. Braun ya nos tiene adelantado bastante de ese aspecto. No sólo tiene cartografiados todos los interruptores del egocentrismo, separadamente de la agresividad, sino que tiene casi completado los submapas de los genes puramente egocéntricos y los del mero instinto de supervivencia — refirió Henri —. Se ha basado en una comparación entre los patrones de nuestro genoma y el de los bonobos, pero...

— Pero hay más añadidos en nuestro genoma — sentenció Robert.

— En efecto — continuó Henri — y no tenía por qué sorprendernos, ¿verdad?. El caso es que estamos hablando de cinco grupos de cuatro interruptores cada uno.

— Perfecto. Si nos organizamos bien y eso incluye quedarnos aquí a vivir durante algunos días, ¿cuánto tiempo nos llevará el trabajo?.

— ¡Mariam tan vehemente, como siempre! — exclamó Robert — ¡Aún

no me he leído el trabajo de S. Braun!. ¿Cómo quieres que conteste?.

— Yo sí lo conozco y creo que a Robert y a ti no os costará más de un par de días poneros al corriente — dijo Henri, enarcando levemente una ceja hacia Robert — El resto vosotros diréis, para mí ésta va a ser una oportunidad de *reengrasarme* en el laboratorio.

— Por mí de acuerdo ¿pero cómo vamos a mantenernos aquí varios días? — preguntó Robert, dirigiéndose a Mariam.

— Tenemos un equipo de élite de la CMH que nos harán de camareros y guardaespaldas – contestó Mariam.

— Eso de *élite*, ¡sabes que no me gusta! — gruñó Robert.

— No seas tan quisquilloso, Robert — replicó Mariam — es una forma de decir que nos van a acompañar miembros de la coordinadora del comité de seguridad, ¿recuerdas a Bernard López y Susan Bertelli?.

— De Susan tengo un vago recuerdo, sí...

— ¡Serás cabrón! — exclamó Mariam, riéndose a carcajadas — cuando terminemos con todo esto te prometo que voy a investigar el antídoto del *sementalismo*, ja, ja, ja...

— Me alegra que os llevéis tan bien — terció Henri — pero podíamos empezar a hacer algo...

— De acuerdo — asintió Mariam — llamo ahora mismo a nuestros invitados.

Mientras Mariam se dirigió a la sala de estar para comunicarse vía red local con una casa de Tongwynlais, Henri se dirigió a uno de los ordenadores del laboratorio en el que introdujo primeramente una tarjeta de identificación y después otra de memoria con los datos del trabajo de S. Braun.

Robert comenzó a leer con atención, memorizando cada frase. Aquello no era precisamente un artículo especializado, sino más bien un borrador de apuntes a pie de matraz, comprensible solo por especialistas muy adentrados en esa pequeña parcela de estudio.

Mariam volvió al poco y Henri puso en marcha otro ordenador para que ella pudiese leer también el informe.

* * * * * * *

7. Horsham

Frank Lucas, Edward Huthignton y John Hutkins llegaron a la sede de Genicotrox en Horsham tras algo más de hora y media de viaje.

Tras identificarse en el control de entrada como agentes de Scotland Yard y aparcar el vehículo dirigieron una mirada a las instalaciones.

— ¡Menudo chiringuito tienen montado esta gente! — exclamó Lucas — observando el tamaño de la fachada acristalada, la altura del edificio y los anexos semiesféricos también semiacristalados.

— No nos dejemos impresionar y vamos a lo nuestro — aseveró Huthignton — espero que las cámaras que traemos pasen desapercibidas. No sabemos qué tipo de dispositivos de detección tendrán aquí.

Ya en la recepción Huthignton no dudó en preguntar por el director de la sede, identificándose como comisario. La recepcionista, una rubia de veinticinco años de excepcional belleza descolgó el teléfono mientras sonreía a Hutkins. Tras una breve conversación, y sin dejar de mirar a Hutkins, profirió:

— Don Edgard Brooks los recibirá en breve, dice estar terminando una conferencia con nuestro Director General en Londres. No más de diez minutos, les ruego me acompañen a la sala de espera.

Tras pocos pasos los agentes se hallaron frente a una sala con las paredes cubiertas de paneles de vídeo en las que se exponían los últimos avances de Genicotrox, tanto en genética como en su estatus financiero.

Después de acomodarse y dar una rápida ojeada a los paneles los agentes dejaron de prestarle atención. Antes de la visita ya habían leído propaganda de Genicotrox suficiente.

— Le has caído bien a la recepcionista, ¡eh Hutkins! — sonrió Lucas — no te quitaba el ojo de encima.

— Puede ser, pero dudo qué saquemos algún provecho de eso — repuso Hutkins — aunque nunca se sabe...

— En mi experiencia sé qué se obtiene más información de los subalternos que de los jefes — terció Huthignton — además, con los tiempos que corren, me extrañaría que esta chica no tenga un *protector* dentro de la empresa.

— ¿Se refiere a que esté amancebada con algún jefe? — interpuso Lucas.

— No puedo obligarte, Hutkins — continuó Huthignton — pero sería interesante que hicieses uso de tus encantos e invitases a esta chica a cenar. Me da en las narices que nuestra investigación sobre Genicotrox va a ser larga y quizás podamos avanzar si seguimos varias líneas.

— ¡Comisario, tampoco soy un casanova! — dijo Hutkins, azorándose — De cualquier modo creo que merecerá la pena arriesgarse — guiñó un ojo y se dirigió al mostrador.

— Tengo información de otros comisarios al respecto de órdenes de detención similares a la de nuestro amigo Morrison — profirió Huthignton —. En todos los casos los buscados habían dejado sus casas antes de que llegasen los agentes. Además todos sin antecedentes y gente de buena posición profesional. Se tiene noticias de que también en Francia, Alemania, Italia, España y otros países hay campañas semejantes. Algo muy gordo se está cociendo en Europa al menos. Para más tarde espero contactar con un antiguo amigo del FBI, en el que confío, para que me cuente que pasa por América.

— Bueno, creo que ya caben pocas dudas de que se trata de desmantelar una organización política — respondió Lucas —. Una organización contraria al poder establecido y en la que figuran ciudadanos como Morrison que no son los típicos pancarteros antisistema.

— Es más — prosiguió el comisario — de Londres me han informado que uno de los que está en búsqueda es nada menos que Henri Crosstand, director de división de Genentech UK y bien situado en Genentech Corp. También hay ingenieros de sistemas, aeronáuticos, pilotos

civiles y rumores de detenciones dentro del ejército.

— ¿Y dentro de Scotland Yard? — no pudo reprimir Lucas.

— Mis informantes han mostrado mucha reserva sobre eso. Tanta que me hace sospechar de algún escándalo.

— Bueno, aquí vuelve Hutkins y acompañado de una encantadora y sonriente chica — interpuso Lucas —. Me parece que ha triunfado.

— El señor Edgard Brooks los espera — declaró Rose Sutherland, la recepcionista —. Acompáñenme, por favor.

Rose hizo una seña a su compañero de mostrador y se dirigió pasillo adelante con andares seductores, sin duda ninguna estaba emocionada por la cita con John Hutkins.

Tras subir cuatro plantas en un ascensor panorámico, Rose dirigió al grupo hacia una gran puerta al fondo de otro pasillo. Pulsó el llamador de un interfono y se le oyó decir:

— Clarise, aquí están los señores de Scotland Yard.

— De acuerdo, podéis pasar.

Sin ningún ruido la puerta se abrió hacia adentro, mientras Clarise aparecía a un lado.

— Por favor, señores. Mr. Brooks los espera, síganme.

Avanzó unos pasos hacia el otro extremo de la secretaría, entreabrió una puerta y exclamó:

— Mr. Brooks, los señores de Scotland Yard están aquí.

— Hágalos pasar, Clarise — se oyó desde el fondo de la sala.

Una vez los tres policías dentro y tras realizar las presentaciones, Brooks les indicó que tomasen asiento. La sala tenía una amplitud poco usual, sorprendentemente más ancha que larga. En el centro una gran mesa de despacho, a la derecha un conjunto de ocho sillones dispuestos alrededor de una mesa baja y a la izquierda una barra de bar con ocho taburetes. En total

unos treinta metros de ancho y diez de largo. La decoración era homogénea con cuadros caros y diversidad de lámparas de pie.

— Bien señores, supongo que su tiempo, como el mío, es limitado. Así que si no les importa podemos ir al grano, ¿cuál es el motivo de su visita?

— Mr. Brooks — tomó la palabra el comisario — pensábamos que estaba al corriente de la desaparición de Robert Morrison y que nos podría ayudar a localizarlo.

— ¡Oh!. Me deja atónito, señor Huthignton — repuso Brooks — de Morrison sólo se me ha comunicado que lleva faltando tres días, pero no sé nada más.

— ¿Y es usual ese tipo de ausencias? — preguntó Lucas.

— Lo cierto es que en el caso de Morrison tan sólo ha habido otra ocasión y antes me solicitó los días.

— ¿No sabe entonces que se haya puesto en contacto con la empresa para justificar su falta? — volvió a inquirir Lucas.

— Normalmente no controlo las ausencias de mis trabajadores, para eso está el Jefe de personal, Mr. Arnais. Si me permiten un momento le diré que nos acompañe.

Brooks evitó el interfono y en su lugar habló a través de su ordenador portátil:

— Philip, sube por favor a mi despacho. Están aquí unos agentes que siguen pesquisas sobre Morrison.

Retrocedió después hacia los agentes y les preguntó si les apetecía una copa, tras excusarse por no haberlo hecho antes. Huthignton contestó por los tres, con amabilidad, negándose por estar de servicio.

Al instante entró Philip en la sala con cara conmocionada, lo que Lucas percibió de inmediato. Brooks lo presentó a los agentes y lo puso al tanto de la situación:

— Según estos señores Morrison está desaparecido y aunque me comunicaste que lleva ausente tres días no me has indicado nada sobre si se ha puesto en contacto contigo para excusar su falta.

— Lo siento, Mr. Brooks, no tengo disculpa que ofrecerle mas que como sabe estoy enfrascado en el proceso de selección de nuevo personal. Mi ayudante, por otra parte, tampoco me ha comunicado que Morrison haya enviado cualquier clase de comunicado.

— ¡Ah! — exclamó Lucas, para llamar la atención — ¿no tienen para estos casos algún protocolo, tratándose, como es, de un investigador de importancia?.

— En plantilla en este centro tenemos a doce investigadores seniors, cada uno de ellos a cargo de un proyecto, y exceptuando a Thomas Brezsky que lleva nueve años con nosotros y a quien le consentimos excentricidades de calendario por sus notables resultados, los restantes tienen un comportamiento severo con sus horarios, a veces en exceso — contestó Arnais.

— ¿Quiere decir que este caso con Morrison es el primero que se les presenta? — interpeló Lucas.

— No sólo en esta sucursal. Recibimos informes de nuestra Central y en ninguna otra de nuestras sedes se han producido problemas de esta índole con nuestros seniors en los últimos seis años. Es muy alta la motivación de todos ellos — esta vez fue Brooks quien contestó.

— ¿Qué tipo de excentricidades le consienten a Brezsky? — medió Huthignton.

— Bueno, es de conocimiento común que nuestra firma lidera el sector de productos vehiculares para vacunas. Thomas Brezsky está al frente de la investigación en esta línea de productos y nos viene dando resultados acortando siempre los calendarios, por lo cual le disculpamos *desapariciones* varias veces al año. Los demás seniors nunca se han quejado — declaró Brooks.

— Y en cuanto al trabajo específico de Morrison ¿podría explicarnos algo que nos sugiriese algún posible motivo de su desaparición? — requirió Lucas dirigiéndose a Brooks.

— Como bien intuirá no puedo entrar en detalles de nuestros proyectos que puedan alertar a nuestra competencia. Salvo orden judicial les diré que Robert Morrison investiga sobre genes que influyen directamente en el comportamiento humano — respondió Brooks con gesto aprehensivo.

— ¿Nos sería posible entrevistar a Mr. Thomas Brezsky? — preguntó Hutkins con cara ingenua.

— Lamento comunicarle que Brezsky falta desde hace cinco días precisamente, aunque me advirtió que volverá dentro de una semana — contestó Arnais — Puedo, si lo desean facilitarles su dirección aunque dudo que se encuentre allí.

— Entiendo Mr. Arnais — se interpuso Huthignton —. Mr. Brooks, ha sido un placer hablar con ustedes, espero por su parte me informe de cualquier novedad que llegue a su conocimiento sobre este asunto. Por nuestra parte lo tendremos al corriente en cuanto sepamos algo más.

Los tres policías se levantaron y tras estrechar las manos de los directivos de Genicotrox se dirigieron a la puerta de la sala. Brooks acudió rápidamente al interfono para ordenar a Clarise que llamase a algún empleado que acompañase a los visitantes hasta la salida.

Antes de que los agentes de Scotland atravesasen la secretaría llegó una encargada de relaciones públicas de la empresa quien, con una enorme sonrisa, les invitó a acompañarla.

Ya en la planta baja se despidieron de Rose al pasar frente a ella. Hutkins aprovechó para lanzarle un guiño.

En el exterior acordaron que Hutkins se quedaría en la ciudad hasta el día siguiente en que volvería a Canterbury con la información que hubiese po-

dido obtener de Rose. Lucas y el comisario volverían a su central, de modo que dejaron a Hutkins en un lugar céntrico de Horsham.

Cuando se habían alejado dos calles, Lucas comentó al comisario el gesto con que vio aparecer a Arnais y su creencia de que podría sacarle más información si tuviese un encuentro *casual* con él, fuera del recinto de Genicotrox.

— A estas alturas, Frank, no puedo prescindir de tu instinto de zorro viejo — le contestó Huthignton.

— ¿Te convence entonces que me quede aquí hasta mañana, Edward?.

— De acuerdo, Frank. Contacta con Hutkins y distribuiros entre los dos el trabajo — convino Huthignton —. Te recuerdo que los gastos corren de vuestra cuenta. Aunque estoy estudiando la forma de *sisar* fondos de la comisaría para costearnos nuestras investigaciones paralelas, de momento tendremos que poner de nuestros bolsillos.

Inesperadamente se encontraron con que un Audi negro de gran cilindrada los adelantaba al mismo tiempo que otro auto semejante se les pegaba por detrás. El Audi que iba delante viró cortándoles el paso mientras que el que iba por detrás hizo una maniobra para acabar de encerrarlos.

Sin esperar, se bajaron cinco individuos vestidos de negro que encañonaron a Huthignton y Lucas. Antes de que el más cercano llegase a hablar Lucas le espetó:

— ¿Qué del MI5, acaso? — Al mismo tiempo presentaba su placa de Scotland Yard.

— Salgan del coche, ya sabemos quienes son, Huthignton y Lucas de la ASD.

Lucas enmudeció, pensando que no era el momento de discutir con esos tipos. Él y Huthignton se vieron prácticamente arrastrados cada uno a un coche.

Una vez esposados los coches arrancaron y en pocos minutos estaban fue-

ra de la ciudad. Lucas se dirigió entonces al copiloto de su vehículo, el único que no había salido del automóvil cuando los detuvieron.

— Deben estar muy seguros de lo que hacen al detener a dos agentes de Scotland Yard sin mancha en su expediente. O se trata de una orden de muy arriba, o se traen ustedes algo muy gordo entre manos.

— No debe preocuparse por nosotros, teniente Lucas, sabemos bien lo que hacemos — contestó el que parecía jefe de la unidad.

— Y ¿qué piensan hacer con nosotros, liquidarnos como han hecho ya con otros agentes de Scotland Yard supuestamente conflictivos? — Lucas rememoró en ese momento algunas desapariciones no explicadas de agentes de la ASD en los últimos años.

— Para serle sincero, no es intención nuestra hacerles daño, salvo que detectemos que sus intenciones vayan a alterar nuestros planes.

— ¿Puede saberse qué planes son esos?.

— Los conocerá a su debido tiempo y si es merecedor de ello. Y ahora le ruego que calle, no voy a contestar a ninguna otra pregunta.

Continuaron pocos kilómetros más por la autopista hasta tomar un desvío por una carretera secundaria y más adelante se introdujeron en un carril de campo. El carril se veía plagado de hierba alta, por lo que hacía tiempo que no se transitaba. El vehículo tuvo que reducir la marcha y en poco tiempo fue alcanzado por el segundo coche, que aprovechaba las huellas marcadas por el primero para avanzar algo más aprisa.

Tras unos quince minutos transitando por el carril llegaron a un llano en el que se encontraba un gran caserón con aspecto de granja abandonada. La suciedad de las paredes y varios cristales rotos lo delataban, aunque los tejados parecían en buen estado.

El primer coche paró a escasos metros de la puerta de la casona. El segundo lo hizo un poco más lejos. Antes de que abriesen las puertas del primer coche ya se habían bajado los ocupantes del segundo, lo que dio tiempo a Huthignton a acercarse a Lucas.

— Esto no pinta bien — dijo Huthignton — Me da toda la impresión de que nos van a someter a un duro interrogatorio, con tortura.

— El que parece jefe de la unidad me ha sugerido otra cosa, pero no me fio de estos tipos — contestó Lucas.

— Basta de chismorreo — les interrumpió el jefe — entren en el hangar.

Dos de los agentes agarraron fuertemente del brazo a cada uno de los policías y los introdujeron en la granja.

Un fuerte olor a humedad indicaba que el lugar llevaba tiempo en desuso, pero, curiosamente, a cada lado de la enorme sala se veían mamparas junto a máquinas que relucían por su limpieza. Observando con atención las paredes y techo, Lucas descubrió extractores de aire absolutamente silenciosos colocados en los rincones del lugar. Eso evitaría que se dañasen las máquinas.

Cada policía fue conducido a un lateral opuesto de la nave. El jefe acompañaba a Lucas con total mutismo hasta que llegaron a una mampara tras la cual había un sillón con correas, un taburete a su lado y algunas sillas.

Dos agentes sentaron a Lucas en el sillón y le colocaron los cinturones. El jefe se dirigió a él.

— Bien, caballero, vamos a someterlo a interrogatorio y como no me gusta perder el tiempo jugando a las mentiras le vamos a administrar tiopentato de sodio, en dosis suficiente para que no tenga dudas de que lo que dice es cierto. Le agradecería colaboración para inyectarse, sería una buena ayuda para usted mismo.

Dicho esto un agente se acercó a Lucas con una jeringuilla preparada. Lucas se dejó hacer y al minuto notó una extraña sensación de claridad mental.

En ese momento el jefe comenzó su interrogatorio.

— Sabemos que recibieron orden de detener a Robert Morrison. Dígame, ¿tienen alguna pista sobre su paradero?.

— No señor. Cuando recibimos la orden fuimos al domicilio de Morrison en Canterbury, pero allí no había nadie. El aspecto del apartamento me indicó que lo había abandonado pocas horas antes. Por eso hemos venido a Horsham, con la idea de hacer pesquisas en su lugar de trabajo, pero los directivos de la empresa no han sido colaboradores.

— ¿Qué les ha contado exactamente el director de Genicotrox?.

Lucas no pudo reprimir un gesto de extrañeza ante la pregunta. ¿Cómo sabía ese hombre que habían estado hablando precisamente con el director?. Algo, de todos modos, le impulsaba a hablar.

— Mr. Brooks no quiso desvelarnos detalles del trabajo que está haciendo Morrison, tan sólo que es algo relacionado con el comportamiento humano. Comentó también que en el caso de Morrison era extraño que faltase sin avisar y que llevaba ausente algunos días. Por lo demás el Jefe de Personal de Genicotrox parecía ocultar alguna cosa, por lo que había decidido, de acuerdo con mi comisario, quedarme un día en Horsham con objeto de buscar a ese tal Arnais e intentar sacarle alguna información.

— ¿Cree realmente que Morrison ha cometido algún delito?.

— La orden de detención que nos llegó de Londres era bastante opaca, no indicaba motivos para la detención. No hemos encontrado nada sospechoso en el expediente personal de Morrison, sólo que varias agencias de espionaje, entre ellas el MI5, tienen vedada una parte de la información que se guarda sobre este señor.

— ¿Y por qué cree que esa información está vedada?.

— Sospecho que Morrison está metido en algún proyecto delicado, puede que haya estado trabajando para el gobierno y ahora decidiese pasarse de bando.

— ¿Qué más lleva investigado sobre el caso?.

— Me ha llamado la atención que coincidente con la desaparición de

Morrison también ha desaparecido un tal Crosstand que trabaja en Londres en la misma empresa.

— ¿Y piensa que serán cómplices?.

— Creía que ambos eran víctimas de la persecución de las agencias de espionaje, pero ahora que están ustedes aquí ya no sé qué pensar.

Y terminada la frase Lucas se vio envuelto en un profundo sopor al que no pudo resistirse.

— Quince minutos desde la inyección, cuando deberían haber sido veinte, Richardson — inquirió el jefe a un agente — te acostumbras a pasarte de dosis.

— Lo siento jefe Wattner, lo tendré en cuenta en próximas veces.

— Está profundamente dormido según indica el electroencefalograma — indicó otro agente que tenía monitorizado a Lucas.

— Bien, Scalabra quédate con él y vigila sus constantes, si hay alguna reacción extraña ya sabes lo que tienes que hacer, quiero a este hombre vivo y lúcido en cuanto sea posible. Y tú Richardson acompáñame al otro lado — ordenó Wattner.

Cuando Wattner estaba llegando al otro lado su segundo en la unidad le salió al encuentro.

— ¿Qué novedades tienes para mí, Madlow?.

— Pues aquí tengo grabado todo el interrogatorio, jefe.

Madlow acercó a Wattner una pequeña grabadora de memoria flash. Wattner se la acercó al oído, reduciendo el volumen. Tras varios minutos apagó el aparato con cara satisfecha.

— El relato es consistente con el de Lucas — dijo Wattner a Madlow — ahora viene la parte más difícil, aunque esperaremos las noticias de la agente Rose.

* * * * * * *

Hutkins estaba impaciente porque diesen las cuatro de la tarde. A esa hora había quedado con Rose en un café céntrico de Horsham.

Después de dejar a Huthignton y Lucas, había dado un largo paseo por la ciudad, que hacía tiempo no visitaba. Primeramente se dirigió al Horsham Park, decidido a aprovechar el día libre para despejarse del ambiente de oficina en que pasaba tantas horas. Se entretuvo un buen rato observando a la gente que paseaba por allí con sus perros y pensó que un día él podría dedicarse a lo mismo.

Caminó después por South Street entreteniéndose en ver los escaparates. Tomó un ligero almuerzo en Tristan Restaurant, cerca de East Street y volvió sobre sus pasos hasta Costa Cafe, en West Street, donde había quedado con Rose.

Había pedido un té con pastas, hambriento como estaba después de tanto paseo. Al poco de terminarlo y cuando aún la camarera no había retirado el servicio, apareció Rose por la puerta del local. John no tuvo tiempo de hacerle una seña. Dos rápidas miradas a un lado y otro le bastaron a Rose para localizarlo y dirigirse hacia él con una enorme sonrisa. Por un momento Rose, mientras andaba hacia la mesa, se acarició ligeramente el labio inferior con la lengua.

— Veo que estabas hambriento — dijo Rose sin dejar de sonreír.

— Reconozco que los dulces son mi debilidad — respondió John devolviendo la sonrisa.

— Yo tomaré lo mismo — repuso Rose mientras agrandaba su mirada.

— Pensaba que una mujer como tú se abstenía de dulces, por aquello de mantener la línea, ya sabes — insinúo John mientras hacía una seña a la camarera.

— En absoluto, para mantener la línea lo mejor es el gimnasio y las carreras en el parque. Y dime, ¿qué habéis averiguado de Morrison?.

— La verdad es que tu jefe Brooks es algo zafio, esperaba que tú me contases algo más.

En ese momento llegó la camarera. John le indicó que trajese dos tés con pastas y en cuanto se alejó Rose prosiguió la conversación.

— Bueno, aparte de que es el seductor número uno de la empresa, porque los demás científicos que trabajan allí no se cuidan o no están interesados en nosotras, sé muy poco de Robert.

— Si lo llamas por su nombre de pila es que algo más sabrás, ¿has salido alguna vez con él?.

— Lo cierto es que tan sólo llevo dos meses en Genicotrox y Robert aún no me lo ha propuesto, aunque últimamente empezaba a fijarse en mí. Tiene unas cuantas amigas en varios departamentos que lo mantienen bastante ocupado.

— Pues sinceramente, no sabe lo que se pierde — no pudo reprimir John.

— Y dime, ¿qué hace un policía tan apuesto como tú cuando no está de servicio? — preguntó Rose con actitud provocadora.

— Bueno, Canterbury es un lugar monacal, ya sabes — contestó John con sarcasmo para eludir la excitación que Rose le producía.

En ese momento llegó la camarera con el servicio, lo que John aprovechó para reponerse. Una vez la camarera se alejó John volvió a la carga.

— ¿Y no has observado algo fuera de lo corriente en la actividad de Morrison en la empresa?. ¿Tal vez alguna visita poco corriente?.

— Ahora que lo dices, hace un mes vino a verlo una mujer de unos treinta años que dijo ser representante de una industria de cosméticos suiza. Hablaba con acento alemán, lo que me resultó chocante con su larga melena negro azabache y ojos castaños — Rose volvió a acariciarse el labio inferior con la lengua.

— ¿Y qué tiene de raro esa visita? — peguntó John conteniéndose.

— Que los representantes habitualmente se citan con el Relaciones Públicas o algún Jefe de Ventas o Compras, no con científicos.

— Entiendo, ¿recuerdas el nombre de ella o de la empresa?.

— Dijo llamarse Constance Straugt, la empresa Sincopharm.

— Buena memoria, no deja de sorprenderme que una chica como tú trabajes tan sólo de recepcionista.

— El sueldo no lo es todo, me han hecho ofertas para trabajar como modelo y algunas otras menos decentes de clubes de alterne y streptease. Pero me gusta la vida sana, tengo un buen horario que me permite dedicar tiempo a gozar de la naturaleza a pleno día — Rose apuró el último sorbo de té paseando su lengua por el borde de la taza.

— La verdad es que en algo de eso he estado pensando esta mañana mientras andaba por Horsham Park. Por cierto ¿te apetecería dar un paseo?

— Pues me encantaría, por supuesto, mi casa no está lejos de aquí, y podríamos ir a tomar una copa.

John no salía de su asombro, pero debía contenerse para mantener el control. Llamó a la camarera para pedir la cuenta y en pocos segundos estaban los dos paseando en la calle, cogidos del brazo. Para distraerse John comentaba cosas de lo que iban viendo al recorrer la ciudad.

Unos quince minutos después se encontraban ante el portal de Rose, una casa de dos plantas, como la mayoría en Horsham, con los balcones superiores llenos de flores. Rose abrió la puerta e hizo pasar a John tomándolo del brazo.

— Ponte cómodo — le dijo, indicándole un perchero en el recibidor.

— Una encantadora casa — contestó John que estaba deslumbrado por la sencillez de la decoración y el buen gusto con que estaba puesta.

— Te apetece un jerez o algo más fuerte — preguntó Rose entrando en la cocina.

— Si tienes whisky lo preferiría, de veras la casa es un fiel reflejo de su dueña.

— No es de mi propiedad, ya te dije que llevo aquí tan sólo dos meses, espero a que me hagan fija y aún así no creo que cambie de casa, al menos por un tiempo — contestó Rose mientras preparaba las bebidas.

— La verdad es que el barrio parece tranquilo y la gente que se ve por aquí da la impresión de ser personas amables.

Rose se acercó con las copas y le tendió una de ellas a John, mientras le regalaba otra de sus hermosas sonrisas.

— Por una bella recepcionista — levantó John su copa.

— Por un apuesto policía — levantó Rose la suya, y se dirigió con andares insinuantes al sofá, viendo como John daba un largo trago.

John la siguió y nada más sentarse notó los pechos de Rose rozando los suyos, ardiente de excitación aproximó su boca a la de ella y se besaron. A los dos segundos John se sintió mareado, la vista se le nublaba y un enorme sopor le invadía.

Pasadas dos horas John despertó en el mismo sofá, sólo que ahora estaba atado a él por piernas y brazos.

— Despierta dormilón, que tienes mucho que contarme — oyó la voz de Rose con tono divertido.

— Ya me parecía a mí demasiado bonito y fácil todo esto, ¿qué me has echado en el whisky?

— No te preocupes, un somnífero de efecto inmediato en combinación con el alcohol, pero de corta duración. Llevas dormido dos horas. En poco se te pasará el ligero dolor de cabeza que supongo tendrás.

— ¿Y qué piensas hacer conmigo?. ¿Para quién trabajas en realidad?.

— Todo a su tiempo, guapo, ahora voy a hacer yo las preguntas y para

que colabores de verdad te voy a inyectar pentotal.

— ¡Dios!. ¿Sabes lo que haces?. Puedes matarme.

— Tranquilo, si algo te puedo decir es que tengo mucha experiencia con estas cosas — repuso Rose mientras inyectaba en el brazo desnudo de John una dosis del suero.

— Mis compañeros saben que estoy contigo, te vas a meter en un gran enredo.

— Tranquilo, don juan, a estas horas tus compañeros están vigilados y lejos de Horsham.

— ¿Eres del MI5 del MI6, o estás en alguna organización de la resistencia?

— ¡Basta!. Ahora las preguntas las hago yo — suavizó el tono Rose en la última frase.

— Bien — prosiguió Rose — ahora vas a contarme todo lo que sabes de Morrison desde que comenzó para ti el caso. ¿De dónde procedió la orden de detención?.

John fue contestando con absoluta deshinibición a todas las preguntas que Rose le hacía. A los veinte minutos volvió a invadirle el sueño.

* * * * * * *

8. Un avance en la genética

A las siete y cuarto de la mañana Robert Morrison y sus compañeros científicos habían comenzado en el que era su séptimo día de trabajo en Castell Coch. Tan sólo dos breves paseos, por el campo cercano, fueron sus momentos de recibir la luz solar. El resto del tiempo trabajaban o se conectaban a Internet o a la televisión por cable.

Sobre las once y media Robert alzó la cara de su mesa y sonrío ampliamente a los presentes.

— Señores, y señoras, creo que lo hemos conseguido.

Mariam y Henri fueron rápidamente a la mesa de Robert.

— Parece que efectivamente así es — dijo Henri, tras varios minutos de examen.

— Yo también lo creo — acordó Mariam — sin embargo creo que deberíamos verificar los resultados comenzando desde la otra línea de investigación de la que hablamos. Si nos equivocamos en las pruebas sobre voluntarios, podemos producir imbéciles sin estímulo para conseguir fuentes de supervivencia.

— Estoy de acuerdo con Mariam — dijo Robert con un gesto de conformidad — El hecho de que la modulación del comportamiento de los genes de la codicia se realice por genes interruptores de la parte del ADN no productora de proteínas, hace delicado el tratamiento. Debemos comprobar que estos interruptores no inciden en otros procesos metabólicos.

— Pues si os parece bien Robert y tú efectuaréis las comprobaciones mientras que yo voy preparando el retrovirus que sirva de vector para la modificación genética — propuso Henri — a fin de cuentas los retrovirus son mi especialidad.

* * * * * * *

Una vez realizada la primera secuenciación del genoma humano se cifró en unos veinte mil los genes determinantes del metabolismo, es decir genes que ensamblan aminoácidos para producir los constituyentes básicos de las células, estos son las proteínas. Se descartó con ello un setenta a ochenta por ciento del material genético total, que se clasificó como *ADN basura*. Posteriores investigaciones realizadas a partir de 2003 indicaron que estos genes no eran *inactivos* sino por el contrario, regulaban *finamente* la cantidad de proteínas fabricadas por los genes *activos*.

Se redujo con ello a menos del cuarenta por ciento la cantidad de genes cuya función estaba por determinar. Progresivamente se fue descubriendo que esta tercera fracción de genes interaccionaba con la segunda, haciendo de *interruptores de interruptores* en un proceso retroalimentado.

Parte de la tercera fracción estaba aún sin clasificar. Pero por fortuna para nuestros protagonistas los genes de la *pirámide* que afectan a esta parte del comportamiento humano estaban ya clasificados.

La sección de genes implicados en el proceso que los tres científicos estaban analizando se encargaba de la producción y metabolismo de endorfinas cerebrales. Un estímulo externo, consistente en la apropiación de algo considerado por el individuo como *un bien*, aumenta los niveles de endorfinas, lo que produce placer en el cerebro. En determinados individuos la sensación es muy acusada y cuando los niveles de endorfinas descienden aumentan rápidamente los niveles de noradrelina y otras sustancias que producen ansiedad. De este modo el adquirir *bienes* se convierte en un vicio: la codicia.

— Pues si los tres estáis de acuerdo propongo os toméis un descanso de un par de horas — intervino Bernard López, quien había observado atentamente la conversación —. Hoy además tenemos cambio en el equipo de guardia exterior y también espero una unidad especial de refuerzo.

— ¿Especial?. ¿Cómo de especial? — se alertó Mariam.

— ¡Oh!. No hay que porque alarmarse — contestó Bernard — no ha ha-

bido ninguna alerta en los días que lleváis aquí, ni en el perímetro que vigilamos ni tampoco informaciones sobre agentes que estén siguiendo vuestro rastro. Lo de especial es porque se trata de agentes del MI5 que se pasaron a nuestro bando.

— ¿Y son realmente de fiar esos agentes? — preguntó Robert.

— Llevan tres años trabajando con nosotros y gracias a ellos se os alertó para que nos os detuviesen, de modo que vosotros diréis — esta vez fue Susan Bertelli quien contestó — Robert, te veo algo entumecido, ¿te apetecería un masaje?

Mariam mudó ligeramente de color ante el descaro de Susan. En la semana que llevaban en los sótanos de Castell Coch la ausencia de sexo empezaba a respirarse en el ambiente.

El atractivo físico y desparpajo natural de Mariam, una pelirroja de larga melena, ojos verdes, metro ochenta y atlética, estaban muy por encima de las condiciones de Susan, morena, ojos verdes, pelo corto, no alcanzaba el metro setenta y algo delgada.

Pero Mariam pensaba que algo tendría esta Susan para que Robert hubiese pasado con ella una temporada mucho más larga que lo solía estar con cualquier otra mujer. Aunque podía tener un hombre cuando le apeteciese, ahora empezaba a sentirse celosa. Decidió sin embargo no entrometerse, ya tendría otra ocasión.

Mientras Robert disfrutaba de los cuidados de Susan los demás prepararon un ligero almuerzo. Susan y Robert se les unieron pasado un cuarto de hora. Tras acabar de comer conectaron la televisión por cable para ver las noticias locales.

En Bristol, ciudad que da el nombre al canal que la separa de Cardiff se había producido una gran revuelta. Decenas de miles de trabajadores, junto a parados y hambrientos habían rodeado el edificio de la Delegación del Gobierno. La policía había intentado frenarlos, pero los manifestantes, con gran arrojo y llenos de ira, habían disgregado en poco tiempo el cordón po-

licial.

Informado de los hechos, el Secretario de Estado de Interior pidió al Secretario de Defensa que la British Army interviniese, dando orden directa al batallón más cercano comandado por el teniente coronel Whallam.

Desde la salida de su acuartelamiento Whallam había comentado con sus oficiales las opciones, advirtiéndoles que Defensa le permitía el uso de cualquier arma bajo las condiciones de disolver a los manifestantes y que el edificio tuviera los menores daños posibles.

Whallam no estaba por la labor de abrir fuego contra la multitud. Los galardones que habían obtenidos compañeros suyos de armas en ocasiones similares en Glasgow y Birmighan le parecían mera hipocresía. Él había prometido defender al pueblo inglés, no matar a sus compatriotas. Sus oficiales, con los que había luchado en misiones en el extranjero, les eran absolutamente leales y compartían su criterio.

Al frente de setecientos hombres con carros de combate y tanquetas de asalto, se presentó Whallam ante la multitud, que en esos momentos intentaba forzar las puertas del edificio gubernamental.

El teniente coronel mantuvo el aplomo y ordenó avanzar a ocho de las tanquetas con órdenes severas de no disparar bajo ningún pretexto. Los más activos entre los manifestantes se habían armado de cócteles molotov y comenzaron a arrojarlos sobre los carros del ejército. El blindaje de estos no se alteraba por las explosiones de las pequeñas bombas y los carros, lentamente pero sin paradas, continuaban su avance hacia la multitud.

Los cientos de personas que rodeaban la fachada principal, viendo inútiles los esfuerzos por derribar la puerta y que las tanquetas se les acercaban imparablemente, comenzaron a huir por los laterales del edificio.

Viendo Whallam que su plan estaba dando resultado ordenó a las tropas que avanzasen tras los carros, pero sin disparar ni entorpecer la huida de la muchedumbre.

En pocos minutos la plaza frente a la Delegación y las calles colindantes

quedaron vacías sin que se produjese ningún disparo.

— Esta situación no se va a mantener así mucho tiempo — dijo Robert a sus compañeros — la gente se armará y se enfrentará al ejército en próximas ocasiones y la sangre llenará las calles.

— Razón de más para que actuemos con celeridad, pero también con prudencia — apostilló Henri.

— Por otra parte hay que valorar que estamos ganando potenciales aliados — Bernard había estado muy atento a los movimientos del batallón — Si mi información es correcta el batallón más próximo a Bristol está a las órdenes de un tal Whallam. Está claro que las órdenes han sido no disparar bajo ninguna circunstancia. A estos hombres se les puede poner de nuestro lado con un apropiado trabajo de persuasión.

— Tienes razón Bernard — le apoyó Susan — en cuanto nos sea posible buscaremos en nuestra red de contactos a alguien relacionado con ese acuartelamiento. Quizás haya personal médico en nuestras filas.

En ese momento sonó el teléfono de Bernard. En la pantalla apareció un número que le resultaba familiar. Por razones de seguridad elemental no guardaba nombres en su móvil pero sí retenía unos pocos números y otros muchos los había memorizado.

— ¡Wattner!. ¿Cómo va todo?.

— Estamos cerca de *la casa* no hay ninguna novedad, salvo que se nos ha unido otro compañero de excursión a última hora. Nos haría falta que salieses al encuentro porque hemos visto *animales peligrosos*.

— ¡Ja, ja, ja!. No hace falta que hables en clave. Tenemos controlados todos los repetidores de telefonía de la zona, de manera que no dejan pasar señales al exterior. No hará falta preguntarte si traéis a alguien detrás de vosotros.

— Sabes que la pregunta me escuece, pero no te voy a soltar otra vez el rollo de los años que llevo dedicados al contraespionaje. Nos acom-

paña un poli de Scotland Yard al que hemos reclutado y que no volverá a reintegrarse de momento en el servicio. Después te contaré. Ahora necesito que nos franquees el paso. A los chicos de tu guardia los veo con caras de no dejar pasar ni a sus abuelas.

— Manteneos donde estáis y no alertéis a mi guardia, en cinco minutos estaré fuera y te vuelvo a llamar.

Haciendo una seña a Susan para confirmarle que habían llegado los *invitados*, Bernard cogió su arma junto con una linterna y se internó de inmediato en los laberintos de aquel imponente refugio. Llamó al jefe del turno de guardia para ponerle al corriente de la situación y corrió hasta el final del último túnel. No había dejado de cuidar su forma física desde que dejó el ejército, ni siquiera en los dos últimos años en que estuvo en oficinas, tampoco después cuando cambió su profesión por la de periodista. Cuando llegó a la trampilla de salida la levantó muy despacio, para evitar que alguien viese el movimiento. Ya en el exterior corrió muy agachado hacia un bosque cercano.

— Wattner, ya estoy fuera. Mira bien a tu alrededor y verás un pequeño bosque de moreras. Venid hacia él, pero evitad en todo momento salir a descubierto. Mis chicos ya están avisados de vuestra presencia. Cuando estéis dentro del bosque me llamas y saldré a vuestro encuentro.

— Ok — fue toda la respuesta de Wattner.

Dando un gran rodeo se dirigieron hacia el bosque que Bernard les había indicado. Su prurito profesional les impedía ser vistos por la guardia de Bernard, por lo que tardaron el doble de tiempo que si hubiesen elegido una senda más recta.

— Ya estamos aquí — telefoneó Wattner en cuanto habían pisado el bosque.

— Esperaros ahí, os tengo localizados desde hace tres minutos.

— ¡Viejo cabrón!. ¡No pierdes facultades!

— Quizás tú estés ya carrozón y has perdidos las tuyas, ¡ja, ja, ja!.

En unos instantes Bernard estaba al lado de la unidad de Wattner, saludó a éste con un abrazo y a los demás con un gesto de colegas de armas. Se fijó en Rose y le pareció más atractiva y formidable que nunca y por último reparó en Hutkins.

— Este es el policía del que hablabas — dijo, dirigiéndose a Wattner — supongo que le habrás hecho un buen lavado de cerebro.

— La verdad es que no hemos tenido que llegar a eso. Ha bastado un simple interrogatorio con ayuda de pentotal para saber que podía estar con nosotros. He estimado conveniente traerlo, mientras que otros dos colegas suyos que también se nos han unido han vuelto provisionalmente a sus puestos. Hemos diseñado un plan para evitar que *otros perros* vayan detrás de Morrison y Crosstand. También sabemos que Bermúdez está desparecida y me he olido que la tienes aquí.

— Bien, ya me seguirás contando cuando estemos en la guarida — interrumpió Bernard — En breve hay un relevo en mi guardia y no quiero que haya equívocos y alguien salga lastimado. Me vais a seguir por parejas, corriendo agachados, desde larga distancia podrían vernos si no lo hacemos así. No salgáis a descubierto hasta que me veáis hacerlo.

* * * * * * *

9. El ataque a la guarida

Corrieron como Bernard les había indicado. Rose y Hutkins cerraban el grupo. Cuando alcanzaban la entrada de los laberintos se escuchó un disparo. Bernard reaccionó indicando a los demás que se diesen prisa. Cuando quedaban aún tres fuera se volvieron a oír disparos. Rose fue la última en bajar y de inmediato cerró la trampilla.

Bernard telefoneó de inmediato al jefe de guardia. Sin respuesta. Marcó entonces el número del segundo, quien empezó a hablar diciendo que les atacaban desde fuera, pero que no veía al enemigo. Sonó otro disparo y se cortó la comunicación.

De inmediato Bernard volvió a marcar, esta vez el número del jefe de relevo. Éste le dijo que estaban aún en camino pero ya habían dejado los coches ocultos y se dirigían andando a sus puestos. Bernard le ordenó que volvieran a los coches y fueran hacia las colinas más alejadas, desde allí podrían ver si había movimiento en las más próximas y que estuviesen atentos a sus órdenes.

Se volvió a continuación hacia Wattner con el gesto más airado que ponía en muchos años.

— ¿Te has vuelto a pasar de bando, cabrón?.

— Puedo asegurarte que no — le contestó Wattner, mirando a los ojos de Bernard con firmeza — Y para demostrarlo voy a salir con mi equipo y vamos a resolver este asunto.

— Bien, tienes veinte minutos, a partir de ese momento y si no me das señales positivas, os consideraré enemigos. El poli se queda conmigo, no creo que esté preparado para esto. Avisaré a mi gente para que no os intercepten.

Una vez Bernard alertó al equipo externo de guardia, el grupo capitaneado por Wattner se dispuso a salir. Armados con modernas ametralladoras de precisión con mira láser, estaban en buena posición para batir enemigos a corta y media distancia. Para distancias largas podían poner el arma en

modo rifle con mira telescópica, aunque no alcanzase la precisión de un fusil de francotirador, por ser el cañón más corto, un menor retroceso y un ayudante electrónico de puntería podían compensar la desventaja.

Conociendo su armamento Wattner planeó dispersar a sus hombres y hacer que se apostaran a cubierto, en lugares donde pudiesen descansar el arma en el suelo, para desde allí poder disparar con probabilidad de éxito.

Ordenó salir primero a Rose. Era sin duda la más rápida del equipo y tendría mejores posibilidades de escapar ilesa hasta esconderse. Después, a intervalos de tiempo irregulares, fueron saliendo Richardson, Whiston, Madlow, Scalabra y Redmigton.

Este último recibió un disparo en una pierna, que afortunadamente quedó en rasguño. Por fortuna reaccionó con celeridad, lo que le evitó recibir más disparos. Logró apostarse entre dos rocas que lo parapetaban por todos lados y desde allí consiguió el primer blanco, que había sido quien le disparó.

Wattner espero con impaciencia que se produjese un nuevo disparo. Sabía que era el mejor momento para salir porque los enemigos estarían pendientes de las localizaciones de sus compañeros y no de la puerta de la guarida.

Fue Rose la siguiente en disparar e instantáneamente se oyó otro disparo de respuesta. Pero el primero había hecho blanco y el segundo se convirtió en bala perdida. El tirador a quien Rose alcanzó apretó el gatillo por reflejo, con el cañón hacia arriba.

Wattner salio corriendo con toda la velocidad que sus piernas le permitían. Llevaba algún tiempo desentrenado y esto le hizo pasar un apuro al verse rodeado de balas. Sin embargo, corrió en zigzag y con ello logró parapetarse entre un grueso árbol y una roca. Su posición no era del todo segura, por lo que sin esperar comenzó a disparar hacia el flanco que tenía descubierto. Se acomodó lo mejor que puedo en el suelo, sin dejar de disparar y esperó respuesta.

Comenzaron a oírse disparos en la lejanía. La guardia de Bernard parecía haber localizado a algunos de los extraños atacantes. Se percibió el sonido

de un lanzagranadas y al par de segundos una detonación que tuvo eco en las montañas vecinas. Al poco se vio una llamarada en una de las colinas situadas a media distancia del castillo.

Wattner valoraba la situación. El equipo de guardia anterior había sucumbido por completo o bien los que quedasen se habían refugiado y no se encontraban en situación de disparar. Por otra parte dos de sus hombres habían abatido a dos atacantes, lo que era suficiente garantía para que Bernard le devolviese su confianza. No podía dejar escapar a ningún intruso, de modo que llamaría a Bernard, le pediría que confirmase los abatimientos con su equipo lejano y que cerrasen la salida a los atacantes.

Fue a coger su móvil cuando en ese momento vio el fugaz resplandor de un disparo que se dirigía hacia él. Por suerte la bala rozó la roca y se incrustó en el árbol, pasando por encima de su cabeza. Apuntó reflejamente hacia el origen del disparo y le devolvió dos balas. Vio otro pequeño resplandor y luego silencio. Había hecho blanco.

— Bernard, hemos abatido a tres asaltantes, tu equipo de las alturas te lo podrá confirmar.

— Wattner, lamento haber desconfiado de ti. ¿Cómo ves la situación ahí fuera?

— Tus hombres han localizado un coche de los atacantes y lo han volado. Deberíamos coordinar una maniobra envolvente para cortarles la retirada y evitar que alguno escape.

— De acuerdo, de mis hombres de la guardia anterior quedan nueve. A tres los han alcanzado. Ordenaré a los de arriba que empiecen a hacer fuego barrido para obligar a salir a los atacantes que quedan. Tenemos muchas granadas así que los haremos huir como a conejos. Después intervendrán mis guardias de abajo y vosotros rematáis la faena. Los de arriba se encargarán de localizar los autos y destruirlos.

— Me debes una.

— Ya hablaremos, procura estar en pie para que cuando acabe esto poda-

mos hablar. Yo me quedo aquí dentro como última línea defensiva, por lo que pueda ocurrir.

Al minuto de cortar Bernard la comunicación comenzó a caer una tromba de granadas sobre las colinas intermedias. Se vio a cuatro hombres salir desde distintos puntos y fueron rápidamente abatidos.

Tras un descanso en el tiroteo, los lanzagranadas volvieron a funcionar consiguiendo que salieran otros tres hombres. Uno de ellos estuvo a punto de alcanzar lo que parecía un vehículo. Un lanzagranadas se dirigió rápidamente a este objetivo y la explosión fue enorme. Wattner supuso que el vehículo llevaba explosivos, seguramente destinados a volar los laberintos.

Otro periodo de silencio y comenzaron a oírse disparos desde las colinas bajas. Los hombres de la guardia anterior estaban localizando objetivos, orientados por sus compañeros de arriba. Otros cinco atacantes cayeron, pero en el tiroteo murió un guardia del turno saliente.

Atento siempre a las trayectorias de los disparos y el movimiento de los atacantes, Wattner dedujo la posible posición de otro vehículo. Lo comunicó a Bernard que a su vez lo comunicó a los guardias de arriba.

Otra explosión, esta vez como la primera. Ya solo quedaba un sector de las colinas intermedias por barrer. Se dispararon las granadas a intervalos de un minuto para dar oportunidad a los atacantes de escapar y tener seguridad de que no había más coches.

Una de las granadas impactó en otro vehículo, antes de que se descubriese algún otro atacante. Las siguientes no produjeron movimiento alguno. Quedaba un solo coche o tal vez ninguno, pensó Wattner. Los atacantes se encontraban atrapados o no querían perder su único medio de escapar.

— Por mis cálculos queda un máximo de cinco asaltantes — dijo Wattner a Bernard por teléfono — supongo que en el caso más desfavorable para nosotros quedará un vehículo y no querrán perderlo.

— Ordenaré a mis hombres que les hagan un cerco, pero como no estamos seguros de cuántos enemigos quedan será mejor que los tuyos

también suban. Creo que en media hora podéis estar a mitad de camino entre las colinas bajas y las medianas. El relevo anterior os esperará por allí y mis hombres de arriba continuarán al acecho.

— Perfecto, les diré a los míos que corran.

Desde su salida de la guarida Wattner sólo había contactado con Rose y Madlow. Volvió a llamar a ambos y les comunicó las órdenes, dándoles una señal de tiempo. Madlow le comunicó que Redmigton no estaba en forma para correr y Wattner le respondió que el agente mantuviese su posición y los cubriera.

A los dos minutos salieron los seis agentes corriendo. Ningún disparo proveniente del sector donde se suponía quedaban enemigos. Mutismo absoluto durante diez minutos. Después se oyó un estruendo y al mirar hacia arriba Wattner vio una gran llamarada. Habían localizado al supuestamente último vehículo. Ahora su equipo estaba en mayor peligro. A los enemigos no les quedaba otra opción que repelerlos para evitar ser capturados. Hizo un disparo al aire y, como habían convenido, todo su equipo se puso a cubierto.

No había pasado un minuto cuando comenzaron los disparos. Un fuego cruzado desde los dos equipos de la guardia de Bernard hacia el sector de los atacantes. Estos disparaban sólo hacia abajo, incapaces de localizar objetivos en las montañas altas. Tras dos minutos Wattner comunicó con Bernard para pedirle que sus guardias mantuviesen el fuego y así su equipo podría avanzar.

Quince minutos más tarde Wattner y los suyos estaban cercanos a la zona donde disparaban los atacantes, se distribuyeron en varios sitios a cubierto y desde allí empezaron a ver movimiento de ramas en el lugar de donde procedía el fuego enemigo. Comenzaron a disparar a todo lo que se movía. Cuatro minutos más tarde no se movía una hoja ni se oía un susurro. Wattner dio señal de avanzar y escucharon como los guardianes que estaban cerca de ellos también avanzaban.

Estaban a un centenar de metros de la cima cuando oyeron disparos proce-

dentes de las montañas más altas. Los contrarios no contestaban por lo que Wattner prosiguió el avance. A los cincuenta metros Whiston recibió una bala en una pierna, que le salió limpiamente. Sangraba mucho y Richardson se acercó a él para ponerle un torniquete. Más disparos desde las montañas altas y un sólo disparo al aire desde la posición enemiga.

Cuando Wattner llegó arriba encontró a un hombre tirado en el suelo, herido en el pecho y con una rodilla destrozada. Era el agente Smitshon del MI6. Había perdido su arma al recibir el segundo disparo y se retorcía de dolor.

Smitshon era jefe de unidad y conocido de Wattner desde sus comienzos en el espionaje. Nunca habían confiado el uno en el otro. Dos años atrás Smitshon acusó a Wattner de colaboración con la resistencia, pero las pruebas estaban manipuladas y la acusación se volvió contra él. Un jefe de sección intervino para tapar el asunto y evitar que Smitshon fuese degradado.

— No esperaba encontrarte aquí — Smitshon intentó reponerse.

— ¿A cuántos has traído? — le preguntó Wattner secamente.

— ¿Ya no sabes contar? — respondió Smitshon con desprecio.

— Vale ya sé que erais veintidós.

— Veintiuno para ser más exactos, a menos que hayas matado a alguno dos veces.

— Que yo sepa en tu unidad estabais tan solo ocho.

— Pero esta vez el jefe me mandó con refuerzos.

— Harley, supongo.

— Sí pero hay otros más gordos detrás y tú y los tuyos os quedáis solos.

— Puede ser, pero tú no vas a verlo.

En ese momento llegaba Rose que vio como Wattner disparaba a Smitshon en el centro de la frente. No se inmutó. Durante su servicio en la Royal Air Force había entrado en combate cuerpo a cuerpo en tres ocasiones. Sus

motivos tendría Wattner, pensó, para terminar con aquél tipo.

— Rose, creo que esto ha terminado, ¿cómo está nuestra gente?.

— Whiston tiene una herida limpia en una pierna y Richardson le ha puesto un torniquete. Redmigton tiene un desgarro que él mismo se ha cosido y puede andar. Madlow le ha dicho que vuelva a la guarida.

— ¿Sabes algo de la tropa de Bernard?.

— Han caído cuatro de ellos. Los otros ocho están perfectamente. Arriba hay otros doce y ahora están contactando, pero suponen que no hay bajas. El guardia que ha asumido el mando propone realizar una batida. Están esperando a coordinarse con los de arriba.

— Contactaré con Bernard para saber qué propone. Dile a Richardson que se lleve a Whiston a la guarida y se queden allí los dos.

Tres horas más tarde dieron por terminada la inspección de la zona. Veintidós agentes del MI6, incluyendo Smitshon, aparecieron muertos. Smitshon había intentado dar la oportunidad de fugarse a un agente que apareció totalmente desangrado de una herida en la femoral. Tenía un torniquete mal colocado que no cerró la hemorragia.

* * * * * * *

10. El retrovirus

Mientras fuera de los subterráneos los hombres habían estado luchando, los tres científicos habían decidido continuar con su trabajo, siempre pendientes de la evolución de los acontecimientos por si tenían que destruir en un último momento los ordenadores. Como precaución grabaron todo el trabajo en varias memorias flash encriptadas, que se escondieron entre la ropa y zapatos.

Cuando acabó la batida, Wattner volvió a la guarida junto con Rose, el turno de guardia saliente se retiró al pueblo cercano y los otros cuatro agentes del MI5 que estaban indemnes se unieron al equipo de guardia entrante. Bernard avisó a un tercer equipo para reforzar la vigilancia de la zona. Esta vez doblaron el perímetro vigilado.

— Has traído moscas detrás — le reprochó Bernard a Wattner.

— Es posible, no lo niego. Pero quien venía era Smitshon y teníamos vigilados sus pasos desde que me la intentó jugar. También puede ser que haya investigado por su cuenta para localizar este sitio.

— En alguna parte se ha producido una filtración, o bien a ti han dejado de cubrirte tus informadores de retaguardia.

— Lo que sea puede que lo aclaremos en breve, de cualquier manera lamento decirte que este sitio ya no es seguro. Smitshon me dijo que su jefe Harley está al corriente de la incursión.

— Se van a disgustar mucho nuestros compañeros científicos, estaban rematando su trabajo y en pocos días lo tendrían terminado.

— ¿No disponéis de otro laboratorio?.

— Tendremos que preguntar a nuestros contactos en el extranjero — respondió Bernard con tono circunspecto — de momento pondremos a salvo a los científicos y a su trabajo. Tú te apeas aquí, no quiero que nos sigan por tu causa, aunque nos puede venir bien alguno de tus agentes. La chica se puede quedar con nosotros, he hablado con Hu-

tkins, el policía, y también nos va a ser útil. Está en contacto con sus superiores inmediatos y nos van a abrir una línea de investigación sobre las filtraciones.

— Rose es experta en espionaje informático, si es lo que necesitas. Por mi parte contactaré con mis colaboradores para saber qué ha pasado con el marcaje de Smitshon.

* * * * * * *

Mientras los militares discutían los asuntos de seguridad, Henri Crosstand seguía avanzando en la síntesis del retrovirus con el que se distribuirían los cambios en el genoma.

El diseño de la parte esencial del ingenio lo tenía conseguido: una secuencia de ARN que por transcripción inversa modificaría los genes diana, sólo en el caso de que tuviesen la característica que Robert había encontrado.

Tras un descanso y un intercambio de ideas con Robert y Mariam ésta le dio una inspiración de cómo acelerar el proceso de construcción, basada en el empleo de enzimas, aglomerantes de las proteínas que servirían de envuelta para *el núcleo del bichejo* y harían además más fácil la penetración en las células.

Cuando Bernard les informó de que los preparativos para la marcha estaban listos, Henri había *creado* algo más de un centenar de retrovirus en un caldo de cultivo de ácido retinoico.

Guardaron todos los datos del proceso en las memorias flash, también de los avances de Mariam y Robert en su línea de comprobación y dieron la señal a los militares para que destruyesen el equipo.

Bernard con ayuda de Wattner, Rose y Hutkins cortocircuitaron las placas base de los ordenadores, abrieron las carcasas de los discos duros y lo rociaron todo con ácido. Sería imposible recuperar el menor dato.

Terminaron con ello una semana de encierro voluntario. Fuera varios automóviles los esperaban.

11. Asalto en Genicotrox

Era una madrugada de luna nueva. Seis hombres enfundados en monos de goma se acercaron en dos grandes vehículos todoterrenos a la sede de Genicotrox en Horsham. Abandonaron sus transportes donde sabían que la vigilancia de Genicotrox no podía avistarlos.

Con sigilo y un plan concebido al último detalle, se dirigieron a los puntos *ciegos* de la alambrada que rodeaba el edificio. Cortaron con diamante una oquedad suficiente para el paso de dos hombres. Una vez dentro recolocaron el trozo cortado y corrieron en zigzag programado para evitar ser vistos por las cámaras giratorias.

Una vez pegados a una de las fachadas laterales lanzaron arpones al tejado y se elevaron en menos de lo que dura un suspiro. En la azotea forzaron la puerta del montacargas y descendieron por el hueco de éste hasta la tercera planta.

Allí se dividieron. Dos de ellos subieron a la cuarta planta para entrar en los despachos del director y del jefe de personal. Se hicieron de los discos duros y otros soportes que encontraron en sendos despachos.

Entre tanto, los que se habían quedado en la tercera planta fueron a los laboratorios, comenzando por el habitual de Robert Morrison. De allí cogieron algunas centrifugadoras y otros aparatos específicos.

Siguieron hacia el laboratorio contiguo y de allí se llevaron algunas pantallas de radiación especiales y un minicongelador ultra-rápido. Por último abrieron los bancos de virus y tomaron cuatro contenedores específicos, así como varias ampollas de enzimas.

Con todo el botín repartido en mochilas comenzaron su ascensión por el hueco del montacargas. Una vez en la azotea descendieron por la fachada con la misma celeridad con que habían subido.

Ya en el suelo se repartieron en parejas para correr en zigzag hacia los agujeros que habían abierto en la alambrada. Tras pasar la alambrada la recompusieron usando pegamento rápido de metal con pistola.

Y salieron tal como entraron, sin ser vistos y sin que ningún vigilante detectase el menor ruido.

Una vez en los coches salieron a toda velocidad hacia las afueras de la ciudad.

A las dos horas llegaban a las afueras de Canterbury. Otros dos todoterrenos los esperaban en un desvío a pocos kilómetros de la ciudad.

— Han sido puntuales — dijo el teniente de policía Frank Lucas.

— Estamos entrenados para cosas más difíciles — le respondió el ex-agente del MI5 Wattner.

— ¿Encontraron todo el material?.

— Algunas cosas las traemos repetidas.

— Creo que nuestros amigos estarán satisfechos de poder seguir con su trabajo.

— Ahora depende de ustedes. ¿Tienen todo arreglado para transportar esto fuera del país?

— Lo tenemos, pero Bernard insistió en que su equipo no debe conocer más detalles del plan. ¿Cómo han ido sus investigaciones sobre las filtraciones en Castell Coch?

— Interceptaron a uno de nuestros encubridores y lo torturaron hasta que habló. De cualquier modo sabemos por otra fuente que una sección del MI6 iba tras la pista de Bermúdez y del laboratorio.

— No sé quién es Bermúdez. Me temo Mr. Wattner que usted pierde facultades.

— Pensé que Bernard lo tenía al corriente — lamento el error.

— Bernard sólo nos dice lo justo para que cumplamos con nuestras misiones. Alabo su criterio, de esta forma no comprometemos a nadie que no esté en directa relación con nosotros. Usted como espía debía conocer estas cosas.

— Debo darle la razón, pero piense que para usted ahora empieza una vida de secretos, mientras yo llevo toda la mía con ellos. Sinceramente, estoy harto de no poder confiar en mi vecino, harto de estar en guardia para que nadie me traicione y harto de tener que adelantarme a las trampas que me tienden mis propios compañeros de oficio. Sólo me puedo fiar de los miembros de mi unidad, juntos hemos luchado por nuestras vidas y eso nos une. Pero también quiero confiar en usted y su superior, se lo debo a ambos, los torturamos para que se uniesen a nosotros y ahora no los voy a tratar como a muñecos.

— Me ha convencido Wattner, a fin de cuentas está claro que los dos estamos en el bando de los buenos. En cuanto al pentotal, me ha costado tiempo asimilarlo, pero poniéndome en su pellejo entiendo que utilizase ese medio. Huthignton comparte mi opinión.

— Pues no hablemos más, les deseo suerte.

Los dos hombres se despidieron con un abrazo. Cuando Wattner se volvió se percató de que Huthignton estaba a su lado. Se dieron un fuerte apretón de manos y cada uno volvió a su vehículo. El equipo de Wattner acabó de trasvasar el instrumental y los coches partieron en sentidos opuestos.

— Unos hombres con un alto sentido de humanidad — comentó Lucas.

— Reconocer la verdad cuesta un enorme esfuerzo y ser consecuente con el descubrimiento aún más. Nos pone en guerra contra los poderosos — añadió Huthignton.

— Bien, ahora nos espera una larga y peligrosa tarea. Llamaremos a Hutkins y a Rose, ellos deben darnos las siguientes indicaciones.

* * * * * * *

12. Penarth Portway

A las tres de la madrugada una furgoneta negra Gran Cherokee atravesaba a los muelles del puerto de Penarth. No se detuvo en ningún momento hasta llegar a la rotonda junto a Seaport Restaurant. Después prosiguió hacia los muelles exteriores.

En el primero de estos muelles la aguardaba un ferry de mediano tonelaje y gran potencia. El buque tenía unos cuarenta metros de eslora por nueve de manga, propulsado por cuatro motores Cummins Marine y equipación electrónica de navegación B&G.

Los ocupantes del Cherokee bajaron de él, al tiempo que por las escaleras del barco descendía su capitán, un hombre musculado de unos cuarenta años y piel tostada de muchos años de travesía.

Se saludaron brevemente y el capitán hizo una señal hacia la cubierta del barco. De inmediato bajaron dos gruesos cables rematados por ganchos de cada uno de los cuales pendía una red de amplias dimensiones y tejida en malla de acero.

Los del Cherokee se dieron prisa en sacar su cargamento del vehículo y colocarlo en las redes. Una vez dispuesto en ellas las grúas las izaron a cubierta, donde esperaban carretillas elevadoras Jungheinrich. Estas últimas recogieron el cargamento y lo depositaron en contenedores tras el puente del barco.

Rose y Hutkins se despidieron de Lucas y Huthignton. Los dos ascendieron a la cubierta del barco y al poco éste levó anclas y comenzó la maniobra del desatraque.

Viendo cómo se movía el buque Lucas y Huthignton arrancaron el Cherokee y dieron media vuelta, con destino a Canterbury.

* * * * * * *

13. Capri, Italia

La isla de Capri, situada al sur del golfo de Nápoles, es una pequeña isla cuyos pocos más de doce mil habitantes viven fundamentalmente de la pesca y algo de agricultura.

Pese a sus escasos diez kilómetros cuadrados la isla ha sido protagonista de vaivenes históricos importantes, hasta convertirse en el siglo XIX en lugar de inspiración de muchos artistas y literatos, así como enclave de ocio para parte de la nobleza y los adinerados.

En Marina Grande, el puerto principal de Capri, recaló el barco donde iban Rose y Hutkins, tras doce días de travesía por el Atlántico y Mediterráneo. La meteorología había sido benévola, salvo una gran tormenta en mitad del mar Tirreno. La potencia de los motores del buque, unida a la estabilidad de su casco y la experiencia del capitán y tripulación, hicieron que el paso por la zona de borrasca fuese poco más que una carrera con pequeños obstáculos.

Habían sido días plácidos en los que olvidaron la tensión del asalto a Castell Coch. El capitán era un hombre ameno que les había entretenido en las veladas, manteniendo sin embargo una discreción absoluta sobre los orígenes y el contenido de la carga que transportaban. Hutkins había bromeado con él, contándole su deseo de hacerse marino. El hombre fue condescendiente y simpatizaron, aunque Rose se vio algo relegada.

Cuando la tripulación comenzaba a desembarcar la carga del ferry llegó al muelle un furgón Iveco con dos ocupantes. Sin detener el vehículo dieron una vuelta a marcha lenta por el lugar, hasta que repararon en Rose y Hutkins. Les hicieron señas para que se acercasen, al tiempo que descendían del vehículo.

Rose y Hutkins estaban delante de Bernard López y Susan Bertelli, ambos con unas extrañas ropas de trabajadores de la industria conservera. Ninguno de los dos se había quitado el gorro de plástico que se usa al faenar en esos lugares.

Se saludaron afectuosamente y Rose indicó dónde se encontraba la carga que traían. Sin mediar más conversación lo recogieron todo en el Iveco, con ayuda de dos marineros.

Rose y Hutkins volvieron a despedirse del capitán del barco. Un efusivo abrazo entre los dos hombres que se prometieron tener otro encuentro. Con Rose intercambió el capitán dos besos en las mejillas y se desearon suerte.

Se subieron después al furgón donde Bernard y Susan los esperaban. John fue el primero en tomar la palabra.

— ¿Qué tal los científicos, se han acomodado en algún lugar apto para su trabajo?

— Ahora llegaremos, contamos en esta isla con una buena parte de la población adepta a nuestro movimiento, así que todo son ventajas — respondió Susan.

— De hecho la mayor industria de la isla, que es todo lo relacionado con la pesca, está en manos de una cooperativa en la que todos sus miembros están con nosotros. Tienen varias naves y en un compartimento de una de ellas están instalados nuestros amigos, esperando a que lleguéis con el material — amplió Bernard.

— ¿Han podido realizar algún avance mientras tanto? — preguntó Rose.

— Bueno, han estado diseñando todo un plan teórico minucioso de la investigación, pero la verdad es que desde hace seis días se dedican más a bañarse y tomar el sol que a investigar — contestó Susan.

— ¿Tan preciso es el material que traemos? — interpeló John.

— Absolutamente. Aquí en la conservera disponen de un laboratorio de control de calidad alimentaria, pero aunque está bien dotado, se requiere instrumental más refinado para la ingeniería genética — repuso Bernard.

— Pues ha merecido la pena entonces la dichosa travesía — dijo Hutkins con tono socarrón.

— ¡Oye, no te podrás quejar! — le reprochó Rose con burla.

A los pocos minutos se encontraron en las inmediaciones del puerto, frente a una gran nave. Sus dimensiones no tenían nada que envidiarle a las de las mayores naves industriales de Reino Unido. No era la única, en sus proximidades había otra media docena de naves menores y un polígono de pequeños talleres. Algo más lejos se veían granjas de cría de animales entremezcladas con grandes huertos.

El pueblo entero de Capri se había unido en una gran cooperativa para montar uno de los mayores complejos de la industria pesquera en Europa. Tenían autonomía de recursos en bastante de lo preciso, incluso para la reparación de maquinaria y útiles navieros y de pesca, pero dependían aún del petróleo para varios procesos, si bien para otros utilizaban la energía solar y de mareas.

En Anacapri, la ciudad pequeña, también se había montado todo un complejo de talleres para reparaciones y montajes menores.

Susan detuvo el furgón junto a una esquina en chaflán de la trasera de la nave. Se bajaron y entraron por una pequeña puerta, tras teclear un código alfanumérico en la cerradura electrónica. Tras la puerta se encontraban dos carretillas elevadoras, las pusieron en marcha y cargaron en ellas todo el material.

Una vez dentro tuvieron que moverse por un pequeño laberinto de pasillos, abriendo otras tres puertas con clave de seguridad. Por último Susan se detuvo ante una pequeña puerta sin ningún letrero distintivo. Introdujo la clave correspondiente e hizo una seña a los demás para que comenzasen a descargar.

La sala era tan espaciosa como la de Castell Coch y tenía una distribución similar, aunque las camas eran más amplias y en número de ocho, separadas en dormitorios individuales. La zona de despensa era algo más pequeña, pensando que la necesidad de reservas sería menor al contar con el suministro continuo de la conservera.

— Nuestros amigos no están, como suponía — afirmó Bernard.

— Apilaremos pues las cajas en aquel rincón y cuando vengan se encargarán de colocar el instrumental en el sitio que les convenga — indicó Susan.

— ¿Tenéis medio de avisarlos? — preguntó Rose.

— Pues sí, y afortunadamente tan seguro como en las inmediaciones de Tongwynlais — contestó Bernard —. Tienen montado un sistema de repetidores con filtro de salida, de modo que las comunicaciones entre los móviles locales no escapan fuera de la isla. Mirad, aquí os teníamos guardado un móvil a cada uno.

— Bien, si os parece los avisaré una vez hayamos colocado las cajas — repuso Susan — no podemos tener ocupado el pasillo con las máquinas.

— Pues no perdamos más tiempo — intervino John.

No hubieron terminado de descargar cuando se oyeron voces por los pasillos. Las voces se iban acercando hasta que fueron reconocibles.

— ¡Vaya, aquí vienen nuestros veraneantes! — exclamó Rose.

— ¡Eh, no os esperábamos tan pronto! — respondió Robert.

— O sea que pretendíais seguir de vacaciones más tiempo ¿eh? — bromeó John.

— La verdad no nos hubiese importado otra semana más de sol y playa — contestó Mariam.

— No les hagáis caso — terció Henri — desde hace cinco días estamos impacientes por vuestra llegada.

Se saludaron acaloradamente y continuaron entre todos con la tarea de desembalar y colocar el instrumental en sus lugares precisos. Cuando todo estaba colocado la curiosidad de Hutkins se hizo notar.

— Me gustaría saber qué contienen los pequeños contenedores y las am-

pollas. Y además ¿para qué tanto disco duro de Genicotrox? ¿No tenéis hecho ya el diseño teórico de la experimentación?

— Te veo muy perspicaz, John — le contestó Henri — Me hago cargo de que Bernard te ha puesto al día de nuestro último trabajo y también de que no se te escapa detalle. Pues bien, en cuanto a los discos duros, sospechamos que la dirección de Genicotrox, por una parte tenía copias de algunas investigaciones comprometidas de Robert y, por otro lado, creemos que en Genicotrox se está investigando sobre un sistema de propagación rápido del cáncer.

— Y por eso nos interesan los contenedores y las ampollas — terció Robert.

— ¡Joder! — exclamó Rose — ¿y tenéis alguna idea de quiénes están detrás de todo ésto?

— De momento son sólo sospechas de lo que he venido oyendo en Genicotrox en los últimos meses — declaró Robert — me extraña que tú, Rose, no sepas nada del asunto como espía que eres.

— Bueno, me habían puesto al cargo principalmente de tu seguridad mientras estabas en la empresa — se excusó Rose — aunque, sí algo había oído por los pasillos sobre un virus de diseño sintético.

— Robert, no veo que nos lleve a nada este interrogatorio — medió Susan — ya tendremos tiempo de someter a Rose al tercer grado si hace falta — añadió riéndose.

— Lo importante es que nuestros amigos del MI5 están sobre la pista del asunto — intervino Bernard — creen que en un par de días podrían darnos información. Planean además una operación para *cortarle algunas patas al pulpo.*

— ¿No piensas que eso es precipitado? — se sorprendió Robert — ¿Habéis calculado bien las consecuencias?.

— De momento lo que sabemos es que después de los atentados contra Marcel Rohner de la UBS y James Dimon de JP Morgan Chase en

2013, no se ha vuelto a atentar contra ningún potentado y que aquellos atentados, según muchos analistas, tuvieron su efecto en que los financieros relajasen su presión sobre la economía.

— En definitiva — interrumpió Susan — creemos que, tras varios años de tranquilidad para estos buitres, atentar contra alguno de ellos puede amedrentar o al menos crear inquietud en la élite que nos desangra.

— ¿No reaccionarán intentando imponer estados dictatoriales o, como habéis sugerido, causando epidemias? — preguntó John, con gesto de estar alarmado.

— Sobre las posibles epidemias ya os hemos dicho que estamos investigando — replicó Bernard —. De cualquier modo, es posible que quieran causar una epidemia para reducir a la población y hacer que los que queden se sientan más sometidos.

— Y en cuanto a imponer dictaduras podrían hacerlo en una segunda fase, tras las epidemias, pero no antes porque la situación política actual no es propicia para eso — volvió a interrumpir Susan — necesitan excusas y un estado de alarma social previo y ahí es donde intervienen las epidemias.

— De todo esto deduzco que cuanto antes nos pongamos a trabajar mejor será — concluyó Henri — si todo va bien en tres días podemos tener finalizado el trabajo de laboratorio. Por otra parte, Rose, contamos con tu ayuda para la eventualidad de que los discos de Genicotrox estén encriptados y también por si hubiera información no científica que pueda ser de interés.

— Ayudaré a Rose — se ofreció John — tengo alguna experiencia en temas de claves informáticas.

— Bien, pues no se hable más — dijo Henri, con energía — Robert y Mariam continuarán su trabajo sobre el genoma. Rose y John comenzarán a investigar los discos de Genicotrox. Bernard y Susan nos ten-

drán al tanto de la actuación de nuestros amigos del MI5 y se encargarán, cómo no, de nuestra seguridad, además de ayudarnos en lo que puedan con los ordenadores y los tubos de ensayo.

— Y tú, Henri, supongo que te vas a dedicar a investigar las muestras que hemos traído de Genicotrox — se adelantó John.

— ¡Ya digo que no se te escapa una, John! — exclamó Henri entre risas.

Se distribuyeron los espacios de trabajo y cada pareja comenzó su tarea. A Bernard y Susan se les ocurrió que, dada la importancia de sus comunicaciones con el grupo del MI5, debían reforzar la seguridad de éstas. Venían empleando un sistema RSA de 1024 bits, pero sabían que había máquinas capaces de romperlo en seis a ocho días. Aunque la probabilidad de que interceptasen sus mensajes fuese escasa algún añadido no vendría mal.

Quizás Rose pudiese ayudarles a montar un programa de encriptado de 2048 bits, pero hasta que ella no terminase la misión que tenía encomendada preferían no distraerla. Así que echaron mano de un viejo sistema de encriptación *manual*, el método de transposición.

Decidieron probarlo con el mensaje *nuestros amigos han llegado, estamos haciendo los preparativos para la fiesta*. Después de suprimir los espacios en blanco y la coma quedó la cadena:

nuestrosamigoshanllegadoestamoshaciendolospreparativosparalafiesta

Con ayuda de una hoja de cálculo convencional calcularon el número de caracteres. Viendo que es 66, que no es un cuadrado, decidieron suprimir *la* antes de *fiesta*, con lo que quedaban 64.

Después aplicaron el conocido como método de transposición, efectuando los siguientes procesos:

1º. Dividir el texto en 8 partes iguales (de 8 letras cada una).

2º. Disponer las letras formando un cuadro de 8x8, en cada columna va una de las partes anteriores, en orden.

nuestrosamigoshanllegadoestamoshaciendolospreparativosparafiesta

64

n	a	n	e	a	o	a	r
u	m	l	s	c	s	t	a
e	i	l	t	i	p	i	f
s	g	e	a	e	r	v	i
t	o	g	m	n	e	o	e
r	s	a	o	d	p	s	s
o	h	d	s	o	a	p	t
s	a	o	h	l	r	a	a

1	9	17	25	33	41	49	57
2	10	18	26	34	42	50	58
3	11	19	27	35	43	51	59
4	12	20	28	36	44	52	60
5	13	21	29	37	45	53	61
6	14	22	30	38	46	54	62
7	15	23	31	39	47	55	63
8	16	24	32	40	48	56	64

naneaoar 8
umlscsta 8
eiltipif 8
sgeaervi 8
togmneoe 8
rsaodpss 8
ohdsoapt 8
saohlraa 8

naneaoarumlscstaeiltipifsgeaervitogmneoersaodpssohdsoaptsaohlraa

3º. Formar una nueva cadena de letras, leyendo el cuadro de izquierda a derecha y de arriba hacia abajo.

— Ahora hay que esperar que nuestros amigos reconozcan el método de cifrado y los posibles interceptores no lo hagan — dijo Bernard.

— Esperaremos una respuesta y con eso lo sabremos — le contestó Susan.

Antes de lo que esperaban vieron un aviso de nuevo correo entrante. Lo abrieron con impaciencia y se encontraron el siguiente mensaje:

pasamgeaeqedioudruno6htoficgeersehornmaucenueolbtmtpmsiiooroinzm

oeoseauoscsqldrihesueoilasainddccgbeceaoioenasdrarmeredppdosgge.

De inmediato lo llevaron a su cuadrícula y leyeron el mensaje descifrado:

perfecto aquí hemos encontrado grupo mi6 enemigo hemos neutralizado subimos hacia peces gordos sabemos quien es el encargado de seguridad de oíl corp.

— Bueno pues esto parece que ha ido bien — dijo Bernard con satisfacción — ahora es de esperar que el mensaje no haya caído en malas manos.

— Está claro que nuestros amigos del MI5 son más confiados que nosotros — observó Susan — No han tenido reparos en hablar del MI6 y de la Empresa.

— Creo que será mejor esperar a que Rose nos pueda echar una mano con el RSA-2048 y entonces podremos saber qué está pasando de verdad — contestó Bernard con cautela.

— Bien, pues si te parece tú puedes hablar con nuestro equipo de seguridad externo a ver cómo van las cosas y yo mientras voy a echarle una mano a Henri — sugirió Susan.

— La mano será a los botes de ensayo — matizó Bernard socarronamente — Últimamente veo cómo se te abren los ojos cuando lo miras.

— Ah, ¿estás celoso? — peguntó Susan con mirada provocadora.

— Sabes que eso de los celos no es lo mío — Bernard le devolvió la sonrisa.

Rose y Hutkins mientras tanto estaban enzarzados en la desencriptación de uno de los discos duros de Genicotrox. Lo habían conectado como disco secundario en un ordenador de gran potencia y estaban ejecutando sobre él un programa de rastreo de contraseñas. Después de unos veinte minutos John empezó a impacientarse.

— ¿Qué te parece si usamos otro método más directo? — le preguntó a Rose.

— ¿Directo, como qué?.

— Inspeccionamos el sector de arranque del disco, puede que identifiquemos el programa de lanzamiento y siguiendo la pista encontrar la rutina de encriptación.

— ¿Y dónde has aprendido todo eso?.

— Un amigo de toda la vida, que ahora está en el MI6, fue mi colega de aprendizaje de hackeo. Aún después de entrar en el MI6 hemos seguido en contacto eventualmente y me ha enseñado algunas cosas de tipo técnico.

— ¿No trabajarás para el MI6?.

— ¿Aún tienes dudas sobre mí? Te recuerdo que me sometiste al tercer grado con pentotal. ¿Conoces a Peter Schward?.

— No, pero en cuanto tenga contacto con Wattner le preguntaré.

— Muy bien, espía desconfiada. Y ahora, ¿qué hacemos?.

— De acuerdo, detendré el rastreador en modo reiniciable para no perder el trabajo que lleva hecho.

Después de poner en funcionamiento un lector de sectores y ojear el sector de arranque John hizo una indicación a Rose sobre una sucesión de valores hexadecimales.

— Creo que estarás de acuerdo conmigo en que el programa de carga es típico de Linux con alguna modificación y que ahí tiene una cadena de salto.

— Me sorprende estar ante un *coquito*, pero tienes razón veamos qué se encuentra en esa dirección.

Rose tecleó rápidamente y pasaron a ver otro sector del disco.

— En efecto, se trata de un típico codificador-descodificador del tipo

RSA — dijo Rose con júbilo — y el algoritmo es..., de 512 bits. No entiendo por qué mi rastreador no ha encontrado aún la contraseña.

— Tal vez porque no la buscaba en el sitio adecuado — replicó John — Fíjate en el número de sector donde se indica que está la clave.

— Cierto, la rutina RSA está algo modificada. Creo que debemos pararnos un poco a analizar el código antes de seguir. Si te parece imprimo dos copias y lo estudiamos.

Tras varios minutos de lectura ambos coincidieron en que las pocas modificaciones del código afectaban sólo al lugar de almacenamiento de la clave. Rose volvió a lanzar su rastreador pero con las especificaciones que habían encontrado. En pocos segundos tenían la clave en la pantalla y el contenido del disco enteramente a la vista.

Mientras tanto Henri Crosstand estaba manipulando con gran cuidado una cepa vírica de las varias que habían traído de Genicotrox. Se le había unido Susan quien observaba con atención el trabajo de Henri.

— ¡Resulta difícil de creer! — exclamó Henri con cara de disgusto — estos virus se parecen enormemente a los retrovirus que sinteticé en Cardiff.

— ¿Y cómo puede ser? — peguntó Susan, asombrada — ¿Acaso tendrán una función parecida?.

— Esa es justo la pregunta que hay que contestar. Haremos un escáner en relieve de estos virus y compararemos su estructura con la de los otros. ¿Me ayudas con este aparato?.

— Por supuesto, será un placer — contestó Susan mostrando su sonrisa más seductora — tú me indicas qué voy haciendo.

— Introduciré el frasco en este recipiente — pronunciaba Henri mientras contestaba miméticamente a la sonrisa de Susan — en cuanto yo separe la mano, pulsa este botón sin tardar.

Robert y Mariam estaban repasando por separado su trabajo estudiando el

proceso que habían descubierto en Cardiff, sólo que ahora en el sentido inverso, el que realmente se produce en un organismo. Contaban para ello con tejido neuronal conservado en una solución glucosada.

Intentaban estimular los genes diana con una enzima tras otra sin obtener resultado. Cuando una hormona peptídica, como un neurotransmisor, alcanza la membrana de una célula y se acopla a un receptor, se producen reacciones en cadena que dan lugar a varios enzimas los cuales se dirigen a diversas partes de la célula, particularmente al ADN. Algunas de estas enzimas pueden estimular a ciertos genes específicos de forma más o menos intensa según la constitución de esos genes.

Seguían con las pruebas hasta que Mariam tuvo un flash.

— Robert, ¿se te ha ocurrido pensar que en Genicotrox te hayan copiado parte de tu trabajo?.

— Puestos a pensar no niego que lo hayan hecho. He estado tomando precauciones, simulando que mi trabajo era de estudio de la agresividad, y desviando la atención de los directivos sobre una secuencia de genes muy diferente, pero quién sabe, esa gente tiene cámaras por todos lados.

— En ese caso es posible que las enzimas que nos han traído sirvan para esto mismo que estamos haciendo.

— Me sorprendes no imaginas cuánto — contestó Robert al tiempo que notaba cierta excitación sexual — realmente eres una mujer brillante.

— No te apresures en lisonjearme — declaró Mariam intentando reprimir la satisfacción que el cumplido de Robert le producía — tendremos primero que mirar.

Cuando se acercaron al puesto de Henri pudieron observar cómo a éste le recorría un escalofrío por la espalda. Susan, atenta a la pantalla en que se veía la estructura tridimensional de los virus, no lo advirtió.

— ¿Qué te ocurre Henri? — le preguntó Mariam preocupada.

— Estos virus coinciden en un noventa y siete por ciento con los que sinteticé en Cardiff — replicó Henri.

— Permíteme observar — reclamó Robert algo perplejo.

Henri y Susan se retiraron de la pantalla permitiendo a Robert y Mariam que examinasen la imagen. Tras hacerla rotar para observarla desde varios ángulos, se miraron y en su gesto se observó un pensamiento coincidente.

— Mariam ha tenido una corazonada y creo que lleva toda la razón — afirmó Robert girándose hacia sus compañeros — debemos estudiar de inmediato las enzimas de Genicotrox.

— Y creo que los tres estamos de acuerdo — añadió Mariam — estos virus son una réplica con modificaciones de los que tú, Henri, sintetizaste, aunque lamento decirte que tu trabajo es posterior al de alguien de Genicotrox.

— ¡Me da igual a estas alturas el tema de patentes! — exclamó Henri que no acababa de salir de su aturdimiento — Me preocupa que se nos hayan adelantado buscando otros objetivos.

— El responsable, en parte, soy yo — declaró Robert con cierto pesar — Para encubrir mi trabajo en Genicotrox tenía a los directivos convencidos de que estaba realizando un estudio sobre la agresividad.

— Y nos tememos que hayan utilizado, no sólo los resultados de los que ha ido informando, sino también que lo espiasen con cámaras — quiso Mariam aclararle a Henri, para que éste reaccionase.

— Lo que decís encaja — Henri salía de su contrariedad — y os doy la razón, hay que examinar de inmediato las enzimas. Si os parece nos repartimos el trabajo.

— De acuerdo — convino Robert — tenemos tejido neuronal sobrado para repartirnos muestras. Tendremos que desembalar antes otros equipos de radiación y ultrasonidos.

Rose y Hutkins habían avisado a Bernard en cuanto comenzaron a listar

los archivos del disco desencriptado.

— Queremos que veas esto — le dijo Rose a Bernard — un documento enviado por el Pentágono y una comunicación de Genicotrox al mismo. Hay otros varios archivos del estilo aunque estos dos parecen los más recientes.

— Nos temíamos que desde USA estuviesen puenteando al gobierno inglés — enunció Bernard con gesto afirmativo — Esto confirma nuestras sospechas. Necesito que me ayudéis a montar un sistema de cifrado seguro para comunicarnos con nuestros agentes del MI5. El RSA-1024 me parece pobre.

— Te montaré de inmediato un RSA-2048 — acordó Rose mirando a John con gesto divertido — también yo quiero hacerle una pegunta a Wattner.

Cogió de su mesa un disco portátil que había transportado consigo desde Gales y los tres se dirigieron a la mesa en que estaba el ordenador de comunicaciones. Tras conectar el disco y realizar un par de operaciones, Rose volvió el teclado hacia Bernard indicándole que el equipo estaba dispuesto.

— Susan y yo hemos reforzado la seguridad usando el método de transposición y nos resultaba divertido — explicó Bernard antes de comenzar a teclear — Hemos usado un cuadro de 8x8 — añadió algo azorado.

— ¡Ja, ja, ja! — se río Rose sin disimulo — el colega Scalabra es criptólogo, así que lo habrán pillado a la primera. Ahora me contarás cuáles han sido esos mensajes. Pero más divertido te va a resultar esto otro.

Rose enchufó una cámara con micrófono al ordenador e hizo algunos toques en la pantalla táctil, que mostró seguidamente la cara de Bernard en un recuadro sobre el fondo de la sala. A los pocos segundos aparecía la cara de Scalabra en un recuadro distinto.

— ¿Os has gustado jugar a los barquitos? — se oyó la voz de Scalabra en los altavoces de la pantalla —. Me ha recordado mis tiempos de

estudiante — se le vio reírse.

— No teníamos otra cosa a mano y creo que tú lo has dado por bueno — refunfuñó Bernard.

— No debéis preocuparos por el contenido del mensaje que os enviamos — Scalabra cambió el tono — por nuestra parte hemos hecho otro añadido de seguridad en el canal de comunicación. Había una escucha que ya hemos localizado, pero a ellos el mensaje le ha llegado totalmente adulterado. Aviso a Wattner, querréis verle a él.

— Bernard me alegró de verte — sonó la voz de Wattner antes de que apareciese su imagen — tenemos que hablar largo y tendido ahora que habéis puesto a seguro la comunicación. Hay varias novedades importantes pero antes sería mejor que comencéis vosotros.

— Rose tiene una pregunta que hacerte. Por mi parte decirte que en uno de los discos que requisasteis en Genicotrox hemos encontrado comunicaciones entre la Empresa y el Pentágono.

— Wattner — Rose giró la cámara hacia sí — ¿conoces a Peter Schward del MI6?.

— Pues sí — contestó Wattner con perplejidad — Y tú, ¿de qué lo conoces?.

— Es Hutkins quien dice conocerlo desde la juventud. ¿Qué tal tipo es?.

— Peter es uno de mis brazos en el MI6. Fiable al cien por cien, ¿o el traidor más refinado del mundo?

— Veo que aún estás afectado por lo de Castell Coch.

— Tenemos atados casi todos los cabos, pero..., debo admitir que me sorprendieron.

Rose hizo un gesto a Bernard que cogió a John del brazo y lo apartó de la mesa.

— Me tienes que explicar quien es ese tu amigo del MI6 — Bernard te-

nía el ceño fruncido como si estuviese ante un enemigo.

— Ya lo has oído — John hablaba con suavidad — Peter Schward es amigo mío de nuestros tiempos de estudiantes. Juntos aprendimos informática *extraoficial*. Fuimos investigando técnicas de hackeo y después hemos mantenido el contacto. Obviamente es él ahora quien más sabe de estos temas y cuando nos vemos me pone al corriente sobre nuevas técnicas.

Mientras tanto Rose le había indicado a Wattner que usase los auriculares para proseguir la conversación.

— Tenemos dos aliados o tenemos dos contra-espías en nuestras filas. Jefe Wattner, es preciso que te pongas bien las pilas con el tal Peter. A nuestros científicos les he oído, al poco de reanudar su trabajo que en Genicotrox parece que han espiado el trabajo de Robert Morrison y lo han seguido desarrollando en otra línea, lo que significa que pueden ir por delante de nosotros.

— No tengo otro remedio que reconocer que empiezo a desconfiar de mi instinto. A partir de ahora creo que lo más oportuno es que Madlow lidere nuestro grupo. De hecho ha sido él quien ha tenido la iniciativa desde que os fuisteis.

— Me parece bien, pero quiero que sepas que te estimo aún más por esta decisión y que contamos con tu experiencia y conocimientos. Supongo que no vas a desanimarte.

— Supongo que debemos olvidarnos un poco de la estructura jerárquica del MI5 y actuar como colectivo pensante. En los momentos de acción el más preparado para el mando es Madlow de todas formas.

— Bien, yo tendré a Hutkins bajo vigilancia hasta que vosotros aclaréis con quién juega de verdad el tal Peter. Ahora se pone Bernard al habla con Madlow.

Bernard puso a Madlow al corriente de las conjeturas de los científicos a lo que Madlow respondió que tenían indicios de la colaboración con el

Pentágono tanto de Genicotrox como de Genentech.

— Tendremos que movilizar a nuestros contactos en USA — concluyó Bernard.

— Por nuestra parte tenemos contacto con gente de la CIA y la NSA, pero no llegamos al Pentágono — Madlow estaba algo contrariado.

— Pasaré la información a los miembros de la CMH en Estados Unidos — repuso Bernard — ellos tienen militares de alta graduación y otros en el Pentágono adheridos a nuestro movimiento.

Madlow por su parte explicó los avances que su grupo había realizado. Con la ayuda de Lucas y Huthignton se habían colado en las bases de documentos del MI6. Al efecto les proporcionaron a los policías toda una batería de programas de rastreo y anti-rastreo. Una vez que los policías les habían dado las claves de entrada, el grupo de agentes, con Scalabra al frente había seguido la labor desde su escondite en Cambridge. Habían elegido esta ciudad para conectarse a Internet a través de los servidores de la Universidad, lo que hacía su trabajo más simple al no tener que *ping-pongnear* una larga lista de servidores mundiales para borrar su propia pista.

Hurgando entre los documentos del MI6 habían encontrado un nombre que se repetía: Hans Priebke. En los documentos firmaba como Erich Hoessler, pero uno más antiguo relacionaba ambos nombres. Este personaje había estado dando instrucciones durante los últimos años sobre persecución y *desapariciones* de sindicalistas. Varias de estas órdenes se habían trasladado al MI5, algunas habían sido del conocimiento de Wattner en su día y fueron frustradas.

Tenían datos de casi toda la red de agentes del MI6 y MI5 que estaban colaborando conscientemente con la Oil Corp.

Rastreando además las comunicaciones del tal Hans Priebke dieron con otros dos nombres Heinz Beisheim y Marc Jeppson. Refrendados por sus contactos en el BDN alemán y la NSA, tenían serios indicios de que estos tipos eran ejecutivos del máximo rango de *La Empresa*.

Habían seguido sus indagaciones sobre el alemán y tenían información suficiente para intentar eliminarlo en su propio país o en Francia donde viajaba a menudo. En un caso contarían con cobertura del BDN y en el otro con colegas de la DGSE francesa. Esperaban ultimar planes y contar con la aprobación de la CMH a través del mismo Bernard o Susan.

Con respecto a un grupo de agentes del MI6, colaboradores del jefe de sección Harley, no habían esperado a tener licencia alguna. Habían procedido contra cada uno de ellos por un método de doble atentado. Primero pidieron a grupos colaboradores suyos que atentasen contra cada uno de los corruptos del MI6, dejándolo herido grave y después los *visitaron* uno a uno para herirlos aún más gravemente, todo en el mismo día sin darles tiempo a reaccionar. Harley y otro de los corruptos murieron, los demás quedaron inválidos. Les quedaban dos *cabos sueltos* que no se encontraban en Londres pero estaban localizados en Rusia. Un grupo amigo del SVR, que tenían viejos asuntos personales con ellos, les había asegurado que la *neutralización* sería efectiva en horas.

— De acuerdo con las neutralizaciones — afirmó Bernard con gravedad — aunque quiero la lista de nombres de todos los eliminados y sus cargos en el MI6. Respecto a la operación Heinz Beisheim me parecería tácticamente necesario eliminar primero a Hans Priebke, ¿lo veis posible?

— Lo tenemos localizado aunque se mueve constantemente entre varias ciudades de Reino Unido y otras de Alemania — Madlow esperaba esta respuesta de Bernard —. También acompaña con frecuencia a Heinz Beisheim a Francia, de modo que podíamos planear un atentado doble. La operación sería algo más complicada pues llevarán un buen número de guardaespaldas, pero también nos servirá para probar la lealtad de nuestros aliados franceses.

— Lo consultaré con la CMH y dispondréis de refuerzos adicionales en caso de que la operación se apruebe. Lo más importante serán las vidas de todos los nuestros que intervengan, por encima de que consigamos eliminar o no a estos canallas. Salir indemnes y que ellos se-

pan que están en peligro ya es un éxito más que suficiente.

— Bien, la lista que me pides está en el escáner, la tendrás en segundos vía correo-e asegurado.

— Tendréis noticias mías como tarde mañana por la mañana. Mientras tanto no actuéis y que tengáis buena suerte en vuestro nuevo escondrijo.

— Gracias, espero que los científicos adelanten y tengamos buenas noticias mañana.

* * * * * * *

14. Planes de la CMH

Como si la frase de Madlow hubiese sido una premonición a las pocas horas de la charla entre aquél y Bernard el equipo científico había obtenido algunas importantes conclusiones.

— El rumor de que se hablaba sobre propagación de cáncer creo que estaba basado en estos virus — aseguró Henri —. Las estructuras son todas parecidas y apuntan a la porción de genes encargados de la producción de adrenalina y esteroides anabolizantes, en resumen a aumentar la agresividad en los varones.

— Los documentos del Pentágono piden compuestos que alteren el genoma de los soldados para hacerlos más resistentes y agresivos — añadió Rose — eso concuerda con lo que habéis averiguado.

— Las enzimas tienen como blanco la excitación selectiva de una porción de genes super-interruptores — intervino Robert — sólo actuarían si estos genes particulares presentan cierta receptividad poco corriente. Están localizados en mayoría en el cromosoma Y.

— Lo que refuerza aún más que el plan del Pentágono junto con Genicotrox es crear legiones de supersoldados sociópatas — concluyó Mariam mientras Bernard y Susan afirmaban con la cabeza.

— No olvidemos nuestro trabajo, nos quedamos atascados en la búsqueda de enzimas que activen la porción genética que nos interesa — advirtió Robert — las estructuras enzimáticas que he visto me han dado ideas.

— También a mí — refrendó Mariam.

— El caso es que nos vemos obligados a crear alguna suerte de antídoto para este proceso — repuso Henri — ¿Os imagináis que lanzasen al ejército contra el pueblo con esta nueva clase de soldados? Las matanzas serían horribles.

— Bien, aunque no tenemos suficientes enzimas en las muestras de Ge-

nicotrox, sí tenemos aquí el instrumental para sintetizarlas a partir de estradiol y testosterona — Robert repasó con la mirada a todos los presentes — Necesito voluntarios y voluntarias para obtener esta materia prima.

— ¡Qué gracioso!. Vosotros no tenéis más que daros un pinchacito en vuestras partes y a nosotras nos toca aguantar la introducción de una sonda hasta las trompas — protestó Susan.

— Yo por mi parte estoy dispuesta — contestó Rose.

— Y yo también — Mariam no quería desaprovechar esta oportunidad para dejar a Susan en evidencia. También para no quedar por debajo de Rose.

— Bueno, como en la parte científica no puedo ayudar ésta será mi contribución — John habló echando un vistazo de reojo a su *paquete*.

— Por supuesto que yo también estoy dispuesto — Bernard no vaciló.

— Me fastidia pensar que mis niveles puedan estar bajos — dijo Henri con leve enfado — pero esa es una buena forma de saberlo.

— Visto lo que hay, yo no me quedo atrás — rectificó Susan.

— Bien — Robert retomó el asunto — ahora cada cual decide si se hace una auto extracción o si necesita ayuda.

Los varones optaron por la auto extracción, después de que Bernard y John peguntasen los detalles de cómo hacerlo. Las mujeres prefirieron confiar unas en otras, por lo que se retiraron las tres a una habitación tras recoger algún instrumental.

A los treinta minutos volvieron las mujeres a la sala principal y se encontraron con que Robert y Henri habían proseguido la investigación. Bernard se había apartado con el ordenador de comunicaciones y John repasaba documentos en el resto de discos duros de Genicotrox.

— ¡Aquí tenéis nuestras muestras, chicos! — gritó Mariam para llamar la atención.

— Pues creo que tú misma puedes hacer los honores y aislar el estradiol — contestó Robert sonriente.

Susan, que estaba algo lívida por el *sondeo*, se fue a acompañar a Bernard. Rose decidió irse al puesto de John.

— Nosotros hemos purificado ya suficiente testosterona para hacerte un cambio de sexo, si quieres — Robert tenía cara de provocar a Mariam — aunque sería una lástima.

— Tú te lo ibas a perder, ¡so engreído!

— Menos bromas ¡y al trabajo! — cortó Henri con autoridad.

* * * * * * *

Bernard había establecido videoconferencia con Franklin Simpson uno de los principales dirigentes de la CMH en USA. Cuando comenzó a contarle las novedades Franklin estimó que la videoconferencia se debía ampliar a otros dirigentes de la CMH en otros países. En pocos minutos se habían unido a la videoconferencia Alice Delapierre de Alemania, Juan García Bustos de España y Marcel Brasillach de Francia entre otros. En total catorce dirigentes mundiales de la CMH estaban atentos a la información que Bernard les transmitía.

Cuando habló sobre la implicación del Pentágono, varios de ellos le pidieron que enviase los documentos extraídos de los discos de Genicotrox. Bernard convino con todos que los distribuiría a medida que los fuesen inspeccionando Rose y John, pero se refirió a ellos dos como *colaboradores* para no dar sus nombres.

Alice Delapierre aportó que la Comisión alemana tenía indicios de que algo semejante se estaba haciendo en AgroEvo de su país. La acción perpetrada en Genicotrox la animaba a realizar otra semejante en esa empresa.

Franklin por su parte dijo que le pondría las pilas a los militares adeptos para que sacasen información del Pentágono.

Juan García ofreció la colaboración de varios expertos españoles en gené-

tica que se habían incorporado un año atrás a sus filas. Procedían de la Sanidad Pública Española y eran excelentemente reputados por sus investigaciones sobre el cáncer y anti-virales. Le pidió a Bernard que comunicase a sus científicos los nombres que iba a transmitirle en correo privado, prometiéndole que se iban a impresionar.

Bernard continuó hablando de la propuesta de Madlow para atentar contra la cúpula de *La Empresa*. Todos lo escucharon con la máxima atención hasta que les preguntó su opinión al respecto. La primera reacción de casi todos fue aplaudir. Después tomó la palabra Marcel Brasillach quien dijo contar con muchos apoyos en la DGSE y en la DGPN, tantos que quería plantear a la CMH la posibilidad de una insurrección incruenta en Francia en pocos meses.

Hubo gestos de asombro, seguidos de aplausos por parte de los contertulios. Marcel, con aplomo, contestó que no era el momento de tratar ese tema, pues Bernard los había convocado para otro. Prosiguió diciendo que le parecía acertado el plan de los atentados, que en Francia eran preferibles las condiciones de seguridad para la actuación de un comando, y que estaban a punto de confirmar el nombre de otro gran socio de *La Empresa*. Recomendó esperar unos cinco días, tiempo en el que harían la confirmación. Eso permitiría iniciar una cadena de atentados que podría sembrar el desconcierto en la *Cúpula* de la Oil.

Mientras se producía la teleconferencia Robert se había acercado al emplazamiento de comunicaciones para recoger otra de las pantallas radiactivas y no pudo dejar de oír lo referente a los atentados. Con el ímpetu que lo caracterizaba llamó de inmediato a Bernard para hacerle una propuesta.

— Me vais a disculpar un momento compañeros — dijo Bernard a su auditorio algo turbado — uno de los científicos parece que tiene algo urgente que decirme.

— Creo que antes de eliminar a toda esa gente deberíamos secuestrar al menos a uno de ellos para que nos sirva de cobaya en la investigación — propuso Robert a Bernard, con gesto de no admitir una negativa.

— Lo comentaré a la conferencia y estudiaremos las posibilidades, pero ten en cuenta que un secuestro es más arriesgado para nosotros que un atentado — repuso Bernard.

— Sabes que experimentar con uno de éstos buitres sería definitivo — contraatacó Robert.

— De acuerdo, veremos que opinan los demás — Bernard le hizo un gesto a Robert para que se fuera, mientras él volvía a situarse ante la pantalla.

— Uno de los científicos nos propone que en lugar de eliminar a todos los magnates secuestremos a uno de ellos, al menos, con objeto de experimentar con él la fórmula que está preparando — soltó Bernard a bocajarro a los oyentes.

— ¡Oh!. Eso es muy arriesgado — replicó Marcel de inmediato — nos arriesgamos a que nos persigan y al final que capturen a nuestro equipo científico.

— En España contamos con laboratorios seguros, además de bien dotados — se interpuso Juan García — no he hablado siquiera de que contamos con un 25% de nuestra Policía Nacional y un 30% de nuestra Guardia Civil firmemente comprometidos con nuestra causa. El obstáculo lo tenemos en el Ejército y el CNI en que contamos con pocos adeptos. Si se hace una maniobra distractoria para que el CNI se dedique a otros asuntos, pienso que podríamos mantener un secuestro durante un mes con total seguridad.

— Alabo tu valor, Juan — le contradijo Marcel — pero tu experiencia en temas policiales creo que es escasa, pese a que hayas sido víctima en muchas ocasiones de los agentes de tu país.

— La mía creo que está demostrada para quienes me conozcáis — Pedro Buenatierra sustituyó a Juan García en su pantalla — y para quienes no, os diré que soy ex-agente del CNI español, retirado tácticamente, y coordino a un grupo de agentes en activo que trabajan para noso-

tros. Coincido con la apreciación de Juan, podemos mantener el secuestro, incluso, si desde Francia se coopera, nosotros mismos podríamos realizar el secuestro en Francia y traernos al *caballero* aquí, a España.

Hubo murmullos entre los tele-asistentes. La figura de Pedro Buenatierra Martínez era de sobras conocida. De hecho era el más destacado entre todos los agentes de servicios secretos adeptos a la CMH. Había encabezado la organización de redes de comunicaciones indetectables por los servicios oficiales y también organizado la red de alertas sobe persecuciones a sindicalistas y otros dirigentes sociales disidentes.

Franklin Simpson fue el primero en contestar.

— Si contamos con usted en persona yo mismo me trasladaré a Francia para participar en la misión.

— Le agradezco su entusiasmo — contestó Buenatierra — pero dudo que un periodista nos sea útil para estos trabajos.

— A mí creo que sí me admitirá — intervino Alice Delapierre.

— Yo también me ofrezco personalmente — añadió Marcel Brasillach.

— Creo que mi ayuda puede ser eficaz — apareció Gustav Mercoli de la DGSE francesa, su voz sonó con sarcasmo — lidero un grupo bien entrenado y tenemos control suficiente en las redes de información francesas.

— Señores — interrumpió Buenatierra — veo que hay entusiasmo entre ustedes por mi propuesta, si me permiten demasiado. Esta no va a ser una misión fácil, la organización de seguridad de *La Empresa* está constituida, por lo que sospecho, por veteranos de operaciones especiales y detrás de ellos estoy seguro tiene que haber algunos veteranos del espionaje ya retirados, posiblemente de la antigua KGB, puede que de la inteligencia china. El voluntarismo en este caso es peligroso, debemos ser profesionales probados quienes lo hagamos. Propongo que Alice y Gustav comiencen a coordinar un grupo fran-

co-alemán. Por lo que tengo entendido Bernard está acompañado de agentes del MI5 que han sido quienes han propuesto esta iniciativa. Pues bien, éstos se coordinarán con nuestro grupo español. En Francia se organizará un simulacro de atentado que dé pie a pedir colaboración del CNI español. Por nuestra parte nos organizaremos en dos grupos, una para la vigilancia del laboratorio donde seguirán trabajando los científicos y el otro será el que se desplace a Francia, junto con los británicos, para secuestrar al tal Heinz Beisheim. Con su gorila Hans Priebke tendremos que estudiar si también lo secuestramos o tendremos que liquidarlo.

— El plan me parece bastante acertado — dijo Bernard con gesto de conformidad — y estimo que lo más conveniente es que a partir de ahora Buenatierra, Madlow, Alice y Gustav se pongan de acuerdo entre ellos sobre los detalles y plazos. Cuando tengáis preparado el traslado de los científicos a España nos avisaréis, mientras seguiremos trabajando aquí. Está claro que no haréis movimientos comprometedores en Francia hasta que nos hallemos en España. En cuanto a Marc Jeppson y el Pentágono creo que Franklin Simpson y su grupo tienen la palabra.

— Estudiaremos la situación y haremos planes — intervino Franklin — os tendremos al corriente de la información que obtengamos del Pentágono.

— Recuerdo que en cinco días es muy probable que confirmemos la identidad de otro miembro de Oil — repuso Marcel Brasillach — la información que tenemos es que se mueve en los círculos de la Banca Suiza y viaja desde este país a Francia, Alemania, Austria, Italia y algunos países del Este Europeo. Deberíamos capturarlo también en cuanto lo tengamos localizado.

— Seguiréis trabajando en el tema coordinados con el grupo alemán — ordenó Buenatierra, asumiendo desde ese momento el liderazgo de las operaciones —. En cinco o seis días habremos trasladado a nuestros científicos y entonces estudiaremos cómo realizar los atentados

según la información de que dispongamos en ese momento.

* * * * * * *

15. Lucha de retrovirus

— Mira aquí, Henri — Susan había advertido una rareza en el escáner de una muestra — ¿no te parece extraño?.

— Déjame ver. ¡Es asombroso!. Parece que una colonia de retrovirus está *devorando* a la otra colonia de virus.

La muestra procedía de uno de los frascos que habían sacado de Genicotrox. Hasta pocos minutos antes se había mantenido por debajo de los 0º C. Cuando estaba alcanzando la temperatura de la sala (20º C aproximadamente) los organismos recobraron vida, los virus y retrovirus comenzaron a invadir las células del cultivo.

La célula infectada primeramente por un virus eran alterada por éste para reproducirse, pero si un retrovirus entraba en ella producía otra alteración que eliminaba el efecto de la anterior; a partir de ese momento eran los retrovirus los que se reproducían mientras que los virus iban desapareciendo.

Aquella otra célula que era invadida primero por un retrovirus quedaba inmune a los virus. En cuanto uno de estos cruzaba su membrana se disolvía de inmediato en el plasma celular.

— No cabe duda de que estaban experimentando con un antídoto para su virus de la agresividad — aseveró Henri — tal vez esto nos pueda ayudar — observó con aire pensativo.

— Dependerá de los efectos en el organismo de esta cepa de retrovirus — interpeló Susan — ¿no crees Henri?

— Tienes toda la razón, comenzaremos por cartografiar su estructura y observar en qué puntos atacan al ARN mensajero de la célula anfitrión. Estas células son de cerdo, adelantaremos más si las reemplazamos por células humanas.

— ¡Eh, eh!. ¿Otra vez cobayas voluntarios?

— ¡Ja, ja, ja!. No, esta vez bastará con algunas células de piel, aunque sí convendría que fuesen tanto masculinas como femeninas.

— Y, ¿qué pretendes, que nos cortemos cada uno un *filetito*?.

— Venga, no te dolerá nada, prácticamente un ligero raspado en el brazo o la pierna, donde prefieras. Aunque donde se nota menos es en los glúteos — la mirada de Henri era de lo más socarrona.

— ¡Je, je, je, ni lo sueñes!. Empieza tú y yo veré cómo me lo hago.

— Mejor me lo haces tú. Será más fácil para depositar la muestra en el frasco — Henri se desnudó el brazo y lo mostró a Susan, al tiempo que con la otra mano le acercó un bisturí —. Lo habrás hecho alguna vez, supongo. Pasa el bisturí con suavidad, lo más paralelo que puedas a mi brazo, con una delgada capa de un centímetro cuadrado sobrará.

Susan pasó el bisturí con delicadeza por el brazo de Henri y desprendió un trozo de epidermis sin producir sangrado. Seguidamente invirtieron los papeles. Susan fingió dolor y Henri la creyó.

— ¡Podías haber tenido más cuidado, bruto! — en el rostro de Susan se le veía estar molesta.

— ¡Oh, no sabes cuánto lo siento! No era mi intención...

Susan aprovechó el desconcierto de Henri para acercarse a besarlo. Henri contestó al beso con otro beso más largo. Después se apartó y le reprochó en broma a Susan su engaño.

— ¡Vaya!. Así que jugando conmigo, ¿te parece bien?.

— Pues la verdad es que sí, me gustaría jugar contigo un buen rato — Susan no reprimió su descaro.

— Vamos a dejar esto preparado y nos retiraremos un rato a tu habitación, ¿te parece?

Susan contestó con una sonrisa lujuriosa. Mientras terminaban de preparar el nuevo cultivo no dejaban de cruzarse miradas libidinosas.

Robert había repasado tres veces el proceso de activación de los genes al-

terados, estimulándolos con una enzima procedente de Genicotrox que había modificado para que *encajase* en el blanco.

— Esto funciona sin duda — le dijo a Mariam, sin dejar de observar la pantalla en que monitorizaba el fenómeno.

— La misma enzima aplicada a genes normales también provoca la reacción en cadena hasta la producción de endorfinas, pero los niveles son muy bajos.

— Mira que niveles de endorfinas se obtienen en esta muestra, creo que la mayor alegría que pudiera tener una persona normal no llegaría a tanto.

— Se tiene que estar bien con un cerebro así, si no fuese por...

— Si no fuese por que la caída de los niveles de endorfinas debe producir un efecto de ansiedad que tampoco llega a sufrir una persona normal. Este último punto debemos comprobarlo.

— Estimularemos repetidamente con el enzima las células modificadas, después le cortamos *el chute* y veremos cuál es la reacción. De mientras podríamos hacer una prueba de liberación de endorfinas en individuos normales como nosotros dos...

— ¿Estoy entendiendo lo que estoy entendiendo?.

— A ti ¿qué te parece?.

— Bueno pues dejamos el experimento programado y nos vamos a tu habitación, ¿vale?.

Cuando Bernard terminó la videoconferencia con los coordinadores de la CMH se encontró con el laboratorio completamente vacío. Rose y John habían sido los últimos en abandonarlo. Bernard refunfuñó al darse cuenta de que todos habían abandonado el trabajo pero, recapacitando, admitió que merecían un descanso. Los últimos días se entregaron absolutamente, cada una a su tarea y obtuvieron avances notables. ¿Por qué no iban a hacer un alto para festejarlo? Ninguna institución los galardonaría por sus descubri-

mientos. No les quedaba más que premiarse a sí mismos.

Un sentimiento amargo comenzó a invadir la mente de Bernard al ser consciente de que él estaba solo. Durante su vida nunca tuvo una relación que durase más de un fin de semana. La vida militar no le había dado oportunidades. Comenzó en L’Armée de l'Air francesa como teniente, tras salir de la academia, y desde entonces estuvo de continuo en misiones en el extranjero y cambiando de base aérea cada año.

En diez años llegó a coronel y se dedicó durante cinco más a labores de inteligencia. Siguieron por ello las continuas visitas al extranjero. En varias ocasiones estuvo en España, de donde era su padre, y en una de ellas conoció a una chica de la que jamás se olvidaría. Él tenía entonces treinta y dos años y era comandante. Ella veintiocho y trabajaba como periodista. Desde entonces Bernard comenzó a interesarse por esta profesión. Cuando trabajó en inteligencia militar fue tomando conciencia del papel del Estado como defensor de intereses oligárquicos y decidió dejar el Ejército, para sorpresa de sus superiores que esperaban de él una brillante carrera.

Su conocimiento de temas militares le abrió las puertas al diario *Le Monde*, como asesor en temas militares e internacionales. Mostró al poco su capacidad por lo que le confiaron diversas misiones como reportero internacional. Cuando se planteó tener una estabilidad ya se hallaba unido a la CMH y su carácter le impedía implicar a alguien ajeno en algo tan comprometido.

Pero no perdía la esperanza. Pese a su carácter algo opaco se sabía con cierto gancho para las mujeres, pues podía contar sus relaciones efímeras por decenas, quizás más de ciento cincuenta. Y, sobre todo, recientemente había conocido a otra española, Maribel Hernández, una mujer brillante, médica de profesión, reputada especialista en terapia genética y con quien Bernard había comenzado a intimar.

El pensamiento de la inminente visita a España lo reanimó e hizo que volviese al presente. Recordó que le habían enviado una lista de colaboradores científicos españoles y fue a buscarla apresuradamente. En esa lista, orde-

nada por apellidos, estaba Maribel.

Con esa ilusión decidió salir para contactar con el equipo de seguridad externo. Un buen rato con los camaradas lo distraería.

* * * * * * *

— ¡Mira Henri, es imposible creerlo! — Susan no cabía en su asombro al visionar la grabación del proceso que dejaron preparado.

— Chica, de saber que te entusiasmaba tanto nos hubiésemos quedado aquí — Henri se había quedado atrás mientras se ajustaba el cinturón.

— Pues para otra vez quizás lo piense — Susan respondió burlona.

— Tienes razón como siempre — Henri ya estaba observando la evolución de las colonias víricas en la pantalla —. Seriamente te digo que podías haber seguido los estudios de medicina y dedicarte a la investigación. Tienes buenas dotes de percepción.

La grabación mostraba como la colonia de retrovirus había hecho desaparecer a la colonia de virus en la mitad de tiempo que cuando ambas se encontraban en el cultivo de células porcinas.

Ahora en el cultivo de tejido humano se observaba que la invasión de los virus en las células era más breve, por el hecho de que los retrovirus penetraban en éstas con mayor rapidez. Lo más sorprendente era que una vez que los virus habían desaparecido totalmente también los retrovirus disminuían en número a ojos vistas.

Tras tres minutos la colonia de retrovirus también había desaparecido.

— Un fenómeno intrigante y sin dudar sumamente interesante ¿no crees Henri? — Susan había recobrado la seriedad.

— Yo diría que todo un descubrimiento que podría ayudar en la cura de algunas enfermedades. Lástima que ahora no nos podamos dedicar a ese tipo de aplicaciones. De cualquier modo debemos investigar sobre la fase final del proceso. Intuyo que los retrovirus se modifican en el transcurso del proceso. Hay que averiguar si las propias células son

modificadas. No parece a priori que haya distinción entre células femeninas y masculinas, de modo que el ADN afectado está en otros cromosomas.

— No sigas, ya estoy averiguando que quieres otro *filetito* — Susan interrumpió con sorna.

— La verdad es que me vendría muy bien. Además sabes que el anterior te lo he recompensado — Henri hizo un gesto picantón llevándose el dorso de la mano a la boca y pasando sobre él la lengua —. Y me parece que la recompensa te ha gustado.

— Tampoco exageres, ¡fanfarrón! — Susan se ruborizó al recordar instantes anteriores en su dormitorio —. Pero, en fin, que conste que lo hago por la ciencia — alzó el otro brazo con altivez.

Volvieron a tomarse mutuamente muestras de piel. En esta ocasión Henri separó las muestras en tres fracciones. Una más pequeña iba destinada a realizar una comparación de ADN con las células del anterior proceso. Las otras dos para repetir el proceso y obtener ejemplares tanto de los retrovirus resultantes como de los virus cuando comenzaban a extinguirse.

Entre ambos comenzaron a realizar dos preparaciones, congelando previamente tanto células como virus y retrovirus. En una de ellas los virus estaban en número mucho mayor que los retrovirus. La otra contenía la misma proporción de ambas colonias que en el primer experimento.

Se dedicaron a continuación a la comparación del ADN. Habían traído equipo sofisticado para ello, entre otras cosas un software de cartografía automatizada que les permitía realizar la comparación en pocos minutos. Tras exponer las cadenas de ADN al escáner tridimensional, pasaron los modelos al software cartográfico y lo dejaron haciendo su trabajo.

Continuaron el trabajo con la muestra de mayor número de virus. Cuando calentaron la preparación comenzó el proceso de intrusión en las células y en menos de un minuto la colonia de retrovirus se había cuadruplicado, mientras que la de virus sólo se había doblado. Dos minutos más tarde los

retrovirus superaban en número a los virus y a los pocos segundos la población de virus empezó a descender.

En ese momento Henri paralizó el proceso aplicando una congelación súbita. Había tenido la precaución de teñir previamente las colonias con tintes diferentes, esperando que estas marcas quedasen en las células infectadas. Si era así esta investigación habría concluido. La otra preparación le serviría tan solo como confirmación de los resultados.

— Susan, ha llegado el momento de saber qué hacen realmente estos *bichejos*.

— ¡Lástima que no podamos aspirar al Premio Nobel! — Susan se rió pensando en la insignificancia de ese premio.

— Si todo sale bien pediremos el Premio CMH — Henri también rió con satisfacción.

— Por cierto, ahí viene una parejita que parece venir de otra celebración.

— Hola, pareja — contestó Mariam —. Hace un rato os echamos en falta y fuimos a buscaros — la cara de Susan no podía ser más cómica.

— Y habéis supuesto que estábamos en los dormitorios, claro es — Mariam contestó al gesto de Susan con gesto parecido.

— En realidad nos fuimos a tomar un descanso y hacer terapia de pareja — medió Robert —, de pareja profesional quiero decir...

— ¡Ah, yo pensaba que habíais celebrado algo! — Henri puso el punto de seriedad, como habitualmente.

— Sinceramente, nos fuimos a hacer la celebración por adelantado — Mariam no tuvo reparo en reconocerlo —. Creo que vosotros también habéis estado de celebración previa, por las caras que os veo.

— Estamos a punto de encontrar algo que puede revolucionar la aplicación terapéutica de los retrovirus — le contestó Susan ufana de su trabajo con Henri.

— Pues nosotros hemos logrado hacer diana encontrando el proyectil adecuado — Mariam puso gesto de burla, como si se tratase de una competición infantil —. Ya sabemos cómo se activan los genes codiciosos y tenemos prácticamente reconocido todo el proceso.

— ¡Señoritas, esto no es ningún concurso a ver quién es más listo! — volvió a interponerse Robert —. De hecho nos quedan cosas de bastante importancia por confirmar.

— También a nosotros dos — añadió Henri para reforzar a Robert —. Así que, siento hacer de hermano mayor como siempre, pero debemos volver a nuestros respectivos trabajos y dejar las niñerías para cuando acabemos.

— No hemos podido evitar escucharos — Rose aparecía mientras se escuchaba su voz —. También John y yo venimos de una celebración. Mientras los *jefes* estaban de videoconferencia encontramos material científico en los discos de Genicotrox que creo os puede interesar.

— Me parece estupendo — le respondió Robert — en cuanto terminemos los análisis que estamos efectuando ahora nos pondremos a inspeccionarlos ¿te parece, Mariam?

— Posiblemente haya más archivos que los que llevamos vistos — quiso precisar John —. Nos faltan aún dos discos por repasar, aunque presuntamente el trabajo sea breve porque los archivos que hemos encontrado son enormes y unos doce por disco. Contienen modelos tridimensionales de moléculas complejas.

— No sé si Bernard os ha informado de que hacemos las maletas — informó Rose —. Ahora que le estaba tomando el gusto a esta isla, me fastidia. Nos van a preparar otro hotelito en España y para cuando esté listo nos vamos.

— ¡Pero bueno!. ¿Qué motivos hay ahora para que nos trasladen otra vez? — Henri estaba indignado pensando que su trabajo se paralizaba.

— ¡Cálmate, Henri!. Yo mismo les oído que nos van a colocar en laboratorios con reputados científicos españoles — Robert se desplazó un momento por la sala y regresó con una lista en la mano —. Mirad aquí — exhibió en alto el papel — Maribel Hernández, Pilar Ferrero, Francisco Escobar, ... La lista está llena de nombres conocidos.

— Y como siempre de amigas tuyas — refunfuñó Mariam.

— Uno no tiene la culpa de ser tan popular — replicó Robert.

— Bueno, hay un motivo crucial de seguridad — Bernard había vuelto de su paseo — Vamos a organizar atentados contra miembros de la cúpula de Oil, Robert quiere utilizar a alguno de ellos como cobaya, y este sitio no es del todo seguro para tener a ese tipo de rehenes.

— ¡Oh!. Siendo así no tendré inconveniente en ir al polo sur si es preciso — Henri se deshizo de sus dudas.

— Aunque como ya te hemos adelantado nuestro destino va a ser algo más cálido — Rose empezaba a ilusionarse con la idea.

— Ahora nos vendría bien tomar el sol a Rose y a mí — apostilló John — después de todo vosotros lo habéis hecho en la idílica isla de Capri — refiriéndose a los tres científicos — ahora nos toca gozar de la paradisíaca costa del Levante español.

— Aún no sabemos el lugar exacto en que nos ubicarán — advirtió Bernard — así que nos os hagáis tantas ilusiones.

— De cualquier modo me gustará visitar España — ratificó Robert — hace tiempo de la última vez que estuve por allí.

— Bien, creo que necesitamos un par de días más para rematar la fase del trabajo en la que estamos — concluyó Henri — después recogeremos nuestras cosas e iremos a España.

— Me parece perfecto — acordó Bernard — incluso pensaba que podríais tardar algo más.

* * * * * * *

Un estudio cartográfico detallado del retrovirus de Genicotrox mostró un gran número de coincidencias con el retrovirus que Henri había fabricado en Cardiff. Realizando un ajuste comparativo logró, siempre con la ayuda de Susan, a la que se unió Bernard, sintetizar un nuevo retrovirus que era portador de las modificaciones genéticas, vía el ARN, y tenía la característica de autodestruirse una vez terminado su cometido.

El noventa y ocho por ciento de las células infectadas sobrevivían al proceso y aparentemente eran sanas. Quedaba por confirmar este punto del experimento, pero eso ya lo harían en el nuevo laboratorio de España.

Mariam y Robert habían comprobado ya los efectos de la abstinencia en los genes codiciosos. Los niveles de adrenalina, noradrelina y neuropéptido Y aumentaban muy por encima de lo normal, mientras la dopamina y el péptido natriurético descendían. El resultado era un aumento del nivel de actividad del sujeto que de no materializarse en acciones efectivas llevaba al desasosiego permanente y con el tiempo a la ansiedad crónica, pero sin efectos depresivos.

Con los genes normales las variaciones hormonales eran poco significativas, por lo que otros estímulos externos podían restaurar el equilibrio hormonal.

* * * * * * *

16. Travesía por el Mediterráneo

Tardaron tres días en dar por comprobados estos estudios, tras los cuales embarcaron con destino a España, sin saber aún cuál sería su paradero final.

Bernard había acordado con Juan García contactar durante la travesía. Navegaban en un carguero repleto de contenedores de aceite de pescado, con vitamina E como conservante, con destino a la industria farmacéutica española.

A unos dieciocho nudos de velocidad de crucero alcanzarían la costa española en unas veintitrés horas, si el mar continuaba calmo como hasta el momento.

Eran las doce del mediodía. Llevaban cinco horas de viaje cuando se les acercaron tres patrulleras francesas, de vigilancia en Córcega. El capitán del buque se inquietó cuando lo avisó el encargado del radar. Los guardacostas se encontraban en pleno mar Tirreno, a más de ochenta millas de su costa. Se aproximaban a veinticinco nudos por hora, velocidad inalcanzable para el carguero, de modo que el abordaje era ineludible. Tampoco había donde refugiarse, de modo que el capitán ordenó parar motores y virar treinta grados a babor para presentar el costado de estribor a los guardias.

Después de avisar a sus insignes pasajeros para que se ocultasen en las bodegas, el capitán aguardó con paciencia la llegada de la vigilancia marítima, observando a través de unos prismáticos.

Una de las patrulleras se adelantó y su tripulación inició rápidamente el abordaje. Doce gendarmes subieron al carguero mientras otros tantos se quedaron en alerta dentro de su propia embarcación. El comandante al frente se dirigió al capitán preguntándole primeramente por la carga del buque. Acto seguido, con una amabilidad inusual, le indicó que se habían adelantado a la vigilancia costera de Cerdeña en cuanto supieron de la partida del carguero.

— Esto no es más que una maniobra de distracción — aseveró el coman-

dante con gesto sonriente — Nos preocuparía que la Costera italiana les interviniese. Tenemos informes de otros barcos procedentes de Capri a los que han abordado y decomisado parte de la carga sin motivo.

— No acabo de entender su preocupación, señor — le contestó el capitán del carguero que seguía inquieto — ¿por qué iban a evitar que la Costera de Cerdeña se apodere de parte de nuestro cargamento?.

— Veo que usted no es habitual de esta ruta. Se sabe por las autoridades italianas que la población de Capri tiene una economía independiente y hacen la vista gorda, por no decir que incitan, al saqueo de los buques que proceden de allí. Lo que ocurre en alta mar es difícil de probar una vez los buques llegan a puerto.

— Pero sigue sin explicarme la razón por la cuál ustedes evitan estos abusos.

— Monsieur, nosotros creemos en la justicia y en la libertad auténtica, no sólo en el libre comercio. Somos gendarmes para defender a la gente, no a los poderosos. Sabemos que su barco transporta producción hecha por trabajadores de Capri y que se trata de materia prima muy beneficiosa para la salud, ¿qué más razones quiere que le dé?.

— Le honra su actitud y le honra su sinceridad, monsieur. En los tiempos que corren pocas personas tienen un convencimiento como el de usted en lo que nos interesa de verdad a la mayoría de la humanidad, por encima del mero egoísmo individual.

— Les recomiendo anden con cuidado — el sonido del talki-walki interrumpió al comandante, quien atendió durante unos segundos la llamada — Me avisan de que a veinte millas se encuentran patrulleras italianas. Nos colocan en una posición comprometida si los escoltamos. Permítame unos minutos para pensar cómo podemos ayudarles, consultaré con mi segundo.

El comandante se apartó para hablar a través del talki-walki con el capitán

al mando de la patrullera. El capitán del carguero escuchaba trozos de la conversación. El capitán de la patrullera insistía en que se escoltase al carguero y se consultase con los otros capitanes. El comandante de la flotilla prefería hacer una maniobra de despiste, pero estaba de acuerdo en consultar con los otros dos capitanes. El capitán del carguero estaba sorprendido de tanta democracia en un cuerpo militar.

Tras conversar con los tres capitanes el comandante de los guardacostas acordó con ellos escoltar al carguero durante unas veinte millas. Los otros dos patrulleros abordaron al buque uno por babor y el otro por la popa.

Después de media hora de navegación conjunta de las cuatro embarcaciones los radares indicaban que las patrulleras sardas habían cambiado de rumbo y se dirigían hacia San Lucido, en la costa oeste italiana.

La maniobra parecía haber funcionado. Los sardos tuvieron que pensar que esta vez los franceses se les habían adelantado en el saqueo y, a juzgar por el tiempo de abordaje que llevaban, el botín tenía que ser grande, lo que no les dejaba a ellos margen para actuar.

Bernard y los demás activistas seguían escondidos en las bodegas y al ver que pasaba tanto tiempo sin noticias ni oír movimientos decidieron salir a cubierta.

Al encontrarse con un comandante de la gendarmería francesa, Bernard, sin esperar a las presentaciones por parte del capitán del carguero, no dudo en dirigirse a él en francés.

— Bonjour monsieur. Je suis de passage de ce bateau et finalement je voudrais savoir ce qui se passe.

> — Buenos días, señor. Soy pasajero de este barco y quiero saber qué es lo que ocurre.

— Oh ! Bernard López. Ne vous souvenez de moi ? Nous étions ensemble dans la base aérienne de Dijon-Longvic.

> — ¡Oh! Bernard López. ¿No me recuerdas?. Estuvimos juntos en la base aérea de Dijon-Longvic.

— SPA 103 Cigogne René Fonck. ¡Charles Lambert ! ¿Comment est-il possible ? ¿Comment se fait-il, mon vieil ami ? ¿Qu'est-il arrivé à ce pilote de chasse redoutable ? ¿Où avez-vous quitté votre cigogne ?

— SPA 103 Cigüeña René Fonck. ¡Charles Lambert!. ¿Cómo es posible? ¿Qué te ha pasado, mi viejo amigo? ¿Qué ha sido de aquél formidable piloto de caza? ¿Dónde has dejado tu *cigüeña*?.

Bernard abrazaba y palmeaba la espalda a Charles mientras hablaba sin parar. Reparó de repente en que el capitán del carguero estaba al lado de ambos con gesto de enfado por no entender nada, por lo que pasó a hablar en inglés.

— ¿Cómo que tú en la marina? — continuó Bernard — ¿te cansaste de volar?

— En realidad me harté de matar gente a la que ni siquiera veía la cara y pensé que de guardacostas al menos podría ayudar a personas. ¿Y tú? Me enteré de que te habías ido a trabajar de periodista y más tarde que habías entrado en... — Charles se interrumpió por la presencia del capitán del carguero.

— No temas — Bernard le sacó del aprieto — te presento a nuestro amigo Francesco Jacometti. Él está al tanto de nuestra operación y también pertenece a la CMH, al igual que tú por mis informes.

— Es un auténtico placer, Charles — Francesco estrechaba la mano de Charles mientras le hablaba — si antes lo era ahora lo es aún más al saber que somos compañeros en la CMH. Creo que este encuentro es motivo de celebración, si me lo permiten bajaremos a la sala y descorcharemos una botella de champán que guardo para ocasiones especiales.

Al día siguiente el carguero arribaba en el puerto de Almería. Tras despedirse de los guardacostas franceses Bernard recibió una llamada de Juan García indicándole que ya tenían preparado el lugar y él personalmente los estaría esperando en el puerto para recogerlos y llevarlos hasta el sitio. Contarían con una escolta especial añadida a la protección de un pelotón de

la Guardia Civil española que se había organizado para realizar el servicio extra.

****

17. Avignon, Francia

A las 9:15 un tren TGV llegaba a la Gare d'Avignon, Route du Confluent.

Entre los pasajeros había un singular grupo de turistas que hablaban animadamente en español, pese a que cuatro de ellos tenían más aspecto de nórdicos que de mediterráneos. Eran tres parejas de entre treinta y cuarenta años. De todos ellos destacaban una morena de melena larga castaña, ojos grises y un moreno con pelo negro recogido en media coleta, y ojos azules. Eran los más altos del grupo, los de facciones más bellas y también los más parlanchines.

Nada más bajar se dirigieron a la oficina de Europcar para alquilar un automóvil. Se decidieron por un Renault Espace para poder ir todos juntos en un mismo coche. El contrato lo firmó la mujer más atractiva del grupo, presentando su pasaporte a nombre de Carmen Gutiérrez de los Santos.

— No es necesario el pasaporte, basta con su Documento Nacional de Identidad, señora — el empleado de la oficina hablaba un español bastante correcto.

— ¡Oh, muy cierto! La costumbre al viajar por tantos países distintos — sonrió ampliamente Carmen — ¿Necesita el DNI?.

— Desde luego que no, señora. Ya con esto es suficiente. Si es tan amable de firmar aquí. El depósito de garantía son 400€, que les serán devueltos mañana cuando entreguen el coche. ¿Los pagará con tarjeta o en efectivo?.

— Con Visa si tiene la amabilidad. ¿Nos podría indicar algún restaurante tradicional cercano al Palais des Papes?.

— Con mucho gusto, señora — el empleado puso un plano d'Avignon sobre el mostrador, marcó con círculo el Palais y luego trazó una línea hasta llegar al Restaurant La Fourchette — para mi particular gusto es el mejor en cocina tradicional francesa, aunque por supuesto puede preguntar por otros como Christian Étienne o L'Essentiel, también muy cercanos al Palais, para ir andando.

— Muy agradecida — Carmen firmó el contrato y colocó su dedo en el lector de huellas del terminal Visa. Después recogió la llave que el empleado le alargaba. Se fijó en que éste tenía la cara desencajada de tanto sonreír y lo consideró un baboso, por lo que se despidió con un seco *au revoir*.

— Bon voyage, madame. Bon voyage, mesdames y messieurs — repitió el empleado sin dejar de sonreír.

Cuando dejaron el mostrador había una cola de veinte personas esperando. Ya dentro del coche comentaron que todo parecía ir bien y el más alto de ellos, Álvaro González, llamó por su móvil, hablando en francés.

— M'entendez-vous ? Nous approchons de l'Hôtel du Palais des Papes, avez-vous préparé les voitures ?

— ¿Me oyes? Nos acercamos al Hotel del Palacio de los Papas, ¿tenéis preparados los coches?

— Quand vous me dites, nous serons prêts, avant *la pâtisserie*.

— Cuando me digas estaremos listos delante de *la pastelería*.

— D'accord. Tout d'abord, nous allons prendre des chambres dans l'hôtel. Ensuite, nous allons déjeuner à La Fourchette. Et puis, vous en serez informé, de prendre un café ensemble dans *la pâtisserie*.

— De acuerdo. Primeramente iremos a tomar habitaciones en el hotel. Después iremos a almorzar a La Fourchette. Y más tarde os avisaremos para tomar un café juntos en *la pastelería*.

— D’accord. J'attends votre appel.

— Conforme. Esperaré vuestra llamada.

El Renault Espace se quedó en el aparcamiento subterráneo del hotel mientras las tres parejas subieron a la recepción para registrarse. Esta vez exhibieron sus DNIs. Sonia Hernández García, Felisa Pérez Gurtiel, Álvaro

González Hiruela, Antonio Márquez Espejo, Fernando Lapuerta Canales y Carmen Gutiérrez que claramente lideraba el grupo.

Mientras la recepcionista les tomaba nota ellos no dejaban de hablar y reír, llamando la atención de los demás huéspedes. Al no llevar equipaje tuvieron que abonar por adelantado la noche de habitación, lo que hizo Carmen de nuevo con la Visa. Por segunda vez tuvo que poner su huella dactilar en la máquina de cobro. Después se sopló el dedo con intención de bromear con la empleada.

Recogieron sus tarjetas de apertura de las habitaciones. Subieron a ellas y en un breve lapso de tiempo estaban de nuevo en la entrada del hotel diciéndole *au revoir* a los empleados.

Tras hacer tiempo tomando fotos del Palacio de los Papas y la plaza situada delante de él, se encaminaron hacia el Restaurante La Fourchette. Eran las doce menos cuarto en el momento en que se sentaron en la terraza del restaurante para tomar un aperitivo. Al igual que en los lugares anteriores no paraban de hablar con grandes voces y risas. Todos los transeúntes se fijaban en el grupo.

Después pasaron al interior y pidieron una amplia carta. Pese a ser aún temporada alta en Avignon el dueño del restaurante quedó tan contento del gasto que habían hecho que se acercó a la mesa para invitarlos a una copa.

— Bonjour, mesdames et messieurs. Je serais honoré si vous acceptiez mon invitation à prendre un verre de liqueur.

— Buenos días, señoras y señores. Estaría muy honrado si aceptasen mi invitación a tomar una copa de licor.

— Pourquoi pas ? Monsieur distingué ... — contestó Carmen haciendo sonar su acento español.

— ¡Cómo no!. Distinguido señor...

— François Guillamet, madame, à votre service — de inmediato hizo señas a dos camareros que se acercaron con sendas bandejas cargadas de botellas de licor.

— Francisco Guillamet, señora, a su servicio.

Una vez servidos brindaron con gran alborozo, por lo que volvieron a lla-

mar la atención de todos los presentes. A la hora de pagar Carmen volvió a efectuar el ritual con su tarjeta Visa y su huella dactilar. Esta vez apuntó con su índice al dueño del local en medio de una gran carcajada.

Eran las trece y cincuenta cuando estaban enfrente de la sucursal de Société Général en Rue de la République. Se habían citado con otro grupo para *tomar café* y éstos los esperaban en dos coches aparcados casi enfrente de la oficina.

Apenas una leve seña, consistente en quitarse las gafas de sol y volver a ponérselas, por parte de Álvaro González e igual respuesta por uno de los conductores, para hacer saber que se habían visto.

Al minuto siguiente los seis turistas estaban encañonando a los empleados de la entidad bancaria y Fernando Lapuerta ataba y amordazaba al vigilante mientras Felisa Pérez lo hacía con una empleada que se le antojó problemática.

Antonio Márquez tomó por el brazo al director de oficina y lo llevó a la puerta de la caja fuerte. Colocándole el cañón de su arma en la sien le habló con voz calma.

— Maintenant allez-vous à marquer la combinaison du coffre-fort.

— Ahora va a marcar la combinación de la caja fuerte.

— Vous saurez que le coffre-fort a retardé l'ouverture.

— Sabrá usted que la caja tiene apertura retardada.

— Bien sûr que oui, monsieur. Faites ce que je vous dis et ne vous compliquez pas la vie.

— Por supuesto, señor. Haga lo que le digo y no se complique la vida.

La mirada de Antonio no dejaba dudas sobre su determinación, de modo que el director marcó la combinación correcta y permaneció quieto a la espera de instrucciones.

— Combien de temps jusqu'à ce qu'elle s'ouvre?

— ¿Cuánto tiempo hasta que se abra?

— Demi-heure — respondió el director con voz temblorosa.

— Media hora.

Antonio volvió a la sala con el director y se lo confió a Carmen. Después volvió a la caja acompañado de Sonia Hernández a quien los demás compañeros le habían entregado unas cajitas.

Antonio sacó otra semejante y comenzaron a fijarlas en la puerta de la caja fuerte. Después accionaron un pequeño interruptor en cada una. Volvieron a la sala y para entonces sus compañeros habían despojado de los teléfonos móviles y similares a todos los empleados y clientes.

Colocaron más cajitas repartidas por la sala de operaciones y con una larga cinta de nailon ataron en fila a todos los rehenes. Después los hicieron salir, al mismo tiempo que salían ellos mismos, y les ordenaron alejarse lo más posible. Se repartieron entre los dos coches que les aguardaban y, cuando vieron que los rehenes estaban a unos cincuenta metros del local, Antonio pulsó un detonador.

Habían empleado un fuerte explosivo para la caja fuerte con el efecto de que la puerta de ésta se desintegrase en más de veinte trozos. En la sala habían puesto dispositivos incendiarios de poca potencia detonadora. La combinación fue que la sala quedó semicalcinada al igual que el interior de la caja fuerte, sin afectar para nada a la estructura del edificio. Se destruyeron los documentos, billetes, ordenadores y parte del mobiliario.

Los asaltantes se dieron a la fuga a noventa kilómetros por hora en dirección al Pont Édouard Daladier. Cuando lo atravesaron y comprobaron que nadie les seguía viraron bruscamente a la izquierda dos veces para retroceder por el Pont de l'Europe, a continuación por Rocade Charles de Gaulle, Av. Pierre Semard, Route de Marseille y salir a la A-7 en dirección Marsella.

— Menudo susto les hemos dado — reía Carmen mientras se quitaba las huellas artificiales de los dedos, la peluca enseñando su larga melena rubia, las pestañas, las lentillas y otros apliques de disfraz.

— Creo que el director se hizo pis en los pantalones cuando le dije que marcase la clave de la caja fuerte — la risa de Antonio sonaba con fuerza teutónica, mientras hablaba un bronco alemán.

— Los veo todavía andando en fila como los niños en un colegio antiguo — Sonia se carcajeaba hablando también en alemán.

— Me habían hablado de vuestra reputación como agentes del BDN pero nunca pensé que os divirtiese tanto vuestro trabajo — les comentó el francés que conducía el automóvil.

— ¿En la DGSE planeáis todas las misiones en serio? — preguntó Carmen — pues si hubieses visto como nos hemos hecho pasar por españoles hablando a voces en todas partes y llamando la atención de todo el mundo.

— Desde luego no cuadra con el informe que me dieron de Alice Delapierre — contestó el francés dirigiéndose a Carmen por su verdadero nombre.

— ¿Y qué informe es ese, uno oficial de la BDN u otro de la CMH?

— Un compendio de ambos. Se te describe como una mujer concienzuda y muy seria en su trabajo — el francés se mantenía en su línea.

— Quieres decir que me imaginabas con bigote al estilo de los antiguos SS — replicó Alice riendo.

— Ya veo que sé poco del carácter alemán — se defendió el francés — espero que en esta misión me enseñes algo sobre vuestra auténtica forma de ser — añadió con intención de flirtear.

— ¡Oh, lalá! — Alice captó de inmediato las intenciones del francés — yo también tengo curiosidad por saber algo más del *carácter* francés, Pierre, ¿ese es tu nombre, no es así?.

— Pierre Bonard, mon ami. La verdad es que estoy muy impresionado de conocerte — el francés ignoraba deliberadamente la presencia de los otros dos alemanes.

— Si has leído mi informe sabrás que cuanto más se me conoce más impresiono — Alice seguía alentando al francés, al tiempo que le daba un ligero codazo a Sonia — Tú también tienes un informe bastante impresionante, aunque se dice mucho de tus misiones pero nada de tu personalidad.

— Bueno Alice — intervino Sonia — todos sabemos que los franceses son reservados para su intimidad y tampoco les gusta presumir de *sus virtudes*. Pierre seguro que es un típico francés para eso.

— En una ocasión conocí a un francés que estaba mantenido al mismo tiempo por tres amantes — terció Antonio siguiendo el juego —. Además se acostaba con cualquier otra que le surgiese eventualmente. Bebía como un cosaco cuando nos reuníamos los amigos y jamás habló de sus mujeres, pese a que otros se pavoneaban de sus conquistas, la mitad falsas. Él decía que era un casado feliz.

— ¿Y cómo supiste lo de sus queridas? — Pierre sintió una acuciante curiosidad.

— Porque soy espía — contestó Antonio, mientras sonaba una carcajada general.

— Buena lección — se repuso Pierre superando su bochorno — os pido disculpas por mi comportamiento. Sólo me excusa saber que no he sido el primero en dejarse llevar por el entusiasmo al ver a una mujer impresionante transformarse en otra aún más impresionante. No he podido dejar de fijarme en Alice mientras se quitaba su disfraz.

— Tranquilo, pistolero — le ayudó Sonia — por cierto, ¿conoces nuestros nombres?

— ¡Oh, sí! — el francés agradeció la ayuda — tú eres Astrid Meinl y mi copiloto Holger Kähler. También tenéis unos expedientes de primera.

— Y siendo sinceros, ¿os ha parecido adecuado el reparto de funciones que nos han asignado en esta misión? — Astrid seguía dándole seguridad a Pierre.

— Pedro Buenatierra tiene su fama bien ganada — contestó Pierre vuelto ya a la normalidad —. Creo sinceramente que en nuestro equipo francés no hay suficientes agentes que pudiesen hacerse pasar por españoles. En la próxima fase del trabajo tendremos más acción que vosotros. Pero reconozco que habéis hecho un trabajo impecable, gracias al cual el plan sigue adelante.

Cuando se aproximaban a Marsella abandonaron la A-7 para dirigirse al pequeño bosque de la Viste Provence. Allí se reunieron con los compañeros que habían viajado en el otro coche para alojarse en un gran chalet de dos plantas con unas hermosas vistas al campo.

Nada más entrar sonó el móvil de Alice. Llamante desconocido, lo que no la sorprendió. Cuando pulsó el botón para aceptar la llamada se oyó la voz de Pedro Buenatierra al otro lado.

— Espero que lo estéis pasando bien en el chalet, mi querida sobrina — Buenatierra no bajaba nunca la guardia en las comunicaciones.

— Lo cierto es que acabamos de llegar y aún estamos deshaciendo las maletas, querido tito — Alice siguió la coartada.

— Tienes razón Pilar, olvidaba que ibais a hacer una parada en Nimes antes de llegar. Por cierto ¿habéis disfrutado de la ciudad?

— Todo de maravilla, tito. El hotel encantador, estuvimos en un restaurante con una comida excelente y el casco antiguo de la ciudad, precioso. Nos han gustado mucho esas calles tan estrechas por las que sólo se va andando. Eso sí, la gente se fijaba mucho en nosotros.

— Me alegro de que todo os haya tan bien. Aprovecharos del chalet ahora y no dejéis de visitar la ciudad. Aunque sea muy distinta a Nimes merece la pena recorrerla. Ya os llamaré, saluda a tu novio de mi parte.

— Gracias por todo tito. Felipe también te manda un abrazo.

* * * * * * *

18. Puerto de Almería, España

Cuando la embarcación atracaba en el muelle vieron una docena de vehículos esperándolos junto al malecón. Al pronto Rose vio una cara familiar. Era Madlow que observaba con atención la maniobra del barco. Junto a él todo su equipo a excepción de Wattner. Rose se inquietó y bajó al muelle en cuanto estuvo puesta la escalera. Madlow al verla alterada se le acercó.

— Hola Rose, te veo algo nerviosa, ¿sucede algo?.

— ¡Oh Kurt, no veo a Wattner!. ¿No está con vosotros?.

— ¡Ah, es eso!. Wattner ha preferido quedarse en Inglaterra. Últimamente no se encuentra en forma para tareas de acción y decidió permanecer allí para preparar a un grupo del MI6 que se ha pasado a nuestro bando.

— ¿Te has asegurado de dejarlo en buenas manos? Sé sobradamente que Wattner ha perdido facultades y estaría más tranquila si hubiese venido con vosotros.

— Ya sé que le tienes mucha estima *al viejo*. Pero recuerda que él ha sido mi mentor y lo considero un padre. Los agentes del MI6 llevan un año en nuestro bando, yo mismo los recluté y tú conoces a uno de ellos Jerrod Blumer. Por cierto, entre ellos está Peter Schward.

— ¿Y cómo no dijiste nada de Schward cuando estábamos en Capri?

— Wattner no sabía nada por aquel entonces sobre el reclutamiento. No quería que se sintiese desplazado tan pronto, ya lo conoces, es de la vieja escuela. Schward fue el primero en dar el paso y el que medió para alistar al grupo. Todos pasaron la prueba del pentotal. Redmigton, Scalabra y Whiston estuvieron conmigo en todo el proceso. Te dejamos aparte porque le tienes mucho afecto a Wattner.

— Bueno, ¿qué nos tenéis preparado? Espero que aquí tengamos los mismos lujos que en Capri, al menos — bromeó Rose.

— Pensaba que tú preferirías intervenir en Francia, de modo que no te

alojarás en los laboratorios de los científicos. Tus habilidades de cazadora me parecen fundamentales para la misión que nos aguarda.

— ¿Nos? ¿Quieres decir que tú vas a Francia?. Estaba convencida de que te quedabas de escolta aquí en España.

— Después de la refriega en Castell Coch necesito gastar balas contra enemigos de verdad y no simples recaderos.

— La verdad es que a mí también me apetece, pero no me quiero separar de Hutkins. Ya sabes, tengo que tenerlo vigilado para establecer su verdadera identidad — Rose rió con placidez.

— Entiendo. Creo que te lo puedes llevar contigo. Ha demostrado ser un buen poli y nos servirá para detectar los movimientos enemigos. Lo hablaremos con Buenatierra, sólo él decide en esta operación.

— ¿Vendrá alguien más de los nuestros?.

— No, se quedarán aquí de escoltas y guardianes de dos pisos francos que tenemos preparado para los rehenes. Si conseguimos capturar a los dos que están previstos los traeremos por separado desde Francia y no sabrán que están uno al lado del otro. Así tendremos ventaja en los interrogatorios y evitaremos tentaciones de fuga.

— Está todo bien pensado. ¿Hay algún plan establecido del secuestro?.

— Buenatierra dice estar a la espera de unas últimas informaciones. Se ha reivindicado el atentado en Avignon por la *Organización Anticapitalista Vasco-Francesa* por lo que esperamos hoy mismo una petición de la DGSE para que la CNI se desplace a Francia.

— ¿Y cómo justificará Buenatierra que le acompañemos?.

— ¡Roseeee! ¡Parece que en el barco no te han dejado hablar! Tranquilízate. Nos ofrecen dos posibilidades: hacernos pasar por españoles, lo que veo difícil por nuestro bajo nivel del idioma o bien Buenatierra sacará un dossier situando a alguno de los *terroristas* en Inglaterra, dossier que le habremos proporcionado nosotros, claro está.

— No pregunto más, supongo que ya tenéis confeccionado el dossier.

— Falta poner a los autores de las fotos y esos seréis Hutkins y tú. También tendremos que interceptar las posibles consultas de la DGSE al MI5, pero de eso se encargará Gustav Mercoli y su equipo junto con Wattner y sus nuevos muchachos. Y ahora si te parece, querida Rose, debemos ponernos en marcha. Nuestros agentes de la Guardia Civil tienen un horario muy ajustado.

Mientras Madlow y Rose hablaban, el grupo de científicos mantenían conversación con Juan García, los otros agentes del MI5 y el capitán de la Guardia Civil que comandaba la escolta. A éste le pareció toda una hazaña a imitar lo que habían hecho los guardacostas corsos y acosaba a Bernard con preguntas sobre todo tipo de detalles.

También Bernard vio una buena oportunidad, si convencía a este hombre, para que se enrolara en los guardacostas españoles y siguiese el ejemplo de Charles Lambert.

De modo que, cuando se repartieron en los coches, Bernard insistió en acompañar al capitán de la Guardia Civil, con la excusa de que era el único militar de verdad que había en el grupo y eso le recordaría buenos tiempos.

El viaje se les hizo breve y descansado una vez alcanzaron la A-92 a la altura de Viator. Los que habían venido en barco aprovecharon para recuperar el sueño que los vaivenes de alta mar les habían robado.

El único que se mantuvo despierto fue Bernard, conversando animadamente con el capitán de Guardia Civil. Éste era un hombre de cincuenta años que había participado en varias misiones de combate en el extranjero como piloto de helicópteros. En poca charla ya habían establecido empatía por el paralelismo de sus carreras. Ahora el capitán se dedicaba al tráfico y misiones de escolta rutinarias. Deseaba hacer algo más positivo para ayudar a la gente y veía una oportunidad en pasar al servicio de guardacostas.

Bernard desarrolló sus mejores dotes de proselitista y olvidando sus habituales cautelas, le propuso ponerle en contacto con Charles Lambert en

cuanto le fuese posible, a lo que el capitán accedió entusiasmado, dando a Bernard su número de móvil privado.

* * * * * * *

19. Isla Cartuja, Sevilla

A las cuatro horas aproximadamente estaban llegando a Sevilla, pero dieron un rodeo por la SE-40 para dirigirse al Norte y desde allí entrar en Isla Cartuja, donde los científicos españoles los esperaban.

Al frente del grupo español se encontraban Maribel Hernández, Pilar Ferrero y Francisco Escobar. La primera llamaba la atención por su porte de modelo aunque en la cara se le notase haber pasado de lejos los cuarenta.

Bernard no cabía en sí de entusiasmo. Se olvidó por completo del capitán y se entregó por completo a la atención de Maribel. Aunque se diesen dos besos en sendas mejillas varios de los presentes notaron que había algo más que amistad entre ambos. A los diez minutos del encuentro se les veía nerviosos, mirando inquietamente a los demás, esperando sin dudas la oportunidad de quedarse a solas.

— El famoso Henri Crosstand, supongo — fue Francisco Escobar el que rompió el hielo, hablando en un fluido inglés — sus trabajos han sido muy apreciados por aquí, los publicados claro.

— Espero que les interesen más éste que traigo aún sin publicar. Supongo que usted es Francisco Escobar. También tenemos muy buenas referencias de usted, tanto en la investigación base como en la adaptación clínica para humanos.

— Permítanme presentarnos. Soy Pilar Ferrero y nuestra compañera y ex-jefa Maribel Hernández — Maribel tendió la mano a Henri y en cuanto éste la soltó reanudó la conversación con Bernard.

— Bueno, creo que algunos ya somos viejos conocidos — interrumpió Robert — ¿cierto, Pilar?.

— Francisco y yo también hemos coincidido anteriormente — Mariam contraatacó a Robert.

— Pues si nos permiten presentarnos, él es John Hutkins de Scotland Yard y yo Rose Sutherland del MI5, estaremos con ustedes un tiempo

aunque entre medio tendremos que viajar.

— El agente Madlow ya nos ha hablado, por cierto muy bien, de vosotros dos — Francisco captó de inmediato que estaban enamorados — Espero que su estancia en Sevilla les resulte agradable, aunque desafortunadamente ya ha comenzado la temporada de calor, aún se puede oler a azahar en muchas calles. Ya les indicaré lugares donde pasar sus ratos de asueto.

— Muy amable por tu parte, Francisco — repuso John educadamente — Hace tiempo que no vuelvo a Sevilla y tengo vagos pero agradables recuerdos.

— Bien, presentados todos creo que es hora de que nuestros viajeros descansen — terció Madlow — Los acompañaré a sus habitaciones, mañana tenemos todos mucho trabajo por hacer.

Madlow hizo una seña al capitán de la Guardia Civil para que retirase a su tropa. Éste a su vez dio un silbido para llamar la atención de Bernard y ambos se miraron y saludaron militarmente.

Después Madlow acompañó a los científicos ingleses, españoles y a Bernard, que insistió en unirse a ellos, al hogar-laboratorio que habían establecido en un gran edificio de cuatro plantas aéreas y otras tres bajo tierra. El primer sótano estaba dedicado a dormitorios y una amplia sala de descanso, con cocina, comedor y bar. El segundo contenía otra amplia sala destinada a reuniones, equipo de comunicaciones que contaba con antena propia en el tejado del bloque y laboratorios clínicos. El tercer nivel era el de los laboratorios de investigación básica y almacén.

Robert estaba impresionado por el equipamiento que veía. Incluso algunos aparatos que reclamaba hacía tiempo en Genicotrox estaban allí.

Los otros agentes del MI5 llevaron a Rose y John a la primera planta del edificio. Un sutil camuflaje, formado por paneles pintados y adheridos a los cristales de la fachada, le daba el aspecto de ser una sede de oficinas. Pero el interior era más propio de un hotel de cuatro estrellas. En forma circular,

el edificio contaba con un gran patio interior, con piscina en su centro.

El edificio se construyó para la célebre Expo-92, siendo entonces pabellón de una gran multinacional. Poco después lo adquirió la Junta de Andalucía como parte del Parque Científico-Tecnológico que montaron en Isla Cartuja. Tras varios años decidieron reubicar el Parque junto al nuevo puerto de Sevilla, en la confluencia del Canal Sevilla-Bonanza con la manga principal del Guadalquivir.

Vendieron entonces parte de los edificios y otros los reasignaron a instituciones públicas. La construcción donde se hospedaban los activistas fue finalmente adquirida por un consorcio médico con fines de investigación altruista, que pretendía combatir el monopolio de patentes por parte de las grandes farmacéuticas.

Aquella noche Bernard y Maribel compartieron habitación. Rose y John también. Dos de los agentes del MI5 se quedaron haciendo guardia junto con un pelotón de guardias civiles que estaban repartidos en edificios circundantes.

Madlow bajó a la planta de comunicaciones para dar parte a Buenatierra de que todo iba bien. Lo hizo a través de videoconferencia y percibió en el veterano cara de satisfacción. Supuso que Buenatierra tenía otras buenas noticias, aunque no le contase nada. Le habló de la petición de Rose y el viejo espía dio su aprobación sin darle importancia. O bien Pedro Buenatierra perdía facultades como Wattner, o bien había visto alguna extraña luz que aclarase el camino. Pedro finalizó la conversación pidiéndole a Madlow que estuviese a las ocho en punto del día siguiente delante de la pantalla para recibir instrucciones.

Los demás estaban demasiado cansados y, tras una ligera cena, cayeron rendidos de sueño en sus camas.

* * * * * * *

20. Rue du Pont Neuf, París

Dalila Cacciatore y Mâjid Amir estaban sentados en la sala del consejo de administración de la Société Géneral. No podía ser una pareja más disonante. Ella, italiana de sesenta años, melena corta teñida de rubio, y vestida con chaqueta y falda que no disimulaban sus rechoncheces. Él, árabe de cincuenta años, de pelo corto gris, vestido con un elegante traje de paño, nariz aguileña y muy enjuto.

Charlaban en inglés sobre las últimas fiestas de sociedad a las que cada uno había asistido. La conversación no tenía más propósito que el de pasar el tiempo mientras aguardaban la llegada de otros socios de la Oil Corp.

La Oil tenía bajo su control a la Société Géneral a través de la UBS a su vez participada al sesenta por ciento por un complejo grupo de empresas, sin vinculación legal entre sí, pero todas ellas de propiedad de la Oil.

De este modo el Oligopolio mantenía el control de todos los grandes bancos y empresas transnacionales a la vez que intentó camuflar su casi absoluto control sobre la economía mundial. El artificio le sirvió durante cinco años, hasta que la escasa prensa libre, los sindicatos y otras organizaciones de resistencia fueron destapando el tinglado.

Aún así los harpagones de la Oil se sentían seguros en sedes como ésta de la SG, con una muralla de guardaespaldas reclutados entre ex-policías y ex-militares gracias a ofertas de buenos sueldos.

Eran las doce del mediodía cuando llegaron, a intervalos de un minuto, el resto de convocados. El primero fue Marc Jeppson, estadounidense con aires de presunción a juzgar por el peluquín que utilizaba para tapar su calvicie frontal, pues por lo demás conservaba buena forma para sus cincuenta y ocho años.

Le siguió Alain Darlan, suizo de sesenta y dos años, calvo sin disimulos, notoriamente más bajo que Jeppson y con una barriga y una nariz regordeta que le afeaban. Después siguieron Xiao Zheng, de China, Shin Takahashi, de Japón y Nikolai Novikok, de Rusia.

El último en entrar en la sala fue Heinz Beisheim, acompañado del jefe de seguridad Hans Priebke. Este último, con cincuenta y cinco años conservaba su buena forma militar. El financiero, por el contrario era grueso y con cara enrojecida de los excesos en la comida y la bebida.

Beisheim tomó la palabra al mismo tiempo que se sentaba.

— Señora, señores, supongo estarán informados de una posible fuga de seguridad en nuestros planes por lo ocurrido en Genicotrox de Horsham. Las muestras de virus robadas no son tan comprometedoras como los documentos que relacionan a la farmacéutica con el Pentágono. Y lo peor es que seguimos sin saber en qué manos han caído. Al parecer el jefe de personal de la empresa, en un ataque de locura, inyectó una dosis letal de virus al director y después se fue a Canterbury para entregarse a Scotland Yard.

— ¿Se sabe dónde se encuentra ahora el tal Philip Arnais? — interpeló Marc Jeppson.

— Veo que está bien informado — le contestó Beisheim — al parecer se ha encargado de él un grupo del MI6. Lo peor del caso es que ninguno de nuestros contactos en el MI6 sabe nada.

— ¿Y no podemos trasladar el asunto al director general del MI6? — fue Dalila Cacciatore quien preguntó con voz de arpía.

— ¿Qué cree que hemos hecho? — contestó Beisheim con acritud.

— ¿Es posible que el propio MI6 haya perdido el control de sus agentes? — hablaba Mâjid Amir — ¿Qué excusa pone el director general? ¡Es inadmisible para alguien que tenemos en nómina!.

— Aduce que están desbordados con las últimas huelgas y levantamientos populares — replicó Beisheim — Están investigando lo sucedido en Bristol, no sólo a los instigadores, también a las fuerzas del ejército que tuvieron que intervenir y no hicieron lo que se les pidió.

— Según mis informes un tal general Rippley está tapando a sus oficiales — se permitió intervenir Hans Priebke, el matón —. Se trata de

un tipo con gran ascendencia entre sus colegas militares, un hueso duro de roer.

— ¿Se puede rescatar lo que se ha avanzado en Genicotrox de Horsham? — volvió a preguntar Marc Jeppson, el americano — porque en ese caso propongo trasladar la investigación a Genentech en Oceanside.

— ¿Contamos con suficientes apoyos en la CIA y el Pentágono? — inquirió Mâjid Amir, el qatarí, con tono retórico — Estaría más seguro si trasladásemos nuestras operaciones a mi país.

— Por favor, príncipe, no quiero ofenderle — se interpuso la italiana, Dalila Cacciatore — pero todos sabemos que en Qatar todos los científicos de valía son mercenarios extranjeros. Aunque no dudamos de la lealtad de su ejército, sería difícil evitar filtraciones de información a otros países que acabarían perjudicándonos.

— Y con respecto a la fidelidad de la CIA y el Pentágono puede darlo por seguro — contestó Marc Jeppson con voz tajante.

— Señores, creo que no podemos retrasar más nuestros planes — cortó secamente Beisheim — las revueltas se están intensificando, estamos perdiendo el control de agencias de espionaje y posiblemente de ejércitos y el único modo de recuperar el poder es poner en marcha nuestro plan de epidemias controladas. Necesitamos ultimar las cepas víricas. La propuesta de Marc Jeppson parece la más convincente, salvo que el príncipe Mâjid insista — al no obtener respuesta del qatarí Beisheim prosiguió —. Bien, propongo que nuestros técnicos elaboren un plan para traspasar el trabajo de Horsham a Oceanside, sin que las centrales de las empresas se inmiscuyan.

— Me parece perfecto — redundó Marc Jeppson — estimo que en una semana pueden estar hechos todos los preparativos. Por otra parte creo que deberíamos volver a vernos para revisar la situación de los agujeros de seguridad y los militares. Propongo que sea en este mismo sitio, dentro de siete días.

Los reunidos se miraron y asintieron con un gesto.

* * * * * * *

21. En Isla Cartuja, Sevilla

— Veo que han hecho un notable descubrimiento — Francisco Escobar le hablaba a Henri Crosstand mientras observaba el modelo de retrovirus que éste había creado — Y con respecto a los modelos de Genicotrox incluidos en los discos que se llevaron ustedes de allí creo que podemos adelantar trabajo con un software que hemos creado aquí recientemente. Este software permite la comparación automática de virus y retrovirus con los de una base de datos en que tenemos todos los modelos conocidos actualmente.

— ¿Y cómo es que no sabemos nada de ese software? — Henri sentía curiosidad.

— Ya le digo que es reciente. De cualquier modo pensamos mantenerlo en secreto hasta que la situación mundial cambie de rumbo, al menos mientras podamos. No vamos a darles armas al enemigo. Este software acelera veinte veces o más el trabajo de un genetista experimentado.

— Perfecto, pues si le parece, primero deberíamos tutearnos. Me sentiría incómodo de otra manera — Francisco asintió con una amable sonrisa —. Y en segundo lugar si te parece bien podrías inspeccionar los discos de Genicotrox con tu software mientras los demás revisamos la acción de nuestro retrovirus sobre la transformación genética que necesitamos.

— No olvides, Henri, que hay que comprobar los posibles efectos indeseados de tu tratamiento. Otras líneas de investigación son el virus de la agresividad creado en Genicotrox y el retrovirus antídoto.

— Bien, si te sientes capaz de hacer tú solo la investigación sobre los otros modelos de Genicotrox, Maribel y Pilar trabajarán con nosotros. Creo que se alegrarán de ser mayoría de mujeres en el equipo.

— Preferiría una ayuda, de ser posible de Mariam. Ella tiene siempre otra perspectiva. Si es que a Robert no le importa...

— Los temas personales vamos a dejarlos a un lado. Hablaré con Robert y nos pondremos en el tema. En cuanto vayas encontrando información espero que nos la transmitas, ya hemos tenido una gran sorpresa con las cepas de virus congeladas. Espero que no haya más sorpresas de ese género. Te recuerdo, por otra parte, que las claves de descodificación están el pendrive del paquete de discos, la mayoría de archivos está ya descodificados, no obstante, si tienes alguna pega contaremos con Scalabra que es experto en criptografía.

Decidieron repartirse las áreas del tercer sótano. Francisco y Mariam trabajarían en un pequeño laboratorio apartado y los demás se distribuirían por el resto.

Contaban con abundancia de tejido humano de distintos órganos, conservado de los tratamientos que realizaban a pacientes ocasionales, y sobre ellos empezaron a realizar sistemáticamente pruebas de evolución del retrovirus modificador del *gen de la codicia*, del virus de la agresividad encontrado en Genicotrox y de su antivirus, el retrovirus de rápida multiplicación.

Robert estaba cantarín esa mañana y no dejaba de tararear sus canciones favoritas No One Can Ever Know de The Twilight Sad y R U Mine de Arctic Monkeys.

A Susan, Maribel y Pilar les hacía mucha gracia oírlo cantar despistado mientras hacían las preparaciones de tejidos. Henri estaba más concentrado que nunca en su labor, por lo que una vez que todas corearon a Robert ni se dio cuenta.

Tan siquiera notaron la ausencia de Rose y John Hutkins. Madlow había recibido una llamada de Buenatierra esa mañana para que partieran en el primer avión a París. Con ellos tres iba Richardson, mientras que Whiston, Redmigton y Scalabra se quedaban para coordinar el servicio de seguridad de los laboratorios.

Cerca de las doce Francisco, seguido de Mariam se acercaron con caras de preocupación.

— Malas noticias entre los modelos que llevamos comparados aparecen variantes de la proteína de Creutzfeldt-Jakob, la encefalopatía espongiforme, pero en forma vírica — fue Francisco el primero de los dos en hablar.

— También hemos encontrado variantes del ébola y de la gripe española, modificados con una combinación del VIH — añadió Mariam — esta puta gente quiere cargarse a media humanidad.

— En compensación tenemos modelos de retrovirus posibles aniquiladores de estos virus — prosiguió Francisco — Creo que el trabajo se nos acumula.

— Debemos organizarnos mejor para acabar el trabajo lo antes posible — Robert había dejado de canturrear y hablaba con imponente seguridad —. No sabemos cuáles son los planes de los malditos tipos de la Oil y el Pentágono. De momento creo que Maribel se os puede unir para continuar el estudio de los discos de Genicotrox. Cuando hayáis estudiado todo el contenido de los discos haremos una evaluación y decidiremos si es preciso pedir refuerzos en el laboratorio.

— Con el refuerzo de Maribel estimo que podremos terminar en dos horas — volvió a hablar Francisco — así que mientras almorzamos podemos comentar los resultados.

— También para esa hora tendremos hecha una primera evaluación del proceso que siguen los virus y retrovirus que nosotros estudiamos — Robert seguía tomando la iniciativa — propongo descansemos durante el almuerzo y nos reunamos después el tiempo necesario para hacer planes.

— Disculpa a Francisco que no recuerda vuestras costumbres — medió Pilar — quizás ellos necesiten ahora un refrigerio.

— Pues sí, Pilar — se apuntó de inmediato Susan — y me ofrezco voluntaria a prepararlo.

A las dos menos cinco de la tarde se reunieron a almorzar en el primer só-

tano. La comida se la traían regularmente los escoltas de la Guardia Civil.

Mariam y Francisco no pudieron esperar a dar la buena noticia. Los últimos archivos revisados contenían modelos que eran variantes de los anteriores y todos llevaban inscrito un número de versión, por lo que bastaba centrarse en los últimos.

Por su parte Henri y Robert comunicaron haber encontrado tanto la versión definitiva del retrovirus desactivador del *gen de la codicia* como su antagonista, capaz de activarlo. Tenían el ochenta por ciento de pruebas metabólicas efectuadas sobre distintos tejidos y no había ninguna anomalía inesperada.

— Sólo nos falta ponerle un nombre — anunció Robert, triunfante.

— ¿Qué te parece *Bounty*? — sugirió Maribel pensando que les gustaría un nombre inglés.

— Perfecto — sonrió Robert — no se me habría ocurrido un nombre mejor.

— Pues vamos a bautizarlo con champán — Fran ya estaba sacando copas y una botella.

Tras el brindis decidieron ver las noticias en televisión y dejar la conversación para más tarde.

— Fuertes disturbios en Lyon y Grenoble — anunciaba el comentarista de la Sexta —. Miles de trabajadores de las empresas químicas, automovilísticas y del sector financiero hoy han hecho huelga para protestar contra la severidad laboral a la que están sometidos. La escasez de sus salarios no ha sido obstáculo para la huelga, gracias a la colaboración de los técnicos de estas empresas y parte del staff directivo intermedio, que también se han sumado a la protesta. Los huelguistas se han dirigido a la sede del gobierno en cada ciudad y en estos momentos las han rodeado.

Detrás del presentador se veían las imágenes de lo que estaba sucediendo. Entre el cordón de manifestantes y los respectivos edificios, policías con

equipación antidisturbios formaban una muralla de contención. Había tanquetas y camiones cisterna. Podía temerse lo peor si los huelguistas avanzaban cercando a los gendarmes, o si éstos comenzaban a disparar.

Una de las cámaras se giró, mostrando una multitud de trabajadores armados con porras y latas que parecían cócteles molotov. No se presagiaba nada bueno. La voz del comentarista cesó para dar paso al sonido en directo procedente de Lyon.

— Desde Lyon, Emilio Piedrahita. Efectivamente, Tomás — el corresponsal se dirigía al presentador — la concentración es tal vez la mayor que se haya visto en los últimos años en Europa. Hay que tener en cuenta que detrás de la gran masa de trabajadores agolpados en la plaza hay otro número, quizás el doble, de amas de casa, jóvenes de corta edad, jubilados. Una primera estimación hecha desde nuestro helicóptero es que puede haber entre doscientas mil a doscientas cincuenta mil personas. Se respira tensión pues los habitantes están muy enfurecidos. Los efectivos policiales suman alrededor de tres mil agentes. La gente no retrocede por más que la policía se lo pida por los megáfonos. Este sitio puede convertirse en un campo de batalla en cualquier momento a menos que se produzca una aparición del Prefecto como piden los manifestantes.

— Gracias, Emilio — el presentador se dirigía al corresponsal con gesto grave — volveremos a conectar en breves momentos. Pasamos ahora a conectar con nuestro corresponsal en Grenoble, Ricardo Sotillo. ¿Cómo está la situación en Grenoble, Ricardo?

— Buenos días, Tomás. Hay unos mil ochocientos gendarmes cercando el edificio de la Prefectura e impidiendo que una multitud de cincuenta mil personas avance hacia él. La gente está cada vez más enfurecida, se oyen voces invitando a los policías a que se pasen de bando. Las fuerzas policiales están fuertemente armadas con tanquetas y camiones cisterna. Se sabe que tienen munición de goma, pero también munición real. Por su parte muchos manifestantes están armados con porras y latas incendiarias. De no mediar una intervención

del Prefecto, como piden los manifestantes, es de temer se organice una batalla de consecuencias imprevisibles.

— Disculpa la interrupción, Ricardo. Estamos viendo imágenes en Lyon de disparos de algunas tanquetas. La gente se está protegiendo detrás de furgonetas que no se explica cómo han aparecido en la plaza formando un cordón. Pasamos la palabra a Emilio Piedrahita. ¿Qué está sucediendo, Emilio?.

— Cuatro tanquetas han comenzado a disparar contra el público tras verse aparecer una veintena de furgonetas desde las calles laterales. Los disparos se han producido en el momento en que estas furgonetas han formado un cordón a modo de barrera defensiva para los manifestantes. Por detrás de las furgonetas la gente se defiende lanzando piedras y cócteles molotov. ¡Atención! Un cóctel molotov ha explotado sobre una de las tanquetas y ésta ha comenzado a arder. También otra tanqueta ha disparado una ráfaga que ha levantado el techo de una de las furgonetas donde se cobijan manifestantes. No se observa que la gente retroceda, ni que se alejen los que están en las calles laterales. Están apareciendo ahora más furgonetas y otros automóviles empujados por la gente que avanza hacia la plaza. Si se me permite la comparación esto se va pareciendo a la toma de la Bastilla, con la diferencia de época y de medios materiales.

— En Grenoble ha comenzado la refriega entre manifestantes y policías — interrumpió la voz de Ricardo Sotillo — Los manifestantes han conseguido introducir en la plaza unas catorce furgonetas tras las que se parapetan para lanzar piedras y latas incendiarias. Las tanquetas han abierto fuego, al parecer con munición de goma y se han visto varios manifestantes abatidos en el suelo, aunque han sido de inmediato recogidos por sus compañeros y puesto a cobijo. El cañón de una tanqueta ha reventado por el impacto de varias latas incendiarias y la gente sigue introduciendo furgones y automóviles desde las calles laterales.

— Como podemos observar la situación en ambas ciudades es igual de

dramática — era Tomás Merchán, el presentador de la Sexta el que hablaba — Nos avisan desde control que vamos a suspender momentáneamente el resto de noticias para proseguir los acontecimientos que se suceden ahora en Francia.

— Se empieza a oír un bronco ruido en el cielo — intervino Ricardo Sotillo — el ruido parece acercarse cada vez más. Atención se divisan luces provenientes del sur. Por suerte nuestro cámara ha traído prismáticos. Me dice que parecen ser helicópteros en gran número. Ahora se les observa a simple vista. Por la procedencia va a tratarse de aparatos de la base aérea de Istres – Le Tubé. El ruido se hace ensordecedor. Intentaremos aislarnos con los cascos.

No se oía la voz del corresponsal. En su lugar tan sólo un ruido grave e intenso que tapaba cualquier otro sonido.

El cámara enfocó al cielo y se pudo distinguir claramente la imagen de dos helicópteros militares. En el lateral del más próximo el rótulo AS555UN Fennec. Después, un recorrido del cielo con la cámara mostró la presencia de al menos veinte helicópteros del mismo tipo.

En los instantes siguientes la gente comenzó a dispersarse por las calles contiguas a la plaza. Lo más sorprendente es que los policías también empezaron a marcharse cuando los helicópteros se apostaron delante de ellos y los deslumbraron con fuertes focos. Al principio parecía una retirada ordenada, pero a los dos minutos todos los gendarmes corrían en diferentes direcciones, sobrepasando en muchos lugares a la multitud que aprovechaba para increparles levantando el puño.

Un agente que se volvió para hacer frente a unos manifestantes fue rápidamente reducido por éstos, acabando en el suelo con algunas contusiones. Otros agentes pasaron al lado de él sin prestarle atención.

— Como podemos observar en estas imágenes algo insólito está ocurriendo en Grenoble — hablaba Tomás Merchán — no deja de asombrarnos la retirada en desorden de la Policía. Pensamos que los helicópteros han debido hacerles alguna señal intimidatoria. Desde

realización nos avisan que van a rebobinar las imágenes para que podamos aclararlo. Ahí están, se ven las luces de los focos proyectadas sobre el edificio de Prefectura, vamos a parar un momento la imagen. Efectivamente se ven pequeñas luces rojas sobre una de las tanquetas. ¡Oh! Se pueden distinguir toda una colección de puntos rojos distribuidos por las fuerzas policiales. El mensaje está claro. Una sección de L'Armée de l'Air ha ido a proteger a los manifestantes, impidiendo al mismo tiempo que tomasen la Prefectura.

— Tomás — interrumpió Emilio Piedrahita — Te hemos estado escuchando y parece que hacia aquí también vienen helicópteros. Comienza a notarse el mismo sonido bronco del que antes hablaba Ricardo. Pero, ¡atención! La Policía empieza a retirarse hacia los laterales de la fachada. Ya tenemos los helicópteros encima, el ruido se hace ensordecedor pese a que tenemos puestos los cascos...

Volvió a repetirse el mismo efecto que en Grenoble. Sólo llegaba ruido a los estudios de la Sexta, de modo que Control decidió apagarlo y dar voz al presentador, mientras seguían las imágenes de Lyon.

Nuevamente se observó cómo se dispersaban manifestantes y policías después de que los helicópteros parasen delante de estos últimos. En esta ocasión los policías corrían en pequeños grupos, por lo que el cámara de Lyon no pudo enfocar ningún incidente, tan sólo caídas accidentales de gente que rápidamente eran atendidas por quienes corrían a su lado.

— En total parece que han sido unos cincuenta helicópteros, supuestamente procedentes de la base de Istres – Le Tubé — volvió a tomar las riendas informativas el presentador — Debemos presuponer que la operación ha sido autorizada por los jefes de la base aérea, lo que deja al Ejército del Aire francés en una situación complicada. Esta actuación recuerda lo sucedido hace poco en Bristol, donde un teniente coronel evitó derramamiento de sangre de la multitud que se manifestaba allí.

En este momento Robert y Henri se miraron y dirigieron la vista a los res-

tantes activistas. Todos expresaron con el gesto que se podía apagar la televisión.

Tras hacerlo los españoles tradujeron al inglés las últimas declaraciones del presentador de la Sexta, para que los ingleses pudieran estar al tanto. De lo anterior, las imágenes se explicaban por sí solas.

Terminaron el almuerzo y decidieron subir a la azotea del edificio a tomar el sol mientras tomaban café. Al subir, el ascensor se detuvo en la primera planta, donde estaban apostados dos de sus guardianes, que les preguntaron por sus intenciones y les pidieron se pusiesen gorras que ellos mismos les proporcionaron. Al llegar arriba se encontraron con cuatro agentes, cada uno situado en una esquina y un acogedor centro con sombrillas y una barra de bar a un lado.

Allí estuvieron un buen rato hablando de planes de investigación, relajadamente. Cuando el sol caía decidieron bajar, con la sensación de haber tenido una tarde fructífera.

* * * * * * *

22. Rue la Vrillière, París

En el Timhotel Le Louvre se alojaron cinco parejas de turistas entre los que estaban Rose Sutherland, John Hutkins, Kurt Madlow, Alice Delapierre, William Richardson, Astrid Meinl, Pedro Buenatierra, Gisela Baumeister y Gustav Mercoli. Este último se había hecho acompañar de Claire Villeneuve, una agente de la DGSE en activo, integrada en la CMH.

Todos se habían registrado como ingleses, usando pasaportes falsos. La impresión que daban era la de turistas de clase media que habían ido a París con la intención de divertirse, lo que reforzaron en su primer almuerzo en el hotel, que alargaron tomando copas hasta que el servicio les pidió que abandonaran el local para la limpieza. Después preguntaron en recepción por locales de espectáculos nocturnos en Montmartre.

Cuando se dirigían al popular barrio, repartidos en tres coches, Pedro Buenatierra llamó por el móvil a su lugarteniente Eduardo Cortés. De unos treinta y ocho años, pelo negro largo y complexión de atleta, Eduardo Cortés era uno de los jóvenes agentes del CNI más valorados. Se estaba alojando en el Hotel Crayon, cercano al Timhotel Le Louvre, junto con Azucena Castillo, quien podía pasar por una perfecta francesa de treinta años. Con ellos estaban Clemens Gottsched, Holger Kähler, Kaspar Urlacher y Pierre Bonard acompañados de cuatro esculturales agentes francesas.

Cortés se demoró algo más de lo conveniente en atender la llamada, por lo que cuando descolgó oyó una voz seca:

— ¿Dónde te metes? — interpeló Buenatierra.

— Preparados para salir — se repuso Cortés —. ¿Qué local os han recomendado?

— Moulin Rouge, ¡cómo no!. Pero vamos al Paradise Latin al otro lado del Sena.

— Bien, nosotros vamos al Crazy Horse. Así podremos comparar para cuando lleguen mañana nuestros invitados.

— Supongo que todos vosotros tenéis ya compañía femenina.

— Y muy agradable por cierto. Aunque la chica que vino conmigo no desmerece en nada a las demás.

— Ya sé que estás hecho un bribón. Has visto demasiadas películas de 007. Pero ya ajustaremos cuentas más adelante, ja, ja, ja.

— ¡Pierre!. Sabes que yo soy monógamo, cada vez.

— ¿Me quieres decir que nunca te has montado un trío?. Ja, ja, ja.

— ¡Contigo no hay quien pueda!.

— Por eso soy el jefe, acuérdate, siempre voy por delante.

— Quedamos más tarde, ya sabes, ¿de acuerdo?

— De acuerdo. Pero me tienes que contar cómo te ha ido.

— Sólo si tú me lo cuentas también.

— Bien, ya hablaremos...

La noche transcurrió alegre en los dos locales de moda de París. Buenatierra no pudo evitar que las bailarinas lo sacasen a bailar en el escenario, junto a otros turistas. Alice estaba embobada con la figura de ese hombre. Se había hecho la idea de que sería el típico estirado, análogo a sus jefes, y no pensó nunca que iba a tener por compañero a un *pura sangre latina*. No tardó mucho en convencer a Gisela Baumeister para que le cambiase la pareja. La alemana le había echado el ojo a Madlow y aprovechaba cualquier momento para llamar su atención.

Por su parte Cortés aprovecho para intimar con Azucena Castillo, mientras dejaba que Pierre Bonard animase la reunión con su palabrería francesa. Los demás agentes fueron acercándose cada uno a una francesa de las que Gustav Mercoli había elegido para la misión.

El día siguiente se presentaba tedioso hasta la tarde-noche en que se esperaba la llegada de los potentados de la Oil, por lo que decidieron alargar la diversión nocturna y, tras el cierre de los locales a las tres de la madrugada,

continuaron la juerga en las habitaciones de los dos hoteles, ahora por parejas. Las mujeres estaban más dispuestas que los hombres y a alguno de ellos le costó dejar enteramente satisfecha a su dama. A las cinco y media todos dormían con placidez, esperando levantarse a las doce.

Desde luego nadie que estuviese en esos hoteles, ni el personal de servicio ni los restantes clientes, podrían sospechar que tenían delante a veinte espías europeos, probablemente los mejores de su oficio.

El primero en levantarse fue Gustav Mercoli, un instante antes que Pedro Buenatierra, a quien llamó por teléfono:

— Peter, excelente mañana, ¿no te parece?

— ¡Oh sí, Gustavo!. Podríamos ir con nuestros amigos pescadores a echar un buen rato a orillas del Sena.

— Perfecto, los llamaré y quedamos, ¿en media hora?.

— De acuerdo. Mi compañera vendrá con nosotros — Alice retozaba en la cama como si tuviese veinte años — también quiere pescar.

— Yo también iré acompañado — Claire Villeneuve abrió los ojos a la vez que una sonrisa inmensa.

— Bien, quedamos donde siempre.

Con el tiempo justo de darse una ducha por parejas y engullir un café y un sándwich en la cafetería de los hoteles, las dos parejas se dirigieron en coche hacia le Pont du Carrousel. En los bajos esperaban tres coches de la gendarmería francesa. Al mando estaba el Comandante Antoine Guillamet.

— Bonjour monsieur, ¿se encuentra al tanto de la situación de los hombres que seguimos? — La pregunta la hacía Mercoli.

— Discúlpeme monsieur, tan sólo nos han informado de que siguen a un tal Ten Hu Jiao, ejecutivo de la Oil, que al parecer ha huido de su país con información comprometedora para La Empresa.

— Efectivamente, mi amigo, nuestros agentes tienen pistas de que Ten

Hu viaja con destino París y es inminente su llegada, aunque tardará al menos tres días, pues se sabe viaja por tierra. La misión que le encomendamos es que tenga bajo vigilancia las estaciones de tren, autobuses y accesos por carretera. Por vía informática se le proporcionará toda la información necesaria para su identificación. Supongo que para usted esto no será un problema.

— Tan sólo que para cubrir todo el perímetro de París tendré que informar a mi superior. Con los agentes de que dispongo llegaría a cubrir la sexta parte de lo que me pide, a lo sumo.

— ¡Oh! Naturalmente que contamos con que informe a su superior. En la documentación que se le está enviando en este momento hay datos suficientes que justifican la operación. Se trata de un delito de robo de patentes pendientes de registro. Las autoridades chinas son las primeras interesadas en la detención de Ten Hu y lo han hecho saber por el canal diplomático. El caso además está relacionado con el atentado de Avignon.

— Pues monsieur, cuente con ello. En cuanto detengamos a este personaje lo entregaremos a la justicia francesa para que proceda a su inculpación.

— Sería desacertado, comandante. Este tipo debe ser repatriado a China lo antes posible. Debemos eludir los tribunales y entregarlo directamente a la Embajada de China.

— Comprendo señor. Lo haré saber a mi superior, pero no sé si él estará de acuerdo con esta medida.

— El coronel Paul Lafayette ha colaborado siempre que la DGSE se lo ha pedido. Si nos hemos dirigido a usted y no a él directamente es por seguridad de la operación. Sabemos que Ten Hu tiene agentes en la ciudad — Mercoli miró su reloj —. De cualquier modo en la documentación encontrará un archivo cifrado que debe remitir a su coronel.

— Entiendo perfectamente, señor. Así lo haremos.

Se despidieron y cada uno volvió a su coche. En cuanto se alejaron Pedro Buenatierra y Alice Delapierre no pudieron contener más tiempo la risa.

— Nunca imaginé que los espías franceses fueseis tan cómicos — dijo Pedro sin parar de reír.

— Con que Ten Hu Xiao robando patentes de su empresa, ¡qué bueno! — añadió Alice.

— Debo reconocer que el plan ha sido inspirado en varias de las leyendas que se cuentan de Pedro. Por otra parte sabemos que Ten Hu Xiao es efectivamente un ejecutivo de alto nivel de la Oil. Ha contactado aquí en París con Alain Darlan del que, ya os dije, sospechamos es miembro de la cúpula directiva de esa mafia.

— Bien — tomó el mando Pedro — hemos despejado el último escollo. Ahora debemos avisar al Coronel Lafayette y a nuestros amigos de los helicópteros.

— Del Coronel Charles Vaillant me puedo encargar yo — repuso rápidamente Alice. Se notaba en ella que la acción le producía un apetito sexual insaciable, propio de una ninfómana.

— Pues en ese caso yo contactaré con Lafayette — intervino Mercoli —. Mi amigo se partirá de risa cuando le cuente lo sucedido con Guillamet.

* * * * * * *

23. Base aérea de Istres – Le Tubé

— Nuestra única condición es que los aparatos estén pilotados en todo momento exclusivamente por agentes de la DGSE — el Coronel Charles Vaillant hablaba con afabilidad y firmeza al mismo tiempo —. Nuestro General, Antoine Rousseau está entusiasmado con esta misión pero quiere asegurarse de que los aparatos volverán a la base indemnes y para asegurarse tiene esa exigencia. Los agentes del DGSE son expertos pilotos de nuestros helicópteros. Yo mismo he entrenado a varios de ellos — dirigió la vista en ese momento a Claire Villeneuve, Jazmine Bertoli, Marie Chateaux y Pauline Forgot, allí presentes junto con Alice Delapierre y Gustav Mercoli.

— Entendemos perfectamente su posición, Monsieur, y aceptamos naturalmente su condición — contestó Alice — puede contar con mi palabra.

— Es usted una reputada agente del espionaje europeo. Además nuestro Servicio de Inteligencia ha hecho sus deberes respecto a ustedes y, aunque no están seguros de nada, dan como probable que ustedes están tras el asalto a Genicotrox y quizás lo de Avignon. Con su palabra me es suficiente. Estamos ahora en el mismo bando.

— Respecto a la devolución de los aparatos... — Alice comenzó a hablar, pero Vaillant la interrumpió de inmediato.

— Ya lo había planeado con Mercoli. Deben asegurarse de coger suficientes rehenes entre los mercenarios de la Oil para traerlos aquí junto a los helicópteros. Esa será vuestra tapadera.

— Perfecto, Coronel. Ahora sólo nos hace falta conocer el momento — intervino Mercoli — por nuestras informaciones quedan dos o tres días para que emprendamos la operación. Las agentes se quedarán en las cercanías de la base y yo regreso a París para coordinar los últimos preparativos. Recibirá mi aviso en código cifrado y cuento con ver a mis agentes ilesas al mando de sus aparatos sobrevolando la Rue du Ponte Neuf.

— Ahora soy yo quien le da mi palabra — Vaillant se cuadró al tiempo que alargó su mano a Mercoli —. Lo único que lamento de todo esto es no poder estar tripulando un helicóptero en el momento del ataque.

— Creo, Coronel, que más adelante tendrá ocasiones — Alice le dirigió una seductora sonrisa —. Si la suerte nos acompaña estaremos al principio de lo que va a ser una gran revuelta y un cambio en el orden mundial que acabará con la corrupción y la desigualdad humana.

— Ojalá sea cierto lo que dices y estaré orgulloso de haber puesto mi grano de arena en esa empresa — Vaillant reparó en la sonrisa de Alice y le contestó con la mejor suya.

* * * * * * *

24. Grand Hotel du Palais Royal. 21:00

Hans Priebke se encontraba en el hall del Grand Hotel du Palais Royal recostado en un sofá mientras hablaba con dos de sus mercenarios.

— Para pasado mañana tendremos trabajo intensivo — Hans mantenía la mirada fija en sus dos subordinados mientras les hablaba — los jefes volverán a reunirse de nuevo y es la primera vez, que yo recuerde, que lo hacen en el mismo sitio en menos de seis meses.

— ¿Cómo es posible que el señor Beisheim esté de acuerdo en hacerlo así? — uno de los mercenarios se atrevió a preguntar.

— El mismo lo propuso la semana pasada. Los demás aceptaron sin rechistar, ya conocéis a nuestro jefe. Supongo que se traerán algo muy gordo entre manos. Algunos de los guardaespaldas personales de los gerifaltes llegarán mañana. Supongo que se empeñarán en repasar todos nuestros dispositivos en la sede de Rue du Pont Neuf. Ese tipo de trabajo me irrita, siempre hay algún listorro que cree saber más que tú sobre emplazamiento de ametralladoras, alarmas o cualquier otra chorrada. Así que tú, Frank, te encargas de los orientales, se te dan bien los chinos. Y tú, James, te encargas de los rusos y árabes. A Kate le decís que se encargue del resto, si no viene ninguna listorra ella sabe engatusar muy bien a los gorilas para que no pregunten lo que no conviene.

— De acuerdo, jefe — contestó James — está claro que nos ceñiremos a sus preguntas sobre lo corriente. Nada de los misiles ni el sistema de identificación personal a través de las cámaras infrarrojas.

— No creo que haya ningún problema — añadió Frank — la sala B de seguridad está escondida tras los archivos del sótano y las rampas de los misiles integradas en la arquitectura de la azotea, de manera que ninguno se va a oler nada de lo que tenemos aquí.

— Pues si está todo claro, llama a esa camarera rubia — Priebke se dirigió a Frank — que nos traiga otros tres whiskys. Quiero saber si me

acompañará esta noche en mi habitación. Al señor Beisheim se le ha antojado estar con Kate. Vive como un sultán. Mejor para nosotros que podremos despreocuparnos.

— ¿Eso quiere decir que podemos llevarnos mujeres a las habitaciones? — James llevaba siete años trabajando para Priebke, pero hasta su reciente ascenso en el equipo no había tenido esos privilegios.

— Sólo esta noche y sólo vosotros dos, que quede claro. Los demás se dedicarán a montar guardias en el pasillo de nuestras habitaciones, también en los pasillos de arriba y de abajo. No quiero que nadie se relaje. A nosotros nos quedan dos días jodidos y mañana por la noche tendremos que descansar bien.

En ese momento se acercó la camarera. Vestía un uniforme elegante y ceñido que destacaba su hermosura. Sirvió las copas con pausa, deteniéndose en particular al colocar la de Priebke, a quien miró a los ojos mientras lo hacía.

— ¿Cómo te llamas, preciosa? — Priebke aprovechó la oportunidad.

— Justine, señor — contestó al tiempo que abría su boca en una sensual sonrisa.

— Bonito nombre, Justine, me gustaría hablar contigo después — Priebke introdujo un billete de cien euros en el bolsillo de Justine, tras enseñárselo con naturalidad.

— Cuando lo desee, señor. Dentro de un cuarto de hora acabo el turno, pero le esperaré algo más de tiempo si es preciso.

— No será necesario. Te buscaré en la sala cuando terminemos el whisky.

* * * * * * *

25. Base aérea de Istres – Le Tubé. 18:30

A toda velocidad se acercaron dos todoterrenos de gran cilindrada a las alambradas de la Base aérea de Istres – Le Tubé. En cuanto estuvieron al lado de un *punto ciego* los ocupantes desmontaron de un salto, cortaron el alambre y se dirigieron a los helicópteros más cercanos.

En esos momentos se estaba efectuando un cambio en la guardia de la base, por lo que se sembró la confusión entre los soldados y oficiales. Tras unos minutos críticos los jefes de guardia entrante y saliente ordenaron abrir fuego, pero para entonces los asaltantes estaban parapetados tras los helicópteros por lo que nadie disparó.

— ¡Monten en los jeeps! — ordenó uno de los tenientes.

Pero para cuando los jeeps se acercaban a los helicópteros estos ya se habían elevado.

— Torre de Control, aquí el teniente Baugan. Nos acaban de robar tres helicópteros ultraligeros. Sigan la pista y notifiquen al mando para que envíe un escuadrón a su captura.

— Teniente Baugan. Le habla el coronel Vaillant. Le recuerdo que los aparatos robados son los más ligeros que tenemos. Nuestra única opción es avisar al mando en París para que envíen cazas en su captura. Ya me ocupo del caso. Le ordeno que revise los otros tres ultraligeros. Después preséntese en mi despacho. Le espero en media hora con un informe convincente de lo sucedido.

— A la orden mi Coronel.

Haciéndose acompañar por los soldados de la guardia saliente Baugan revisó los aparatos, encontrando que a uno de ellos le habían arrancado el estárter.

Aunque hubiesen intentado seguirlos con los otros tres aparatos hubiese sido inútil, pensó Baugan.

* * * * * * *

26. Grand Hotel du Palais Royal. 21:30

Cuando Priebke se levantó comenzaron a oírse ruidos de motores. Instantes después un numeroso grupo de individuos armados entró en la recepción, procedentes del comedor.

Antes de Priebke y los suyos pudiesen reaccionar tenían un pequeño dardo paralizante clavado en el cuello.

— Esto no va contra ninguno de ustedes si se están quietos y no interfieren — gritó uno de los asaltantes mientras exhibía una placa — Seguridad del Estado. Les aconsejamos que elijan mejor a sus clientes — añadió mirando hacia el mostrador, donde dos empleadas les observaban consternadas.

Sin perder tiempo alguno, tres de los asaltantes cargaron sobre el hombro con los matones de la Oil y se volvieron por donde habían entrado.

El resto tomaron rápidamente los ascensores para subir a la tercera planta. Sabían que Heinz Beisheim estaba hospedado en la cuarta por lo que las plantas tercera a quinta estarían vigiladas por sus gorilas.

Al abrir el ascensor se encontraron el pasillo vacío. El plan estaba resultando. El ruido de los helicópteros había atraído a los guardaespaldas de Beisheim hacia las plantas superiores.

Se repartieron entre las dos escaleras interiores y la escalera exterior de incendios. Cuando llegaron a la cuarta planta oyeron ruidos de disparos en la planta superior. Los tripulantes de los helicópteros estaban haciendo su trabajo. Los disparos cesaron y agazapados vieron como algunos de los matones subían a la quinta planta para ver qué estaba sucediendo.

Comenzaron a rodar cuerpos por las escaleras, uno detrás de otro, todos con apariencia de estar inertes. Los que seguían subiendo lo hacían con la precaución de disparar hacia arriba por delante de ellos mismos. Aún así seguían cayendo como moscas atacadas por un insecticida.

Los agentes aguardaron escondidos en la escalera hasta que percibieron

que en el tramo superior no había movimiento. Entonces Buenatierra dio una señal por el intercomunicador y los tres equipos saltaron al mismo tiempo a la planta disparando sin cesar.

En medio minuto todos los gorilas de Beisheim, exceptuando Kate y otro, estaban tirados en el suelo con dardos paralizantes clavados en varias partes del cuerpo.

La habitación 416 era el último objetivo. Allí se encontraba Beisheim, pero decidieron no entrar a ella directamente sino a través de las habitaciones contiguas que estaban comunicadas.

Tras cerrarse sobre el rostro las máscaras antigás arrojaron sendos artefactos desde ambas habitaciones, coordinadamente. Oyeron toses y luego ruido de ventanas abriéndose.

Buenatierra dio una señal para entrar. Un guardaespaldas estaba saliendo por una de las ventanas. Le dispararon y cayó al interior de la habitación.

Se abalanzaron de inmediato a las ventanas y vieron como Kate sujetaba a Beisheim visiblemente mareado y de pie sobre la cornisa.

— No tenéis escapatoria — gritó Buenatierra en un claro alemán que paralizó a Kate.

— Está bien — balbuceó Beisheim — habéis ganado. Kate, volvamos a la habitación.

Para asegurarse, Madlow y Rose pasaron a la cornisa por distintas ventanas, de modo que Beisheim y Kate quedaron entre ellos. Al verse acorralados, el potentado y su protectora no dudaron en volver a la habitación por la ventana central.

En cuanto estuvieron dentro Buenatierra les disparó en el cuello un dardo y antes de que cayesen al suelo estaban en hombros de dos agentes que los transportaron hacia el pasillo.

Sin perder un segundo todo el equipo se dirigió por las escaleras hasta la azotea. También los tres hombres que transportaban a Priebke y sus dos lu-

gartenientes habían subido hasta ella por uno de los ascensores.

Cargaron a sus cinco prisioneros a los helicópteros, sujetándolos con arneses al cabo motorizado. Después subieron siete agentes para completar las tripulaciones.

El resto de agentes bajó por los ascensores hasta la primera planta y desde allí por las escaleras de incendios hasta el exterior donde les esperaban cuatro furgonetas con el motor en marcha. Una vez todos montados, partieron a gran velocidad por rutas diferentes.

Tras alejarse durante unos diez minutos del Grand Hotel du Palais Royal cada furgoneta se introdujo en un garaje donde se distribuyeron en automóviles de gran cilindrada.

Salieron de París sin que la Gendarmería francesa hiciese nada por seguirlos. Gran parte de los agentes, a las órdenes del comandante Antoine Guillaumet, estaban vigilando las entradas a la ciudad, despreocupados de los vehículos que salían. Ya fuera de la ciudad cada automóvil tomó un rumbo distinto.

A las dos horas los helicópteros aterrizaban en una gran pradera cercana a Tornac, a algo más de cien kilómetros de la base de Istres.

Ninguna interferencia en el vuelo. El general Antoine Rousseau se había encargado de distribuir el mensaje a todos los controladores aéreos militares de que sus helicópteros estaban haciendo prácticas.

Los trece agentes se acomodaron junto con sus cinco rehenes en jeeps de alta gama. El efecto del sedante comenzó a disiparse, por lo que volvieron a inyectarle otra dosis.

Partieron hacia España tomando diferentes caminos. Cuando llevaban unas dos horas en ruta, a la altura de Béziers, Alice avisó al coronel Vaillant de la localización de los helicópteros.

— Todo un placer haberles sido de utilidad, madame — contestó Vaillant con tono afable — espero volver a verla en otra ocasión más placentera.

— No lo dude, mi coronel y sepa que el placer ha sido mío — Alice puso la mayor coquetería que pudo en su pronunciación.

* * * * * * *

27. En Isla Cartuja

— Me parece increíble que hayan podido hacerlo. No dudé ningún momento de que lo conseguirían, pero al mismo tiempo me parecía algo de cine-ficción — Francisco Escobar se dirigía a Robert Morrison con entusiasmo.

— Tenía que haber visto a esta gente repeler un ataque de agentes oficiales del MI6, cuando estuvimos en Cardiff — le contestó Robert con un brillo de admiración en sus ojos — Son unos auténticos diablos, preparados para todo y el tal Buenatierra debe ser Satanás en persona, ¡ja, ja, ja!.

— Por lo que me ha informado su amiga Rose *había muchas pirañas en el río en que han estado nadando y han tenido que anestesiarlas a todas. Nos hemos traído los mejores ejemplares, porque esta es una especie rara y uno de ellos ha tenido una reacción alérgica a la anestesia, muriendo, aunque no ha sido el jefe de la bandada.*

— O sea, que es posible que el resto de *pirañas* venga en malas condiciones — inquirió Robert — vamos a ver si tanto riesgo ha merecido la pena.

— Aunque no pudiésemos aprovechar a estos *especímenes* para nuestra investigación el mero hecho de haberlos capturado ya es un beneficio para la humanidad, ¿no crees Robert?.

— Sí, en eso estoy de acuerdo, sólo que ahora estamos expuestos, no creo que la gente de la Oil se quede de brazos cruzados. Empezarán a investigar lo sucedido y a buscar a su gente. Ahora la guerra entre ellos y nosotros se ha declarado. Si no conseguimos resultados en breve y nos hacemos del arma que buscamos me temo que lo vamos a pasar mal.

— Te veo algo pesimista. No pareces el Robert mítico del que me habían hablado, siempre optimista y viendo la cara positiva de cualquier situación. No te conozco mucho, pero creo que te has enamorado re-

cientemente.

— Tampoco yo hubiese pensado encontrarme con un científico tan perspicaz en psicología. No te lo negaré, he sido mujeriego pero últimamente no pienso mas que en Mariam y no quiero que sufra daño.

— Amigo, todo saldrá bien. Tenemos de nuestra parte a la élite de los espías europeos, nuestros experimentos están ultimados a falta de la fase de prueba con humanos. Tenemos en camino a los *voluntarios* para los experimentos finales. Y nadie dice aún que estos *voluntarios* estén estropeados para hacer con ellos lo necesario. Así que confiemos en que todo va a ir bien y concentrémonos en el trabajo que nos viene ahora.

— De acuerdo, Fran, me ha sido de mucha ayuda esta conversación. Y dime, ya que yo me he sincerado contigo ¿tú tienes a alguien con quien compartir tu vida?. ¡Oh disculpa!, no tengo derecho...

— No pasa nada. Pilar tiene una amistad muy especial conmigo. Los dos estamos divorciados y queremos tener una relación sin presiones mutuas. Creo que nos va bien y cada vez vamos ganando en confianza. Llevamos así tres años.

— Es increíble, ¡lo que no inventéis los españoles!. Vamos, te invito a una copa.

* * * * * * *

De madrugada llegaban varios todoterrenos cargados de pasajeros a las instalaciones de Isla Cartuja.

Fran y Robert habían empalmado la copa con la cena, después café y otra copa. Iban por la tercera ronda cuando escucharon los motores de los vehículos al acercarse.

Al salir se encontraron con Whiston, Redmigton y Scalabra, que estaban montando guardia a la espera de la comitiva. Vieron también destellos de linternas procedentes de los edificios colindantes. Los guardias civiles se comunicaban de este modo con los agentes del MI5.

La primera en salir fue Rose, a la que le faltó tiempo para acercarse a los dos científicos, plantarles dos besos a cada uno y abrazarse a ambos.

— Ha sido la acción más excitante y divertida en la que he participado. Ahí os traemos a cuatro *fish* vivitos y coleando. Desgraciadamente a Hans Priebke no le ha sentado bien la anestesia. Una reacción alérgica que le ha inflamado la lengua y toda la cara. No hemos podido hacer nada por él, ha muerto por asfixia aunque apenas ha podido darse cuenta.

— Y Beisheim y los otros tres ¿están despiertos? — preguntó Fran con expectación.

— Somnolientos aún. Los hemos mantenido con sedación de baja intensidad para impedir que reconociesen el camino que hemos traído. Lo mejor será que los dejemos descansar hasta mañana al mediodía por lo menos. Mañana por la tarde creo que podréis empezar con ellos vuestros experimentos.

— A Beisheim hay que interrogarlo minuciosamente antes de ponerlo en riesgo con nuestra *vacuna* — Robert hablaba con la sonrisa en la boca, pero dejando entrever preocupación en su mirada — Entre el material de Genicotrox hay un virus dispuesto para producir una epidemia a gran escala y el antídoto correspondiente. Hay que saber si hay más muestras de este virus en otros lugares y qué planes tenían estos demonios.

— Pues lamento decir que no podemos usar pentotal con él hasta pasados dos días. Con la carga de anestesia que lleva nos expondríamos a que entre en coma — pese a estar hablando con expertos en bioquímica, Rose se sentía muy segura sobre sus conocimientos de anestésicos.

— Disponemos de reanimadores para un despertar rápido tras la anestesia y de aceleradores del proceso metabólico que eliminan los restos de ésta en pocas horas — Fran daba su opinión, pero en realidad para apoyar a Rose — de cualquier modo la restauración de los ritmos fi-

siológicos normales requiere su tiempo y no es prudente forzarla. Estoy con Rose, será mejor esperar dos días hasta interrogar al harpagón este.

— Bien y de los otros que me dices — era Robert quien le preguntaba a Rose.

— Son guardaespaldas de segunda fila, dos de ellos los lugartenientes de Hans Priebke, la arpía parece que es la putita personal de Beisheim.

— Sin duda el ejemplar más interesante de los tres — reflexionó Robert en voz alta — no por ser mujer sino porque es muy probable sea la más ambiciosa de todos ellos.

— Estoy de acuerdo — Rose asintió con la cabeza — ¿crees que esta Kate puede saber algo de los maquiavélicos planes?.

— Sería improbable que un tipo como Beisheim confiase sus planes a alguno de sus matones — Robert se tocaba la barbilla mientras hablaba — En todo caso podría confiar en Priebke, pero nunca en una putita ambiciosa, a menos que...

— A menos que Kate no sea solamente una guardaespaldas — apostilló Fran.

— ¿Podéis investigar las cuentas de Kate? — Robert abrió los ojos, mirando a Rose, como si hubiese tenido un flash.

— Le diré a Scalabra que se ponga a la tarea e informaré de inmediato a Buenatierra de nuestra conversación.

— Podéis hacerlo ahora mismo — Pedro Buenatierra se acercaba al grupo por la espalda de Rose sin que ésta lo hubiese notado.

— ¡Ah, Pedro! Estábamos eligiendo primer candidato para aplicar el tratamiento. Hay ciertas complicaciones.

Entre los tres pusieron a Buenatierra al tanto de sus preocupaciones. Buenatierra estuvo de acuerdo en la manera de proceder pero insinuó conveniente contactar con la CMH de USA y Canadá para vigilar los movimien-

tos de Marc Jeppson.

— Por otra parte Mercoli ha tenido confirmación de que un tal Alain Darlan también está en el comité ejecutivo de la Oil. Creo que uno de estos dos tipos va a asumir el mando mientras Beisheim está fuera de juego. Haremos que los espíen a los dos en tanto conseguimos sacarle información a Beisheim y a Kate. Con los dos gorilas que nos quedan podéis empezar vuestro trabajo en cuanto los veáis frescos — Buenatierra dirigió la mirada a los dos científicos — supongo que os servirán para los primeros ensayos.

— Comenzaremos mañana por un estudio genético de ambos — Robert tomó la iniciativa — Para extraerles una muestra de médula no hace falta que estén en forma y podemos hacerlo a primera hora de la mañana. Les dolerá un poco el pinchazo en la columna, pero después dejaremos que sigan durmiendo.

* * * * * * *

28. New York

— ¡Pedro Buenatierra! No esperaba tus noticias tan temprano — Franklin Simpson bostezaba aún delante de la pantalla de su ordenador — A la prensa de nuestro país le ha llegado la noticia de un secuestro en el mismo centro de París, con intervención de helicópteros no identificados pero de fabricación francesa. Los secuestrados tienen identificación dudosa y la Gendarmería Francesa no quiere desvelar de quienes se trata.

— Me alegro de la coincidencia — Buenatierra estaba de muy buen humor — La prensa española publica lo mismo. También que se investiga el destino de los secuestrados y los indicios apuntan hacia Italia, aunque se ha abierto otra línea de búsqueda hacia Bélgica. O lo hacen para despistar o realmente los despistados son ellos.

— Aquí desenmascaramos a Marc Jeppson. Supongo que te habrán informado.

— De él precisamente quería hablarte. Quiero que lo tengáis controlado. En Genicotrox - Horsham nuestros amigos encontraron una cepa de virus letal capaz de producir epidemias, y además el antídoto.

— ¡Jodidos cabrones, qué pretenderán!

— Eso es justo lo que tenemos que averiguar. En Genicotrox había también documentación que implica al Pentágono en estos experimentos. Creo que tenéis que echar mano de todos vuestros contactos en las Agencias estadounidenses para saber si tienen más virus por ahí. Por nuestra parte interrogaremos a Beisheim pasado mañana, ahora está muy delicado.

— Sabemos que Marc Jeppson ha salido del país rumbo a Francia. Hemos contactado con el equipo de Mercoli para que lo vigilen allí.

— Yo hablaré con Mercoli sobre este tema. También nuestros amigos franceses han localizado a otro pez gordo de la Oil, un suizo. Lo tendremos vigilado como a Jeppson. Ahora mismo estamos en una si-

tuación crítica, estos cabrones pueden ponerse nerviosos y adelantar sus planes para provocar la epidemia. Si detenemos a otro más de ellos es más probable que lo hagan.

— ¿Y no se os ha ocurrido la posibilidad de pedir rescate por Beisheim?.

— No creo que estos tipos estén dispuestos a ayudar *al caído*. Confío más en que le saquemos información al propio Beisheim y podamos localizar los otros laboratorios, si los hay, antes que los de la Oil nos confíen sus secretos. Por otra parte estimo que debemos extremar nuestras medidas de seguridad. La información de nuestra situación y planes debe quedar en el círculo más allegado.

— De acuerdo entonces, contactaré con nuestros amigos en la NSA y el Pentágono con la debida discreción ¿podéis enviarme copia de esos documentos de Genicotrox? Haría más rápida la localización de los implicados en los experimentos.

— Por supuesto. Tenemos aquí a un especialista en encriptación le diré que se ocupe y os lo envíe a vuestro centro de Pasadena.

— Perfecto, Pedro. Dame dos horas para llegar allí y recogerlos personalmente. En cuanto tengamos información nos volvemos a poner en contacto.

Tras cortar la comunicación Buenatierra se dirigió a Scalabra y le dio instrucciones para hacer el envío.

Ahora tenía que ponerse en contacto con los franceses, sin saber siquiera su localización. Hasta el día siguiente Mercoli no volvería a su residencia habitual. Pensó entonces en Bernard López. Seguramente él tendría con quien contactar en Francia de inmediato.

* * * * * * *

29. Grenoble, Francia

— Bonjour Marcel, ¿te encuentras libre en este momento? — la voz de Bernard se oía algo distorsionada en los altavoces de Marcel Brasillach.

— Más que libre, suelto como un pájaro — en Isla Cartuja Bernard escuchó la respuesta a la contraseña, con gangueo en el timbre de voz que hacía difícil la identificación.

— Pues asoma el pico para que lo vea.

— Asoma el tuyo antes, viejo halcón.

Con este ritual acostumbraban a identificarse los dos viejos amigos siempre que conectaban por videoconferencia, al tiempo que confirmaban en clave estar libres de *escuchas*.

— Bien aquí estoy búho retorcido — Bernard conectó su cámara — Estarás al tanto de lo sucedido en París.

— Más de lo que piensas. El equipo de Paul Lafayette ha detectado movimientos de magnates en el centro de la capital. Han llegado diversos personajes a los mejores hoteles de la ciudad y sin deshacer las maletas se han vuelto al aeropuerto. Indagando se han informado de que en otros hoteles se han cancelado reservas una hora antes de la llegada prevista. En todos los casos grupos numerosos con mayoría de varones, o sea gorilas acompañando al respectivo jefe.

— Así que les hemos desbaratado la reunión al capturar a Beisheim.

— Tal parece. Hemos podido averiguar que uno de los magnates ha vuelto a Estados Unidos y otros dos a China, aunque a destinos diferentes, Pekín y Hongkon.

— Bueno, sabemos de quién se trata el estadounidense. En cuanto a los chinos, allí no disponemos de efectivos notables que nos permitan localizar a esos dos tipejos. Ese maldito país me ha preocupado desde que comenzamos a levantar nuestra organización. Marcel, necesita-

mos que contactes con vuestros agentes mejor preparados y más seguros. Tenemos una urgencia y no podemos contactar con Mercoli hasta mañana. Nuestros científicos han encontrado que en el material que incautamos en Genicotrox – Horsham hay unos virus letales capaces de producir epidemias a gran escala. Estaban además los antídotos. Debéis vigilar a Alain Darlan en todo momento. Él y el americano son nuestras únicas pistas en este momento para localizar otros posibles laboratorios donde puedan tener estos virus.

— Si tenéis el antídoto podéis mandarnos una muestra y la llevaríamos a nuestros amigos del Instituto Pasteur. Ellos podrían organizar una producción masiva que frenaría la propagación en caso necesario. En cuanto a Alain Darlan parece que ha tomado camino de Suiza. De cualquier modo Mercoli quedó en contactar conmigo mañana, así que lo pondré al corriente y él se encargará a través de nuestros contactos suizos.

— Me parece perfecto lo del antídoto. Te lo mandaré con un par de nuestros agentes del MI5. Haremos distribución también a Estados Unidos, Italia y Alemania. Preguntaré a nuestros científicos británicos si allí hay algún equipo de fiar para esta ocasión. Veremos si aquí en España tenemos capacidad de producción masiva. Espero contar con agentes suficientes para el reparto sin tener que involucrar a nadie del equipo que ha actuado en París. Confío en que Buenatierra me proporcione emisarios, si no es así cuento contigo para eso.

* * * * * * *

30. Prevención de una epidemia

— Se nos acumula el trabajo — Bernard López hablaba en tono adusto a Pedro Buenatierra — Marcel Brasillach me ha indicado la conveniencia de prevenirnos contra una liberación inmediata de los virus, fabricando antídotos masivamente. Contamos con el Instituto Pasteur, el Instituto de Bioquímica de Munich, en Alemania, el Instituto Bioquímico de Pozzuoli en Italia y el Centro de Control de Enfermedades de Atlanta en USA. Les preguntaremos a los científicos de aquí qué capacidad tienen de producir antídotos en cantidad.

— Bueno, tendremos a nuestros científicos ocupados hasta que puedan proceder a experimentar con nuestros rehenes. En cuanto al envío de muestras a esos laboratorios para que las reproduzcan disponemos de varios agentes del CNI que pueden encargarse de esa misión, ninguno de ellos ha estado en París en los últimos meses, por lo que no se les va a relacionar con el secuestro.

— No he podido evitar oír algo de reproducir el antídoto — Maribel Hernández se acercó interesada en la conversación — Pilar, Fran y yo lo hemos estado comentando. Aquí mismo podríamos producir diez mil unidades diarias. Pero antes de eso deberíamos comprobar su eficacia en una prueba real. Propongo inocular el virus a los dos gorilas de Beisheim, creo que es el mejor servicio que pueden prestar a la humanidad. Contamos con tres cámaras de aislamiento biológico y podemos observarlos, mediante escáner y extracción de sangre y orina periódicas. Una vez que veamos síntomas les inoculamos el antídoto. Hemos realizado varios experimentos en cultivos celulares diversos y el antídoto ha sido eficaz hasta un nivel de infección del quince por ciento. Más allá de eso los tejidos están demasiado dañados para que sea posible la recuperación.

— Y en el caso de propagarse el virus ¿tenéis idea de cuál sería su velocidad de difusión? — Buenatierra preguntaba preocupado.

— Estimamos que el virus en el aire tiene una pervivencia máxima de

hora y media y puede viajar un máximo de trescientos metros. Después se degrada y es inocuo. La transmisión de una persona puede ser por cualquier vía, la más rápida la aérea aunque la más nefasta el contacto por fluidos. El estornudo es la más contundente. Para no aburriros, a partir de un infectado suelto por una ciudad se pueden infectar veinte a veinticinco personas al día por término medio.

— Nos hará falta realizar una simulación para determinar si la producción de diez mil unidades al día es suficiente — Bernard López estaba pensando en encargarle ese trabajo a Rose — de no ser así ¿contáis con otro laboratorio donde pueda hacerse?

— Podemos recurrir al Instituto Toxicológico de Madrid. Allí tenemos amigos leales, pero mantener en secreto la producción masiva les va a resultar difícil. Hay otro laboratorio experimental semejante al nuestro en Valencia, pero dudo que puedan llegar a más de cinco mil unidades diarias. Otra cosa sería *pedir prestado* el instrumental que hay en Madrid, Bilbao y Barcelona. En total podríamos obtener doscientos veinte mil unidades al día, aunque necesitaremos también más personal cualificado de estos laboratorios.

— Una vez que alguien está infectado ¿cuántos días tiene de vida? — Buenatierra no dejaba de fruncir el ceño.

— Por las pruebas de laboratorio entre tres y cuatro días, aunque teniendo en cuenta el sistema inmunitario es posible que sea algo más. Por eso necesitamos las pruebas directas en humanos.

— Bien, Maribel, pues si os parece podéis distribuiros el trabajo entre los científicos. Lo primero es preparar muestras para enviarlas a Francia, Alemania, Italia y Estados Unidos donde contamos con gente que las multiplicará a gran escala. Después podéis seguir con la producción masiva aquí al tiempo que experimentáis con los gorilas. A Rose le pediré que realice la simulación, creo que es la más preparada. Scalabra le ayudará, son nuestros mejores talentos matemáticos, aunque esa no sea su especialidad.

— Pues me voy a hablar con mis colegas. Nos vemos para el almuerzo y nos contamos los avances, aunque las muestras para enviar pueden estar dispuestas dentro de media hora en cajas de transporte seguro.

— ¿Cómo de seguro? — preguntó Buenatierra al que se le notaba tener un día algo pesimista.

— Caja de titanio con cierre hermético. Clave de apertura numérica de ocho cifras. Interior anti-golpes que evita la rotura de probetas reforzadas, en caídas de hasta quinientos metros. Antes de que los matraces se rompan se rompen tubos de ácido clorhídrico que no deja rastro de los virus. Hay una capa anticorrosión de fibra de vidrio que envuelve herméticamente los botes.

— Disculpa, Maribel, este contratiempo no estaba en mis planes — Buenatierra se azoró como no lo hacía desde joven.

— Todos estamos muy preocupados, es normal que nos cueste reaccionar con toda la eficacia necesaria — Maribel frotó con suavidad el hombro de Buenatierra.

En la media hora siguiente Pilar Ferrero y Maribel con la ayuda de Susan Bertelli habían reproducido treinta unidades del antídoto y las habían empaquetado en cajas de seguridad. Para el transporte se habían presentado ocho agentes del CNI de total confianza de Eduardo Cortés con maletines de seguridad.

Robert Morrison, Henri Crosstand, Mariam Bermúdez y Fran Escobar se encargaron de aislar y monitorizar a Frank y James, los mercenarios de Beisheim, ayudados por cuatro de los agentes del MI5 para asegurarlos en las camas.

* * * * * * *

Rose y Scalabra se sentaron junto a un ordenador, acompañados de John Hutkins, que estaba interesado en el modelo de simulación y dijo saber algo sobre el tema.

Cada uno de los tres comenzó por coger bolígrafo y papel antes de escribir nada en el ordenador. Se trataba primero de aclarar las ideas antes de teclear a ciegas.

Después de contrastar las ideas de cada uno decidieron que el modelo con lógica más simple y con más sencillez de cálculo era el de Hutkins, que tras subsanar una incorrección quedó en la forma del siguiente cuadro.

r =	20	(tasa de infección)
T =	4	(días de pervivencia)
a =	200000	(vacunados diarios)
t =	8	días después del comienzo de las vacunas
z =	4	día de comienzo de las vacunas
F(t) :	n º de infectados el día t	
A(t) :	nº de vacunados el día t	
P(t) :	nº de los que prosiguen con la infección el día t	
M(t) :	nº de muertos el día t	
$F(t) = P(t-1)+r\cdot P(t-1)=(r-1)P(t-1)$		
$A(t) = a$		
$P(t) = F(t) - A(t) - M(t)$		
$M(t) = P(t-3)-3\cdot a$; $t>=4$		

A partir de este modelo se fueron al ordenador, donde, con una hoja de cálculo construyeron las siguientes tablas.

r	t	F(t)	A(t)	P(t)	M(t)
25	0	1	0	1	0
25	1	26	0	26	0
25	2	676	0	676	0
25	3	17576	0	17576	0
25	4	456976	200000	256976	0
25	5	6681376	200000	6481376	0
25	6	168515776	200000	168315776	0
25	7	4376210176	200000	4376010176	0
25	8	1.1378E+011	200000	1.1378E+011	5881376
r	t	F(t)	A(t)	P(t)	M(t)
20	0	1	0	1	0
20	1	21	0	21	0
20	2	441	0	441	0
20	3	9261	0	9261	0
20	4	194481	200000	-5519	0
20	5	-115899	200000	-315899	0
20	6	-6633879	200000	-6833879	0
20	7	-143511459	200000	-143711459	0
20	8	-3017940639	200000	-3018140639	0
r	t	F(t)	A(t)	P(t)	M(t)
21	0	1	0	1	0
21	1	22	0	22	0
21	2	484	0	484	0
21	3	10648	0	10648	0
21	4	234256	225000	9256	0
21	5	203632	225000	-21368	0
21	6	-470096	225000	-695096	0
21	7	-15292112	225000	-15517112	0
21	8	-341376464	225000	-341601464	0

r	t	F(t)	A(t)	P(t)	M(t)
22	0	1	0	1	0
22	1	23	0	23	0
22	2	529	0	529	0
22	3	12167	0	12167	0
22	4	279841	250000	29841	0
22	5	686343	250000	436343	0
22	6	10035889	250000	9785889	0
22	7	225075447	250000	224825447	0
22	8	5170985281	250000	5170735281	0
22	9	1.1893E+011	250000	1.1893E+011	9035889
22	10	2.7353E+012	250000	2.7353E+012	224075447
22	11	6.2912E+013	250000	6.2912E+013	5169985281

r	t	F(t)	A(t)	P(t)	M(t)
22	0	1	0	1	0
22	1	23	0	23	0
22	2	529	0	529	0
22	3	12167	0	12167	0
22	4	279841	270000	9841	0
22	5	226343	250000	-23657	0
22	6	-544111	250000	-794111	0
22	7	-18264553	250000	-18514553	0
22	8	-425834719	250000	-426084719	0
22	9	-9799948537	250000	-9800198537	0
22	10	-2.254E+011	250000	-2.254E+011	0
22	11	-5.184E+012	250000	-5.184E+012	0

— A la vista de los cuadros las conclusiones son claras — John Hutkins estaba preclaro ese día — Que podamos parar la catástrofe depende principalmente de la celeridad en distribuir antídotos en los lugares donde estén los focos de infección y que se tomen medidas rápidas de aislamiento de estos focos. El número de dosis de vacuna que tengamos preparado hasta entonces también es decisivo.

— Bien pues vamos a presentar estos resultados a nuestros amigos científicos, a ver qué opinan y si pueden aportar otras soluciones — Rose estaba orgullosa de la lucidez de John.

Las primeras en ser informadas fueron Pilar y Maribel. Maribel dijo que tomaría contacto con los centros de Madrid, Barcelona y Bilbao para avisarles sobre el asunto y hacerles la propuesta de que *les cediesen sus equipos*. A sus colegas de Valencia los invitaría a visitar Isla Cartuja.

Los segundos en conocer la situación fueron Bernard y Buenatierra. Puestos al corriente de que Maribel ya estaba dando el aviso a los laboratorios españoles, decidieron organizar el plan de *secuestro* de los equipos materiales y humanos en estos laboratorios. Para eso llamaron a Madlow quien sugirió dejar falsas pistas sobre el destino de los *secuestrados*, simulando una salida al extranjero.

Sobre un mapa localizaron varios aeródromos particulares situados cerca de cada una de las cuatro ciudades. Ya que el plan era simular la salida desde estos aeródromos hacia el extranjero, sería preferible colocar a los aviones en los respectivos aeródromos por personal ajeno a ellos mismos.

¿De qué aviones disponer?. Hacer uso de aviones militares estaba descartado en este caso, por tener que abandonarlos en el extranjero, lo que provocaría un revuelo internacional de peligrosas consecuencias para la operación. Tomar aviones privados sería levantar la liebre antes de tiempo. Optaron por alquilar jets privados con suficiente capacidad y autonomía para las misiones que iban a efectuar.

Para transportar a los valencianos se decidieron por un Astra Jet de 6 plazas y 5300 km de autonomía, suficiente para volar hasta un país nórdico desde el aeródromo de Muchamiel.

Para las operaciones en Bilbao, Madrid y Barcelona eligieron Bombardier Challenger 600 – 800 con 14 a 16 plazas y autonomía de 4600 a 5700 km, lo que permitiría cargar personal y equipo en los aeródromos de Benabarre (Huesca), Campolara (Segovia) y Manresa (Barcelona), para transportarlos a Serbia, Bulgaria y Chequia.

La contratación de los aviones correría a cargo de los franceses y alemanes para no dejar ningún rastro que pudiese conducir hasta Isla Cartuja. Se pediría a las empresas contratadas que situasen cada avión en el aeródromo correspondiente, a la espera de órdenes para despegar.

Buenatierra tomó contacto con Alice Delapierre, mientras Bernard López lo hacía con Gustav Mercoli. Ambos pusieron al corriente de los planes a sus respectivos interlocutores. La alemana indicó a dos agentes que no habían participado hasta entonces en operación alguna para que hiciesen los contratos de Valencia y Barcelona, e indicó preferible que los destinos fuesen aeródromos cercanos a Frankfurt y Berlín, donde enviarían a agentes amigos de la BBOL para evitar que transcendiera la operación.

Al español le pareció importante este cambio y propuso a Bernard que se lo comentase a Mercoli. El francés estuvo de acuerdo en que los aterrizajes se hiciesen en aeródromos cercanos a Lyon y Grenoble. Contactaría con el coronel Paul Lafayette para que este se encargase de la recepción de los aviones.

* * * * * * *

31. El tratamiento

— Aunque nos lleve algo más de tiempo creo interesante inocular sólo a uno de los individuos y observar cómo infecta al otro — Maribel Hernández estaba interesada en el estudio epidemiológico — con eso nos podemos hacer una primera idea de cómo se propaga el virus entre humanos.

— ¿Pretendes que cambiemos nuevamente de cámara a uno de ellos? — Susan estaba inquieta con la idea, pues ahora contaban con menos agentes que pudiesen ayudarles.

— No hará falta mover a ninguno — Maribel respondió con presteza — Bastará con abrir un conducto de ventilación que comunica ambas cámaras. Es más, podemos controlar el flujo de aire de una cámara a la otra e interponer una rejilla parcialmente abierta que nos permitirá medir la afluencia de virus de un lado a otro.

— ¿Se podría invertir el flujo y que la rejilla realizase la medición de retrovirus circulantes hacia la cámara del infectado? — A Henri Crosstand se le había ocurrido una idea para resolver el problema de las vacunaciones.

— Entiendo tu propósito y sí, es posible. Si lo que piensas funciona, sería formidable — Maribel se encendió de entusiasmo.

* * * * * * *

Rose y Hutkins deambulaban inquietos por el edificio, hablando de que no entendían por qué no se interrogaba a Beisheim, más ahora que la situación parecía haberse agravado.

En una esquina toparon con Buenatierra que iba acompañado de Bernard. Sin molestarse tan siquiera en saludar, Rose le espetó a Buenatierra:

— No puedo entender que hayamos olvidado el interrogatorio de Beisheim. Si obtuviéramos de él información sobre sus planes podríamos

evitar el peligro de la epidemia de un modo más eficaz.

— Entiendo tu preocupación, joven, y no me he olvidado, tan sólo estamos algo desbordados con los planes para traer aquí más científicos capaces de producir el antídoto en las cantidades necesarias — Buenatierra se sentía ofuscado por la advertencia de Rose.

— ¿Eso quiere decir que podemos proceder al interrogatorio? — Hutkins replicó de inmediato, para que el viejo espía no dudase.

— De acuerdo. Hacedlo con Madlow y Richardson, pero preferiría que empezaseis por la guardaespaldas. ¿Te parece bien, Bernard?

— Sí, creo que es lo más conveniente. Si a la mujer se le saca alguna información se le puede decir a Beisheim y saber por donde presionarle. Es posible que nos llevemos alguna sorpresa con esa Kate.

— Tendremos cuidado con el pentotal para poder dejarles estos dos ejemplares a los científicos en buenas condiciones — Rose se sintió aliviada al tener el permiso de las dos personas con más autoridad en el grupo de activistas.

****

En dos cámaras contiguas de aislamiento biológico se encontraban Frank y James, los dos únicos guardaespaldas supervivientes al servicio de Beisheim. Atados en camas de observación y monitorizados desde los pies hasta la coronilla, llevaban allí un buen rato esperando sin poder siquiera hablar entre ellos.

Cuando vieron acercarse a los científicos comenzaron a angustiarse. Ambos eran antiguos soldados que se ganaban la vida como mercenarios del ejército serbio. Sabían que lo peor que podía pasarles era caer en manos de *batas blancas*. Con los interrogatorios de militares estaban familiarizados y estaban preparados para recibir golpes, duchas frías y similares. Ambos habían sido capturados por fuerzas de la OTAN y a raíz de aquello enrolados por Priebke.

Maribel, Pilar y Henri se dirigieron a la cámara de James, mientras Robert, Mariam, Fran y Susan se acercaron a la de Frank.

— Comencemos, si os parece, por una dosis baja del virus — Henri se dirigía a sus dos compañeras, aunque era oído por los otros.

— Me parece perfecto — contestó Maribel — así podremos analizar los niveles de anticuerpos.

— Pues si os parece voy a comprobar mi teoría inundando esta otra habitación con *Bounty* — Robert quería verificar si el retrovirus era eficaz dispersado en el aire, al igual que lo era el virus infeccioso.

— Adelante — Henri había hecho las pruebas de laboratorio que inducían a pensar que Robert estaba en lo cierto — aquí vamos a hacer lo mismo para observar el efecto de infección por vía aérea.

* * * * * * *

Kate no cesaba de proferir insultos contra los agentes que la tenían atada a una silla, en especial contra Rose.

— ¿Y tú quién eres, la puta de todos ellos?

— Pues no. Soy la que te va a hacer que hables como a una nena de seis años — Rose estaba de sobra acostumbrada a interrogatorios como para inmutarse.

— No tengo nada que decir, porque no sé nada — Kate miraba desafiante.

— Bueno, eso dentro de un minuto lo veremos — Rose seguía sin inmutarse mientras inyectaba pentotal sódico en el brazo de su prisionera.

Kate se relajó al instante y percibió como su malhumor se disipaba. Seguía percibiendo a Rose como a su enemiga, pero ya no sentía enfado contra ella.

— Dime, Kate ¿por qué estabas en la habitación de Beisheim la otra noche? — Rose hablaba con tono afable para que su presa se confiara.

— Heinz es mi amante desde hace algún tiempo — en la voz de Kate se notaba un intento de resistencia que se iba desvaneciendo.

— ¿Cuánto tiempo lleváis siendo amantes?

— Año y medio, aunque lo hemos mantenido en secreto para los demás hasta hace poco.

— ¿Quiénes son los demás?

— Priebke, Frank, James, todos los escoltas de Heinz.

— ¿Y por qué Heinz tenía interés en mantener lo vuestro en secreto?.

— No quería soliviantar a Priebke y que éste pensara que yo lo iba a reemplazar. Pero hace un mes le desveló el asunto y le aseguró que no tenía que temer por su empleo como jefe de seguridad de la Oil.

— Pero la Oil tiene muchos jefes de seguridad.

— Los jefes de escoltas de los jefazos son los verdaderos encargados de transmitir todas las órdenes sobre la trama negra que tiene esta gente — Kate hablaba como si no tuviera que ver con ellos.

— ¿En qué consiste esa trama negra?. ¿Mandan asesinar a gente? — Rose vio la puerta abierta y entró como un vendaval.

— Asesinan a sindicalistas y políticos que les estorban. Luego los hacen desaparecer. Sobornan a políticos, policías, agentes de espionaje, sindicalistas, todos del más alto nivel o con mucha influencia en el momento. En Alemania tienen a la mitad del gabinete en nómina y a los jefes de la BBOL y BDN comprados. En Francia tienen al Presidente, varios ministros y los altos jefes de la DGSE y DGPN. En Italia, España, Holanda y otros varios países europeos, también. En Estados Unidos, Rusia, China, Japón, Canadá, Australia... Tienen comprado medio mundo — Kate no podía frenar su lengua.

— Y con el otro medio mundo ¿qué pasa?

— El otro medio mundo es toda la gente que trabaja, a quienes llaman los *enanos*. Cuando alguno se levanta van a aplastarlo como a una hormiga, pero últimamente tienen miedo de que las hormigas se unan en colmena y acaben con ellos. Se dan cuenta de que con controlar a los líderes no es suficiente. Por eso están ideando un plan para un escarmiento masivo.

Rose cruzó una mirada con Madlow y éste hizo un gesto de asentimiento.

— ¿Qué sabes de ese plan?

— Van a propagar un virus mortal, pero antes tienen que asegurarse de tenerlo controlado. Tienen laboratorios en Inglaterra, Alemania y Estados Unidos donde están trabajando en el asunto de cómo distribuir el virus y un retrovirus que sirve de antídoto. Su primer objetivo es la isla de Capri. El virus y el retrovirus los tienen probados en laboratorio. Cuando tengan convencidos a los militares del Pentágono lo lanzarán y harán que la OTAN, con los marines al frente tomen el control de la isla. Pero primero tienen que experimentar con humanos la velocidad de propagación de la epidemia y la efectividad del antídoto.

— ¿Cuáles son los laboratorios que trabajan para ellos?

— Genicotrox en Horsham, Bayer en Leverkusen y Genentech en San Francisco.

— ¿Y todos ellos tienen muestras de los virus y los antídotos?.

— Sí, todos — se notaba cansancio en la expresión de Kate, por lo que Rose decidió aprovechar el último minuto.

— ¿Tú tienes acciones o participaciones en la Oil?

— Tengo bonos de varias empresas y acciones de la matriz. Beisheim me las ha dado y me ha prometido más cada año. Ahora vengo cobrando un dividendo de cien mil euros al año. En tres o cuatro años

me retiraré como guardaespaldas.

— Quizás te adelantemos la jubilación — Rose no podía disimular su triunfo.

Kate bostezó largamente y después se durmió. Su sueño era profundo y su respiración regular. Para comprobarlo le conectaron el electroencefalógrafo y observaron una sinusoidal delta inconfundible. Habían pasado dieciocho minutos desde que Rose le inyectó.

— Llevárosla a su habitación y tenedla vigilada. Si advertís alguna reacción extraña avisad a los científicos — Madlow daba las órdenes a Richardson y Whiston, estos dos cargaron con la prisionera y se la llevaron.

— Bueno Kurt — Rose se atrevió a llamar a Madlow por su nombre de pila — creo que ahora podemos estirarle la lengua al pez gordo.

— Sí, lo haremos en cuanto hayamos puesto al corriente a Buenatierra y Bernard de los planes sobre Capri.

* * * * * * *

James comenzó a respirar agitadamente cuando llevaba una hora aproximadamente de tratamiento. Los monitores indicaban, sin embargo, el nivel de infección esperable tras ese tiempo, según las pruebas de laboratorio.

En la cámara contigua Frank mostraba tan sólo un ligero prurito en los brazos y piernas, sin tener afectado el rostro. Todas sus constantes y niveles fisiológicos eran normales, salvo una sutil elevación del nivel de histamina.

Media hora antes habían abierto el conducto de comunicación aérea entre las cámaras.

— El pulso es normal y el mismo que mantiene desde que lo estamos observando — Susan controlaba la monitorización básica de ambos *pa-*

cientes — el volumen de aire que respira está también en lo normal aunque haya subido un poco.

— Ciérrale algo la campana para aumentar el nivel de CO_2 — Henri pensó en un posible ataque de ansiedad — hazlo con cuidado y controla bien el nivel de CO_2 en la campana y en sangre.

— De acuerdo — Susan pulsó en una pantalla táctil y un gran casco de plástico que envolvía la cabeza de James se cerró por arriba hasta dejar una estrecha ranura en un lateral.

Un minuto más tarde James se tranquilizó. Susan había detectado que el nivel de CO_2 en sangre había subido casi al límite tolerable, aunque no había subido el nivel de CO y decidió abrir la campana sin esperar a que Henri se lo indicara. Después informó a Henri.

— He abierto la campana porque el nivel de CO_2 en sangre está muy alto, pero observo que no baja.

— Sigue controlando el nivel de CO_2 — Henri se previno de que este podía ser un efecto de la invasión vírica —. Maribel, el nivel de virus está aumentando a mayor velocidad que antes, debemos buscar en que zona del organismo la reproducción es más acelerada.

— Según me contaste habías experimentado con diversos tejidos y en todos la tasa de reproducción era similar. Pero no recuerdo que experimentaseis con tejido intestinal. ¿Es eso cierto?.

— Tienes razón, Maribel. Miremos que pasa en el intestino — Henri se vio sorprendido por la memoria de Maribel.

— No veo nada diferente en el intestino grueso — Pilar estaba encargada del monitor correspondiente — pero en el duodeno la tasa de reproducción viral es más del doble que en los demás órganos.

— ¡La flora intestinal! — Henri se sintió confuso al no haber previsto esta contingencia — eso puede explicar el aumento de CO_2 en sangre, ya que las bacterias del duodeno deben estar alteradas. Vamos a necesitar una biopsia de ese tejido para determinar qué ocurre.

— Procedo — dijo Pilar de inmediato a medida que accionaba remotamente un brazo robótico situado sobre *el paciente*.

El brazo se colocó justo sobre el abdomen del paciente y de él salió una larga y fina aguja que lo atravesó en un instante. James apenas se perturbó cuando la aguja estaba ya saliendo.

Pilar dirigió el brazo hacia una mesa de instrumental auxiliar. El brazo descendió para colocar la aguja en una cápsula y una vez la soltó dentro de ésta aplicó una ligera soldadura para sellar el PVC opaco de que estaba hecha. Una pinza del brazo agarró la cápsula y la transportó hasta una pequeña cámara de esterilización comunicada con el exterior.

Siguiendo el proceso Pilar hizo abrir la compuerta interior de la pequeña cámara. El brazo robótico soltó allí la cápsula y se retiró. La compuerta se cerró y comenzó un barrido de rayos ultravioleta de potencia ajustada para destruir cualquier proteína, sin afectar al PVC de la cápsula ni a su interior. Tras tres minutos de barrido el emisor de ultravioleta se apagó y a los cinco segundos se abrió la compuerta exterior. Henri estaba esperando para recoger la ampolla.

— Fran, si te parece bien te cambias de equipo — Henri hablaba sin dejar de mirar la cápsula, como si ya pudiese ver lo que estaba pasando en el tejido que encerraba.

— Pues la verdad me haces un favor, porque aquí las cosas están muy aburridas.

— Observo que el nivel de urea en sangre va en aumento — Maribel comenzó a alarmarse — Los niveles de bilirrubina y transaminasas también están subiendo. El hígado tiene que estar afectado.

— Debemos continuar para ver otros efectos — interrumpió Henri — el hígado se puede recuperar con relatividad facilidad. Hay que observar el comportamiento del corazón y pulmones, también del Sistema Nervioso Central y Periférico. No obstante si sigue subiendo el nivel de urea monitorizar cuidadosamente el riñón y lo biopsiáis.

Dicho esto Henri se marchó al laboratorio para analizar la muestra que llevaba.

* * * * * * *

— Kate ha hablado y nos ha dado una noticia inquietante — Rose había alcanzado a Buenatierra por un pasillo y le hablaba desbocadamente.

— ¿De qué se trata? — fue Bernard quien preguntó.

— Tienen proyectado soltar el virus en la isla de Capri — replicó Madlow.

— ¿Os ha dicho para cuándo? — era Buenatierra el que preguntaba.

— No sabe fecha, únicamente que esperan a poder controlar la situación, a sabiendas que la epidemia se convertirá en pandemia —Rose añadía deducciones propias a las declaraciones de Kate— quieren tener comprobado el antídoto antes de desatar la hecatombe.

— También nos ha informado de los laboratorios que trabajan para ellos — añadió Madlow — además del conocido Genicotrox en Horsham, Genentech en San Francisco y Bayer en Leverkusen. Cuentan, además, con convencer a los militares del Pentágono para que la OTAN tome el control de la isla, una vez se haya asegurado la eficacia del antídoto.

— Vamos a interrogar a Beisheim — Buenatierra fue rotundo — seguro que él conoce todos los detalles del plan. Bernard, ¿podrías encargarte de la coordinación del *secuestro* de nuestros amigos científicos?

— Por supuesto — contestó Bernard — déjalo todo en mis manos.

* * * * * * *

Henri volvía del laboratorio corriendo como hacía tiempo que no corría, con una simple hoja de papel en la mano.

— Efectivamente — gritó en cuanto que vio a Maribel — es la flora bacteriana.

— El paciente está acercándose al límite de lo irreversible — contestó Maribel — creo que hay que parar ésto.

— Dale paso a los retrovirus — replicó Henri.

Antes de que Henri terminase la frase Maribel había accionado un mando que invirtió el flujo de aire entre una y otra cabina. Pasaron unos instantes críticos en que el nivel de CO_2 y urea de James seguía subiendo.

— ¡Está bajando el CO_2! — gritó Susan con alborozo — ¡también la urea!.

— ¡Bravo! — exclamó Fran.

Instintivamente todos se abrazaron cual si fuesen colegiales un día de fiesta. Una vez repuestos de la euforia sobrevenida Henri tomó de nuevo el mando.

— Bien, creo que debemos esperar y observar si este tipo se normaliza. También convendría tomar alguna muestra del otro tipo. Por cierto, ¿cómo van sus niveles de histamina?.

— Los instrumentos indican lo que está a la vista — contestó Susan — se mantienen ligeramente elevados, al igual que el prurito que le estamos viendo.

— Creo interesante tomarle una muestra de sangre y otra de la piel para analizarlas y comparar anticuerpos y concentración de virus y retrovirus — Maribel demostró no haber perdido de vista el proyecto.

— Pues vamos a ello — esta vez fue Fran quien se hizo cargo de los controles del brazo robótico.

En dos minutos se habían depositado sendas cápsulas en la cámara de es-

terilización. Tres minutos más tarde la compuerta exterior se abrió y Maribel recogió las muestras para llevarlas al laboratorio.

Pasada una hora James estaba visiblemente recuperado. Había vuelto a la consciencia y sus niveles vitales se encontraban de nuevo en la normalidad. Se quejaba de cansancio al tiempo que maldecía a sus captores.

A Frank le disminuyó ostensiblemente el prurito a la vez que los niveles de histamina. No se quejaba, tan solo mascullaba entre dientes que se vengaría cruelmente de quienes lo habían llevado hasta allí. No sabía que su voz estaba siendo amplificada al exterior de su cabina.

* * * * * * *

32. Se desvelan los planes

— Vamos Heinz, tú eres un hombre inteligente, sabes que si nos cuentas lo que queremos ésto acabará pronto y no tendrás que sufrir — Buenatierra astutamente se dirigía a Beisheim con familiaridad para sorprenderlo.

Habían pasado tres minutos desde la inyección de pentotal y Beisheim mantenía un mutismo absoluto. Buenatierra quiso hacer un último intento persuasivo tras hacerle un gesto a Madlow para que se descubriese los brazos. Las palabras de Buenatierra y la visión de unos brazos musculosos produjeron su efecto y Beisheim mudó la cara. Rose aprovechó la ocasión.

— Kate nos ha contado lo de Capri — Rose sacó su voz más cálida — también lo de los laboratorios de Horsham, Leverkusen y San Francisco. Podemos volar esos laboratorios y tú lo sabes, o bien nos dices los nombres de los que trabajan para ti y así te quitas responsabilidades.

— Mis contactos son los directores de esos laboratorios, aunque Alain Darlan es quien está más encima de la Bayer — la boca de Beisheim se había abierto como un grifo roto — Genicotrox en Horsham es nuestro centro más avanzado y Edgard Brooks mantiene contacto directo con el Pentágono, quienes por otra parte verifican resultados en San Francisco con la Genentech — Beisheim soltó de un golpe parte del organigrama que tenía en la cabeza.

Buenatierra guiñó un ojo a Rose para que prosiguiese el interrogatorio.

— Muy bien, Heinz — Rose se animó a seguir siendo persuasiva — y, ¿quiénes son los militares del Pentágono con los que hablas?.

— Marc Jeppson es quien tiene los contactos directos con el Pentágono y no yo. Entre ambos tenemos en nómina a cuatro generales de Estado Mayor, uno de ellos el Jefe. Por mi parte tengo a un topo que es agregado al Estado Mayor y jefe de oficina del general Stevenson. Los otros generales son Donovan, McNeill y Rodríguez. Wedemeyer es

mi topo.

— ¿Qué me dices de tus contactos en la BDN? ¿Cómo se llama el principal de ellos?.

— Priebke era el que tenía contacto directo con ellos. En nómina tenemos a varios de los directores de división y al director general Julius Lohausen. Yo hablo con Berta Gersdorff directamente, quien me cuenta si los planes se van cumpliendo.

A estas alturas Beisheim hablaba como un colegial respondiendo a un examen oral de su maestra. Rose siguió preguntándole por los contactos en las otras agencias de espionaje. En cada ocasión Beisheim daba el nombre de alguien de la cúpula de la Oil, además de los nombres solicitados.

El interrogatorio iba por buen camino, pero Buenatierra, que monitorizaba el electroencefalograma detectó un cambio en las ondas, señal de que había que parar en breve.

Antes de que el interrogado cayese dormido Buenatierra probó a hipnotizarlo para evitar posibles resistencias otra vez que le preguntasen.

— Lo has hecho muy bien, Heinz. Ahora vas a descansar y otra vez que te preguntemos volverás a contestarnos igual de bien que lo has hecho ahora, ¿verdad que lo harás?

— Sí, yo siempre respondo cuando mi maestra me pregunta — Beisheim se había retrotraído mentalmente a sus tiempos de escolar.

— Estupendo, Heinz, así me gusta — Rose captó el juego de inmediato — ahora contaré hasta tres y te dormirás, pero recuerda que contestarás a todas mis preguntas. Uno, dos, tres.

Beisheim entró de inmediato en un sueño profundo. Cuando se despertó se vio de nuevo en la habitación donde lo tenían encerrado. Le dolía la cabeza, pero no recordaba haber sido interrogado, ni siquiera haber sido trasladado de sala.

* * * * * * *

Bernard y Buenatierra se encontraban en la sala de reuniones acompañados por Rose y Madlow. Frente a ellos estaban sentados los científicos. Por primera vez se producía un enfrentamiento entre ambos grupos.

— Visto el éxito de la prueba con los dos gorilas debiéramos proseguir las pruebas con ellos, ahora con el *Bounty*, que modifica el gen de la codicia — Henri era tajante en sus palabras.

— Pero no podemos descartar la eventualidad de que estos mafiosos desplieguen un ataque en Capri con el virus mortal — Buenatierra subió el tono de voz hasta alertarse él mismo.

— ¿Cómo?, ¿no sabemos ya que el retrovirus antídoto estaba alojado en Genicotrox y que nosotros tenemos todas las muestras? — Maribel secundaba a Henri con vehemencia.

— Lo que no descarta que tengan virus y retrovirus en los otros dos laboratorios, en cuyo caso seguimos corriendo un tremendo riesgo. Tampoco sabemos si Beisheim tiene acordada su sustitución por otro de la Oil en una circunstancia como la de ahora — Bernard, más calmado que Buenatierra, seguía la argumentación de éste.

— Más motivo aún para acelerar las pruebas del *Bounty* anti-codicia — Ahora era Fran el que trataba de imponer la tesis de los científicos — si conseguimos un Beisheim *dócil* podemos tener en él un aliado que puede detener los planes de exterminio.

— Convengo en que eso puede ser cierto — Buenatierra parecía ceder — pero no deja de ser especulativo. Tenemos una potencial inmediata amenaza y es nuestra responsabilidad tomar medidas urgentes. Propongo que dos de vosotros os dediquéis a la experimentación mientras el resto se dedica a la fabricación masiva del retrovirus-antídoto.

— ¿Cuándo se prevé que lleguen los equipos de Valencia y demás lugares? — la pregunta la hacía Pilar, que hasta ahora se había mantenido expectante.

— Los esperamos mañana — respondió Madlow que estaba en los por-

menores de la operación — calculan que traen equipo para replicar el antídoto en la cantidad necesaria estimada por Hutkins para el peor de los supuestos.

— Podríamos hacer lo que Buenatierra propone — Susan aparentó mediar entre las dos posturas — hasta que lleguen los refuerzos. Entonces los dejaremos a ellos con la replicación y todos nosotros nos dedicaremos al nuevo experimento. Por mi parte, como no soy de laboratorio, me ofrezco a ayudar a los que comiencen hoy mismo a experimentar.

A Buenatierra se le frunció el ceño al darse cuenta de la jugada de Susan, pero no tardó en hacer un gesto de conformidad.

— De acuerdo pues. Nosotros esperaremos a que Beisheim esté en condiciones de hacerle otro interrogatorio.

* * * * * * *

33. En alerta

— No, no puedo decir los nombres de los orientales — a Beisheim le sacudió un temblor cuando Buenatierra le preguntó por sus contactos en China y Japón — si los digo me matarán.

Buenatierra y Rose se miraron sorprendidos por la reacción de Beisheim. Hasta ese momento había sido obediente como un manso cordero y había delatado a Mâjid Amir, Nikolai Novikok y Dalila Cacciatore, como miembros de la cúpula de la Oil implicados en la conspiración.

Madlow hizo señas hacia los monitores que indicaban aceleración del pulso y subida de tensión arterial. Rose decidió tomar otra línea de interrogatorio.

— Bueno, Heinz, nadie va a hacerte daño. Si no quieres no hace falta que nos digas quienes son esa gente. Dinos quién más conoce lo que vais a hacer en Capri ¿quién tiene el control de la operación además de ti?

— Alain Darlan es quien tiene todos los detalles. Él está encargado de sustituirme si yo tuviese un accidente. En estos momentos es posible que Darlan haya convocado de nuevo a la cúpula para revisar la situación y ordenar el ataque a Capri — la expresión de Beisheim había vuelto a ser la de un niño inocente y ahora reía con satisfacción al ver que no estaba en peligro.

— Muy bien, Heinz. ¿Dónde piensas que se reunirán?.

— En situaciones de emergencia Darlan buscaría un sitio que yo no conozca. Su lugar preferido para estos casos es Bulgaria, podrían ir a Sofía o a Plovdiv — mientras hablaba sonreía a Rose intentando complacerla.

— ¿No podrían tener una reunión por videoconferencia?.

— También es posible, los chinos y el japonés son reticentes a los viajes y prefieren las videoconferencias. De hecho de cada dos reuniones

una la hacemos por videoconferencia.

— Y para tener una videoconferencia, ¿qué protocolo seguís?.

— Bien, normalmente soy yo quien las convoca mediante correo cifrado a cada uno de los miembros, cuando hay algún asunto de interés o cuando alguno de los miembros me expone algún tema que requiere acuerdo de todos.

— Y ahora que tú no estás, ¿puede Darlan enviar correos a los demás miembros?.

— Por supuesto, Darlan tiene las direcciones y los certificados necesarios para enviar los correos.

— Cuando tú estás de viaje, ¿te puedes comunicar con el ordenador de tu oficina?.

— Lo hago con frecuencia a través de un portátil con conexión por satélite. De esta manera reduzco las posibilidades de que me espíen y utilizo una encriptación superior.

— ¿Qué programa usas para la conexión?.

— El RedGovern.

— Si te dejamos un portátil con el RedGovern, ¿podrías convocar una videoconferencia y decir que estás a salvo?.

— Pero no estoy a salvo. Estos dos señores me dan miedo, ya me han hecho daño y me han amenazado.

— Estos dos señores son mis amigos y ya les he dicho que no vuelvan a hacerte daño. ¿Confías en mí, Heinz?.

— Sí maestra, usted es buena conmigo, confío en usted.

— Bien, Heinz, lo has hecho muy bien. Ahora, cuando yo cuente hasta tres te dormirás un buen rato y cuando despiertes no recordarás nada de haber estado en esta sala, sólo que pondrás una videoconferencia con tus socios de la Oil. Duerme, uno, dos, tres.

Sin poder evitarlo Beisheim cayó en un sueño profundo y lo trasladaron a su habitación.

— ¿De verdad crees que funcionará? — Buenatierra no se explicaba aún el poder sugestivo de Rose sobre Beisheim.

— Obviamente no vamos a arriesgarnos a que contacte con sus socios antes de que haya probado el antídoto de la codicia. Pero si al menos logramos que detenga los planes de contaminación en Capri creo que será un triunfo.

— ¿Tanta fe tienes en nuestros científicos?.

— Hasta ahora están probando saber lo que hacen, metiéndose en terrenos inexplorados. Pienso que sí, que podemos evitar muchos riesgos si convencemos a Beisheim para que colabore con nosotros.

— Preferiría saber quienes son ese japonés y esos chinos a quienes teme tanto. Nos serviría para amenazarlo... Pero, está bien, seguiremos tu plan por el momento.

No acababa de despedirse Buenatierra de Rose cuando le abordó Scalabra.

— Disculpe señor, los científicos de Valencia están aquí. Bernard piensa que usted debe recibirlos,

— De acuerdo ahora mismo voy a verlos, ¿dónde se encuentran?.

— En la sala de recepción de la planta baja. Bernard los acompaña.

— Habéis avisado a Maribel y los otros científicos.

— Están avisados señor, pero me temo que exceptuando a Maribel el resto está ocupado en las cámaras de experimentación con pacientes.

— ¿Quieres decir que han desobedecido el acuerdo de seguir produciendo antídotos?.

— Quiero decir que a estas horas tienen preparadas el doble de cajas que se esperaban produjesen hoy. Nos pidieron que les ayudásemos y no hemos sabido negarnos. Hemos estado trabajando sin parar durante

tres horas. En la primera media hora Redmigton, Whiston, Richardson y yo mismo estuvimos aprendiendo. Después todo fue muy rápido y la verdad muy agradable trabajar con las científicas. En cuanto que los valencianos llamaron a Maribel decidimos dejarlo para que ellos nos relevasen. Han tardado en llegar un cuarto de hora desde la llamada.

— Desconocía sus habilidades como técnico de laboratorio. A partir de ahora las tendré muy en cuenta — Buenatierra se agitaba entre el enfado y el contento de ver cómo se iba avanzando en los planes.

— Hay otra cosa señor. Madlow me ha hablado del programa RedGovern. Lo tenemos y también podemos preparar una conexión vía satélite.

— Me parece magnifico, Scalabra — Buenatierra contestaba con desdén — ya les avisaré cuando sea necesario.

Buenatierra se dirigió hacia la sala donde le esperaban los valencianos, pensando qué pintaba él allí, pues sus colegas se le anticipaban en todo.

Beatriz Montaño, José Ramírez y Teresa Sanz se encontraban sentados en sendos sillones frente a Maribel y Bernard. Este último estaba callado mientras los demás rememoraban anteriores encuentros en congresos y cursos profesionales. La conversación giraba sobre sus salidas nocturnas en pandilla, con la compañía de Pilar, Fran y otros amigos comunes.

Cuando llegó Buenatierra seguían riendo embebidos en la conversación, hasta que Bernard carraspeó para indicar que tenían nueva compañía.

— Discúlpenme, hasta ahora no me han avisado de su llegada, supongo que usted será Beatriz — se acercó a ella para besarle la mano sin dejar de mirarla — usted Teresa — repitió con ella el gesto — y usted José — le estrechó la mano con excesiva fuerza, lo que hizo que José apretase instintivamente los dientes, aunque sólo Beatriz se percató.

— Siéntese con nosotros, por favor, estábamos charlando de nuestras aventuras pasadas, pero sólo por hacer tiempo mientras lo esperába-

mos — era Beatriz la que hablaba y se notaba su preeminencia en la reunión.

— Me sentiría más cómodo si nos tuteamos. Todos los que estamos aquí los hacemos. Mi nombre es Pedro.

— Estupendo Pedro, nos tutearemos. Nos gustaría saber qué planes tienes para nosotros, por Maribel tan sólo sabemos lo del virus y la replicación del antídoto.

— Pues en efecto ese es el principal motivo de haceros venir, aunque quizás haya algún otro trabajo en el que nos agradaría participéis — no dejaba de mirar a Beatriz, pues la había identificado como líder del grupo — si os parece bien y Maribel está de acuerdo, podrías comenzar con ella el trabajo y ella misma os daré más detalles de la situación en que nos encontramos — cruzó una mirada con Maribel y vio en su cara un gesto de aprobación.

Apenas había terminado la frase se despidió de los huéspedes con una sonrisa estudiada para ir a reunirse con Bernard. Buenatierra había retomado la visión global de la situación. Los demás estaban centrando sus esfuerzos en ese lugar, pero el peligro estaba muy lejos de allí, probablemente en Bulgaria. Habría que ir hasta allí para combatirlo y las horas podían ser vitales.

Nada más ver a Bernard al fondo del pasillo llamó su atención levantando una mano y haciendo un gesto hacia sí mismo. Bernard lo entendió de inmediato y aceleró algo el paso.

Se encerraron los dos en un pequeño despacho. Buenatierra comenzó la conversación.

— Creo que los demás están empeñados en ganar aquí pequeñas batallas, pero la guerra está ahí fuera. Si no hacemos por detener al tal Alain Darlan me temo que será en vano lo que aquí se consiga.

— Te doy la razón, Pedro. Están muy ufanos de haber conseguido un antídoto, pero realmente ni sabemos si eso podrá detener realmente una

pandemia, ni ganas desde luego de verlo. En el más optimista de los casos habría miles de muertes antes de que el virus que suelte esta gente se pueda controlar. Y no hay que olvidar que si el Ejército estadounidense se moviliza la situación mundial va a cambiar por completo en nuestra contra.

— Propongo que contactemos con nuestros aliados alemanes y franceses y organicemos un equipo de asalto para dirigirnos a Bulgaria. En la localización de estos tipos nos puede ayudar Alice Delapierre, aunque por mis indagaciones de alojarse en Sofía lo harían en el Holiday Inn. En Plovdiv no creo que haya muchas posibilidades.

— ¿Por qué en el Holiday y no en otro de los muchos?.

— De cinco estrellas es el único que está en las afueras de la ciudad. Seguro que además tiene las mejores putas de lujo. Conociendo a esta canalla sé que no irían a otro lugar. Por discreción y seguridad es el que más les conviene.

— Entiendo, y estoy de acuerdo con tus criterios. Con arreglo a ellos podíamos buscar también el hotel de Plovdiv — se acercó a la mesa en que estaba situado un ordenador y comenzó a teclear. Al cabo de dos minutos encontró lo que buscaba — El hotel Imperial es el que se aproxima más a lo que nuestros clientes buscan.

— Perfecto, ya tenemos donde ir. Le diré a mis chicos que preparen el viaje, en esta ocasión nos va a salir gratis pues Eduardo Cortés tiene una misión *diplomática* en Bulgaria precisamente. Le diré que adelante el viaje un par de días. Después tendrá que quedarse allí, pero nos llevaremos seis agentes españoles. Con el equipo de Alice, el de Mercoli y los ingleses podemos contar con unos veintidós agentes.

— Supongo que estaré entre los veintidós — a Bernard empezaba a emocionarle la nueva incursión.

— Pensaba más bien que te quedases al frente de la seguridad en este edificio. No me fío de los ingleses, ya me han demostrado que son

impulsivos y se saltan mis órdenes. Si le digo a alguno que se quede podría irse a Bulgaria por su cuenta.

— ¿No podrías dejar a alguno de los tuyos aquí?. Realmente estoy necesitado de acción, llevo varias semanas encerrado con científicos sin entender la mitad de lo que hablan...

— Lo tomaré como un favor personal que me debes. Veré si es posible dejar a Azucena Castillo y en último caso me quedaría yo. Creo que Alice tiene experiencia sobrada para coordinar la operación y a quien no le obedezca le aplicaremos el tercer grado de insubordinación como espía.

— ¿Lo que significa...?.

— Que lo vamos a torturar y después lo dejaremos abandonado en un desierto.

— ¡Coño!. ¿Seríais capaces?.

— Espero que no haya que comprobarlo.

Al salir del despacho vieron a Rose al otro extremo del pasillo. Ella no los vio pues caminaba por el pasillo que cruzaba. Parecía buscar a alguien. Dieron media vuelta intentado evitar el encuentro, pero Rose volvió sobre sus pasos y comenzó a andar más aprisa para alcanzarlos. Escucharon su taconeo y como se les acercaba de modo que se miraron y decidieron parar.

— ¿Qué le trae ahora señorita? — Bernard tomó la palabra, sabedor de que a Buenatierra empezaba a irritarle hablar con Rose.

— No es mi intención molestarles, simplemente informarles de que las pruebas con Beisheim han comenzado y parecen dar buen resultado. No ha tenido ninguna reacción adversa, era lo único que los científicos no daban por seguro, por lo que sí tienen confianza en que su transformación genética se efectuará del modo esperado.

— ¿Y cuándo se sabrá si este experimento ha sido verdaderamente un éxito? — Buenatierra preguntó de buen grado, pues entendía que la

noticia era positiva.

— Los científicos me han informado de que en un par de horas podremos saber si Beisheim ha alterado ya su conducta e intenciones vitales.

— No tenemos dos horas. Debo confiarle que Bernard y yo hemos decidido montar una expedición a Bulgaria. Calculo que podemos salir en una hora como mucho. Cuento con usted para esta misión y con sus compañeros del MI5.

Contra lo que Buenatierra pensaba, Rose no se sorprendió por los nuevos planes.

— Me parece estupendo, señor. ¿Pero ha pensado en la seguridad de estas instalaciones?. Alguno de nosotros tendría que quedarse para proteger a los científicos.

Bernard y Buenatierra volvieron a mirarse. Nuevamente Bernard se adelantó a responder.

— ¿Qué le parecería ser usted quien se quedara?

— Por mi parte estaría bien. Sólo les pido que dejen conmigo a Hutkins.

— Hutkins nos demostró una gran valía en París — Buenatierra adoptó un gesto dubitativo intencionado — pero... Bien, en esta ocasión creo que nos podremos apañar sin él.

* * * * * * *

Rose se hallaba de nuevo frente a Beisheim a quien le habían inoculado el *Bounty*. Las comprobaciones que Robert, Henri y demás científicos habían realizado eran totalmente satisfactorias. Las muestras tomadas de hígado, corazón y pulmón indicaba que el genoma de Beisheim se estaba modifi-

cando de forma acelerada. En la médula espinal se estaba produciendo el mismo cambio con un ritmo similar. Igualmente en las células sanguíneas.

Mantenían a Beisheim sedado, en estado de sueño profundo. Su respiración estaba ligeramente agitada y su pulso un poco alto. Su temperatura corporal unas décimas elevada, lo que indicaba que su sistema inmunológico estaba bastante activo. Nada sorprendente dado el grado de invasión de cuerpos extraños al que se veía sometido. El nivel de *Bounty* era aún muy alto, por lo que habría que esperar varias horas para ver el resultado final y explorar sus efectos.

— Lo siento, Rose, pero tu interrogatorio tendrá que esperar quizás hasta mañana — Henri intentaba poner tono de decepción en sus palabras, pero no podía disimular su satisfacción al ver el resultado que estaba consiguiendo.

— Es lástima que tengáis que saborear vuestro triunfo en estas circunstancias tan estresantes — Rose se había percatado del gesto teatral de Henri — Supongo que os hubiese gustado más haber hecho esto sin la presión del tiempo.

— Bueno, si la situación no fuera tan acuciante seguramente estaríamos todavía estudiando chimpancés y orangutanes — contestó Robert con rapidez —. Para ser justos creo que si este experimento sale bien deberíamos incluiros a todos vosotros como colaboradores de nuestra investigación, ja, ja, ja — Robert necesitaba expresar su satisfacción con una carcajada y explotó en ese momento —. Seríais los primeros espías que recibiséis un premio Nobel de Medicina, ja, ja, ja.

— No me veo en la situación — contestó Rose siguiéndole el juego — no sabría que ropa ponerme, ja, ja, ja — todos los presentes se rieron por la ocurrencia de Rose.

— Ja, ja, ja, creo que podríamos seguir con los gorilas de Beisheim — se repuso Henri — aunque sea un retroceso en la evolución de nuestra investigación, ja, ja, ja — otra vez hubo explosión general de carcajadas.

— No se me hubiese ocurrido que estos dos grandes investigadores fuesen tan divertidos — Beatriz había estado escuchando y riéndose sin dejar de mirar a Henri.

— Últimamente han estado sometidos a mucha tensión, pero te aseguro que sentido del humor les sobra — Maribel quiso contestar a Beatriz.

— Bien, pues como cabina de experimentación sólo tenemos otra propongo traer primero a Kate — Rose hizo la propuesta — tengo ganas de amansar a esa gata rabiosa.

— Nuestra vacuna sirve para la codicia, contra la ira y la soberbia no tenemos nada — Robert se rió de nuevo — aunque podíamos seguir investigando para hallar la cura de los siete pecados capitales — de nuevo hubo risas generales.

— Me parece correcto de cualquier modo — Mariam hablaba ahora ahogando la risa — Kate es sin duda de un carácter codicioso similar al de Beisheim, salvando las diferencias de posición económica.

— Pues no lo dudemos más — afirmó Henri con energía — traigamos a la gatita rabiosa. Maribel y Fran, si no os importa os quedáis los dos monitorizando a Beisheim. Los demás vamos a preparar a la gata.

Maribel y Fran asintieron con un gesto, mientras los demás salieron de la zona del laboratorio para encaminarse hacia la habitación donde Kate estaba encerrada. Cuando Kate vio la numerosa comitiva que aguardaba en el pasillo se puso en guardia y comenzó a vociferar.

— Y ahora, ¿de qué se trata?. ¿Vais a partirme en trocitos para que cada uno de vosotros tenga algo mío que analizar?. ¿O es que sois una partida de sádicos deseando ver cómo me torturáis?.

— Tranquila, querida — le respondió Rose — solamente vamos a darte la oportunidad de librarte de tu codicia y que puedas tener una vida más equilibrada.

— Yo estoy bien tal como soy. Además eso que me decís me parece algo de cuento infantil, la malvada que se convierte en buena con unos

polvitos mágicos.

— No tenemos polvos mágicos sino tratamiento genético — replicó Mariam — y tampoco creo que seas muy feliz como puta a sueldo de Beisheim.

— ¿Y a qué pretendéis que me dedique si es verdad lo que decís de cambiar mi personalidad?

— Eso ya lo decidirás tú misma — interpuso Fran — de momento no podemos quitarte la agresividad y otras cualidades que tanto aprecias actualmente.

Mientras hablaban Robert acercó una jeringuilla al cuello de Kate sin que ella se percatará. Sujetó su nuca con una mano mientras hundía la aguja junto a la carótida. Un leve chillido y Kate se desvaneció en los brazos de Robert. Fran la sostuvo por el otro costado mientras los demás acercaban una camilla en la que transportarla hasta la cabina de experimentación.

****

Se encontraban en un aeródromo privado cercano a Sofía. Habían volado en un Bombardier Challenger 800 de dieciséis plazas con armamento suficiente para equipar a una compañía de infantería. Eran las nueve de la mañana y salvo el personal de la torre de control el aeródromo estaba desierto.

Buenatierra empezaba a impacientarse. Alice siempre era puntual en sus citas. De Mercoli no sabía tanto, pero dada la gravedad de la situación no esperaba menos.

A los pocos minutos aparecieron en el cielo dos aviones militares, procedentes ambos del oeste. Volaban a distinta altura. El que lo hacía más bajo comenzó la maniobra de aterrizaje mientras el otro se disponía a dar una vuelta alrededor de la pista a la espera de que el primero aterrizase.

Con los prismáticos Buenatierra alcanzó a ver que uno era de la Lufthafe

y el otro del Ejército del Aire Francés. Comenzó a inquietarse al no saber quienes venían en los aviones aunque, pensó, si no habían disparado no serían del todo enemigos. Por prudencia mandó a todos que corrieran hacia el terminal de pasajeros. Antes de que el avión alemán aterrizase estaban todos resguardados.

Cuando descendieron los tripulantes Buenatierra se calmó al ver la larga y rubia melena de Alice ondeando en el viento. Como ella caminaba sin prisas hacia el terminal, Buenatierra salió corriendo a su encuentro, seguido de los demás.

— Una complicación, por fortuna ya resuelta aunque provisionalmente — Alice hablaba con mal humor —. Las comadrejas de una sección rival del BDN nos han estado siguiendo hasta cerca de Pécs, donde Mercoli se nos ha unido. En cuanto encaramos hacia ellos los dos aviones dieron media vuelta y se perdieron en el horizonte. Dudo que nos den problemas pues nosotros venimos con permiso para interceptar un comando búlgaro que quiere volar una central eléctrica cercana a Sofía. Mercoli y los suyos traen la misma *misión oficial*.

— Os tapáis bien las espaldas, según veo — Madlow estaba admirado de la sagacidad de Alice.

— Bien no tenemos prisa aún porque vamos a darles un par de horas a nuestros amigos de Sevilla para que nos comuniquen si han conseguido sacarle algo nuevo a Beisheim — Buenatierra se había sobrepuesto y ordenaba —. Eduardo Cortés se ha adelantado y nos tiene preparados cuatro helicópteros ligeros.

— ¡Uf!, ya había previsto el transporte — repuso Alice — aprovechando que Gisela Baumeister ya estaba destacada aquí para informar sobre el *comando búlgaro* le encargué que nos buscase autos rápidos de gran volumen. Supongo que nos espera fuera de la terminal.

— Pues me complicas un poco las cosas — Buenatierra no podía disimular su enfado — mi plan, obviamente, es atacar desde el aire. Después volveríamos a este mismo aeródromo donde tenemos siete Audi

A6 aguardándonos.

— Lamento no hayamos cruzado información al respecto, Pedro.

— Acepto tus disculpas — Buenatierra quería reafirmar su posición de superior — veremos qué coches nos trae Gisela y luego decidimos. Deja a alguno de tus agentes esperando a Mercoli para que le informe de nuestros planes y nos alcance en la terminal. Los demás nos vamos.

Al fondo de la terminal de pasajeros los esperaba Gisela que, en cuanto divisó a Alice, se acercó a ellos.

— Os tengo preparados cinco Brabus Biturbo con 700 CV cada uno, creo que será suficiente — Gisela se mostraba satisfecha por su labor — dos son blancos, dos negros y el otro rojo. Los conductores son búlgaros de confianza y aún están esperando órdenes.

— Perfecto, Gisela, creo que has elegido bien — Alice parecía realmente conforme con la elección de Gisela — esperemos a nuestro jefe de misión a ver que opina.

Buenatierra, que había ido a la oficina de Rent a Car, volvió para comunicar su noticia:

— Tenemos a nuestra disposición cuatro Audi A6 y tres Audi A4, dos blancos, dos negros y tres gris plata.

— Gisela nos trae cinco Brabus Biturbo de 700 CV, con conductores de fiar — informó Alice —. Esperan nuestras órdenes.

— ¿Son gente de total confianza?

— Estoy segura de que sí.

— Pues es una ventaja que vamos a aprovechar. Manda uno de los conductores al hotel Imperial de Plovdiv y otro al Holiday de Sofía. Que indaguen por la presencia de nuestros *clientes*, se comuniquen contigo y vuelvan aquí lo antes posible. Los otros tres van a recoger los Audi y llevárselos a garajes cercanos que conozcan. Cuando terminen

que vuelvan aquí también a esperarnos. En cuanto llegue Mercoli subimos en los helicópteros y los movemos a una explanada cercana para esperar hasta que nos informen de nuestro destino.

— Perfecto, Pedro, ¿pero para qué queremos tanto coche?

— Por la eventualidad de que nos sigan y nos interese cambiar de coche o dividirnos en pequeños grupos. Gisela, ¿tendrías la amabilidad de repartir estos celulares entre nuestros agentes? — Buenatierra entregó a Gisela un maletín que había llevado consigo desde el aterrizaje.

* * * * * * *

En Isla Cartuja habían decidido mantener guardias para observar a los dos *vacunados* mientras los demás dormían. Nada destacable salvo un momento en que Kate se despertó. Fran, que estaba en ese momento al cargo, le administró una ínfima cantidad de sedante y a los tres minutos Kate volvió a dormir.

A las 8:15 Henri se levantó y decidió avisar al resto del equipo. Varios de ellos ya estaban levantados. A Beatriz le habían confiado el último turno de guardia y estaba de sobras despejada. Henri tomó un ligero desayuno y fue a relevarla.

Eran las 8:45 cuando todos estaban en el comedor tomando el desayuno. Rose mostraba impaciencia por ver a los *pacientes* y determinar si el resultado de la transformación los haría cooperar.

— ¿Cómo has encontrado a los individuos, Beatriz?

— Hace una hora que el *Bounty* ha desaparecido en ambos. Primero lo hizo en Beisheim y a los veinte minutos en Kate. El estado general de ambos es bueno. Se ha normalizado la temperatura, tensión sanguínea, pulso y respiración. El resto de análisis no los controlo bien, por

lo que habrá que esperar a lo que diga Henri.

— El hecho de que hayan eliminado el *Bounty* con tanta rapidez es indicador de que al menos este retrovirus es inocuo — señaló Robert — lo cual es un avance.

— No veo que importancia puede tener la inocuidad del *Bounty* si no es efectivo para el objetivo que queremos lograr — Rose perdió la calma y no se dio cuenta de que estaba siendo impertinente.

— Conseguir un avance científico de las proporciones de éste por un camino directo como el que hemos llevado es algo insólito — Mariam salió al quite y Rose se azoró.

— Tenéis razón — Rose cambió el tono — reconozco que me come la impaciencia por saber si podemos manejar a Beisheim.

Susan, Beatriz y los demás habían estado atentos a la conversación sin hacer el menor ademán de entrometerse, salvo miradas compasivas hacia Rose. Incluso Hutkins, que estaba sentado a su lado, le dio una palmadita en la rodilla en un momento en que nadie los observaba.

* * * * * * *

34. Plovdiv, Bulgaria

Alain Darlan era un conocido personaje en todos los hoteles de lujo del mundo. Banquero en sus inicios, había sido miembro de los consejos de administración de varios bancos europeos de importancia, entre ellos Crédit Lyonnais y HBSC. Tras hacer una fortuna desfalcando a especuladores y gobiernos invirtió dos tercios de su capital en la Oil, con lo que fue a sentarse al lado de Beisheim en la cúpula de ésta.

No era tan conocido en los hoteles por sus actividades financieras como lo era por su afición al lujo y las putas. Siempre elegía a las más elegantes y daba buenas propinas a todos quienes le servían directamente.

Nunca repetía con la compañía femenina. Le avergonzaba ser impotente desde joven y pegaba a sus acompañantes dejándolas marcadas. Una paga de cinco veces lo habitual aseguraba el silencio de su víctima.

Por lo demás era un tipo astuto y desconfiado con mucha imaginación maquiavélica para aprovecharse de los demás y para guardarse las espaldas, pero sin permitir que la paranoia lo controlase y le privase de sus viciosos caprichos.

Al no saber de Beisheim tenía el encargo de sustituirle provisionalmente en la presidencia de la cúpula y tomar las medidas de *urgencia* que se considerasen necesarias.

En Suiza *La Empresa* había instalado unos laboratorios en apariencia independientes con objeto de verificar los experimentos que en Genicotrox se estaban llevando a cabo. Era el momento de comprobar a gran escala la efectividad del nuevo virus *gripal* que asolaría la población de Capri. El antídoto estaba probado de modo que podría distribuirse *selectivamente* según los intereses de la Oil.

Sobre esto pensaba Darlan mientras se bañaba en el jacuzzi de la habitación del hotel Hebros, en la que se alojaba, acompañado por una exuberante rubia, búlgara de 23 años y 100 de pecho.

El hotel Hebros había dejado de ser durante unos años el hotel más lujoso

de Plovdiv al ser reformado el Imperial y pasar este último a la categoría de cinco estrellas. Pero pronto reaccionaron los dueños adquiriendo varias casas y solares contiguos para reconstruirlos al estilo renacentista propio del Hebros original. Habían doblado el número de suites, que ahora eran veinte y construido un gran centro de uso común con piscina climatizada, gimnasio, pistas de paddle y squash, minigolf, varias salas de reunión, helipuerto, …

Con esta ampliación y el fichaje de un renombrado cocinero español, el hotel Hebros había recuperado con creces su categoría de hotel más fastuoso de la ciudad. La mano de Darlan había estado detrás, al financiar la operación quedándose como principal accionista en la sombra.

* * * * * * *

— Señores, llevamos varios días sin tener noticias de Beisheim tras los sucesos de París — Darlan hablaba con autoridad en una de las salas de reunión del Hebros —. No podemos permitir que ningún grupo *resistente* — remarcó despectivamente la palabra — secuestre a alguno de nosotros, al menos impunemente. Propongo severas represalias.

— ¿Y contra quiénes actuaremos sin conocer a los secuestradores de Beisheim? — preguntó Dalila Cacciatore —. Que yo sepa nadie ha reclamado el secuestro y la Europol no tiene la menor pista.

— El asalto al laboratorio de Genicotrox en Horsham, el conato de robo en Société Général de Avignon y el secuestro de Beisheim llevan la firma de la llamada Coordinación Mundial por la Humanidad, según me informan mis contactos en los servicios de espionaje — Darlan contestó con aire de superioridad —. Se trata de una banda bien organizada que cuenta con algunos científicos, militares e incluso presuntamente agentes de espionaje. En Capri tienen una base experimental de lo que parece es su *utopía* — pronunció con desdeño —. Según mis informes toda la economía de esta isla la controla una cooperati-

va que acoge a todas las familias residentes.

— ¿Y qué propone que se haga?. ¿Dejaremos a Beisheim a su suerte? — Ten Hu Jiao interpeló a Darlan con mirada malévola.

— Terminar con esa *utopía* — contestó Darlan tajante —. Con eso acabaremos con sus esperanzas. Lo haremos empleando el nuevo virus sintetizado en Genicotrox y testado en nuestros laboratorios suizos. Difundiremos la noticia de que poseemos un antídoto para este virus y haremos pública su efectividad administrándolo a los últimos supervivientes de Capri. Eso será un aviso a todos los que se oponen a nuestros planes de que tenemos sus vidas en nuestros manos. En cuanto a Beisheim su servicio de seguridad se encargará de liberarlo, me imagino.

La vehemencia con que hablaba le impidió darse cuenta de que en su tableta recibía una videoconferencia. Tenía el ordenador programado para conectar automáticamente al tercer timbre cuando alguien de la cúpula lo llamase.

Beisheim estaba al otro lado de la línea y, aunque conectó a mitad de la última intervención de Darlan, la última frase le bastó para decidir su postura. Viendo que Darlan no se había percatado de su llamada decidió interrumpirla y llamar de nuevo. Esta vez Darlan estaba mirando la pantalla.

— Hola, Alain, supongo que estarás al tanto de lo que ocurrió en París — se oyó decir a Beisheim con voz despreocupada.

— De eso estábamos hablando precisamente — Darlan se sintió atacado por sorpresa — ¿cómo escapaste?

— Eso no importa ahora — respondió Beisheim con presteza — decidí aislarme unos días temiendo me persiguieran. Hasta hoy no me ha parecido prudente contactar. ¿Estáis todos reunidos?

— Falta el americano — Darlan no pudo disimular un ligero temblor de labios en la respuesta.

— ¿Y dónde os encontráis?, quiero asistir a la reunión. Supongo que es-

táis en Bulgaria.

— En el Hebros de Plovdiv, ¿estás muy lejos ...? — Beisheim no le dejó acabar.

— Estaré allí en tres horas. Jeppson me acompañará, tenemos nueva información del Pentágono que va a ser crucial para nuestros planes — Beisheim se sentía libre de su anterior codicia, pero el tratamiento no le había restado astucia.

— ¿Nos puedes adelantar algo? — se oyó la voz de Dalila Cacciatore.

— Dalila, es un placer oír tu voz. El Pentágono tiene planes de tomar el control de Capri bajo ciertas condiciones. Debemos estudiar concienzudamente si eso nos interesa. Os pido a todos que me esperéis. Jeppson llevará una carpeta de informes. Ahora será mejor que os deje y me ponga en marcha.

En cuanto Beisheim cortó la conferencia se sucedieron los murmullos en la sala. Varios de los asistentes dudaban de la veracidad de Beisheim. Sospechaban que había hablado bajo coacción. Así de retorcida era la mente de aquellos criminales erigidos en gobernantes del mundo. Por fin Nikolai Novikok se levantó de su silla para dirigirse a todos.

— Exijo que se contacte con Jeppson para que nos confirme esta historia — hablaba un correcto inglés con un exagerado acento ruso.

Nadie le contestó. A todos los presentes les mudó la cara cuando oyeron ruido de helicópteros acercándose. Al instante sonaron golpes en la puerta y la voz de un gorila gritando *¡señores, nos atacan!*.

Darlan fue el primero en salir con su tableta debajo del brazo. De inmediato dio orden al gorila de que lo escoltasen hasta el helipuerto. Habían dejado dos helicópteros preparados para una emergencia como esta y Darlan solo pensaba en escapar. A su mente asaltó lo sucedido en París a Beisheim y el terror le dificultaba respirar.

Cuando el último de los magnates había dejado la sala se oyó un estruendo, seguido de una polvareda que vieron a través de las ventanas del pasi-

llo. Todos se paralizaron. Un guardia entró corriendo en el edificio gritándoles que volviesen atrás, que habían destrozado uno de los helicópteros. Cuando empezaban a correr hacia atrás les paró el ruido de otra explosión. Ahora vieron el resplandor de llamas por las ventanas. El segundo helicóptero estuvo ardiendo durante un par de minutos hasta que un chorro de agua a presión detuvo el incendio. Después se sucedieron varios disparos, de ametralladoras, fusiles de largo alcance y armas cortas.

Los potentados no se atrevían a moverse y los cuatro guardias que estaban con ellos tampoco les ayudaban a decidirse. Por último fue Dalila Cacciatore quien irreflexivamente corrió hacia la puerta interior del edificio. Los demás reaccionaron fueron por instinto de manada y los guardaespaldas los siguieron.

Antes de que uno de los guardias lograse adelantar a Cacciatore, ésta abrió la puerta y se encontró delante de ella con una atlética alemana que le apuntaba con una pequeña ametralladora. La visión le duró un segundo después del cual se encontró mirando a sus compañeros de fechorías y notó un metal que le quemaba en la mejilla.

— Tira tu pistola o me la cargo — le dijo la alemana al guardia —.

El guardia hizo el gesto de bajar su pistola, pero cambió el movimiento y disparó. Se oyó un grito ahogado. Alice percibió que Cacciatore se desplomaba en sus brazos. Un borbotón de sangre salía del hombro de la arpía italiana.

Alice aprovechó el desconcierto de los guardias y en dos disparos abatió al primer guardia y a otro que lo secundaba. Madlow y otros agentes adelantaron a Alice al tiempo que disparaban. Cuatro disparos y la situación estaba resuelta. Dos balas alcanzaron a uno de los guardias, que murió en el acto. Otra mató al cuarto guardia y la restante atravesó el hombro derecho de Nikolai Novikok.

— Señores, están ustedes detenidos en nombre de la Coordinación Mundial por la Humanidad — era Bernard el que hablaba, en perfecto inglés, con voz potente y gesto de satisfacción.

— Están locos, no saben qué están haciendo — contestó Darlan con nerviosismo — mañana estarán muertos todos ustedes.

— Lo dudo, caballero — respondió Bernard con aplomo —. Ahora tiren al suelo sus móviles y tabletas, no van a necesitarlos por bastante tiempo.

Gustav Mercoli y su compañera Claire Villeneuve, ambos con formación médica, certificaron la muerte de los cuatro guardias y atendieron a los herido. Mientras estaban colocándole un cabestrillo Alice no se pudo reprimir y, mirando a los guardias muertos, se dirigió al ruso y los demás potentados:

— Deberían ser ustedes los que estuviesen ahí — les dijo señalando los cadáveres.

— ¿Y por qué no lo hace? — se le enfrentó Ten Hu Jiao con la altivez propia del que ha vencido siempre.

Un revés con el arma y la culata golpeó la sien derecha del chino que cayó al suelo inconsciente.

— ¿Alguno más? — repuso Alice con enfado.

— Señores, ya ven que les conviene colaborar — terció Buenatierra, con voz templada, viendo la ira que asomaba a las caras de todos sus compañeros —. Como habrán deducido ustedes, que son tan calculadores, somos agentes muy experimentados. No estamos para juegos y nos sobran razones para acabar con ustedes ahora mismo. Vamos a darles una última oportunidad mientras que colaboren, pero en el momento que dejen de hacerlo les prometo que desearan no haber nacido, porque los someteremos al tercer grado de tortura.

Caras lívidas y mutismo fue toda la respuesta.

* * * * * * *

Los conductores búlgaros habían sido eficientes. El destinado a Plovdiv nada más llegar al hotel Imperial fue a hablar con un antiguo compañero del ejército que trabajaba allí como recepcionista. Éste le contó que en ese hotel no se alojaba ningún potentado, pero que un compañero del Hebros le informó el día anterior de la llegada de dos chinos y un japonés con sus correspondientes séquitos.

Para asegurarse telefonearon al empleado del Hebros, quien les confirmó que el hotel estaba cerrado sólo para siete *personajes*, que dos helicópteros estaban aparcados en la pista a disposición de esos siete y que el hotel estaba rodeado permanentemente de autos de gran cilindrada que se iban relevando, al igual que los guardianes que escoltaban a esos tipos.

El conductor transmitió la información a Gisela nada más volver a su coche.

* * * * * * *

Los potentados se dejaron hacer mientras los agentes los esposaban. Después los trasladaron a los helicópteros entre los cuales los repartieron. Conforme un helicóptero completaba el pasaje levantaba el vuelo. La última en subir fue Alice quien tomó los mandos del aparato y siguió al grupo, ya en marcha, hacia el aeródromo de partida.

— Alice, aquí Pedro — se oyó la voz de Buenatierra en la radio, en la frecuencia que habían establecido para sus comunicaciones.

— Te oigo claro, ¿qué ocurre?

— Vamos a dirigirnos hacia la explanada de la que salimos. Gisela ha contactado con los conductores de los Bravo y nos esperarán allí. Los mismos búlgaros se encargarán de devolver los helicópteros cuando hayamos dejado el país. Iremos en los Bravo directamente a los lugares donde tenemos los aviones. Una vez que estemos en los aviones, y con permiso de despegue, nos comunicaremos en la frecuencia

2022 MHz y estableceremos una nueva frecuencia de comunicación para acordar nuestro destino — Buenatierra estaba eufórico, gozando de su victoria y de una claridad mental que hacía tiempo no experimentaba.

— *Entendido*. ¿Has hablado con tu base?

— Me han dicho que todo parece ir mejor de lo que esperaban. Te daré más detalles dentro de un rato, cuando estemos de nuevo en el aire. Traslada a Kaspar estas instrucciones. Yo voy a hablar ahora con Mercoli.

— De acuerdo.

Buenatierra repitió la conversación con Mercoli quien repitió las instrucciones a Pauline Forgot, piloto del quinto helicóptero.

Acercándose al aeródromo vieron a través de prismáticos que un pelotón de dieciséis hombres armados los esperaba. Alain Darlan había tomado precauciones pensando en lo sucedido a Beisheim y ordenado a uno de sus escoltas que se comunicase con él cada dos horas. Caso de no contestar tendría que organizar de inmediato el rescate. El escolta se jugó todo a una carta, tras informarse por el personal del Hebros de la incursión de los helicópteros, y eligió ese aeródromo como más probable punto de fuga.

— Dieciséis obstáculos en el camino — dijo Buenatierra en voz alta a través del intercomunicador —. Nos tapan la entrada a las pistas, tendremos que enfrentarnos a ellos. Vamos a realizar una maniobra de distracción. El flanco derecho parece más débil, nos acercaremos primero hacia la izquierda y cuando estemos casi a tiro daremos media vuelta. Espero que salgan en nuestra persecución. Si lo hacen nos desplegamos para rodearlos. Alice y yo vamos por la derecha, contando con que nos puedan envolver por ese lado. Procuremos que no quede ningún tipo de esos en pie, no sabemos si habrá más dentro del aeródromo. ¡Suerte!.

Entendido, se oyó cuatro veces consecutivas por voces distintas, confir-

mando haber comprendido el plan.

Buenatierra acertó en su previsión de que saldrían a perseguirlos en cuanto giraron en redondo. Cuando tres de los autos enemigos estuvieron cerca, los cincos coches de los activistas se desplegaron en abanico y con rapidez giraron para envolverlos.

Mientras tanto dos vehículos enemigos más retrasados se acercaban peligrosamente por el costado derecho del Bravo de Buenatierra. Alice los vio y viró su coche hacia la derecha para ir de frente contra uno de ellos. Pisó el acelerador a fondo y su copiloto comenzó a disparar contra el auto contrario. Dos disparos y el otro coche derrapó sobre su costado izquierdo y volcó a continuación. A punto estuvo de estrellarse contra el automóvil de Alice de no ser porque ésta viró un segundo antes.

Buenatierra había girado su coche a la izquierda exponiéndose a fuego cruzado. Eduardo Cortés, Azucena Castillo y Bernard disparaban a un lado y otro sin interrupción. Un disparo de Bernard alcanzó al conductor del vehículo de su derecha, quien dio un volantazo antes de que su cabeza cayese contra el cristal de su ventanilla. El coche derrapó y volcó después de que uno de los ocupantes saliese despedido por la ventanilla trasera.

Un inesperado giro del vehículo hizo que Eduardo volviese la vista hacia Buenatierra. Éste había recibido una bala en el hombro izquierdo, pero reaccionó con serenidad y mantenía el volante con firmeza.

En el sector izquierdo del campo de batalla Mercoli y Madlow habían reventado primero e incendiado después el depósito de combustible de uno de los autos enemigos. La parte trasera del coche se levantó e hizo que el auto diese cuatro vueltas de campana hasta detenerse envuelto en llamas. Otro de los magnates había recibido un roce de bala sin importancia.

Buenatierra se percató de la ventaja que llevaban y decidió, tras consultar con sus compañeros de vehículo, apartarse de la escena de combate.

— Si os parece yo me acerco a la terminal para comprobar la situación, aunque parece que no hay más enemigos.

— Estoy de acuerdo, ya hubiesen salido — respondió Bernard — creo que lo más oportuno es que nos bajemos los dos. Aquí tenemos a otro herido, pero nada grave — uno de los magnates forcejeaba con sus ataduras y sollozaba a través de su mordaza, preso del pánico —. Azucena y Eduardo volverán en el coche para ayudar a nuestros camaradas.

Cuando llegaron a la puerta de la terminal vieron que sólo quedaba un coche enemigo en pie. Se había detenido en la explanada y estaba rodeado por los cuatro autos de los camaradas.

Los ocupantes salieron con las manos en alto. Alice, Madlow y los demás se les acercaron y, sin dejar de apuntarles, les inyectaron un anestésico. Después los dejaron abandonados en los asientos del coche y, volviendo a ocupar los suyos, se dirigieron hacia la terminal.

Al llegar encontraron a Buenatierra sentado en el suelo con la espalda apoyada contra la pared. El hombro le seguía sangrando, aunque más levemente. Cruzó una mirada con Bernard antes de dirigirse a Alice.

— Si estáis de acuerdo a partir de ahora Alice toma el mando.

— Por mi parte no hay problema — Mercoli fue el primero en pronunciarse.

— Yo estoy de acuerdo — Madlow también asumió el nuevo liderazgo.

— ¿Y tú, Bernard, no tienes nada que decir? — Alice entendió necesario tener esa deferencia.

— Pues sí, que creo que tú eres sin duda la más cualificada. A mí me falta un poco de engrase — Bernard rió, por primera vez desde que salió de España. Los demás lo secundaron.

— Bien, pues lo primero es atender a los tres heridos — Alice se hizo de inmediato con sus responsabilidades — Mercoli y Clarise se encargarán. Madlow, deja aquí a dos de los tuyos para que ayuden en la atención sanitaria y vigilen a los magnates. Los demás vamos a entrar en la terminal a ver qué nos encontramos.

A Buenatierra tuvieron que extraerle la bala utilizando anestesia local. El viejo espía estaba acostumbrado a estos percances por lo que no perdió la consciencia y aguantó el dolor estoicamente. Los dos magnates tenían desgarros de la piel sin importancia, aunque uno de ellos aún sangraba. Una buena compresa firmemente sujeta con un cinturón detuvo el sangrado.

En el interior de la terminal había un extraño silencio. Les bastó recorrer diez metros en el pasillo para encontrar la respuesta. Dos individuos atados y amordazados. Tras desatarlos e impedirles que chillasen, tapándoles la boca, les preguntaron qué había ocurrido.

— Hombres armados. — respondió el que parecía mayor —. Entraron con rapidez, disparando al aire. Nos redujeron en pocos minutos. Uno de los guardias está muerto. Dos de esos tipos se fueron a la torre de control y los demás salieron a la explanada de aparcamientos. Hay más gente por ahí, atada como nosotros.

Alice decidió ir a la torre de control, junto con Madlow y Redmigton. A Gisela le encargó quedarse con los demás agentes para desatar a los guardias y otras personas en la terminal.

Por detrás de la torre de control había un pequeño hangar hacia el que se encaminaron, evitando que desde la torre se les viese. Tras dar un rodeo entraron en el hangar por la puerta trasera. Estaba desierto salvo una avioneta de fumigación. Cruzaron a la carrera y se apostaron tras la puerta delantera.

A una señal de Alice, Redmigton abrió la puerta mientras los otros dos salieron disparando hacia la cristalera de la torre, sin dejar de correr. Cuando Redmigton los alcanzó dejaron de disparar unos segundos, hasta que apareció una cabeza tras los cristales, acompañada del reflejo de un fusil. Un tiro certero de Redmigton abatió la cabeza y otro de Madlow hizo que cayese otra que se dejo ver a los tres segundos.

Tras mantener la posición durante un minuto, Alice indicó que siguiesen corriendo. Cuando llegaron a la puerta de la torre Madlow pegó la oreja y escuchó las voces de dos controladores que discutían sobre si era o no prudente bajar a buscar ayuda, ya que no podían avisar por radio.

Cuando abrieron la puerta y comenzaron a subir se oían los pasos de los controladores bajando, por lo que Alice consideró oportuno avisarles de su presencia.

— ¡Tranquilícense! Somos amigos. Hemos abatido a sus secuestradores.

— ¡Oh, gracias! — se escuchó desde arriba —. Suban, por favor, les aguardamos arriba.

Una vez en la sala superior constataron que todo el instrumental había sido destruido por los dos asaltantes.

— Dispararon sobre las mesas cuando escucharon los disparos de ustedes. Lo hicieron con estas pistolas con silenciador — dijo uno de los controladores señalando las armas al lado de los cadáveres.

— Supongo que durante el rato que ha estado secuestrados no habrán podido enviar ninguna señal — les preguntó Alice.

— Supone bien. No han dejado de apuntarnos en ningún momento. No sé qué plan tendrían.

— Pues, caballeros, si no me equivoco el plan de sus secuestradores era mantenerlos en sus puestos para desviar a cualquier aparato que quisiese aterrizar aquí. El por qué me van a permitir que no se lo explique. Ahora están libres y siento que no les podamos dar más ayuda, pero tenemos que despegar en nuestros aviones — mientras Alice hablaba Madlow disparó contra una pequeña radio de emergencia con una de las pistolas de los secuestradores.

— Se harán cargo de que no podemos permitir que den parte de lo sucedido — dijo el propio Madlow ante el estupor de los controladores.

— Nos dejan en una situación complicada — objetó el otro controlador —. De cualquier modo, gracias por liberarnos.

De vuelta en la terminal Gisela se les acercó para informarles de que había decidido retener a todo el personal que encontraron, después de desatarlos. El motivo: impedir que alguno diese parte a las autoridades antes de

que ellos despegasen.

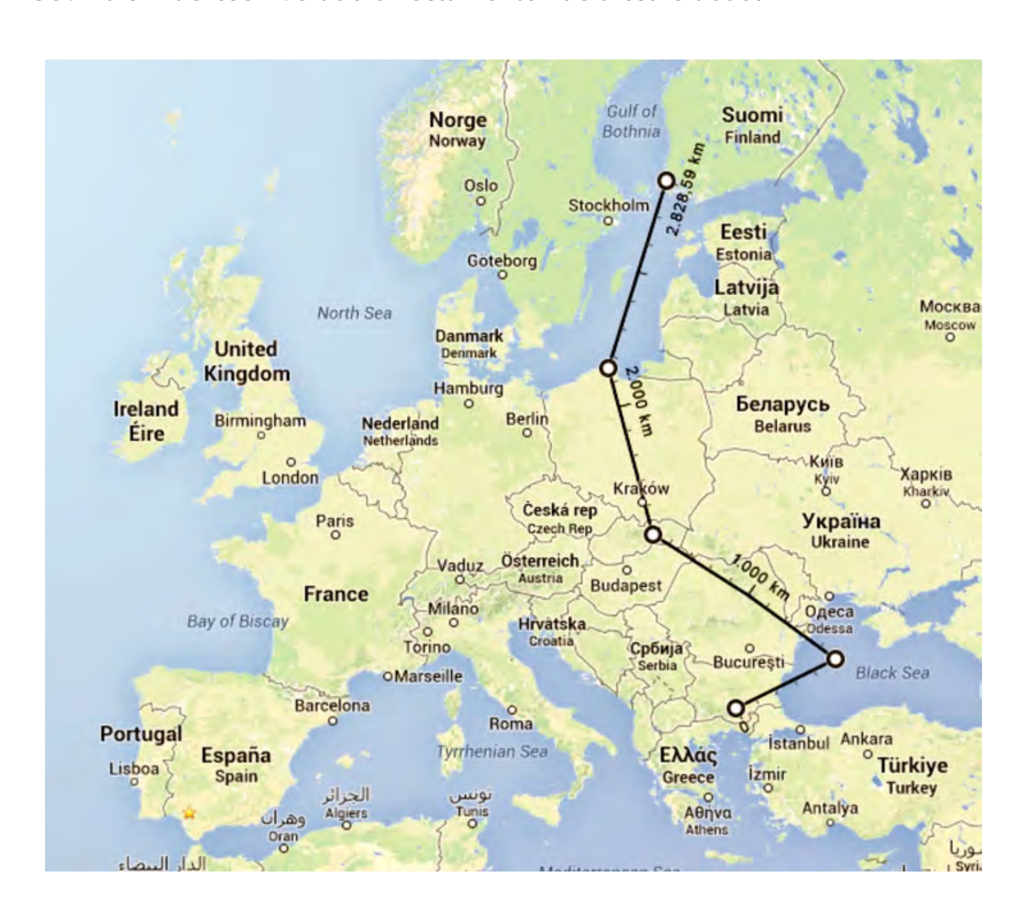
— Perfecto, Gisela — asintió Alice — no esperaba menos de ti. Clemens y Holger, os quedáis aquí reteniendo al personal hasta que os avisemos por radio para despegar. Cortés y Redmigton os vais a recoger a nuestros amigos y *los paquetes*. Los demás nos vamos a poner en marcha los aviones.

* * * * * * *

35. Naantali, Turku Ábo, Finlandia

A unos 160 km de Helsinki se encuentra la localidad de Naantali, próxima a la ciudad de Turku Ábo. En las cercanías de Naantali se encuentra un pequeño aeródromo militar, en desuso salvo para misiones secretas.

Alice, conocedora de este aeródromo, decidió dirigir al grupo hacia allí, para despistar a posibles perseguidores, evitando que los rastreasen hasta Sevilla si hubiesen volado directamente hacia esa ciudad.



De hecho tomaron una larga ruta saliendo al Mar Negro para volver por

Rumanía, de allí a Hungría, Eslovaquia con parada para repostar en Trebisov y continuar por Polonia, después cruzar el Mar Báltico y llegar a Finlandia. En total más de 2800 km.

La parada en Trebisov duró poco más de media hora. Nada más emprender el vuelo en Bulgaria, Alice contactó vía satélite con un camarada suyo en República Checa, quien le indicó este punto como el mejor para repostar y avisó a colegas suyos en el aeródromo de esta ciudad para que atendieran a los activistas.

Cuando llegaron tenían preparados tres camiones-cisterna que se acercaron a sus respectivos aviones en cuanto éstos aterrizaron. Cada jefe de grupo pagó con tarjeta de crédito de falsa identidad su factura. Eduardo Cortés se hizo cargo de la del Challenger español, para evitar que la aparición de Buenatierra levantase sospechas.

Durante las más de tres horas y media que duró el viaje Eduardo Cortés contactó con Sevilla en dos ocasiones. En la primera le informaron que Beisheim y Kate habían sufrido un ataque de ira al enterarse de que sus compinches los habían dejado en la estacada. Se debatían entre el deseo de venganza y un abrumador arrepentimiento. Hablaban de terminar con la Oil y quitarles a sus socios lo que más codiciaban. Después se quitarían la vida para reparar todo el mal que reconocían haber causado.

En la segunda ocasión habló con Rose.

— Increíble lo que habéis hecho, Eduardo. Estoy muy orgullosa de luchar al lado de todos vosotros.

— Te agradezco las alabanzas, pero aún no hemos llegado y ya sabes además que el tal Marc Jeppson sigue suelto. Nos queda trabajo por hacer. ¿Cómo siguen nuestros *invitados*?.

— Les está bajando la adrenalina. Ahora están en fase de racionalización. Dejaron de hablar a voces y después se quedaron mudos. Sólo cruzaban miradas. Decidimos dejarlos en una sala a los dos solos. Tenemos puestos micros de alta sensibilidad. Murmuran sobre el modo

de acabar con sus antiguos compinches. Kate planea el modo de quitarnos un arma y matarlos a todos cuando lleguen aquí. Beisheim la está persuadiendo para que se contenga y prefiere entregarnos toda la información sobre planes secretos de esta banda de mafiosos.

— Parece que nuestros científicos han hecho diana. ¿Conoces a alguien de la CIA con quien contactar y que se encargue de Jeppson?.

— Lamento decir que no. He trabajado con algunos agentes de la CIA y sé de uno que está en la CMH, pero desconozco su capacidad de organizar una operación como esa. Sé que Bernard tiene contactos en los altos niveles de la CMH...

— Pedírtelo es porque no tenemos aquí los medios para contactar y el asunto corre prisa...

— Nunca he concebido ningún plan de la CMH con ese tipo y creo que ésto es muy delicado para llevarlo a través de él.

— De acuerdo, Rose. Esperaremos a llegar. Y entre tus colegas ingleses, ¿hay alguno de confianza para organizarnos el regreso por la Isla?

— Con eso sí podéis contar si me das un par de horas...

— Tenemos bastante más tiempo. Cuando sepas algo me llamas.

— Calculo que dos horas es el tiempo que necesitará mi contacto para mover hilos y tenerlo todo a punto. Hasta entonces.

* * * * * * *

En el aeródromo de Naantali las condiciones meteorológicas eran buenas salvo una película de hielo que cubría la pista de aterrizaje.

Alice había contactado con un antiguo amante, agente del servicio finés y que colaboraba asiduamente con ella en su trabajo de zapa para la CMH. Haroldz, de origen sueco, había organizado el aterrizaje y los esperaba en

el lugar. Cuando recibió el mensaje de Alice comunicando la aproximación dio orden de que se limpiaran las pistas. Varios camiones regaron con sal las pistas y otros arrojaron arena sobre las mismas.

En esas condiciones aterrizaron los tres aviones sin otra incidencia que recorrer más pista de lo habitual.

Cuando Alice bajó la escalera Haroldz la estaba esperando.

— Haroldz, no sabes cuanto me alegra verte — Alice, como siempre, quería llevar la iniciativa —. Te agradezco tu ayuda y estarás de acuerdo en que la causa merece tu colaboración. Aquí traemos a los peces gordos de la Oil — señaló a la escalera, por la que en eso momento bajaba Alain Darlan.

— ¡Um!, ese tipo me suena. Lo vi hace un par de meses en una plataforma cercana a la costa. Estaba echándole una bronca al jefe de la plataforma, el hombre se puso lívido y este individuo se rió a carcajadas.

— ¿Y qué se supone que hacías tú en una plataforma petrolífera?

— Misión rutinaria. Nos infiltramos para saber si se realiza algún tipo de actividad anormal en esos lugares.

— Tenía que suponerlo. Te veo muy bien, tan guapo como siempre. ¿Sales con alguien?

— Lo mismo tengo que decirte, estás muy guapa. Llevo unos meses saliendo con una chica. ¿Y tú?.

— Ahora mismo no tengo a nadie. La verdad es que estoy muy ocupada con mi trabajo ordinario y con este otro. Por cierto me gustaría que me ayudases a buscar algún sitio donde alojarnos esta noche y a preparar nuestro regreso.

— Lo haré encantado.

El resto de la tarde lo pasaron descansando en un antiguo hotelito medio abandonado cercano a Naantali. Aprovecharon para asearse y relajarse un poco.

La situación de Buenatierra había empeorado. Pese a los cuidados de Mercoli y su compañera Claire, Buenatierra tenía fiebre alta, síntoma de infección en la herida. Haroldz se acercó a la ciudad en busca de antibióticos y volvió con inyectables. Le administraron una dosis junto con un antipirético, pero a la media hora la fiebre seguía subiendo.

— Esto va mal — le dijo Claire a Mercoli con cara de preocupación —.

— Me temo que la infección le haya bajado al corazón, la bala estaba muy baja y le ha podido romper alguna arteriola de riego del músculo cardíaco — Mercoli estaba también preocupado —. Hay que pensar en llevarlo a un hospital para que lo atiendan. Aquí no podemos hacer más por él.

Haroldz se encargó del traslado al hospital de la ciudad con la ayuda de dos amigos suyos. Acomodaron a Buenatierra en una camilla que estaba en el hotel desde la segunda guerra mundial. Lo transportaron en una furgoneta Volkswagen y en quince minutos estaban en la puerta de urgencias del hospital. A la media hora los médicos informaron a Haroldz de que Buenatierra tenía un principio de sepsis y que podría entrar en shock en cualquier momento.

Por teléfono, Haroldz comunicó a Alice las novedades.

— Me dejas atónita, pensaba que Buenatierra estaba más fuerte y aguantaría el disparo. Ahora tendré que tomar una difícil decisión.

— Por Buenatierra no podéis hacer nada. Está en buenas manos. Conozco personalmente a uno de los médicos que lo atiende y ha salvado a mucha gente en peores condiciones. Yo me haré cargo de él hasta que se recupere y pueda volver a su país.

— Tan optimista como siempre, Haroldz, lástima que seas tan desordenado, eres un chico interesante. No sé cómo podré agradecerte lo que vas a hacer...

— Me conformaría con que pasemos juntos una semana de vacaciones, en mi casa, podríamos esquiar y quizás cambies de opinión respecto a

mi desorden.

— Pues acepto desde luego. En cuanto termine con todo este embrollo te llamaré y quedamos.

— Perfecto. Ahora creo que lo mejor será que os marchéis cuanto antes. Tenéis una *carga* muy valiosa. Para vuestro regreso he hablado con un colega de Dinamarca que ha quedado en avisarme en cuanto tenga un lugar seguro en el que podáis repostar. Espero me llame en diez minutos. Si lo prefieres te doy su número y hablas directamente con él. Es un buen tipo y tiene consigo a buena parte de la inteligencia danesa.

— De acuerdo, Haroldz. Envíame el número por whatsapp. Puedo necesitar de cualquier modo contactar con tu amigo durante el vuelo. Por lo demás, te tendré al corriente de los acontecimientos y espero que tú me tengas informada de la evolución de Buenatierra.

A las nueve de la noche, hora local, los aviones emprendían vuelo con rumbo sudsudoeste. Se aproximarían a la costa de Polonia y después virarían hacia el oeste, evitando sobrevolar Suecia para no tener más complicaciones.

Pasadas las diez Alice recibió una llamada de Haroldz. Buenatierra había fallecido. Momentos antes había recobrado la consciencia y le pidió a Haroldz que transmitiese a Alice que no se apenase, que sabía que iba a morir, pero lo hacía feliz por haber colaborado en librar a la humanidad de los villanos y sólo lamentaba no poder ver una nueva sociedad más justa.

Alice rompió en lágrimas al oír estas palabras. Reconoció en esos momentos que, pese al endurecimiento de muchos años de cercanía con la muerte, seguía teniendo sentimientos hacia los demás. Se alegró por eso y prometió a Haroldz que lo llamaría en cuanto llegase a destino, después de darle nuevamente las gracias.

* * * * * * *

36. Aeródromo de Amiens

Agerbæk, a unos doscientos cuarenta kilómetros al oeste de Copenhague, fue su punto de destino. Desde allí Mercoli contactó con el Coronel Charles Vaillant, para pedirle le asegurase un aterrizaje protegido en el Noroeste de Francia. Vaillant le contestó que él solo no podía hacerlo, pero que hablaría con su superior, el General Antoine Rousseau, y estaba seguro de que se prestaría a hacerlo. Al rato Vaillant llamó a Mercoli para confirmarle que tenían luz verde y que él mismo los esperaba en el aeródromo de Amiens.

Situado en las cercanías de Dieppe el aeródromo militar se usaba indistintamente para aviones de caza que para helicópteros de combate. El coronel Vaillant era amigo del jefe de la base, de modo que, cuando este último recibió la orden del general Rousseau, no le extrañó que Vaillant se presentase en su base diez minutos después, ni siquiera que fuese escoltado por cuatro helicópteros de su regimiento.

Al aproximarse a pista, Alice, que iba en cabeza de la escuadrilla, se sorprendió al ver los preparativos del recibimiento. Junto a los helicópteros de Vaillant se encontraban otros doce de la base con sus tripulaciones formadas en tierra. Al otro lado seis cazas de despegue vertical estaban alineados de igual manera.

Al tiempo que el avión de Mercoli frenaba, ya en el suelo, un jeep se le aproximaba a toda velocidad. Para cuando Mercoli bajó, Vaillant lo estaba esperando.

— Bonsoir, monsieur. C'est un honneur de le rencontrer à nouveau. Comme vous pouvez le voir, nous avons préparé la base pour empêcher d'éventuelles interventions de mercenaires à la solde de ces hommes qui mènent.

— Buenas noches, señor. Es un honor volver a saludarlo. Como podrá comprobar hemos preparado la base para evitar posibles intervenciones de mercenarios a sueldo de esos señores que llevan.

— Je ne sais pas comment je peux vous remercier pour votre collaboration. Merci à vous, nous pouvons faire la situation mondiale est acheminé sur des chemins différents pour courant. Sans oublier son implication dans les événements du Grand Hôtel du Palais Royal.

— No sé cómo podré agradecerle su colaboración. Gracias a usted podremos hacer que la situación mundial se encamine por derroteros distintos a los actuales. Eso sin olvidar su participación en los sucesos del Grand Hotel del Palais Royal.

— Je suis flatté trop. Qu'est-ce qu'ils comptent faire avec leurs otages ?. Général Rousseau a tout prêt à présenter aux tribunaux français sur des accusations de complot en vue de commettre des crimes contre l'humanité.

— Me halaga demasiado. ¿Qué piensan hacer con sus rehenes?. El general Rousseau lo tiene todo dispuesto para presentarlos ante la justicia francesa, con la acusación de conspiración para realizar crímenes contra la humanidad.

— Je regrette que ce ne sera pas possible immédiatement. Nous avons effets d'un plan plus large et plus immédiats. Ce que vous proposez est un long processus qui peut avoir une issue défavorable. N'oubliez pas que ces gens ont beaucoup de ressources.

— Lamento que eso no va a ser posible de inmediato. Tenemos un plan de mayor alcance y con efectos más inmediatos. Lo que usted me propone es un largo proceso que puede tener un resultado adverso. No olvide que esta gente tiene muchos recursos.

— Ne pas les supprimer sans autre réflexion, je ne doute pas qu'ils méritent, mais...

— No pensaran eliminarlos sin más, no pongo en duda que lo merezcan, pero...

— Vous avez ma parole que ce ne sera pas, colonel. Le reste doit garder le secret, parce que beaucoup de vies en dépendent. Quoi qu'il en soit

croyez-moi avoir des nouvelles bientôt pour les médias.

— Tiene mi palabra de que eso no va a ser así, coronel. El resto debo mantenerlo en secreto, pues de ello dependen muchas vidas. De cualquier modo confíe en que pronto tendrá noticias por los medios informativos.

— Son mot assez pour moi. Vous m'avez montré quand j'ai prêté hélicoptères.

— Su palabra me basta. Me lo demostró cuando les presté los helicópteros.

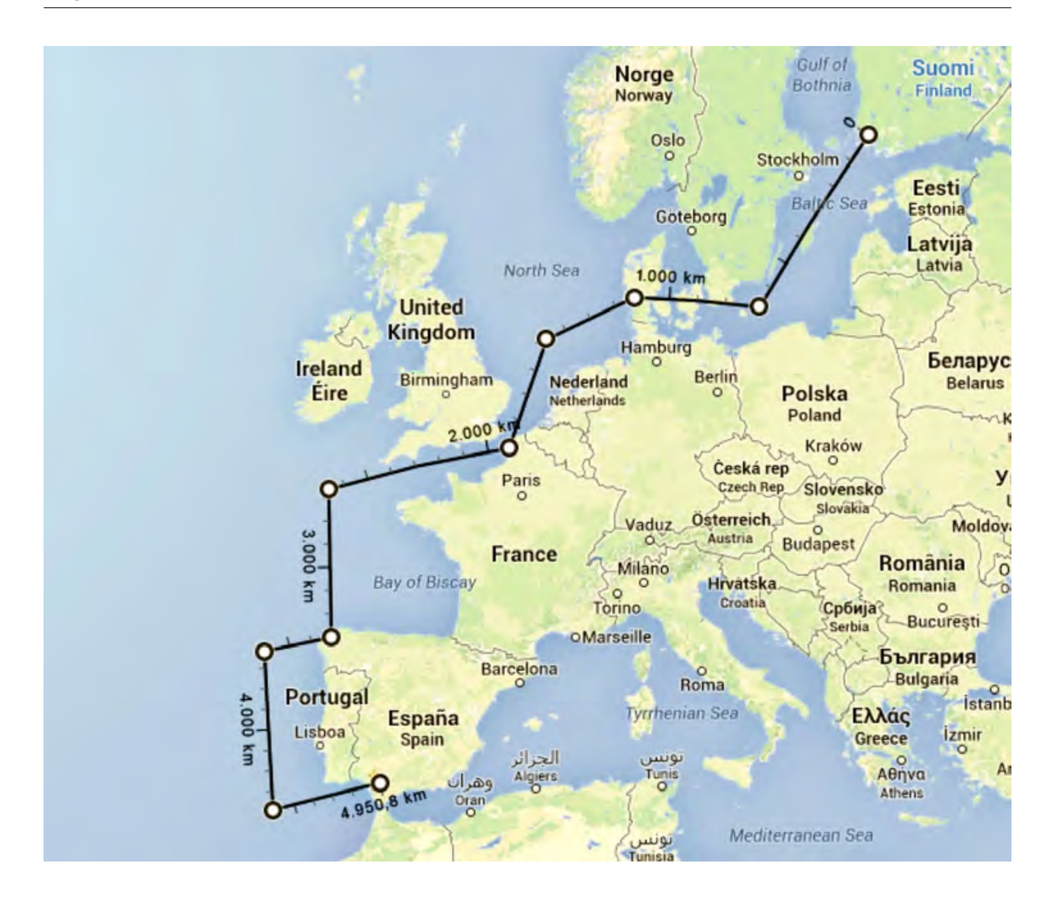
— Eh bien, si vous avez aimablement fourni le carburant demandai-je.

— Bien, pues si tiene usted la amabilidad de facilitarnos el combustible que le pedí.

— Prêt — Vaillant par radio et plusieurs citernes approché.

— Está preparado — Vaillant habló por radio y se acercaron varios camiones-cisterna.

* * * * * * *



Tras repostar en Amiens despegaron para adentrarse en el Mar Céltico unos setecientos kilómetros, alejándose de las costas francesa e inglesa, después cambiaron el rumbo para dirigirse a España.

Unos seiscientos kilómetros más adelante aterrizaron en un aeródromo situado entre Betanzos y Carballo, en la provincia de A Coruña. En esta ocasión fue Cortés quien gestionó el aterrizaje, con un antiguo compañero de academia, el coronel Sarmientos, que ya había colaborado con él en otras misiones para la CMH.

Pese a la hora, más de la una de la madrugada, despertaron al coronel des-

pués de que Cortés le diese al capitán de guardia una contraseña acordada para emergencias. Sarmientos autorizó el repostaje en su base y facilitó a Cortés las contraseñas para que contactase con el coronel Pizarroso, a cargo del aeródromo de Morón de la Frontera.

Años atrás había sido una base de utilización conjunta por Estados Unidos y España. Tras el conflicto en Irak, España denunció el tratado entre ambos países y los estadounidenses se replegaron a Rota, también en suelo español.

Un lugar árido, con un calor sofocante aún habiendo terminado el verano, fue el destino final del vuelo. El carácter folclórico del coronel al mando lo impulsó a organizar un recibimiento con salvas de honores. A las cuatro y media de la madrugada el cuerpo de Cortés y sus compañeros no estaba para fiestas, de manera que, cuando bajaban de los aviones y Cortés vio la formación de soldados de la base esperándolos, llamó al celular del coronel:

— No somos héroes, al menos todavía. Nos queda aún camino por delante y no podemos permitirnos que nuestra misión fracase por darle una publicidad adelantada. Así que, si de verdad quiere colaborar con nosotros, retire a sus hombres y mande en su lugar ambulancias. Nos servirá de tapadera contar que traemos heridos desde el país africano en guerra que se le antoje.

El coronel Pizarroso se disculpó por su falta de oportunidad y ofreció ambulancias en el número que necesitasen para completar el viaje. Decidieron que con cinco ambulancias tendrían suficiente, irían seis como máximo en cada una, contando a los rehenes.

* * * * * * *

37. Planificando

En Isla Cartuja todo había estado tranquilo durante el retorno de los aviones desde Finlandia.

Beisheim y Kate habían proporcionado todas las claves para acceder a la información contenida en los servidores de la Oil. En ellos había una sección reservada a los planes secretos, con la localización de los laboratorios de Genicotrox en que se estaba experimentando con el virus, uno de ellos en Estados Unidos. También los nombres de los laboratorios suizos independientes, la colaboración de cada uno de ellos y el avance general, incluidas las pruebas experimentales.

En cuatro de estas pruebas habían muerto veinte somalíes, inmigrantes ilegales en España que fueron captados con la promesa de un trabajo en Suiza y después secuestrados para infectarlos con el virus. El tiempo de incubación se había acortado en cada prueba hasta reducirse a ocho horas desde la infección hasta la muerte.

La quinta prueba con humanos se hizo inyectando el retrovirus a tres individuos. A dos de ellos no le hizo efecto suficiente y murieron a las veinticinco horas uno de ellos y a las treinta y siete el otro, presa de dolores indecibles. El tercero superó la infección y lo eliminaron para no dejar testigos.

Hubo tres pruebas más con idénticos procedimientos. En la última lograron que seis guineanos se librasen de la infección administrándoles el antídoto tras cuatro horas de incubación, por vía aérea.

En total cuarenta y dos centroafricanos asesinados, veinticuatro por el virus y el resto por un disparo en la cabeza. La última prueba se realizó cuatro días antes de que detuviesen a Beisheim.

Encontraron también conversaciones grabadas de Jeppson con generales del Pentágono. También del propio Beisheim. Habían concretado planes de *actuación* en Capri y en North Platte (Nebraska). A largo plazo hablaban de la posibilidad de crear epidemias en los países árabes y Rusia para hacerse con el control directo del petróleo.

— Menuda especie de sabandijas están hechos estos tipos — Rose estaba a punto de explotar cuando escuchó hablar a Jeppson de estos planes —. Ahora mismo voy y me cargo a Beisheim.

— Quieta ahí — Hutkins la agarró del brazo —, no nos vamos a dejar llevar por nuestros impulsos a estas alturas.

— Yo no puedo soportar tener a un monstruo así a mi lado.

— Considéralo una rata o una serpiente, lo que más te disguste — medió Robert —. Vamos a usarlos para experimentar y ya veremos qué les pasa. Por mi parte no pienso tener ningún cuidado con estos sujetos en la experimentación.

— Beisheim no ha sufrido ningún dolor. Kate tampoco. No creo que eso sea justo — Rose se aplacó pero no se conformaba.

— ¿Y qué más da? — volvió a tomar la palabra Hutkins —. Lo importante es que podemos evitar miles, quizás millones de muertes y en eso debemos concentrarnos.

— No sabía que tuviese un novio tan maduro — Rose se repuso de su ataque de ira y besó a Hutkins delante de Robert.

— Bueno, tortolitos — interrumpió Robert —. Creo que debemos hacer copias de todo esto y esperar a Bernard y el resto de nuestro *brazo armado* para hacer planes.

Tanto el *Bounty*, inhibidor del grupo genético que motiva la codicia, como el retrovirus antídoto del virus letal, estaban ya probados, en Beisheim, Kate y sus guardaespaldas y en tres guardias civiles que se ofrecieron voluntarios.

Estos últimos se sometieron solamente a la primera prueba. Rondaban los cincuenta años y llevaban unos treinta en el Cuerpo sin haber ascendido de cabos. Poca codicia anidaba en sus egos, ninguna. Según declaraban se contentaban con llevar el sueldo a casa y evitar que algunos adolescentes se enganchasen a la droga. Esa era su máxima felicidad. No se observó en ellos ningún tipo de modificación física o de conducta. Los análisis genéti-

cos mostraron que no había alteración.

* * * * * * *

— Sois increíbles — Henri se dirigía a los agentes, que estaban dejando los coches —. Ni los superhéroes de la más fantasiosa de las películas hubiesen hecho lo que vosotros.

— Tampoco en las películas de ciencia ficción los científicos han igualado vuestra hazaña — le contestó Bernard al tiempo que le daba un fuerte abrazo.

— Las cosas están saliendo bien, quizás mejor de lo que podíamos suponer — Alice hablaba en español con gesto sereno —. No quiero ser aguafiestas pero ahora tenemos una gran responsabilidad. Hemos dejado de estar a la defensiva y debemos meditar bien lo que queremos hacer.

— Muy cierto, Alice — le dijo Robert mientras la abrazaba —. Estoy contento de verte de nuevo, mi protectora. Hay varias cuestiones que nos toca resolver, a nosotros, este grupo que casualmente se ha formado para detener una masacre a nivel mundial. Pero hay que ir por orden y nos conviene tener la cabeza clara a todos antes de dar un paso. De momento creo que lo mejor es que descanséis, al menos seis horas. Si os parece bien a la una del mediodía nos reunimos, después de que hayáis tomado un buen desayuno.

Se siguieron los abrazos y las enhorabuenas junto a las presentaciones de aquellos que no se conocían. Unos felicitaban a otros y viceversa. Tanto los científicos de Sevilla como los de Valencia no habían visto tal cantidad de espías juntos en su vida y estaban asombrados de su forma atlética. Les llamó especialmente la atención que el equipo francés fuese aplastantemente femenino.

Rose encargó a algunos de los guardias civiles que vigilaban el pabellón que devolviesen los vehículos en que habían venido sus colegas y les dijo que se tomasen el día libre. Podían relajar un poco la vigilancia exterior

con tanto espía allí dentro.

Mientras se repartían entre las habitaciones, Robert apartó a Bernard para hablar con él.

— Tenemos que resolver una amenaza que puede ser inminente en Estados Unidos.

— Contaba con ello, ya sabemos que Marc Jeppson está suelto y puede...

— Es más grave de lo que piensas — interrumpió Robert —. Estos tiranos tienen planes de infectar a la población de North Platte (Nebraska), además de la de Capri. Hay unos cuantos generales del Pentágono en la conspiración y Genicotrox tiene un laboratorio en las cercanías de Vancouver, estado de Washington.

— Evidentemente debo poner en alerta a nuestros camaradas estadounidenses. Pero a esta hora dudo que pueda localizar a alguno. Tampoco creo que Jeppson se entere de lo sucedido a sus compañeros hasta que amanezca en Estados Unidos.

— Bien, ¿entonces?.

— Esperaremos a las doce. Me echaré un rato, necesito descansar. A las doce, mientras tomo el desayuno, hablaré con mis contactos por videoconferencia.

Cuando Bernard despertó el equipo científico había tratado con el *Bounty* la modificación genética de los magnates. Después los dejaron descansar, sin prisas ya por observar los efectos. Tenían decidido que por la tarde experimentarían con ellos, infectándoles con el virus letal primero y después con el retrovirus-antídoto.

Rose estaba ávida por verlos sufrir y así se lo manifestó a Bernard.

— ¿Te informó Robert anoche de nuestros últimos hallazgos?. Vi como te entretuvo antes de que te acostases.

— Me habló del asunto de Jeppson. Precisamente me he tomado menos descanso para hablar con mis colegas estadounidenses.

— Esta gente planeaba exterminar las poblaciones de Capri, North Platte y más adelante la de varios países árabes. Han estado experimentado con varias decenas de inmigrantes africanos y los han asesinado a todos ellos. Quiero que sufran, no me conformaré con que se les rehabilite quitándoles la codicia sin más.

— Entiendo tus deseos de venganza, pero eso es algo que va a esperar — Bernard miró a Rose con gesto paternal —. Nos hemos sacrificado mucho todos nosotros, en especial Buenatierra, para quedarnos con una simple venganza, aunque sea por la Humanidad. Queda mucho por hacer y el castigo a esta gente será una pieza más del plan que tenemos por delante.

— Me consuela verte de acuerdo conmigo en castigarles — Rose sintió admiración por Bernard —. No imaginas lo que me alivia y lo que me emociona pensar que tenemos a un jefe con tan altas miras como las tuyas.

— Bueno, tan poco hace falta que me hagas la pelota — respondió Bernard con tono bromista —, ¿quieres ayudarme a establecer una videoconferencia con transmisión encriptada?.

— Por supuesto, sabes que estoy a tu disposición.

Con una taza de café y una tostada en la otra mano, Bernard se dirigió a la sala de comunicaciones del complejo. Rose lo esperaba allí, terminando de instalar el último software de transmisión encriptada que existía hasta el momento.

— Prácticamente listo. En cuanto establezcamos conexión enviamos el software a nuestros amigos y les pedimos que autoricen la instalación en su equipo.

— De acuerdo. Confío en que Franklin Simpson esté a la escucha.

Bernard introdujo sus datos de identificación en el programa de comunicaciones y, seguidamente, el nombre de usuario con quien quería enlazar. Tras varios toques de llamada en la pantalla apareció el mensaje de que el

usuario no estaba disponible. Repitió la última operación con resultado infructuoso.

— Me temo que nuestro hombre está aún dormido — en la cara de Bernard se notaba cierta ansiedad —. Lo intentaré con Tom McDouglas.

Al minuto McDouglas estaba a la vista en la pantalla. McDouglas era sindicalista de la rama del metal en Detroit. Tenía una larga amistad con Franklin Simpson y los dos pensaban de la misma forma, aunque Franklin era más decidido.

— Hola, John. Antes de que sigamos hablando te envío un software para proteger nuestra conversación. Cuando lo tengas instalado me avisas.

— De acuerdo, Bernard — John entendió que se trataría de algo muy especial, porque ya tenían software de encriptación sobrado.

A los dos minutos apareció en pantalla el mensaje de que John estaba llamando.

— ¿Os habéis enterado de lo que ocurre en North Platte? — la cara de John mostraba nerviosismo.

— Sinceramente, hemos estado muy ocupados apresando a los magnates de la Oil — le respondió Bernard sintiendo curiosidad.

— Más de dos mil personas han acudido al hospital, todas con los síntomas de una gripe, pero ya han muerto una veintena con hemorragias, en pocas horas. Esto huele a epidemia provocada.

— Escucha, hemos detenido a todos los miembros del consejo directivo de la Oil, exceptuando al estadounidense Marc Jeppson. Lo más probable es que él haya provocado la epidemia. Debéis dar la alerta para localizar y detener a ese tipo. En cuanto a los afectados, disponemos de un antídoto que está parcialmente probado. ¿Tenéis algún contacto en North Platte?. Nos vendría bien para actuar allí.

— Para detener a Jeppson creo que lo más oportuno es pasar el recado a nuestros agentes del FBI — ver a Bernard hacía que John recuperase

la confianza en sí mismo —. Franklin ha ido a North Platte, quería tener información directa de lo que pasa allí y también movilizar a toda nuestra gente en Nebraska para intentar ayudar.

— Conociendo a Franklin me extraña que se limite a eso — repuso Bernard.

— Tienes razón, me comentó que, si observaba provocación intencionada de la epidemia, organizará protestas en todas las ciudades del Estado. También me ha dejado instrucciones para que organicemos revueltas en todos los estados si hay complicaciones mayores y él no está disponible.

— Me hubiese parecido mejor que tú estuvieses en Nebraska y Franklin en su casa. Temo que Franklin se precipite.

— Ya lo conoces. No se pierde una. Pero prometió consultar con nuestra Comisión Federal antes de desatar las protestas. Vamos a pedirle si ha dado con alguna prueba.

— Bien, espero que así sea. Saldremos para allá en cuanto tengamos organizado un equipo. Quizás lo mejor sería fumigar por encima de North Platte con nuestro antídoto. Pero claro, eso significaría sobrevolar más de la mitad de Estados Unidos de este a oeste. ¿Lo ves posible?.

— Tenemos gente en la USAF, incluso dos generales, pero no creo que puedan facilitaros ningún corredor aéreo hasta Nebraska sin que sus superiores u otros mandos os intercepten. Veo más realista que traigáis el antídoto hasta Boston, New York o Filadelfia y que luego se encarguen nuestros militares de hacer la fumigación.

— Disponemos de dos aviones militares y un Challenger 800. Creo que éste es el único con autonomía suficiente para llegar hasta la costa este. Para asegurarnos de no caer al mar por falta de combustible, ¿podríamos aterrizar en, por ejemplo Portland, al norte de Boston?.

— Supongo que sí. La costa nordeste es precisamente la que nuestros ge-

nerales tienen más controlada. Te pongo un correo en cinco o diez minutos para confirmarlo. Me llama Franklin por el móvil. Mejor te vuelvo a llamar con sus noticias y la del general. Tardaré diez minutos, supongo.

— Iremos embalando el antídoto y preparando el equipo mientras tanto.

* * * * * * *

— Esta vez me toca — le dijo Rose a Bernard en cuanto terminó la videoconferencia —. Creo que me la debes.

— Estoy de acuerdo. Además tengo que organizar otras cosas de suma importancia. Si te parece vamos a avisar a los científicos para que preparen el retrovirus y a los agentes para irnos organizando. Una vez que acabemos de hablar con John tendremos una reunión general en la que quiero que esté también el capitán de la Guardia Civil. Encárgate, por favor, de hablar con Cortés al respecto.

Con cierto malhumor se fueron despertando los agentes de espionaje, por el acortamiento de su tiempo de sueño. Tras un desayuno el humor había mejorado al recordarse unos a otros la hazaña realizada y rememorar los pormenores más excitantes.

Por indicación de Rose se dirigieron todos a la sala de conferencias del complejo. Bernard y los científicos los aguardaban allí.

— No sabe cuanto agradezco su obstinación por preparar tanta cantidad de retrovirus — estaba Bernard comentando a Maribel cuando llegaban los agentes.

— La previsión es un hábito en nuestra profesión — le respondió Maribel quitándose importancia.

— Bien, compañeros todos — dijo Bernard dirigiéndose a todos los presentes — tenemos varios asuntos que resolver. El más urgente, que ha sido el motivo de acortar vuestro sueño, que en Estados Unidos, concretamente en North Platte, se ha declarado una epidemia, presuntamente provocada por Marc Jeppson.

Un rumor recorrió la sala. Los agentes estaban indignados. Se podía sentir el ruido de sables en la habitación.

— ¿Puedes dar detalles de la situación? — preguntó Alice.

— Con gusto. Alrededor del diez por ciento de la población ha acudido al hospital general y otras clínicas. Todos con los mismos síntomas. Unas treinta personas han fallecido y la cifra va en aumento. El gobernador de Nebraska ha decretado la emergencia en el Estado. Por orden de él, la Guardia Nacional ha puesto a la ciudad en cuarentena. Nadie puede salir ni entrar.

— Avez-vous des idées sur ce que nous pouvons faire? — Mercoli preguntó tan exaltado que no reparó en hacerlo en inglés.

— ¿Tienes alguna propuesta sobre lo que podemos hacer?.

— He hablado con mis contactos en Estados Unidos. Hemos establecido un plan consistente en enviar un equipo en avión que transportará una gran cantidad de retrovirus-antídoto. Nuestro avión aterrizará en un aeródromo al norte de Boston, bajo control de militares adheridos a nuestro movimiento. Una vez allí, estos mismos militares se encargarán de llevar el antídoto a North Platte y fumigar con él. Tendrán que sortear un posible enfrentamiento con la Guardia Nacional Aérea, pero es lo que tenemos para paliar el gran desastre y evitar que muera más gente.

— ¿Y has pensado en quiénes de nosotros se encargarán del transporte? — era Cortés quien preguntaba en ese momento.

— Rose se ha ofrecido en primer lugar. También John Hutkins. Creo que será suficiente con uno o dos voluntarios más. El paquete volará en el Challenger. Tenemos pendiente devolver los otros dos aviones a sus bases respectivas. Pido que Alice y Mercoli se encarguen de designar a un miembro de sus respectivos equipos para que se ocupen de devolver esos aviones. Los demás vamos a tener mucho trabajo aquí. ¿Quiénes se ofrecen voluntarios a ir a Estados Unidos?.

Quince manos estaban levantadas ipso facto. Una mirada de Alice y Mercoli bastó para que sólo dos quedasen alzadas.

— Bien, irán Jazmine Bertoli y William Richardson. Rose será la jefe del grupo. Ella misma designará a su suplente. Los científicos — Bernard dirigió su mirada hacia ellos — tienen preparada *la carga* en un almacén en este pasillo. Rose tiene ya el resto de las instrucciones. Buen viaje y buena suerte a los cuatro.

Los cuatro salieron de la sala y, tras recoger algo de equipaje personal y la carga, salieron del edificio, cargaron varios paquetes en dos jeeps que la Guardia Civil les prestaba al efecto y partieron rumbo a Jerez de la Frontera.

Mientras, la reunión continuaba bajo el claro liderazgo de Bernard.

— Tenemos otros temas que tratar, menos urgentes pero más capitales. El primero de ellos, nuestros camaradas en Estados Unidos tienen una prueba de que la epidemia en North Platte ha sido provocada por Marc Jeppson. Hay fotografías de una avioneta sobrevolando en círculos la ciudad durante la madrugada anterior. En dos de estas fotos se observa claramente el logo de una de las empresas de Jeppson. La Comisión Nacional de Estados Unidos ha publicado el hecho y llamado a la población de Nebraska para que se levante en contra del gobernador, que es un conocido socio de Jeppson. Ahora mismo han comenzado manifestaciones en las ciudades más importantes del Estado.

— ¿Y qué podemos hacer nosotros sobre eso? — la pregunta venía del francés Pierre Bonard, algo despistado como era su costumbre.

— Obviamente darle publicidad a estos hechos en cuanto nos sea posible y tengamos algo más de información — repuso Bernard de inmediato. El tema está enlazado con los otros dos que quiero exponeros, os pido paciencia. El segundo tema ¿qué hacemos ahora con nuestros rehenes?. Hay alguna propuesta inmediata, pero debemos decidirlo a la luz de un plan más general sobre ¿qué hacer ahora?. Mi proposi-

ción es que levantemos a la gente contra los actuales gobernantes, que se constituyan nuevas formas de estado, basadas en la cooperación social. El modelo de Capri va a servir para indicarles a la gente el camino. En la India el Estado de Kerala ha mantenido una experiencia cooperativa durante varias décadas, con un pequeño paréntesis motivado por la ambición de parte de la población. Tenemos a muchas organizaciones en Europa, América, China y otros grandes países preparadas para hacerse con el control de la economía en cuanto tengan el horizonte despejado.

— ¿Y de qué modo sugieres que levantemos a la gente para hacer esa transformación? — Robert vio su ocasión de hablar.

— Actuando en dos frentes — la formación militar de Bernard emergió en ese momento —. Por una parte creo que habría que desatar una pandemia mundial con nuestro virus anti-codicia. De ahí emergerá una nueva humanidad sin el lastre de querer atesorar más de lo necesario para una vida digna. Sé que la labor es grande porque no tenemos aquí los recursos mas que para fumigar si acaso un par de ciudades medianas, pero debemos recurrir a la colaboración de otros laboratorios — en este momento varios quisieron tomar la palabra, pero se interrumpieron al ver que Bernard seguía hablando —. Por otro lado, tomar el ejemplo de nuestros colegas americanos. Debemos dar difusión al hecho de que hemos capturado a la cabeza de la Oil. Debemos presentarlos al mundo como la cabeza de hecho de un gobierno mundial en la sombra — Bernard se enardeció —. Debemos decir a la gente que tenemos en nuestras manos a los responsables de todas las calamidades que están sufriendo y que, si nosotros hemos sido capaces de capturarlos, ellos serán capaces de encarcelar a todos sus secuaces, los gobernantes y altos directivos de grandes empresas. El resto lo encomendaremos a todas las organizaciones que integran y secundan a la CMH.

Todos los presentes estaban enfervorizados con las palabras de Bernard. Atrás por completo el cansancio de los últimos días. Los murmullos se su-

cedían y las ideas de acción concreta estaban en boca de todos.

— Canal Sur Televisión tiene su emisora cerca de aquí — se levantó el capitán de la Guardia Civil, Antonio Montes, quien se había hecho acompañar por un cabo.

— No haría falta siquiera usar la fuerza — se levantó el cabo, Guillermo González —. Tenemos con nosotros a los vigilantes de seguridad y gran parte de los periodistas.

— Contamos además con el Regimiento de Sevilla. El coronel está de nuestro lado y la abrumadora mayoría de oficiales y guardias — volvió a declarar el capitán.

— Perfecto, controlaremos entonces las más importantes emisoras de radio y televisión, que ustedes nos indicarán — se dirigía a los guardias civiles —. Si lo estiman oportuno nos pondremos en contacto con su coronel para establecer el plan. Los agentes nos dividiremos en equipos. Cada uno irá a una emisora importante para tomar el control con su auxilio y emitir un comunicado preliminar. Después conectarán con Canal Sur, desde donde emitiremos un comunicado mostrando a nuestros rehenes.

— ¡Caray, sí que es ambicioso su plan! — exclamó el capitán Montes —. Después de que el mundo sepa que tenemos a esta gente tendremos que buscar un buen *agujero* en el que escondernos.

— Con respecto a fumigar poblaciones enteras con el retrovirus, aún no tenemos pruebas clínicas suficientes sobre posibles efectos secundarios — intervino Fran después de haber consultado con Maribel y cruzado gestos con los demás científicos —. Creo que mis colegas están de acuerdo en que no procederemos a semejante experimento hasta no tener una seguridad en los resultados.

— Admito vuestras objeciones — contestó Bernard repartiendo su mirada por la sala —. A fin de cuentas estamos aquí para elaborar un plan y os invito a todos a que aportéis posibilidades. Si hay más críticas

me gustaría que se expresasen y nadie saliese de aquí con reservas.

— Podemos quizás tomarnos un par de días de preparación de estas acciones, no digo de reflexión — Robert tuvo una de sus iluminaciones —. Ya hemos probado el *Bounty* en Beisheim y Kate Heissenn. Hasta ahora no hay efectos secundarios palpables, si acaso la tendencia al suicidio por los remordimientos, lo cual creo que no debemos considerarlo en esta gente. Hemos administrado el *Bounty* a tres voluntarios ausentes de codicia y al resto de potentados. Creo que pasado mañana estaremos en condiciones de saber si hay algún efecto adverso de importancia. En cuanto al agujero, le doy toda la razón al capitán. Los secuaces de esta gente y otros muchos oportunistas pueden seguirnos después de la difusión del comunicado por los medios. Pero dará igual dónde vayamos. Lo que hay que evitar es que nos sigan y creo que, ya que aquí llevamos varias semanas sin levantar sospechas, este es el sitio ideal desde el que seguir operando.

— Despeja mis dudas la intervención de Robert — añadió el capitán Montes —. Estableceremos un minucioso plan de regreso a esta base y, creo lo oportuno, doblar la vigilancia. Para eso propongo pedir autorización a mi coronel para que nos acompañe otra compañía de la que el capitán es amigo mío de confianza y que considere servicio oficial las guardias que hacemos aquí, así contaremos con más efectivos y mi gente estará más fresca.

— Bien, pues si no hay más dudas ya tenemos todos en qué trabajar. Propongo nos repartamos las tareas y que cada cual se ocupe de lo suyo...

— Podríamos emitir el comunicado sin tener que salir de aquí — Scalabra interrumpió a Bernard, y todos los asistentes se volvieron hacia él con sorpresa.

— ¿Cuál es tu propuesta? — preguntó retóricamente Madlow, con quien Scalabra había cruzado una mirada.

— Contamos con dos antenas de gran diámetro para recibir señales de

satélite. Podríamos modificar una de ellas para convertirla en emisora y transmitir a Canal Sur y desde allí propagar nuestra señal. Aquí hay equipo electrónico de repuesto, sobrado para construir la emisora sin comprometer la reparación de ningún aparato en uso.

— En ese caso habrá que preparar Canal Sur para la recepción de la señal — objetó el capitán Montes.

— Si mi capitán me lo permite, yo puedo hacerme cargo de eso — el cabo González se ofreció sin dudarlo —. Como sabe, somos varios los electrónicos de la compañía, con mucha experiencia en comunicaciones.

— ¿Cuánto tiempo calculáis que os llevará una cosa y la otra? — preguntó Bernard que estaba digiriendo el cambio de plan.

— Si cuento con la ayuda suficiente, estimo que en unas ocho horas puede estar montada la emisora — Scalabra tenía estudiado su proyecto desde antes de salir a Bulgaria —. Luego habrá que hacer pruebas.

— Si el coronel apoya el proyecto y con el personal necesario, el trabajo en Canal Sur puede hacerse en dos horas — añadió González.

— Bien, creo que convendría poner al corriente a las organizaciones civiles de nuestra ciudad, las que están en nuestros círculos — Bernard reconfiguraba sus ideas —. La gente no debe pensar que los militares vayan a tomar el poder.

— Muy cierto — intervino Francisco Escobar —. Puedo contactar con la Coordinadora Andaluza y ellos que se encarguen de hacerlo con la Española.

— Perfecto — Bernard observaba que el plan iba tomando cuerpo —. Por mi parte voy a poner al día a la Comisión Mundial. También tendremos que estar atentos a lo que sucede en Nebraska. Cada uno que se ponga a trabajar en lo suyo.

38. Revuelta social

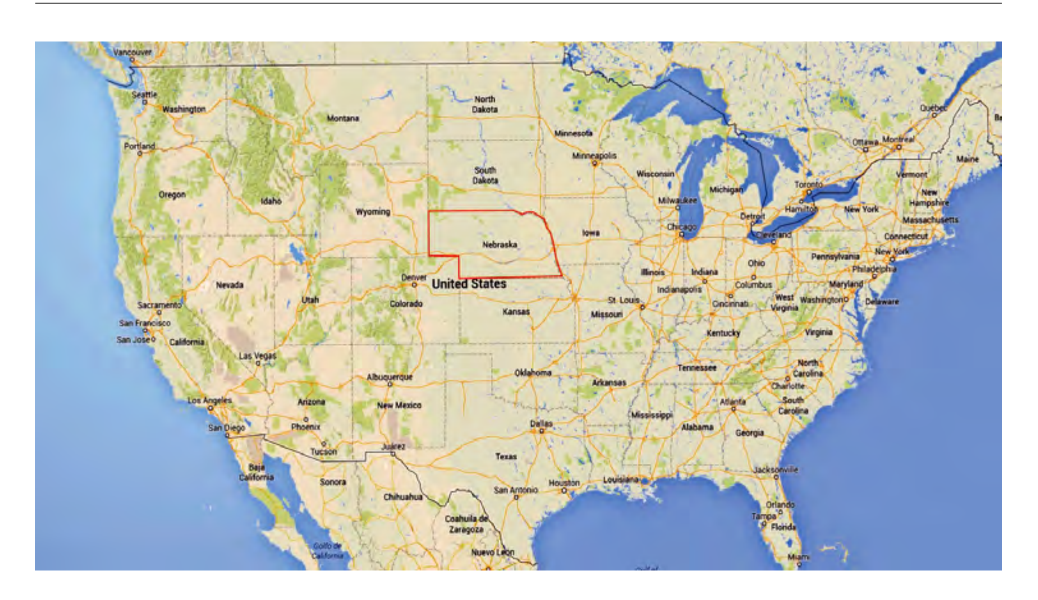
En North Platte la situación era angustiosa. Más de cinco mil infectados y el número seguía en aumento. La Guardia Nacional había instalado un hospital de campaña junto al hospital general para poder atender a la avalancha de enfermos. Los médicos los asistían impotentes, viendo como ningún remedio impedía la aparición de hemorragias. Lo único que conseguían eficazmente era aislarse ellos mismos con ropas especiales para evitar el contagio.

Dos pacientes habían sobrevivido dieciocho horas, tras pasar por la fase crítica. Los síntomas le remitían claramente, lo que hacía pensar que habían desarrollado defensas eficaces contra el virus.

El jefe de Virología del hospital central de Nebraska, Adam Kieffer, se había desplazado a la localidad en cuanto tuvo noticias de sus colegas médicos. Miembro desde hacia tiempo de la CMH, tenía a Franklin continuamente informado de la situación en el hospital de la ciudad. Por su parte Franklin estaba acomodado en una clínica pública de menor entidad en la que se había provisto de traje de seguridad.

— Franklin, tenemos ya localizado el virus causante de la epidemia y hay dos supervivientes — la voz de Kieffer sonaba cansada —. Esto puede hacer posible encontrar un remedio eficaz, pero me temo que la investigación durará varios meses.

— No tenemos ese tiempo, Adam, y lo sabes. La solución tiene que venir de fuera. Mis contactos en Europa han organizado una operación de envío de un retrovirus-antídoto. Es de esperar que aparezca pronto un avión de la USAF y fumigue la ciudad. Genicotrox es la fabricante del virus y suponemos que en Vancouver tienen reservas tanto del virus como del antídoto. Hacia allí se dirigen varios agentes de la CIA, amigos nuestros.



— Pues confío en que llegue pronto algún remedio. La situación, aquí en el hospital, es dantesca. La única esperanza a la que el equipo médico se aferra es que la enfermedad parece desarrollarse más lentamente en los últimos infectados que están llegando. Aún así sigue habiendo víctimas mortales, ya hay más de trescientas. El incinerador no da abasto, afortunadamente la Guardia Nacional ha traído otros dos y uno ya está funcionando.

— Tengo noticias de que en varias ciudades del Estado hay manifestaciones señalando a Genicotrox, Marc Jeppson y el gobernador como responsables de la tragedia. Me acaban de llamar para decirme que Lincoln está tomada por los manifestantes, que han detenido al gobernador y en breve se apoderarán de los centros de comunicación, con ayuda de una parte de la Guardia Nacional que se ha pasado a nuestro bando.

— Bueno, es un consuelo saber que al menos uno de esos monstruos está pagando por sus crímenes. Pero, ¿sabes algo de Omaha?.

— También allí la gente se ha apoderado de la ciudad y varias compa-

ñías de la Guardia Nacional los apoyan. El alcalde ha huido y ha sido reemplazado por una comisión provisional compuesta por representantes de varios sectores profesionales. Han detenido a varios directivos de multinacionales. La situación es parecida en Norfolk, Columbus, Fremont y otros lugares. En otros estados comienzan las manifestaciones también. Espero que esto no se nos vaya de las manos.

— Seguro que tus compañeros de la Comisión sabrán encauzar a la gente. Cuentan con prestigio social cada uno por separado y, si la gente los ve a todos juntos, estoy convencido de que nadie honrado vacilará en hacerles caso.

— Bien, Adam, te tengo que dejar ahora. Me están llamando por el otro móvil. Seguiremos hablando después.

En el momento en que Franklin cogía la otra llamada un ruido en el aire lo alertó. Rechazó la llamada sin saber de quien procedía, al tiempo que corría a una de las ventanas del edificio. A través de los cristales vio un avión militar que surcaba el aire a gran velocidad y poca altura. El avión no dejaba de trazar círculos y otras curvas complicadas, en un intento de cubrir toda la superficie de la ciudad, mientras soltaba a presión una especie de gas de color casi imperceptible.

En una de las piruetas casi se estrella contra uno de los pocos edificios altos de la localidad. La habilidad del piloto lo evitó, a costa de alejarse en línea recta durante más de dos minutos. Para entonces casi toda la ciudad estaba cubierta del gas, aunque quedasen claros por llenar entre una bolsa de gas y otra. Una parte del gas se perdió en las afueras de la urbe.

Después, el avión volvió a continuar sus operaciones hasta que el gas se le acabó. Las maniobras fueron más prudentes y el rociado del gas más lento y algo menos efectivo porque tardaba más en caer. Se cerraron varios claros, aunque quedaron varios conjuntos de calles sin que el gas los alcanzase. La aeronave se perdió después en el horizonte.

Pasadas dos horas la situación mejoraba notablemente en North Platte.

Quienes acudieron a centros médicos después de que el avión fumigase comenzaban a sanar al poco rato. La cercanía de esos pacientes con los que llevaban más tiempo ingresados hacía que estos últimos comenzasen a sanar, pese a tener la enfermedad muy adelantada. Incluso una veintena por cuyas vidas se temía empezaron a recuperar las constantes vitales.

* * * * * * *

En Lincoln las calles empezaban a despejarse de gente. La Comisión Provisional de Gobierno, emanada de la CMH con apoyo de otras organizaciones cívicas, controlaba los edificios administrativos principales y también los medios de comunicación. Muchos de los empleados públicos pertenecían a estas organizaciones, de modo que bastó un comunicado por televisión y radio para que todos se prestasen a colaborar con el nuevo gobierno.

Los congresistas de Nebraska pusieron de inmediato sus cargos a disposición del pueblo, vista las multitudes que pedían su dimisión. En el largo comunicado se habían desvelado datos de la participación, tanto de congresistas republicanos como demócratas, en Genicotrox y otras empresas de Jeppson. Más de la mitad del congreso estaba salpicada en este asunto. Todos los imputados fueron retenidos en la cárcel del condado de Lincoln a la espera de juicio, mientras al resto se les pidió que se presentasen a diario en el Capitolio, mientras se tomaba una decisión.

De los senadores y congresistas federales también cuatro de ellos estaban en la trama de Jeppson. Varios documentos probaban que habían favorecido a las empresas del magnate sistemáticamente durante una década. Dos fueron arrestados y contra los otros dos se cursó petición de arresto a la Fiscalía Federal al saber que estaban fuera de Nebraska. La petición llevaba implícita el reconocimiento del nuevo poder por parte del Presidente, aún a sabiendas de que no sería posible.

* * * * * * *

A los estados vecinos no dejaban de llegar noticias y comunicados de las emisoras de Nebraska.

Al día siguiente de la fumigación la calma comenzaba a reinar en North Platte. Salvo una cincuentena de ancianos y niños de corta edad, el resto de infectados estaba recuperado y había vuelto a sus casas.

Por orden expresa de la Comisión Provisional varios reporteros se acercaron al lugar para emitir entrevistas en directo con algunos de los damnificados.

La impresión que causaron estas entrevistas caldeó los ánimos de las poblaciones de esos estados. Dakota del Sur, Dakota del Norte, Wyoming, Colorado, Oklahoma, Kansas y Iowa se unieron al movimiento revolucionario y constituyeron Comisiones Provisionales a semejanza de la de Nebraska.

Mientras en esos estados la Guardia Nacional adoptó una postura de cooperación, o al menos neutralidad, en Missouri defendió a ultranza los edificios estatales y reprimió duramente en las calles, con el balance de quince muertos y centenares de heridos.

En la Casa Blanca se seguían con suma inquietud los acontecimientos, pero el Presidente no optaba por ninguna determinación. Varios senadores y militares del Pentágono le pedían declarar el estado de emergencia en todo el país, pero el riesgo de que ello llevase a una guerra civil lo mantenía bloqueado.

También el Congreso y el Senado estaban en situación de impasse. En los estados sublevados se publicaban listas de congresistas y senadores comprometidos con la mafia de Jeppson. Los demás no se atrevían a manifestarse, por temor a ser descubiertos o a quedar en minoría.

Al día siguiente las revueltas se propagaron a Los Ángeles, San Diego, Tucson, Phoenix y otras ciudades menores del Oeste. Los pocos efectivos de la Guardia Nacional que quedaban disponibles decidieron unirse a la sublevación civil, arrestaron a los gobernadores de California y Arizona y los

pusieron a disposición de las respectivas Comisiones Provisionales.

Todo el País era un hervidero de informaciones sobre nuevos levantamientos populares y llamadas a la desobediencia civil. La situación en la Casa Blanca y el Congreso seguía siendo caótica. Acostumbrados a una *paz social* impuesta mediante la extorsión, la represión de dirigentes sociales, el soborno y hasta el asesinato clandestino, los dirigentes de Estados Unidos no sabían cómo reaccionar.

La implantación de un Gobierno Provisional en California fue la chispa que sacó de su envaramiento al Presidente. Un Estado como el de California no podía perderse, sería el fin de muchos grandes negocios.

A riesgo de que se interpretase como un reconocimiento oficial del nuevo gobierno californiano, el Presidente optó por negociar con sus miembros. Procedentes de las cuatro ciudades de mayor importancia en el estado, Los Ángeles, San Francisco, San Diego y San José, habían establecido su centro de mando en la tercera, ocupando la alcaldía y dependencias policiales anexas.

Cuando el Presidente contactó con ellos por teléfono su pregunta fue *qué reivindicaciones tenían* a lo que respondieron ser un Gobierno y, por tanto no tener nada que reivindicar, aunque aceptarían gustosos su colaboración en la persecución y entrega de Marc Jeppson y todos quienes hubiesen colaborado con él de modo directo, incluidos congresistas, senadores y altos cargos de la Administración Federal.

La conversación estaba siendo emitida en directo por las principales cadenas de televisión y radio de California. Se habían instalado pantallas gigantes en las principales plazas de las grandes ciudades y eran multitudes los ciudadanos que se agolpaban en estos lugares para mantener la insumisión civil.

La respuesta del Presidente fue abucheada masivamente. Dijo estar dispuesto a emitir orden de busca y captura de Marc Jeppson a través del FBI, pero en cuanto a sus colaboradores en el Congreso le harían falta pruebas sobradas de que hubiesen cometido delito y, en todo caso, la vía sería la ju-

dicial federal.

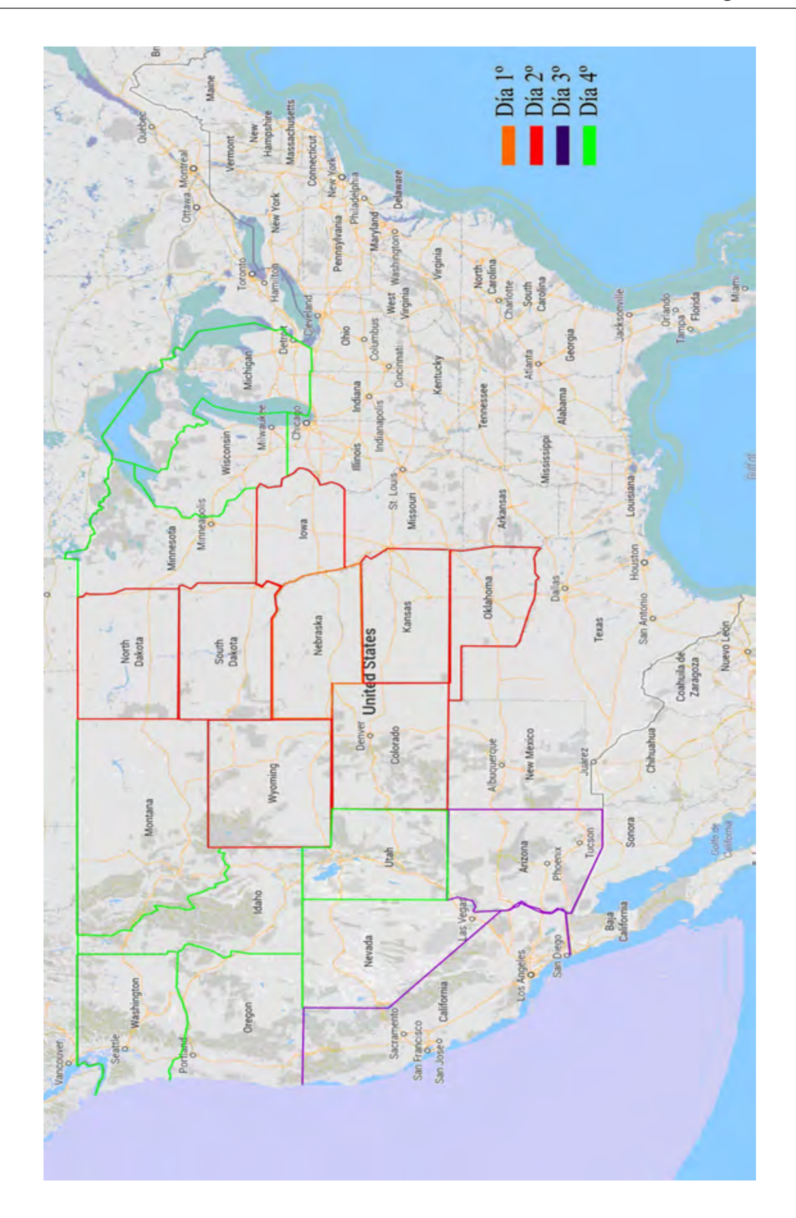
— No podemos decir al pueblo americano que hay una conspiración urdida desde el Estado en su contra. Cundirá el pánico si lo hacemos — fueron sus palabras.

— Está usted reconociendo implícitamente que existe esa conspiración. De cualquier modo millones de ciudadanos ya se han levantando contra los conspiradores y piden una justicia que usted les niega — respondió el portavoz de la Comisión Californiana.

Aplausos, cientos de miles de aplausos se oyeron en todo el estado. Millones de aplausos se unieron en los estados vecinos, Nebraska entre ellos.

Al día siguiente los estados de Montana, Washington, Idaho, Oregón, Nevada, Utah, Minnesota, Wisconsin y Michigan se habían unido al Movimiento de Reconstitución Americana.

* * * * * * *



Ver imagen animada en la Web

39. Una Declaración Universal

Desde Isla Cartuja comenzó a emitirse en Canal Sur Televisión y, simultáneamente, otras cadenas televisivas y de radio un programa muy especial.

Un capitán de la Guardia Civil apareció en las pantallas con el rostro desfigurado electrónicamente.

— Buenos días. Estarán informados de los acontecimientos que se están produciendo en muchos de los estados de Norteamérica. Hoy vamos a realizar una transmisión especial desde un lugar que no podemos revelar, para entrevistar a unos personajes muy especiales. Tendremos con nosotros nada menos que a los miembros del Consejo de Administración de Oil International. Estos señores están detenidos por la Coordinación Mundial por la Humanidad, organización a la que muchos de ustedes seguramente ya conozcan. Un nutrido grupo de militares estamos asociados a ella. No deben alarmarse. Estamos del lado de la mayoría de ciudadanos, que lucha por preservar su vida y un mínimo de calidad humana. Sin más pasamos la conexión al lugar donde nuestros personajes de hoy se encuentran.

— Buenos días y muchas gracias por su presentación — apareció de inmediato otra cara, esta vez reconocible —. Mi nombre no viene al caso. Les diré tan sólo que soy miembro de la Coordinación Mundial por la Humanidad a la que en esta ocasión represento. Debo anunciarles que tras meses de investigaciones hemos logrado capturar a casi todos los miembros del Consejo de Administración de Oil International.

Un silencio mientras la cámara paseaba mostrando los rostros de los magnates. Todos ellos tenían gesto de resignación y culpabilidad. La cámara se detuvo en Beisheim, quien comenzó a hablar.

— Mi nombre es Heinz Beisheim. Soy actualmente presidente de la Oil International y quiero declarar aquí que en las últimas décadas nos ha cegado la codicia, hasta el punto de cambiar las relaciones en el mundo y someter a sufrimiento a centenares de miles de personas. Mis

socios y yo somos los últimos responsables de centenares de asesinatos de sindicalistas y políticos opuestos a nuestros planes. También africanos inocentes con los que hemos experimentado epidemias. No esperamos clemencia. Somos conscientes de que nuestra vida ha sido un sinsentido vacío persiguiendo cada vez mayores riquezas. Ahora somos diferentes, gracias a que estos doctores nos han aplicado un tratamiento genético experimental que ha eliminado en nosotros el deseo de acumular bienes. Pero entendemos que ese cambio no puede redimirnos y que somos merecedores de castigo.

Alain Darlan se revolvió en su asiento al oír esa palabra. Los otros potentados lo miraron y Beisheim interrumpió su discurso. Alain se levantó al tiempo que farfullaba una frase ininteligible. Bruscamente se giró hacia la cámara y comenzó a gritar.

— No hagan caso de nada que aquí les digan. Estos tipos son unos farsantes que pretenden sublevar a la población.

Seis brazos se abalanzaron sobre él para detenerlo, dos de ellos los de Dalila Cacciatore.

— ¡Eres un cobarde, Alain Darlan!. No tienes hombría. Tendrás que afrontar un castigo, como todos nosotros. Si no tienes dignidad para reconocer tus crímenes no mereces ser tratado como persona, sino como un perro y te mataremos ahogado, como hace la mafia con sus traidores.

Alain forcejeaba desesperado, intentando librarse de los brazos que lo inmovilizaban. Su rostro viró al rojo intenso cuando escuchó las palabras de Dalila, pero no cambió de actitud y siguió forcejeando como lo hace un niño asustado.

La intervención de los dos chinos resolvió la situación. Xiao Zheng le colocó una cinta adhesiva en la boca, mientras Ten Hu Jiao le amarró una gruesa cuerda alrededor de los brazos y tórax. Después lo sentaron y ataron brazos y pies a la silla.

— Bien — prosiguió Dalila — ya han visto que clase de persona somos algunos de nosotros. Los demás no somos mucho mejores y, aunque nos embarga el arrepentimiento, sabemos que son demasiados los crímenes que hemos cometido como para quedar impunes por más beneficencia que podamos hacer. Es mi propósito entregar todos mis bienes al Estado italiano y que ellos determinan qué hacer con ellos. Pero sé que mi decisión es inútil, porque todos ustedes harán que los gobiernos cambien y nacionalicen la Oil y otras muchas grandes empresas. Así que sólo me queda pedirles un poco de clemencia y que me sometan a un juicio justo, que no me linchen. Desde aquí llamo a mis guardaespaldas y a todos quienes han sido compinches nuestros para que no intenten liberarnos. Que se entreguen a jueces honestos y confiesen sus crímenes particulares. Que digan también quién les pagó por hacerlos. He ordenado asesinar a muchos hijos, hermanos y esposos, ¡yo, que soy italiana adoradora de la familia!. Quiero que sean madres, esposas y hermanas quienes me juzguen y me condenen, quizás así tenga alguna liberación.

Se produjo un silencio después de estas frases de Dalila, que había hablado fuera de guión. Bernard tomó la palabra, mirando fijamente a la cámara.

— Como les decía tenemos capturados a estos señores, todos ellos miembros de la cúpula de la Oil. Queda aún uno en libertad, llamado Marc Jeppson, quien suponemos estará en Estados Unidos. Las detenciones las hemos hecho en nombre de la Coordinación Mundial por la Humanidad, a quien represento aquí. Mi nombre es Bernard López. Hemos precipitado la detención de esta gente porque planeaban propagar un virus letal en la isla de Capri — en las pantallas se vio el gesto de asentimiento de los potentados, Alain incluido —. De no ser así no nos hubiésemos decidido, pues sabíamos que nos arriesgábamos a morir inútilmente. Trabajamos con científicos a los que nos une una gran amistad — las cámaras enfocaron a los científicos en ese momento —. Ellos han desarrollado un antídoto contra ese virus y gracias a la colaboración de militares americanos disidentes se

ha logrado transportar el antídoto a Nebraska y terminar con la epidemia que suponemos han causado Marc Jeppson y sus agentes.

Bernard se detuvo un momento para beber agua. La expectación era enorme. En los hogares más del noventa por ciento de televidentes lo estaba siguiendo. Habían elegido la hora del almuerzo en que la audiencia es máxima. En muchos trabajos habían parado para no perderse esta emisión.

— Pretendemos poner a estas personas a disposición de la justicia. Pero antes es necesario que haya una verdadera justicia y, para eso, que cambiemos los estados. La mayoría sabemos que nuestras instituciones están llenas de políticos corruptos, que están al servicio de las grandes empresas y no vacilan en promulgar leyes atroces y aplicarlas aún más atrozmente. En la Coordinación Mundial por la Humanidad nos convencimos hace tiempo que el mal está en los codiciosos y sus sicarios. Los codiciosos imperan desde hace décadas mientras los demás hemos estado adormecidos sin hacerles frente. Incluso nos hemos dejado llevar por este instinto de acumular bienes sin necesitarlos.

Otra pausa, otro buche de agua. Muchos reflexionaban sobre sus errores delante de la televisión.

— Somos gente corriente, sindicalistas honestos, activistas en barrios, periodistas decentes, trabajadores de todos los sectores, cooperativistas, profesores, científicos, policías y militares — señaló a sus acompañantes —. Estamos convencidos de que nuestras sociedades no van a alcanzar la igualdad y la justicia que todos deseamos hasta que la codicia no sea erradicada. Para eso nuestros científicos han estado trabajando en una solución genética. Han identificado los genes que causan propensión a la codicia. Y han desarrollado un agente que modifica esos genes y anulan el ansia por poseer.

Nueva pausa. En esos momentos Bernard era consciente de la expectación que estaba causando y tenía intención de que el público asimilase poco a poco sus revelaciones.

— Se trata de un retrovirus que ya se ha probado con estos señores de la Oil — señaló a los potentados —. Lo llamamos *Bounty*. Como han podido comprobar sus personalidades son muy distintas de lo que eran antes del tratamiento. Por supuesto eso no modifica todos los rasgos del carácter como también han visto. Es patente que entre estos señores la mayor parte son jugadores acostumbrados a hacer altas apuestas y preparados al mismo tiempo para asumir pérdidas. Este otro, sin embargo — señaló a Darlan —, tiene mal perder.

Se detuvo intencionadamente. Esta vez ni siquiera extendió el brazo hacia el vaso de agua. Se limitó a respirar sosegadamente.

— Sabemos que con sólo desposeer y encarcelar a estos señores no se van a remediar los problemas que la sociedad tiene. Hoy los quitamos de enmedio y mañana otros los sucederán para ocupar puestos similares a los que ellos han tenido, para seguir explotando y arruinando las vidas de la gente. Creemos, en consecuencia, que es preciso extender el tratamiento anti-codicia a todo el mundo, sin excepción. Sólo evitar que haya personas codiciosas impedirán que éstas quieran levantarse por encima de los demás y nos sojuzguen y opriman para obtener sus beneficios.

A estas alturas los espectadores estaban cautivados por el discurso de Bernard. Si al principio hacían reflexiones e interponían mentalmente críticas, ahora era fascinación lo único que sentían, anhelantes por escuchar la siguiente frase de aquel hombre de cincuenta años, de gran estatura, atlético, cuya cara transmitía firmeza y serenidad al mismo tiempo.

— El único modo de realizar el tratamiento es propagar el *Bounty* por toda la superficie del planeta. Está diseñado de modo que no tiene efecto nocivo alguno para quienes no poseen el grupo genético que el *Bounty* ataca. Conforme el *Bounty* entra en un organismo se va a las pocas horas sin dejar rastro de su paso, a lo sumo un resfriado. Únicamente aquellos que hoy son codiciosos verán que sus deseos cambian, que ya no querrán atesorar. Pretendemos diseminar el *Bounty* en la atmósfera, como ya lo hemos hecho en Nebraska para salvar a sus

habitantes. Pero queremos que la mayoría de ustedes estén conformes con esta solución.

En las calles y plazas de las muchas ciudades españolas donde se retransmitía el discurso de Bernard se levantó un rumor en ese momento. Cierta inquietud se apoderó de mucha gente, pero la expectación seguía dominando a las masas.

— Cuando digo que se conformen me refiero a que la admitan como una posibilidad que no va a hacer mal a nadie. El *Bounty* está probado en personas corrientes, exentas de ambiciones materiales y de poder económico como son estos guardias civiles — cuatro guardias civiles que habían sido tratados aparecieron en pantalla. Uno de ellos tomó la palabra.

— Mi única ambición en la vida es criar a mis hijos sanos y felices y que cuando sean mayores tengan trabajo y puedan hacer lo mismo que yo con mis nietos. En distintos sitios en los que he estado me he topado con traficantes que me ofrecían buenos sobresueldos para que hiciese la vista gorda. Pero nunca he aceptado nada que no me corresponda por mi trabajo de guardia civil. Hoy el sueldo es escaso y me uno a mis compañeros para protestar y que nos lo suban. En otras ocasiones ha sido suficiente y pudiendo ascender a sargento me he quedado en cabo porque no necesitaba más.

Los nervios, por ser la primera vez que hablaba delante de una cámara, lo detuvieron un instante. Se repuso y continúo.

— Estoy de acuerdo con estos señores — miró a los científicos y a Bernard —. La codicia no trae mas que males y hay que acabar con ella. Si lo logramos y no hay más delincuencia me iré al campo, donde trabajaban mis padres. Yo he recibido el tratamiento. Me inyectaron hace tres días y no he tenido ningún problema. Estornudé un poco durante media hora y luego me quedé como si no me hubiesen puesto nada. Así que, de verdad, confío en estos señores — volvió a mirar a los científicos y a Bernard —, y pienso que todo el mundo debería

confiar en ellos.

El testimonio del guardia civil despejó dudas y los rumores de las calles cesaron. Bernard volvió a tomar la palabra.

— Bien, lo que propongo a todos ustedes es un asentimiento pasivo. No podemos, en la situación presente, someter a referéndum la diseminación del *Bounty*. Las actuales autoridades lo impedirían. Pero si llega a nuestro conocimiento que alguna de las organizaciones populares conocidas se manifiesta en contra, entonces suspenderemos el esparcimiento en su localidad hasta que la mayoría de habitantes se manifieste a favor.

Bernard dejaba claro el mecanismo de refrendo a seguir por las multitudes.

— Mañana actuaremos en Sevilla. Desde aquí llamo a las autoridades locales y nacionales para que no interfieran en nuestros planes. Si su conciencia no les mueve a ponerse de nuestro lado, piensen al menos que, si hemos sido capaces de detener a la cúpula de la Oil, ustedes cuentan con menos medios aún que ellos para impedir lo que vamos a hacer. Las cartas están echadas. Piensen tan sólo en que algunos de ustedes, no digo que todos, son personas de real valía que nos ayudarán a organizar la nueva sociedad.

* * * * * * *

40. Madrid

Cuando la transmisión de Isla Cartuja llevaba unos diez minutos se dio la alarma en el palacio de la Moncloa, sede del presidente de gobierno español. Éste sintonizó Canal Sur por vía satélite y ordenó convocar un consejo de ministros urgente. También ordenó que se informara a los presidentes del Congreso y el Senado, junto con otras altas autoridades.

A la hora de terminar la transmisión todos los altos organismos estatales estaban reunidos. El gobierno fue el primero y estaba deliberando sobre posibles medidas a tomar para abortar el *siniestro experimento que unos terroristas iban a realizar*, según palabras del ministro de Interior.

Éste ya había dado instrucciones al General de la Guardia Civil en Andalucía Occidental para que pusiese a sus tropas en máxima alerta y patrullasen las calles.

Por su parte el ministro de Defensa se había adelantado a la reunión, ordenando al Capitán General de la Región Militar para que acuartelase las tropas y estuviese a la espera de instrucciones.

En el Congreso se adelantó la sesión plenaria prevista para la tarde. Casi la mitad de los parlamentarios estaban en el restaurante del Palacio de las Cortes. La sesión pronto degeneró en una algarabía en que el presidente no conseguía poner orden. La mayoría de parlamentarios estaba en pie en sus lugares discutiendo con los vecinos. Otros ni siquiera estaban en sus puestos, formaron corrillos con quienes tenían afinidad por negocios.

Al Palacio del Senado fueron llegando los senadores poco a poco hasta que a la hora de la convocatoria estaba el ochenta por ciento. Conforme llegaban iban agrupándose según les unía sus intereses empresariales. El presidente no se decidía a comenzar la sesión hasta no saber qué se estaba tratando en el Congreso.

Habían transcurrido dos horas cuando se escuchó ruido de varios helicópteros sobrevolando el centro de Madrid. Los transeúntes vieron que estaban identificados como helicópteros de la Guardia Civil, por lo que no se sor-

prendieron, suponiendo que estaban controlando el tráfico.

Pocos percibieron que desde los helicópteros estaban arrojando diminutas cargas que, tras unos veinte metros de caída, rociaban la atmósfera con un gas invisible.

Las cargas se fueron repartiendo principalmente en las inmediaciones de los centros de poder, político y financiero. Las torres Kio, las Cuatro Torres, las torres de la zona comercial del Paseo de la Castellana (AZCA), fueron los primeros objetivos.

Los helicópteros continuaron después por la Carrera de San Jerónimo, haciendo parada sobre el Congreso, de allí al Senado y por último al Palacio de la Moncloa, pasando por el Palacio Real.

A los quince minutos de ser avistados se perdieron en el cielo, rumbo al norte.

* * * * * * *

41. Vancouver, Washington, Estados Unidos

Los agentes Lorraine Crowley, Rachel Owen y Bradley Miller de la CIA, acompañados de un pelotón de soldados de esa agencia, entraron por sorpresa en las instalaciones de Genicotrox, cercanas a Vancouver, Washington.

Equipados con máscaras antigás no tardaron más de dos minutos en tener controlada la situación, llenando el edificio de gas anestésico. Una vez comprobado que todo el personal allí presente estaba dormido subieron a la máxima potencia de ventilación los equipos de aire acondicionado y colocaron dos grandes extractores de aire que habían traído en la planta baja e intermedia. El propósito, eliminar el gas cuanto antes para poder trabajar sin máscara.

Media hora más tarde pusieron en marcha su plan.

— Lo primero es identificar a los científicos y *vacunarlos* — Lorraine se dirigía a todo el equipo —. A medida que los vayáis encontrado los traéis a esta sala — estaban en uno de los laboratorios etiquetado como de *nivel de contención 1* —. Una vez que los hayamos tratado les pediremos que nos ayuden a localizar los viales de virus y retrovirus que pueda seguir habiendo aquí.

— ¿Y con el resto del personal, qué hacemos? — interpeló el sargento al mando del pelotón —.

— Los colocáis en la recepción bien inmovilizados y separados de las paredes. No quiero sorpresas de que cualquiera de ellos dé una alarma — fue Rachel quien contestó —.

Los agentes iban equipados por pequeñas dosis del *Bounty* inhibidor de los genes portadores del *carácter codicia*. Rose y Hutkins en su viaje las habían transportados con el objetivo de buscar un laboratorio en Estados Unidos donde lo replicasen.

Cuando se habían cumplido las instrucciones de Lorraine, ésta volvió a dirigirse a todo el equipo.

— Bien, soldados. Ahora vamos a proceder al tratamiento de estos señores con un agente modificador genético. Está aún en fase experimental, aunque los primeros resultados señalan que no tiene ningún efecto adverso y cumple con su objetivo de inhibir los impulsos de codicia. Quienes no quieran exponerse a este agente se quedarán en la recepción vigilando al resto del personal. Si todos estáis dispuestos el sargento organizará los relevos para que podáis aspirar el agente en la dosis conveniente.

Murmullos entre la tropa. Varios habían oído hablar de tratamientos experimentales con los marines que dejaban graves secuelas en muchos casos. De los veinte del pelotón el sargento y seis más dieron un paso al frente en dirección al laboratorio, indicando de este modo que se quedarían. Les siguieron otros seis y luego cuatro más. El sargento dio media vuelta para hacer el recuento y envió a recepción a los cuatro que se quedaron atrás. El mismo los siguió, por desconfianza, pero antes cogió varios viales de anestesia que Rachel le entregó.

Con rapidez Lorraine y Rachel abrieron sendas cápsulas y extendieron su contenido lo más que pudieron por el laboratorio. En breve desaparecería el efecto de la anestesia, por lo que el tiempo era vital para poder operar después con tranquilidad sin tener que re-anestesiar a los científicos.

En recepción algunos comenzaban a despertar y, cuando lo hacían, los soldados les inyectaban de inmediato una dosis de anestesia. Llegó el momento en que los viales se acabaron y el sargento decidió ir en persona a buscar más, para no soliviantar a la tropa.

Cuando regresó a la recepción encontró a los cuatro soldados hablando con el director de la sucursal. El tipo les había ofrecido una buena recompensa si lo liberaban y los gandules se dejaron seducir por la promesa.

Al ver al sargento lo encañonaron sin que pudiese reaccionar y le quitaron el arma. Se dirigieron después al laboratorio, empujando al sargento por delante.

— Sabéis que no vais a ninguna parte — les espetó el sargento por el

amplio pasillo —. Vuestra carrera en el ejército además ha terminado.

— Eso lo veremos cuando le acusemos a usted y al resto del pelotón ante un tribunal, por traición — replicó uno de los soldados.

— Para entonces las leyes habrán cambiado y vosotros seréis a quienes se juzgue.

Justo antes de que uno de los soldados fuese a disparar contra el cierre electrónico de la puerta del laboratorio, para bloquearla, el sargento gritó con fuerza para alertar a los de dentro. Le costó recibir un culatazo en el tórax que lo derribó, pero consiguió distraer a los cuatro gandules lo suficiente para que dos soldados saliesen con el arma preparada.

Por reflejo, los tunantes dirigieron sus armas hacia la puerta del laboratorio, recibiendo una ráfaga de ametralladora a cambio. Dos de ellos murieron en el acto y los otros dos quedaron gravemente heridos. Al sargento le rozó una bala en el costado derecho, dejándole una quemadura.

Superado el contratiempo los agentes siguieron con su plan. Al director de sucursal lo aislaron en un despacho para demostrar a los demás que no permitirían más intentonas. A las cuatro horas el *Bounty* se había difundido entre todos los ocupantes del edificio y había hecho efecto en más de la mitad de ellos, los científicos en particular.

Cuando Lorraine oyó algunos comentarios entre ellos se decidió a hablarles abiertamente.

— Buenos días, señores. Nuestra intención no es hacerle daño sino más bien un favor. Varios de ustedes están comentando que se sienten *diferentes*. Es el efecto de un retrovirus desarrollado por colegas suyos europeos, y es irreversible. No hay ningún efecto adverso y el retrovirus desaparece al poco de cumplir su función, que es modificar un grupo genético. A partir de ahora no tendrán ningún impulso de atesorar, acumular bienes,..., codiciar. Se han inhibido los genes que producen ese impulso. Se sentirán libres de ese deseo que ha venido

arrastrando a algunos de ustedes.

— ¿Por qué lo han hecho? — preguntó el que parecía mayor.

— Porque necesitamos su colaboración — contestó Rachel —. Ustedes nos van a ayudar a fabricar mayores cantidades de este retrovirus, llamado *Bounty*. No actuamos solos. Estamos con la gente que está tomando los gobiernos de diversos estados. Nuestro objetivo es difundir este retrovirus en todos los Estados Unidos para terminar con la codicia y la situación de calamidad social que se sufre por su causa.

— Y con este *Bounty*, ¿cuantas pruebas llevan hechas? — volvió a preguntar el veterano.

— Una docena de personas, antes de que viniésemos aquí — le respondió Bradley —. En ninguna de ella ha aparecido algo más que un resfriado hasta la eliminación total del retrovirus, que se produce en pocas horas.

— Bien, por mi parte estoy dispuesto a colaborar con ustedes, ¡me gusta el plan, qué repampanos!. — el veterano se reía —. Hacía tiempo que no me veía en una aventura como esta.

Una vez que el más veterano dio el paso a frente los demás científicos se relajaron y se mostraron dispuestos a colaborar. Lorraine traía consigo un pendrive que Rose le había proporcionado con la información que Robert y Henri confeccionaron para el caso.

— Aquí tienen un memorándum sobre el *Bounty*. Cuando se pongan al día, y comiencen a experimentar, es posible que venga uno de los científicos desarrolladores del procedimiento. Me han informado que hay una última fase en la producción que no está documentada, es una medida de seguridad para evitar que alteren el resultado produciendo *otra cosa*, con otros fines. Además, los autores quieren asegurarse su reconocimiento a nivel mundial.

— Y querrán patentarlo — añadió con suspicacia uno de los científicos.

— Pues tengo entendido lo contrario — replicó Rachel —. Además,

¿para qué iban a querer una patente de algo que quedará obsoleto en breve?.

— O sea, que este *Bounty* anula la codicia, pero no la vanidad — comentó otro científico.

— Somos agentes de la CIA, no estamos en el mundo de la ciencia — intervino Bradley —. Cuando nos informaron de todo esto hicimos preguntas similares a las suyas. Yo quería saber si me volvería manso y perdería mi agresividad natural. Me aseguraron que no y pueden ponerme a prueba. Tal vez en un futuro los antropólogos expliquen cómo se incorporaron esos genes de la codicia a los humanos, visto que en una mayoría de especies no existe ese deseo por acumular.

— Interesante comentario — el más veterano volvió a tomar las riendas de su grupo —. Pero yendo a lo práctico, ¿cómo piensan que nos organicemos?, me refiero a su plan, ..., logístico.

— ¡Oh, sí, la logística!, ¡cómo no!. — Rachel estaba esperando se plantease esa cuestión —. Lo tenemos previsto. Por supuesto entenderán que por unos días no podrán salir de aquí. Nuestros soldados se ocuparán de los suministros. Antes de llegar teníamos estudiados los planos de la instalación y sus horarios de trabajo en épocas intensivas, de manera que estableceremos turnos para el comedor colectivo y lo demás será lo habitual en esas épocas.

— ¿Podremos hablar con nuestras familias por teléfono? — al científico que hacía la pregunta se le veía inquieto.

— Podrán comunicarse con el exterior, pero tendrán vigilancia — Bradley era el especialista en estos temas —. Nos disculparán nuestra desconfianza. Nuestra misión es demasiado importante para que tengamos deferencia con ustedes. El uso de los ordenadores será también vigilado. Sus teléfonos móviles están bajo llave y quedarán custodiados mientras lo veamos oportuno. Siento que tengan que colaborar en estas condiciones, pero ustedes, que son inteligencias brillantes, podrán comprenderlo.

Cuando los científicos comenzaron a examinar el contenido del pendrive se despejaron las dudas de los tres agentes. Las caras de asombro eran iguales a las de los niños cuando ven por primera vez el cine. Lorraine no dudó en aprovechar la ocasión para hacer señas a sus compañeros y salir al pasillo con Rachel, dejando a Bradley la vigilancia.

— Se ha dado mejor de lo que pensaba. Ahora debemos resolver el asunto del director, si está o no dispuesto a colaborar.

— Me ha dado la impresión de que es un tipo muy desconfiado — Rachel además de la logística dominaba la psicología —. Quizás lo pudiésemos *sustituir* por el subdirector.

— Tal vez sea la hora de pedir refuerzos — respondió Lorraine en tono afable —. En la previsión optimista este estado va a cambiar de manos en pocos días, de manera que no nos arriesgaremos a que se emita un S.O.S. desde Washington a Washington D.C.

— Bueno, tenemos a los amigos Jennifer Surfey y Cristopher González. Tal vez podamos contar con alguien más.

— Sabes que prefiero ir a lo seguro en esta ocasión — Lorraine acercó sus labios a los de Rachel hasta rozarlos.

Lorraine y Rachel eran amantes desde hacía tiempo. Últimamente pasaban por una etapa de conflicto en su relación, motivada por el estrés de sus últimas misiones. Lorraine era la más pasional de ambas y no desaprovechaba oportunidad para restablecer su afecto mutuo.

A la mañana siguiente los agentes Jennifer y Cristopher se incorporaron a la misión. Con el centro de Genicotrox bajo control, el equipo científico consiguió tener todo a punto en tres días, a la espera de instrucciones para acometer la fase final del proyecto.

* * * * * * *

42. Punto muerto en la revuelta

Siete días después del levantamiento popular en Nebraska el mapa de distribución del gobierno en Estados Unidos seguía igual. Tras la sublevación de varios estados el cuarto día, el Presidente había reforzado la presencia de la Guardia Nacional con efectivos de los marines en todos los estados leales, en especial en los limítrofes a los amotinados.

Las tropas patrullaban incesantemente las calles y dispersaban a los grupos de más de diez personas que veían reunidos. No se decretó el toque de queda por temor a que exaltase los ánimos. En las grandes ciudades la inquietud era tal que había en las calles tanta gente de noche como de día, lo que obligó al ejército a mantener la misma cantidad de patrullas durante las veinticuatro horas diarias. Como consecuencia al tercer día de estado de sitio comenzó el cansancio entre la tropa.

Algunos soldados aprovechaban los momentos en que no eran vistos para detenerse a hablar con los grupos de transeúntes, en lugar de disolverlos. Las noticias de los estados sublevados seguían llegando, pese a los dispositivos de interferencia electromagnética que el ejército había instalado en las fronteras de estos estados. Los soldados estaban interesados principalmente en saber qué hacían sus compañeros de armas *del otro lado*.

Llegaban informaciones sobre que la Guardia Nacional insubordinada había abandonado las ciudades y se había concentrado en la frontera del bloque de estados rebeldes. Los generales al mando se habían constituido en Consejo de la Guardia por la Libertad y tomaban las decisiones tras consultar con los gobiernos provisionales de cada estado.

Los gobiernos provisionales formaron a su vez una Nueva Federación Provisional, con el objeto de dirigir coordinadamente a las tropas y mantener los intercambios de suministros entre estados.

Pocas, de hecho, fueron las fábricas que tuvieron que detener o ralentizar su actividad por falta de materias primas o componentes elementales. La vida económica se normalizó en esa semana, aunque la gestión de muchas empresas, casi todas las grandes, había pasado a manos de los trabajadores

de las mismas, constituidos en cooperativas y manteniendo la plantilla de directivos salvo cambios en las cúpulas.

Fueron muchos los empresarios y altos directivos que renunciaron voluntariamente a sus privilegios en el reparto de beneficios. También grandes accionistas. Otros pactaron ceder su parte de control en las empresas a cambio de una devolución a largo plazo del capital invertido. Los pocos que se resistieron a ceder su capital se vieron obligados a trabajar en puestos irrelevantes dentro del negocio.

Hubo algunos cambios en los miembros de los gobiernos provisionales. Personas que, pese a ser desafectas de bienes materiales, demostraron poca valía y mucho afán de presunción fueron apartadas de sus puestos por los comités de base que los eligieron.

La inmensa mayoría de gente tenía claro que se trataba de resituar a todo el mundo, sin excepción, para que tuviese una ocupación digna que le permitiese mantenerse y disfrutar de la vida en lo posible.

Mientras en los estados que habían dejado de obedecer a la Presidencia se sucedían estos cambios, en los estados del este y sur los ánimos estaban divididos entre el temor al ejército y la esperanza de que en cualquier momento saltase la chispa que produjese el cambio de gobierno. La misma situación se mantuvo dos días más, pero ya era notorio entre los ciudadanos el cansancio de las tropas que los vigilaban.

Al tercer día se produjo una revuelta en el Bronx. El barrio neoyorquino se había llenado de hispanos en las últimas décadas, hasta alcanzar el setenta por ciento del total de habitantes. El idioma imperante era en consecuencia el español.

Por parte del Pentágono se cometió el desatino de enviar un fuerte destacamento de marines y guardias nacionales de origen hispano y mestizos anglo-hispanos, con el efecto de que sólo disolvieron una de las seis grandes concentraciones en el distrito, en la que hubo varios muertos y heridos. Con las demás parlamentaron y optaron por quedarse a protegerlas.

Sin embargo no se propagó el efecto a ningún otro distrito de Nueva York. Tampoco a ninguna otra ciudad bajo control de la Casa Blanca.

* * * * * * *

43. Manhattan, Nueva York

Un avión militar de transporte procedente del Norte se acercaba a Nueva York. En su interior una singular tripulación compuesta a medias por científicos y agentes de espionaje.

El Globemaster IV había partido de Vancouver unas seis horas antes, siguiendo la frontera con Canadá. Ahora volaba en dirección Sur, después de haber pasado cerca de Albany.

— Hace un año habría tomado por loco al que me dijese que estaría volando a Nueva York, en un transporte militar americano — La melodiosa voz de Rose sonó en todo el compartimento de pasaje.

— Pues que me lo digan a mí que no he volado en un avión militar en toda mi vida — comentó Robert mientras se reía.

— De esos vamos aquí unos pocos — añadió Henri, paseando la mirada por Mariam, Maribel, Pilar, Susan y él mismo.

— Ja, ja, ja. No sabía que fueses tan cómico — se reía Susan, imitando el gesto de Henri de mirarse el pecho como si tuviese una mancha en la camisa.

— La verdad, yo tampoco — contestó Henri —. Pero después de todo lo que llevamos pasado hoy me encuentro como si hubiese hecho esto toda mi vida. ¿Y por qué no?, hay que permitirse una payasada de vez en cuando.

— Tengo que reconocer que tienes un sentido del humor excepcional — intervino Bernard, sin dejar de reírse —. Sabéis, en una ocasión iba pilotando un avión y tuvo que sustituirme el copiloto porque me meé en los pantalones. El tipo no paraba de contar chistes y yo no paraba de reír. El último que me contó es que estaban dos ancianos hablando y uno le dice al otro:

— Oye, y tú ¿duermes bien por las noches?.

— Pues sí. Cuando me acuesto me hago una paja.

— ¡Ah!, ¿pero tú te corres?

— No, pero me canso y me quedo destroncao.

— Después de eso se me escapó el pis — prosiguió Bernard —. ¡Oh, me ha vuelto a producir el mismo efecto — corrió hacia la cabina de urinarios —.

Las carcajadas resonaron en todo el avión, celebrando las ocurrencias de los dos mayores. Maribel y Pilar eran las que más reían junto con Robert que entendía el español algo mejor que los demás. Lorraine y su equipo se contagiaron de las risas, aunque no habían entendido el chiste.

Cuando Bernard regresó las risas se habían apaciguado. El avión había descendido, y los pasajeros lo percibieron como aviso de que Nueva York estaba cerca.

— Vamos a preparar el cargamento — dijo Rose mientras se levantaba.

— No tengas tanta prisa — le recomendó Henri — sabes que está todo dispuesto y hasta que el piloto no avise no podemos abrir el portón trasero. Por cierto, ¿sabéis que en España han muerto seis personas en los dos últimos días, presuntamente a causa del *Bounty*?.

— ¿Cómo te has enterado? — preguntó Robert.

— Anoche tenía el sueño muy inquieto, pensando en todo lo que sucede. Conecté la radio y dieron la noticia. Han sido casos dispersos geográficamente. El *Bounty* está extendido ya por todo el territorio y ha alcanzado Portugal, Francia y Marruecos, posiblemente también Italia. Los fallecidos son todos mayores de sesenta años, con un gran patrimonio y antecedentes cardíacos. La muerte se ha producido por cirrosis hepática repentina. No tenían ninguna enfermedad del hígado conocida anteriormente.

— Así que nuestro *Bounty* no es tan inocuo como pensábamos — comentó Maribel.

— Ha habido otros casos sospechosos de gente humilde en la propia Se-

villa — continuó Henri —. Al parecer personas que recibieron las primeras oleadas directas de nuestros aerosoles. Tan sólo un fallecido con más de ochenta años. El resto hospitalizados de gravedad y superando la afección. En total ocho varones de edad. Esto me hace pensar que cuando volvamos a España debemos recoger muestras de sangre para observar si el *Bounty* ha mutado.

— Eso si para entonces no ha desaparecido la infección en España — interpuso Robert.

— Señoras y señores, ha llegado el gran momento — Rose cortó la conversación al ver las luces de aviso que se encendieron en el techo del compartimento —. Estaréis de acuerdo conmigo en que, pese al riesgo para una pequeña parte de la población esto hay que hacerlo.

— Sin duda, Rose — le contestó Henri con seguridad —. Estamos cambiando el mundo y en estos últimos días ha muerto mucha menos gente de hambre y por crímenes en España. Es duro decirlo, pero hay que asumir algunas muertes de vividores por tal de salvar a cientos de miles de personas que no han tenido oportunidad hasta hoy.

— ¡Pues vamos a la tarea! — afirmó esta vez John Hutkins, con tono de autoridad.

Habían ensayado con anterioridad el procedimiento. Cada uno se colocó en su puesto. Mariam y Robert eran los encargados de avistar con prismáticos los lugares señalados. Indicarían a Maribel y Pilar el momento en que arrojar los paquetes a través de sendos pequeños portones situados en la cola del aparato. Los demás irían acercando las cargas a ellas dos.

Tras unos instantes dos pequeñas cajas, de unos seis kilos de peso cada una, caían a las inmediaciones del One World Trade Center. A los dos segundos de caída un artefacto de relojería deshizo cada paquete en una pequeña nube que se iba ensanchando a medida que seguía cayendo.

No tuvieron tiempo de ver la llegada al suelo de las dos primeras nubes cuando Mariam dio la siguiente señal. Esta vez el objetivo era la North

Pool.

Continuaron dando una vuelta por todo Manhattan hasta tomar rumbo a Filadelfia y después a Washington. En Filadelfia dieron una rápida pasada arrojando seis cajas. Después en Washington repitieron la operación sobrevolando a gran altura para no ser interceptados.

Cuando estaban justo encima del monumento a Washington el piloto avisó por megafonia de la presencia de dos cazas que se aproximaban por la cola. De inmediato cogieron los paracaídas, se sentaron y colocaron los cinturones, a la espera de acontecimientos.

Fue Susan la primera en pensar que ahora no iban a acabar así, después de todo lo hecho y pasado, de modo que sin pensarlo otra vez se dirigió a la cabina y le pidió al piloto que conectase por radio con los cazas.

— Globemaster Three Two One. Speaking to fighters. Acknowledge.

— Globemaster Tres Dos Uno. Hablando a los cazas. Respondan.

— U.S. Navy fighters, roger. You aren't authorized to fly here. Repeat, you aren't authorized to fly here. You need to change course immediately to Langley-Eustis' base, if not, we'll have to shoot you down.

— Cazas de la Marina de los E.E.U.U., recibido. Su vuelo no está autorizado. Repito, su vuelo no está autorizado. Cambien rumbo de inmediato a la base Langley-Eustis. Si no obedecen serán derribados.

El piloto pasó el micrófono a Susan y comenzó a enviar un mensaje codificado a la base DC Air National Guard.

— Nurse Susan Bertelli speaking. You know what happened in Nebraska. Because of a retrovirus' dissemination we managed to control that strange flu epidemic caused by Genicotrox laboratories. We are trying to prevent the flu getting in New York and the District of Columbia. Many people will die if you don't let us stop the epidemic right now. Please, allow us to continue our flight.

— Enfermera Susan Bertelli al habla.. Seguramente conozcan lo que sucedió en Nebraska. Gracias a que diseminamos un retrovirus, controlamos la extraña

epidemia de gripe causada por los laboratorios Genicotrox. Estamos previniendo que la epidemia estalle en Nueva York y el Distrito de Columbia. Mucha gente morirá si lo impiden. Por favor, permítannos seguir nuestro vuelo.

— Can't let that happen, we are following orders. Leave immediately the Washington area.

— No podemos dejar que eso ocurra, estamos siguiendo órdenes. Abandonen inmediatamente el área de Washington.

Lorraine había entrado en la cabina en ese momento.

— Lorraine Crowley, CIA, ID 825736A1. The Bertelli nurse has told you the truth. You know you can't knock us over Washington. You should leave us carry on with our duty. Otherwise we are going to fly a holding pattern above Washington until you are out of fuel.

— Aquí Lorraine Crowley, agente de la CIA. Identificación 825736A1. Todo lo que ha dicho la enfermera diplomada Bertelli es exacto. Ustedes no nos pueden derribar sobre el área urbana de Washington y lo saben. Déjennos seguir con nuestra misión. De otra forma, vamos a volar trazando círculos de espera sobre Washington hasta que se queden sin combustible.

— This is our last warning, If you don't change your course towards SSE Langley-Eustis we will intercept you.

— Es la última advertencia, si no toman rumbo SSE hacia Langley-Eustis los interceptaremos.

En ese momento Pilar Ferrero había alcanzado la cabina y oyó la voz del piloto de caza. Sin pensárselo arrancó el micrófono de la mano de Lorraine y comenzó a gritar.

— Hey boy! I don't know how old you are, but by your voice I would say you're in your twenties, and you are eager to prove yourself as the champion of the game. Stop with that bullshit to impress your colleagues! We are fifteen people in this aircraft, are you going to kill us all? And after our airplane hits the ground, probably killing over a

hundred people, are you going to be happy with your role in that? Try not to be a jerk, is that okay for you? So, you'll go back the way you came and say to your bosses that four unknown fighters appeared from nowhere and they won't let you fulfill your orders. You can do that or I will get this plane crashed into the Pentagon.

— ¡Oye muchacho!. No sé qué edad tienes, pero por tu voz diría que eres un veinteañero con ganas de demostrar que eres el campeón del videojuego. ¡Déjate ya de retahílas para impresionar a tus colegas!. Estamos quince personas en el avión, ¿nos vas a matar a todos?. Y cuando nuestro avión caiga al suelo y mate a un centenar más de personas, ¿te vas a poner contento de tu hazaña?. Está bien de hacer el gilipollas, ¿no te parece?. Te vas a volver por donde has venido y cuando aterrices les dices a tus jefes que cuatro cazas desconocidos aparecieron de la nada y os impidieron cumplir con vuestras órdenes. Puedes hacer eso o yo misma estrellaré este avión contra el Pentágono.

Una ráfaga de ametralladora fue la respuesta. Un estruendo resonó en la cabina de pasajeros y el Globemaster viró bruscamente a la derecha. Bernard salió disparado y se deslizó dos metros hasta golpearse contra la pared izquierda del avión y quedó inconsciente.

Cuando Maribel se le acercó brotaba sangre de su hombro izquierdo.

— ¡Rápido, por favor!, ¡hay que hacerle un torniquete!.

El agente Bradley Miller, que había presenciado la escena, se quitó rápidamente la camisa y la rasgó en tres tiras. Maribel cogió una de ellas y la anudó alrededor de la axila de Bernard. Al apretar con fuerza la hemorragia se detuvo.

El Globemaster había recuperado su plano de vuelo, pero el piloto advirtió que un motor estaba tocado. Uno de los cazas que lo seguían había desaparecido del radar, mientras que el otro había cambiado el rumbo, alejándose.

Cuatro nuevos puntos aparecieron en la pantalla del radar aproximándose a gran velocidad. Durante un tenso minuto la radio quedó muda. Se escu-

chó después una voz diferente:

— Globemaster 321, aquí el capitán Gutiérrez de la Fuerza Aérea de Estados Unidos. Procedemos de Grissom y venimos a escoltarlos — la voz tenía un marcado acento portorriqueño.

— Aquí Globemaster, ¿cuáles son sus intenciones? — Pilar, que aún tenía el micrófono, contestó con nerviosismo.

— Grissom se ha puesto a disposición de la Coordinación de Estados Refundados. Hemos derribado a uno de los cazas que le disparaban. Nuestro propósito es acompañarlos adonde quieran ir para evitar que los intercepten.

— Debo consultar, no se separe de la radio — dijo Pilar que había recobrado el aplomo.

Cerró el micrófono y se dirigió al compartimento de pasaje. Las demás la siguieron.

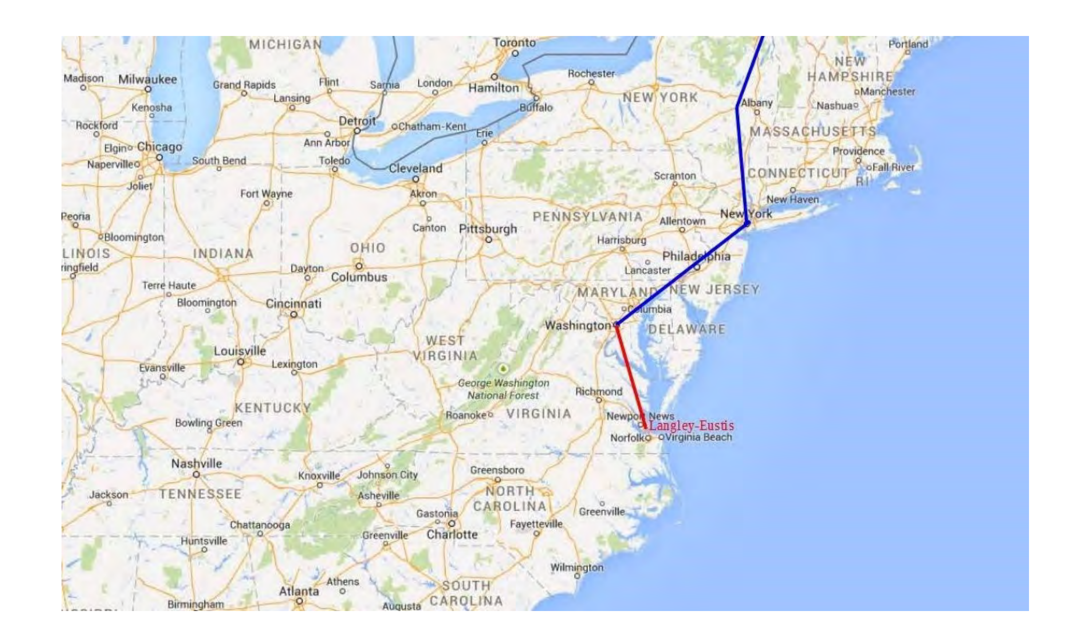
— Los dos cazas que nos seguían han dejado de hacerlo. Ahora tenemos otros cuatro cazas detrás que dicen venir de Grissom para ayudarnos. Los manda el capitán Gutiérrez que asegura haber derribado a uno de los cazas que nos perseguían — Pilar refirió los hechos sin querer dar opinión.

No había terminado de hablar cuando sonó la voz del piloto por megafonía:

— Lamento decirles que tenemos averías. Uno de los motores ha perdido potencia y, lo que es peor, perdemos combustible. A este paso el avión caerá en treinta minutos a lo sumo.

Lorraine se hizo cargo de la situación y volvió rauda a la cabina del piloto. En cuanto llegó le pidió al piloto la radio, para dirigirse a Gutiérrez.

— Globemaster a Gutiérrez. No nos queda otro remedio que confiar en ustedes, tenemos averías y podemos caer en treinta minutos. ¿Pueden hacer algo para socorrernos?.



— Gutiérrez a Globemaster. Me hago cargo de su situación. Veo cómo pierden combustible. Su motor interior derecho parece efectivamente que gira más lento. Podemos intentar un aterrizaje de emergencia en la pequeña base Richmond, o bien esperar a que desde allí llegar los Eurocopter X3. Se preguntarán por qué a Richmond. Esta base se nos ha unido esta misma mañana. En Langley-Eustis hay desacuerdos entre la oficialidad y la plana mayor de Richmond ha aprovechado para ponerse a las órdenes de Grissom.

— Muy bien, pues llame a los Eurocopter. Dígales que vamos hacia Richmond, que intentaremos aterrizar, pero que estén atentos a rescatarnos en el aire si este avión no es capaz de llegar hasta allí.

— Entendido, la volveré a llamar en cuanto sepa algo nuevo. Cambio y corto.

— Vamos hacia Richmond — indicó Lorraine al piloto.

— ¡Joder!. La pista tiene ochocientos metros. La última vez que aterricé allí me quedé justo al final con viento de frente. Como tengamos viento de cola nos vamos a estrellar.

— Pues eso es lo que tenemos. Eso o que nos recojan en el aire los Eurocopter, si es que llegan a tiempo.

— Discúlpeme señora, es que no me ha gustado nunca Richmond. Pero no se preocupe, tengo experiencia de aterrizajes de emergencia y también en pistas cortas y creo que saldremos de ésta.

— Más nos vale a todos. Si quiere lo puedo ayudar. Tengo muchas horas de vuelo en cazas de combate. Sé que este avión no es lo mismo, pero …

— Estaré encantado de contar con su ayuda. Tome el asiento de copiloto. Soltaremos combustible antes de aterrizar y cogeremos la pista cara al viento. En cuanto tomemos suelo dejo en sus manos activar el frenado de las ruedas. Si lo hace bien no nos veremos en apuros.

— De acuerdo — Lorraine ya estaba sentada con los cascos de la radio puestos y familiarizándose con los mandos que tenía por delante.

Bernard continuaba inconsciente, la hemorragia se había detenido gracias al torniquete aplicado por Maribel, que no dejó de estar a su lado en ningún momento.

Los demás pasajeros del Globemaster se habían colocado en sus asientos sujetos por los cinturones de seguridad. Henri tomó la palabra:

— Sinceramente, confío en que salgamos de ésta. No creo que hayamos llegado hasta aquí, después de todo lo que hemos pasado en estos últimos meses, para terminar ahora sin ver el fruto de nuestros esfuerzos.

— ¡Hombre, Henri! — le contestó Robert — si acabamos ahora estoy seguro de que nos harán un homenaje póstumo y varios monumentos en ciudades importantes. Así que podemos estar tranquilos.

— Te lo tomas todo a broma, Robert — repuso Henri — pero sabes que no hablo de reconocimientos.

— La verdad es que para mí también son nada los reconocimientos. Los únicos que me interesan son los vuestros. Y sí, Henri, estoy de acuerdo contigo, me gustaría ver que ocurre en el mundo en los próximos meses, me doy cuenta de que hemos desatado el mayor experimento biológico que se ha hecho nunca.

— Por encima de la epidemia artificial de gripe A que desató Rumsfeld y cía — apostilló Mariam.

— Pero desde luego con propósitos, al menos, muy distintos — añadió Susan.

— Yo tengo que reconocer que jamás hubiese imaginado participar en una aventura como esta — intervino Maribel — y la verdad es que estoy muy contenta de haberlo hecho. Si no fuese por el estado de Bernard lo estaría aún más.

— Me uno a las palabras de Maribel — corroboró Pilar.

— Bueno, veo que os estáis poniendo sentimentales — medió Rose —. Debo decir que como espía profesional estoy orgullosa de este grupo de científicos con el que me he embarcado. No he visto gente con tanto arrojo fuera de mi profesión. Pero vamos a salir de esta, confío en Lorraine que tiene una reputación impresionante.

— Pese a que tengo celos de mi compañera debo darle la razón a Rose — Rachel Owen, que andaba un tanto absorta, tomó la palabra —. Lorraine nos ha sacado de muchas, en territorio hostil casi siempre. Ahora tendremos ayuda, porque estamos en casa.

La conversación se interrumpió por una llamada de megafonía. Era Lorraine que avisaba del inminente aterrizaje y que se sujetasen todos lo mejor que pudieran.

Al minuto se produjo una tremenda sacudida de los asientos. Toda la cabina comenzó a vibrar y los pasajeros se vieron impelidos hacia adelante con

gran fuerza. Entre Maribel y Bradley sujetaron a Bernard como pudieron para evitar que volviese a golpearse.

Se oía un ruido atronador procedente del suelo. El chirriar de las ruedas imaginaban. Lo que no sabían es que en la pista habían colocado cables de frenado para acortar la distancia necesaria hasta la parada.

Fueron momentos infernales en los que parecía que el avión iba a romperse en varios trozos y todo el pasaje saldría despedido de la cabina.

Poco a poco el ruido fue cesando, también la vibración y los pasajeros lograron tomar una postura menos inclinada.

Por fin se detuvo el avión, con suavidad en los últimos instantes, y un suspiro de alivio recorrió todo el compartimento del pasaje.

* * * * * * *

44. Richmond, Virginia

Los helicópteros Eurocopter X3 habían sido la mayor y única adquisición de material militar que el Pentágono había hecho a Europa. Reacios a admitir en principio su superioridad como helicóptero de combate, frente a su competidor el Sikosrky X2, el deseo de tener los mejores aparatos, para la gran cantidad de misiones tácticas y logísticas que el Ejercito de EE.UU realiza en todos sus frentes militares abiertos, hizo que por primera vez en la historia el Pentágono consintiese en firmar un contrato con la industria europea.

Cuatro de estos aparatos habían salido al encuentro del Globemaster. Pero cuando lo alcanzaron éste ya había descendido a unos cuatro mil metros y continuaba el descenso lo que dificultaba realizar una maniobra de recogida del pasaje en pleno vuelo.

Lorraine y el piloto estaban a punto de soltar combustible cuando avistaron a los helicópteros en el radar. De manera que una corta comunicación por radio entre Lorraine y el jefe de escuadrilla decidió que el procedimiento más sensato era el aterrizaje de emergencia.

Desde los helicópteros se pidió a la base de Richmond que pusiesen cables de frenado en la pista. Estos cables, habituales en los portaaviones, se venían usando tiempo atrás en la base para permitir el aterrizaje ocasional de aviones de mediana envergadura como el Globemaster.

Los cazas procedentes de Grissom se habían adelantado en cuanto que el Globemaster comenzó a descender y se encontraban ya en los hangares cuando se vio al gran pájaro acercarse a la pista.

Todo el personal de la base se mantuvo expectante mientras el avión conseguía frenar. Cuando al final lo hizo se escuchó un ¡hurra por McLean! en toda la base. Los veteranos del lugar comenzaron a canturrear *American Pie*, la canción que hizo célebre a Don McLean en 1971, pero cambiando la letra para decir que *ha vuelto la aviación*.

Cuando, pasadas unas horas, el personal de la base había vuelto a su ruti-

na, Bernard comenzó a despertarse en la enfermería, teniendo a su lado a Maribel que no se había separado de él desde que se hirió.

— Hola, no sé qué me ha sucedido, balbuceó. ¡Ahhh, me duele el hombro!.

— Procura no moverte — le indicó Maribel con voz tierna — te golpeaste dentro del avión y tienes una herida en el hombro resultado de algo que te tuvo que pinchar, pero que no hemos encontrado.

— ¿Dónde estamos?.

— En la enfermería de la base de Richmond. Hemos tenido que aterrizar aquí porque los cazas que nos perseguían dispararon.

— He sido un temerario. Ahora entiendo que el copiloto de McLean se pusiese enfermo en el último momento. En realidad no quería acompañarnos porque sabía que lo que íbamos a hacer era suicida.

— Sí, Bernard, estamos todos demasiado eufóricos y hemos perdido algo de juicio. Pero esta aventura ha merecido la pena. Ahora debes descansar, estamos a salvo. Has perdido bastante sangre y es necesario que reposes. Rose y Lorraine se harán cargo del resto de la operación hasta que tú te repongas.

— Me alegra que estés conmigo, Maribel.

— Eres un buen hombre — acercó sus labios a los de él y lo beso con ternura —.

Mientras Bernard seguía durmiendo en compañía de Maribel, Rose y Lorraine reunieron al resto del equipo, incluido McLean.

— Aún nos queda sustancia que arrojar sobre un par de ciudades — dijo Rose sin rodeos —. Lorraine y yo hemos pensado que ya que tenemos aquí a los cazas de Grissom podíamos confiarles la aspersión sobre Lancaster, Harrisburg y Pittsburg. Esas dos ciudades no se apartan demasiado de su ruta de regreso y pasarían antes por Washington. Quizás pudieran observar algún efecto de nuestra rociada.

— En lo que a nosotros se refiere — intervino Lorraine — hemos hablado con el comandante de la base para organizar nuestra vuelta a Vancouver. Allí podíamos organizar la producción de mayores cantidades de retrovirus de las dos clases. Sé que es pediros un sacrificio añadido al que ya habéis hecho, pero considerar que a mi país le reportará un gran beneficio. Creo que en dos días podréis volver a Europa.

— ¿Qué hacemos con Bernard? — preguntó Robert de inmediato —. No lo vamos a dejar solo. Maribel se quedaría con él de cualquier modo, pero no vamos a abandonarlos aquí a los dos.

— Además no veo tan necesario que tengamos que estar físicamente en Vancouver — añadió Henri —. Podemos comunicarnos con el personal de allí mediante videoconferencia y enviarle toda la información necesaria telemáticamente.

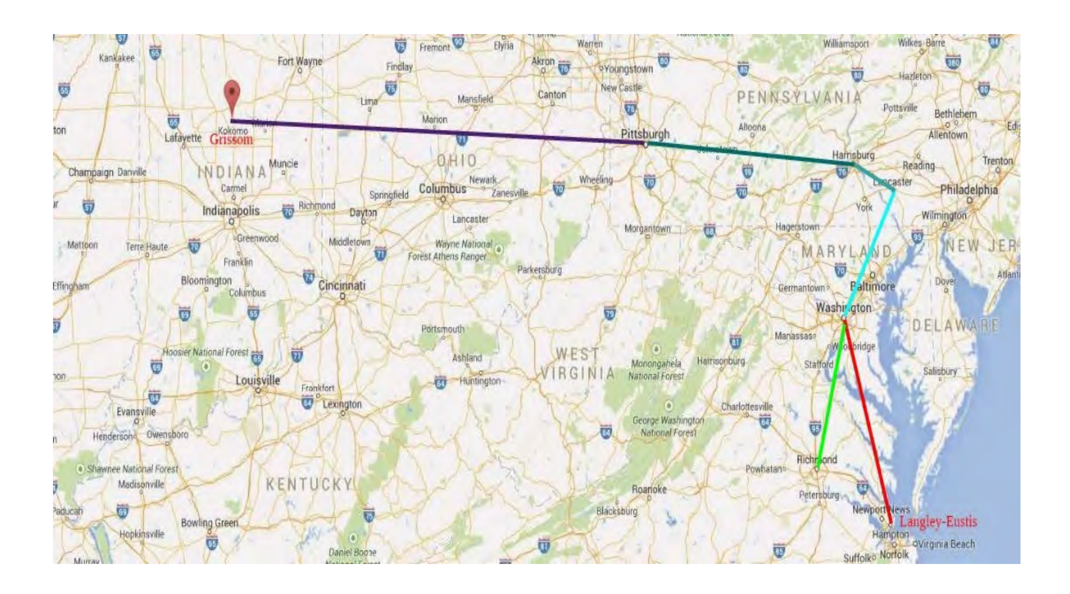
— Debemos tener en cuenta también que el país donde se ha incubado este hallazgo científico, Gran Bretaña, — Pilar, que hablaba, miró a Robert y a Henri — aún no ha recibido sus beneficios.

— Tengo que reconocer que lleváis razón — interpuso Rose —. Pero de momento no podemos contar con apoyo en esta parte de Estados Unidos. Richmond de momento es una islita. Langley-Eustis sigue debatiéndose, afortunadamente sin derramamiento de sangre. Tendremos que esperar, supongo, a que la situación cambie.

— Bueno, pues creo que las ideas están claras — alzó la voz Mariam que había estado muy atenta a los gestos de cada uno —. Entregamos la carga de *Bounty* a los pilotos, nos ponemos en contacto con Vancouver y esperamos mientras que Bernard se repone y nuestra *plaga* se extiende, para contar con gente dispuesta a llevarnos de vuelta a casa. Aunque sinceramente, yo preferiría volver a Sevilla y dejar a nuestros contactos en Londres que se encargasen de aquel lugar — guiñó un ojo a Robert —.

— Pues al trabajo y no se hable más — dijo Lorraine con media carcaja-

da —. Es un placer discutir con vosotros. Rose y yo os echaremos una mano en las comunicaciones con Vancouver, para hacerlas seguras, pero antes voy a hablar con Gutiérrez — se ruborizó levemente a la par que guiñó un ojo mirando a Rose —.



Cuando Lorraine, seguida de Rachel, Bradley y McLean abandonaron la sala, Rose dio un salto de alegría.

— ¡No os podéis imaginar lo que os lo agradezco!. No sabía cómo convencer a la pesada de Lorraine de que no hacemos falta en Vancouver. ¡Y estoy deseando volver a Europa!. Cuando volvamos yo me encargo *del frente inglés*, si estáis de acuerdo — miró a Mariam.

— Pues lo tomaré como pago del favor que has reconocido — contestó Mariam riendo —.

* * * * * * *

45. Vuelta a Europa

En el aeropuerto Dulles reinaba el bullicio de costumbre a media mañana. Las noticias del día seguían refiriéndose a los cambios en el Congreso, Senado y Casa Blanca, producidos después de que un misterioso avión militar sobrevolase Washington.

Durante la primera semana después de la distribución del gas el Congreso y el Senado paralizaron prácticamente su labor. Los congresistas y senadores seguían asistiendo a las correspondientes sedes, pero no tenían motivación alguna para proseguir los trabajos que estaban realizando sobre una recalificación de actividades económicas que rebajaría impuestos a las grandes empresas del sector energético, o sea a la Oil International.

Muchos se preguntaban, unos a otros, que para qué querían otro soborno. Los más discretos no decían nada, se limitaban a mirar al suelo o al techo con asco y vergüenza por haber aceptado dinero y favores en el pasado.

El Presidente tampoco sabía bien qué hacer. Un proyecto que traía entre manos de venta de armamento a países africanos le parecía ahora una aberración. A facciones congoleñas rivales les iba a vender carros pesados a una y cohetes anticarro a la otra. Algo semejante hubiese hecho en Costa de Marfil.

Ahora se agitaba en su asiento del despacho oval, abatido por los remordimientos de haber dedicado su vida a obtener poder para tener dinero, para emplear éste en tener más poder, pero consciente siempre de que no había sido otra cosa que un vasallo al servicio de Marc Jeppson y sus secuaces.

Se le pasó mil veces por la cabeza la idea de dimitir. Pero no se fiaba de su Vicepresidente, un hombre tres veces más codicioso que él mismo. Los Presidentes del Congreso y el Senado tampoco le inspiraban confianza. De este modo pasaba los días entre cavilaciones, sin que sus asesores personales tampoco le sacasen de dudas.

Varios de ellos habían optado por dimitir al día siguiente de que *la nube* cayese sobre Washington. De estos, unos se fueron sin más a sus casas y

otros contactaron con el movimiento *rebelde* y se unieron a la nueva causa.

Las actitudes habían cambiado menos en el Pentágono, pues después de los atentados del 11-S en 2001 y otros conatos de atentados yihadistas se tomaron medidas de precaución extremas, entre ellas un filtrado total del aire que entraba en el edificio, para evitar la penetración de cualquier tipo de gas nocivo desde el exterior.

Medidas complementarias de aislamiento del personal militar tuvieron el resultado como resultado que la propagación del *Bounty* en este colectivo fuese muy lenta. Los primeros alcanzados fueron los escasos casados con hijos, la mayoría de los cuales decidieron además no volver, comunicando una baja por motivos de salud suya propia o de algún familiar.

Hubiesen seguido funcionando con plena normalidad de no ser por la falta de órdenes de la Casa Blanca. El Secretario de Defensa también había sucumbido al efecto del *Bounty* y varios militares de los Estados Mayores, incluidos los Jefes del Estado Mayor Conjunto, habían sido *infectados* por contacto con él y con el Presidente.

De modo que la desorientación reinaba en todas las oficinas del Pentágono. La mayor parte de la plantilla con ansias de continuar en los planes de combate, en los varios frentes abiertos en distintas zonas del mundo, y una cúpula militar que había optado por ausentarse y retirarse a sus casas.

Por lo demás los servicios públicos funcionaban con plena normalidad, aunque hubo relevos de buena parte de los altos directivos en estos servicios. Algunos dimitieron y otros fueron destituidos por sus propios subordinados, sin que el Gobierno Federal ni el Municipal interviniesen.

Los ciudadanos no habían notado, por tanto, ningún desorden en sus vidas cotidianas. Sin embargo los relevos en la dirección de grandes empresas se sucedían a diario y un considerable número de presidentes y consejeros delegados se retiraron voluntariamente o fueron retirados por los empleados y mandos intermedios ante la pasividad de la Policía y Autoridades.

* * * * * * *

Varios europeos entraron en la sala B del terminal de salidas. Aparentaban ser parejas de turistas normales, pero la complexión atlética de todos ellos llamó la atención de parte de los presentes.

Aunque notaron el efecto que producían prosiguieron hacia el mostrador de facturación como si no se hubiesen percatado. Una vez que llegaron a la cola una pareja de guardias se les acercó y tras comprobar unas fotografías en sus móviles pidieron la documentación a dos de ellos.

Temiéndose lo peor, los demás se prepararon para reducir a los policías. Los gendarmes compararon exhaustivamente los rostros de la pareja con las fotos de sus pantallas, tras lo cual mostraron una sonrisa cómplice, desearon buen viaje y buena suerte a los europeos, extendiendo la mirada al grupo y dieron media vuelta.

— Tienen nuestras fotos — murmuró Susan —, rotuladas con *Wanted* y el sello de la CIA.

— He visto también el sello del FBI — añadió Henri.

— Es evidente que parte al menos de la policía de este aeropuerto hace caso omiso de la orden de detenernos — juzgó Rose —. De cualquier modo debemos estar atentos a lo que nos pueda venir.

Al llegar al mostrador Rose se adelantó y observó un repentino nerviosismo en la azafata. A ésta se le mudó el color de la cara dos veces y tardó unos instantes en calmarse hasta despegar los labios.

— Disculpe señora — esbozó una sonrisa forzada —, su pasaporte y billete, por favor.

— Los tiene delante de usted — replicó Rose, que ya los había colocado a la vista de la azafata.

— ¡Oh, disculpe de nuevo!, estoy algo fatigada. ¿Algún equipaje que facturar? — esta vez sonrió con espontaneidad.

— Pues no, no llevo más que esta pequeña maleta — repuso Rose, mostrando una mochila con ruedas apta para llevar en la cabina del avión.

— Que tenga un feliz vuelo — esta vez la sonrisa de la azafata fue tan amplia y sincera que parecía destinada a su mejor amiga —.

Tras pasar por el mostrador cada activista tomó un camino diferente para acabar reunidos en cuatro grupos, cada uno en una esquina de la sala. Rose dio una orden verbal a quienes se acercaron a ella. A los demás les escribió la orden en un whatsapp:

— Poneos los disfraces. Cada uno que busque un servicio distinto donde hacerlo. Cambiad los pasaportes y deshaceos del anterior. A partir de ahora iremos separados.

A los veinte minutos se dirigieron hacia el control policial de embarque, a larga distancia uno de otro y con aspectos irreconocibles. Tanto fue así que Susan y Maribel no se dieron cuenta de que iban casi juntas hasta después de pasar el escáner personal. Naturalmente hicieron como si no se conociesen y Maribel se retrasó para distanciarse.

Henri fue el último en pasar y el único a quien se le complicó el acceso a la puerta de embarque. Se había oscurecido la tez y sombreado el bigote de modo que parecía enteramente árabe. Tuvo la mala suerte de topar con un policía especialmente maniático con esa etnia, que lo retuvo y trasladó a un despacho aparte para hacerle un registro exhaustivo e interrogarlo.

Los otros activistas esperaban ansiosos su llegada y cuando oyeron su falso nombre por megafonía dándole un último aviso cundió el nerviosismo entre ellos. Para entonces ya estaban ocupando sus asientos. Susan hizo un ademán de salir de la cabina pero una autoritaria mirada de Robert la detuvo. Al minuto pudieron ver con alivio como un hombre de mediana edad con aspecto árabe entraba en la cabina de pasaje. Varias de sus compañeras suspiraron aliviadas y tosieron después para disimular su contento.

* * * * * * *

46. Bruselas

A las 20:40 el Airbus 380 de la Brussell Airlines tomaba pista en el aeropuerto de Bruselas-Zaventem, tras haber hecho escala en Heathrow.

Un nutrido grupo de agentes de la DGSE francesa, entre los que se encontraban Claire Villeneuve y Gustav Mercoli esperaban la llegada del avión dentro del muelle de atraque. Estaban acompañados de una docena de gendarmes belgas, dando la sensación de que iban a arrestar a una decena al menos de pasajeros.

Y efectivamente, a medida que las personas que habían ocupado el avión, procedentes de Washington o de Londres, salían de la cabina los agentes los detenían para identificarlos y comparar las caras de algunas de ellas con las fotos que tenían en sus dispositivos móviles.

Rose intentó ser la primera del grupo en salir, pero un grupo de japoneses se interpuso entre ella y Pilar, obligando a ésta a caminar hacia afuera de la cabina.

En cuanto hubo pisado el muelle de atraque Claire se le acercó, la identificó y la cogió del brazo para entregarla, desatinadamente, a uno de los gendarmes belgas, que se puso a cachearla abusivamente.

Pilar, viéndose manoseada, comenzó a gritar como una posesa, hasta que la voz de Mercoli detuvo al guardia. En ese momento Rose irrumpió en la escena insultando a gritos a los belgas con el poco francés que conocía.

Se asustaron los pasajeros que aún permanecían en la cabina. Algunos incluso dieron marcha atrás de modo que Robert, Mariam y demás activistas aprovecharon la ocasión para salir antes.

Cuando casi todos estaban fuera vieron como Pilar y Rose estaban esposadas y custodiadas por cuatro de los agentes. Una mirada de Rose le bastó a Mariam para saber que debían llamar la atención y Mariam se hizo eco de esa mirada hacia sus compañeros.

Ante la expresión atónita de los demás pasajeros los activistas gritaban in-

crepando a los gendarmes belgas.

— ¡Vaya un recibimiento! ¡Parecéis agentes de la Gestapo! ¡Banda de sicarios, es lo que sois! ¡Reprimidos sexuales con uniforme!

Esas y otras *lindezas* del mismo estilo resonaron a lo largo de la pasarela. Un grupo de australianos que viajaban juntos se unió a las protestas, lo que desconcertó a Mercoli y los suyos durante unos momentos que los gendarmes belgas aprovecharon para desquitarse de los insultos, aporreando a todo al que veían chillar.

Por fin Claire y Mercoli reaccionaron al unísono dando voces a los guardias para que parasen y se limitasen a esposar a los que chillaban. Además de los activistas otros seis australianos fueron arrestados.

* * * * * * *

Rose comenzaba a pensar que se había equivocado al provocar a los guardias belgas. Llevaba una hora en una salita de interrogatorios de la Comandancia belga en el aeropuerto sin que nadie fuese a verla, cuando entró Mercoli acalorado.

— Debemos irnos de inmediato. ¡Menuda la que habéis liado entre Pilar, tú y los demás!.

— ¿Y qué esperabas que hiciéramos?. Pilar no es agente, no está acostumbrada a ese tipo de cosas. Y además, ¿qué excusa ibais a poner para detenernos?. Con lo que hemos hecho os lo hemos facilitado.

— Hasta cierto punto llevas razón. Bueno, no es el momento de discutir. Los demás nos esperan, he mandado a mis agentes a recogerlos a todos. El problema es que el policía belga chivato ha enviado un mensaje a sus superiores contándoles el incidente. Si salimos antes de que llegue la respuesta el teniente belga no tendrá problemas.

— Pues vamos, ¿no me quitas las esposas? — Rose acercó sus manos a

Mercoli.

— Lo siento, pero vais a salir de aquí en calidad de *detenidos* por la DGSE. Ese es el trato con la Policía Belga.

Al salir de la Comandancia se unieron al grupo de agentes franceses y activistas detenidos. Realizaron toda una marcha teatral hasta la salida del aeropuerto, llamando la atención de todos los presentes, hasta llegar a la salida donde los esperaban varios coches, entre los que se distribuyeron y tomaron ruta hacia París.

Para sorpresa de los activistas vieron como se había suprimido el pago de peajes en las autopistas francesas. Los puestos de control seguían colocados, pero las barreras estaban abiertas haciendo más fluido el paso por estos lugares.

Cuatro horas después de haber salido de Zaventem se encontraban en mitad de Voie Georges Pompidou, cerca del hotel Romantique Les Halles que era su destino.

* * * * * * *

47. Les Halles, París

El hotel Romantique Les Halles había logrado mantener su categoría de gran hotel céntrico de París gracias a un remozamiento de sus instalaciones básicas, especialmente las energéticas, pues había montado todo un sistema de paneles solares y acumuladores de calor para disminuir la dependencia de la red eléctrica general y los combustibles.

Tras deshacerse la cadena Novotel este hotel había pasado a manos de franceses con tradición en la hostelería, quienes le pusieron el nuevo nombre. Sus actuales dueños, firmes creyentes en las energías renovables, se habían adherido incluso a un plan experimental de generación de hidrógeno aprovechando el exceso de producción eléctrica de los paneles y otros medios en determinadas horas del día.

De este modo mantenían una reserva constante de energía que se usaba después durante el invierno. En el conjunto del año el hotel producía el 75% de la energía que consumía, pese a lo cual tenía que pagar un peaje elevado por el mero hecho de estar conectado a la red eléctrica general.

Por lo demás era uno de los hoteles que llevaba bien la recesión económica impuesta por la Oil y otras macro-empresas en su afán de adueñarse de todo. Si lo conseguía era por tener unos trabajadores motivados en tanto eran partícipes de los beneficios netos anuales, además de otras facilidades como guardería en el propio hotel junto con formación y estímulos adecuados para rotar en los puestos de trabajo.

* * * * * * *

En la terraza principal del Romantique el grupo de activistas se encontraba solo, tomando una copa a altas horas de la noche.

— Me parece que hayan pasado diez años desde la última vez que estuvimos aquí para secuestrar a los avaros de la Oil — comentó Rose a

Mercoli — y tan siquiera me acuerdo de cuando salí de Gales con mis compañeros activistas.

— ¡Oh, sí!. Debo reconocer que habéis hecho cosas extraordinarias, habéis cambiado el mundo.

— Tu equipo y tú mismo habéis colaborado, no lo olvides.

— Y nos sentimos muy orgullosos de haber estado junto a personas de tanta valía como vosotros — terció Claire Villeneuve.

— Bueno, creo que aún no es el momento de echarnos flores por encima — repuso Robert con una carcajada —. Nos queda un tanto de trabajo por hacer. A lo que veo nuestra *epidemia* ha alcanzado casi toda España, Portugal, gran parte de Italia y de Francia y se ha extendido por otros países vecinos menores, pero apenas ha penetrado en Alemania, Bélgica, Países Bajos y otros más al norte.

— No olvidemos que en Estados Unidos tampoco hemos conseguido extender el *Bounty* a todo el territorio — apostilló Henri — y lo más paradójico es que nuestro país según mis noticias está bastante intacto.

— Sin embargo, aunque el *Bounty* no haya alcanzado todas esos países que ustedes citan lo cierto es que otra epidemia paralela se ha propagado más deprisa y más lejos — volvió a intervenir Mercoli —. Les hablo del cambio de mentalidad social, la parálisis de las viejas instituciones y la creación de otras nuevas que están tomando el poder de la economía y la sociedad. Según la información de la DGSE la mitad de los landers en Alemania se encuentra bajo el control de los nuevos Comités Ciudadanos. Lo mismo ocurre en casi toda Gales y buena parte de Inglaterra. Berlín y Londres parecen ajenos a estos cambios. Los respectivos gobiernos temen que sus ejércitos y fuerzas policiales se subleven si los envían a *recuperar* esas zonas, porque el hecho es que en los Comités Ciudadanos hay militares y policías junto a gente de a pie.

— Un empujoncito con *Bounty* creo que no vendría nada mal — intervino Pilar —. Ahorraría además posibles disgustos, pues quién sabe si algún militar o político del viejo régimen intenta someter a la gente por la fuerza.

— Estoy de acuerdo con Pilar — volvió Robert a tomar la palabra —. Os propongo que volvamos a Sevilla. España a lo que parece es hoy un país seguro para nosotros y en Sevilla tenemos ya montadas unas buenas instalaciones en la que producir más *Bounty*. Después encargaremos a nuestros amigos espías alemanes, británicos, franceses — miró a Mercoli — y todos los que puedan colaborar, que se ocupen de expandir el *Bounty* por toda Europa y más allá si es posible.

— Bernard es decisivo, no lo olvidemos para ampliar nuestros contactos — precisó Henri —. Estoy enteramente de acuerdo con Robert. Sugiero que volvamos a la Cartuja, reanudemos la fabricación del *Bounty* y que nuestros amigos franceses aquí presentes se encarguen de contactar con los alemanes y los demás. Los británicos nos esperan en la Cartuja, os recuerdo. Y en cuenta vuelva Bernard estableceremos un plan más amplio.

Hubo gestos de asentimiento entre todos los presentes, y entendimiento general de que era la hora apropiada para acostarse, pues un largo día les esperaba a la mañana siguiente. Con miradas cómplices se fueron retirando a sus habitaciones sin otra conversación.

* * * * * * *

48. La Cartuja, dos meses después

— Nunca pensé que fuese a vivir en un laboratorio — bostezó Robert mientras le hablaba a Mariam — y la verdad es que estoy aquí muy a gusto.

— ¿Y no será por la compañía, *rotter* (1)? — le espetó Mariam girándose en la cama mientras reía.

— Bueno, reconozco que la compañía algo ayuda — Robert no dejaba de reír —, pero este edificio está muy bien, aquí tenemos todo lo que necesitamos y Sevilla es una ciudad encantadora.

— Así que Sevilla es la encantadora. ¡Serás ladrón! — Mariam le tiró la almohada a Robert que, sin dejar de reír, se echó sobre ella y la besó.

— Sabes, ahora que nuestro trabajo está hecho nos podíamos tomar unas vacaciones y tener a una preciosa Mariam junior.

— ¿Tú, el mujeriego, el que nunca quería comprometerse?. ¿No se te ocurrirá dejarme después de que me quede embarazada?.

— He encontrado la vacuna del *donjuanismo*, y lo sabes. Se llama Mariam Bermúdez.

— Muy bien, pero que sepas que como se te pase el efecto de esa vacuna te voy a administrar otra que se llama *caparina*. ¡Que te capo, vamos!.

— Le tengo mucho aprecio a mi hombría para hacer el tonto — rió otra vez Robert y volvió a besar a Mariam — y menos hablar que tenemos mucho trabajo, ja, ja, ja — empezó a acariciarla por todo el cuerpo.

* * * * * * *

(1) Caradura, sinvergüenza

A la hora del almuerzo se reunió el grupo de científicos como venía siendo habitual. En las últimas semanas el trabajo había ido menguando y las sobremesas se alargaban hasta casi empalmar con las cenas. Se habían estrechado mucho los lazos entre todos, y se habían formalizado las parejas. Maribel y Bernard habían regresado mes y medio atrás. Henri y Susan dormían juntos desde que volvieron a la Cartuja al igual que Pilar y Fran.

Rose y Hutkins habían vuelto a Gales, desde donde dirigieron las operaciones para distribuir el *Bounty*, junto con Kurt Madlow y su equipo. Lo primero que hicieron fue *infectar* el MI5 y con la ayuda de todos los agentes continuaron con el MI6. Con los principales servicios secretos de su parte, establecieron un plan para esparcir *Bounty* por las principales bases militares del Reino Unido, a la vez que se hacían con los laboratorios de las principales farmacéuticas del país. En cuatro semanas habían ganado suficientes aliados para acometer la fase final de llenar de *Bounty* toda gran Bretaña e Irlanda.

En Alemania, Alice Delapierre y su equipo acometieron un plan semejante, pero comenzando por los laboratorios. Una vez tomaron el control de la Bayer, Braun, Boehringer, Fresenius, Merck y Hoffmann-La Roche (en Suiza), los pusieron a trabajar en la fabricación de *Bounty*, bajo la dirección del equipo de la Cartuja.

Berlín fue sumergido en una nube del *Bounty* que dejó inermes a Gobierno, Bundestag, y el resto de instituciones. Se sucedieron relevos en la dirección de las principales empresas que pasaron a propiedad de los trabajadores y Comités de Distrito. No se produjo en ningún momento un cese de la producción, ni del transporte o cualquier otra actividad. De un día para otro la actividad económica y social había cambiado de dueños, pero parecía que había sido así siempre.

España era el país más adelantado en la revolución que se estaba produciendo. Todas las grandes empresas, nacionales y multinacionales se habían cooperativizado. Se habían marcado unas reglas estrictas de diferencias salariales, aumentando el sueldo básico y rebajando los más altos a cuatro veces el más bajo.

Las dos cámaras del Parlamento Español se habían sustituido por un Comité Ciudadano Estatal, elegido provisionalmente por los comités de las ciudades importantes, con el mandato de asegurar la administración hasta la convocatoria de unas elecciones constituyentes.

En Estados Unidos, el gigante con pies de barro, se producían cambios similares. El Presidente abandonó su cargo junto con el resto del Gobierno. El Congreso y el Senado se disolvieron por dejación de funciones de sus miembros. A todos ellos los sustituyó un Comité Federal elegido por los Comités de Estado, con encargo de convocar elecciones para una nueva Convención Constituyente.

Marc Jeppson fue detenido en Los Ángeles por la Guardia Nacional como *peligro público*. A los dos días de su arresto se le encontró envenenado en su celda. Una dosis letal de barbitúricos que un *alma compasiva* le proporcionó.

* * * * * * *

— Quizás hubiese sido mejor otro final para los magnates de la Oil — comentó Bernard —. Posiblemente una condena perpetua que nos recordase a todos el mal que han hecho. Esto que ha ocurrido de encontrarlos a todos muertos en sus celdas no me ha gustado.

— Estoy contigo — refrendó Maribel —, sacarlos de la cárcel para ajusticiarlos no ha estado bien. Tuvieron un juicio y fueron declarados culpables y condenados a la máxima pena como terroristas. A sus delitos por el secuestro y la experimentación con africanos se le podrían haber añadido con seguridad otros de la misma índole y seguramente delitos económicos contra varios estados, sometimiento económico de poblaciones enteras con perjuicios para la salud y la vida y un montón de etcéteras. Podrían haber pasado el resto de sus vidas en la cárcel.

— Me temo que nos enfrentamos a un cambio de paradigma filosófico y moral muy profundo — contrapuso Henri —. Estamos haciendo juicios de valor desde la óptica de lo que ha sido nuestro pensamiento

social hasta ahora. Pero, ¿cómo verán estos hechos las generaciones futuras?. Si el cambio genético de la humanidad queda definitivamente establecido, como esperamos que sea, se establecerá seguro una nueva moral en que una de las lindes entre el bien y el mal dejará de existir. No se juzgará como malo el robar por ansia de acumular, porque nadie lo hará. Posiblemente no se considere mal ni siquiera tomar cosas que no son de uno, porque todo será de todos. Quiero decir con esto que la sociedad va a cambiar hasta no reconocerse en el pasado.

— Pues sí — prosiguió Robert —. Cuando se han producido revoluciones han rodado cabezas de los que estaban en el poder. Si repasamos la Historia a grandes saltos eso ha servido para que desde el Estado se tuviese más consideración con el pueblo que, de esclavo cuya vida dependía del amo pasó a ser siervo que había que juzgar por un tribunal para ajusticiar y hoy en día ciudadano cuya vida está garantizada frente a la justicia, salvo que sea asesino. Desde ese punto de vista las ejecuciones de antiguos gobernantes tal vez hayan sido una necesidad histórica.

— Estamos de acuerdo en que la humanidad algo ha avanzado, al menos en los modelos a seguir — apostilló Pilar —. Pero de lo que ha sucedido yo no me siento capaz de valorar si para al futuro es o no lo acertado. Creo sencillamente que ha sido consecuencia de procesos psíquicos que difícilmente podremos evitar. La gente que ha sufrido mucho también ha acumulado mucha rabia que ahora ha tenido una descarga. Quienes han matado a estos tipos han querido decirles: *habéis terminado y han terminado nuestros sufrimientos, no volveréis.* De cualquier modo la reacción del Comité Ciudadano de Sevilla mandando detener a presuntos sospechosos demuestra que la razón prevalece, aunque sea algo tarde.

— La muerte del enemigo es el final de un estado de cosas que nos resulta amenazante — intervino Rose —. Se me quedaron grabadas las lecciones que me daba Wattner en la academia sobre el final de la

Unión Soviética y del Pacto de Varsovia. Se acabó con eso un estado de miedo generalizado en los países occidentales y a la gente se le despejó la mente para pensar en otras cosas y observar su realidad cercana, ver cómo políticos que hacían bandera del anticomunismo tapaban con eso sus corruptelas. Comenzó una época de regeneración democrática, lamentablemente fugaz.

— Porque a la gente se le tentó con el gusanillo de la riqueza — medió Hutkins —. Se creó deliberadamente la ilusión de que cualquiera podría tener casa y otros bienes en propiedad con sólo firmar un contrato para pagar a plazos. Lo que no se les dijo es que con ese contrato se iban a beneficiar mucho más los banqueros que ellos mismos y a la larga los pobres serían más pobres para que los ricos fuesen más ricos.

— Hablando de la riqueza y su reparto es un deber de los consejos ciudadanos que se están formando arbitrar un sistema de reparto justo — Henri cambió de tema —. Creo que no nos podemos conformar con evitar corrupción y acaparamientos indebidos por parte de individuos o pequeños grupos. También los grandes grupos sociales pueden obrar egoístamente y dejar desamparados a los actualmente marginados.

— Bueno, confío en que ese tema lo solucionen adecuadamente los nuevos políticos — intervino Fran Escobar —. De momento la reestructuración de las instituciones ha comenzado bien. Al estilo de las comunas de la revolución francesa y los soviets en Rusia, pero con mucho más arraigo y capacidad de decisión de la base social. Internet en ese aspecto se está mostrando un gran avance.

— Lo que parece realmente prometedor es la liberación de patentes que ha realizado Tesla — Susan se animó a hablar —. Sus sistemas de producción y almacenamiento de electricidad, que se llegaron a implantar masivamente en California hará diez años fueron inutilizados con malas artes por la Oil, pero hoy en día han duplicado su eficiencia a lo que parece en las pocas instalaciones que han sobrevivido a

ese ataque. Si ahora cualquiera puede fabricar esos modelos la penuria energética puede pasar a la historia en poco tiempo.

— Y no olvidemos a Toshiba, cuyas divisiones europea y norteamericana han anunciado independizarse de la matriz japonesa — continuó Mariam —. También han hecho pública la liberación de sus patentes, en particular su batería de hidrógeno. Si la gente que está en el sector piensa en ponerse a trabajar sobre el tema y no sólo para ganar dinero, sino para solucionar de verdad el problema social de la energía, creo que en breve veremos una alegría en las calles que ya hemos olvidado.

— El dinero, el dinero, el maldito dinero — profirió Robert con tono teatral —. En el barrio que tenemos enfrente, el de Triana, he visto en los últimos días que la gente casi ha dejado de usarlo. Increíblemente en tampoco tiempo han llegado a acuerdos para coger cada cual lo que necesita de tiendas, bares y otros comercios. Ya casi tienen montada una cooperativa financiera para pagar entre todos los suministros que les hacen falta del exterior del barrio. Por lo que he oído el modelo se está extendiendo a otros barrios de Sevilla.

— Cierto — confirmó Bernard —. Y según mis noticias en Madrid y otras ciudades parece que algo así se empieza a hacer, sólo que *a la castellana*. Al parecer tú te llevas algo de un sitio y allí te lo apuntan y lo firmas y luego los mismos empleados o dueños de ese sitio van a otro con tu papel y se les da crédito de la misma forma, solo por el hecho de que a ti te lo han dado y los terceros confían en que tú harás lo mismo por ellos cuando te pidan algo. De esa manera mucha gente está evitando que los bancos los amarren con préstamos. A todo el que es funcionario le proporcionan lo que piden sin esperar nada a cambio, porque la gente es consciente de que los funcionarios hacen, o se espera de ellos al menos que hagan, un trabajo de utilidad pública.

— Seguimos en la incógnita de lo que sucederá en los países asiáticos — Maribel dio otro giro a la conversación —. De momento la penetra-

ción de *Bounty* en ese continente, Rusia incluida, ha sido testimonial y las informaciones que vienen de allí es que los gobiernos están tomando medidas para evitarla. Es más intentan convencer a la población de que se trata de una epidemia desatada en occidente que puede afectar gravemente a la salud de los orientales por las diferencias genéticas.

— Se habla también de preparativos militares por parte de los gobiernos ruso, chino, japonés y coreanos de ambos bandos, además de en otros países menores — prosiguió Bernard —. Siendo pesimista hay que pensar que traten de aprovechar la situación de inestabilidad política que se ha creado en los principales países occidentales, posiblemente para conquistar por las armas el continente africano, en el peor de los casos para invadir militarmente occidente.

— Me parece demasiado especulativa esa posibilidad — replicó Pilar —. Detrás de esos pensamientos veo emociones poco racionalizadas, al igual que en la ejecución de los potentados de la Oil. En este caso la emoción de una de las partes, la occidental, es el miedo a estar indefenso, porque nos hemos desposeído del gigantesco bastón con que teníamos amenazado al resto del mundo. Por la parte oriental la percepción engañosa de que el gigante enemigo tambalea lo que les lleva a un sentimiento de superioridad y desgraciadamente al deseo de aprovechar la oportunidad para acabar con el gigante. Espero que esta vez se imponga la razón antes de que las emociones irracionales actúen.

— ¿Piensas, Pilar, que sería mejor una humanidad sin emociones? — Hutkins hacía la pegunta, vista la insistencia de Pilar sobre el tema —. ¿No crees que sería una vida aburrida en que, por no tener dolor psíquico, tampoco tendríamos placer ni sentiríamos satisfacción al hacer bien las cosas?.

— Lo único que puedo decirte, John, es que por más que nos esforcemos en imaginarnos desprovistos de emociones no podremos hacernos una idea cabal de cómo viviríamos sin éstas. Es como pensar qué se-

ría de nuestras vidas si fuésemos pájaros. ¿Seríamos más felices teniendo que volar necesariamente?. Para saberlo creo que tendríamos que experimentarlo pero no se nos va a dar la oportunidad por el presente y, si se nos diese, quizás no fuese reversible con lo que no tendríamos posibilidad de elegir. De cualquier manera creo que esa no es la cuestión...

— En efecto — Rose interrumpió a Pilar para reforzarla —, la cuestión no es eliminar las emociones. Las tenemos como animales que seguimos siendo en bastante medida. Lo que importa es hacer que la razón en todo ser humano esté por encima de sus propias emociones, especialmente cuando su conducta afecta a otros. Las emociones están ahí y sirven como aviso a nuestra conciencia sobre si nos encontramos mal o bien. También como recompensa si hemos actuado en beneficio de quienes nos rodean. Deberíamos tomarlas como *sentidos superiores*. Pero, al igual que no nos comemos todo lo que vemos apetitoso ni nos frotamos todo el día con lo que es agradable al tacto, deberíamos alimentar nuestras emociones sólo en su justa medida y controlar con nuestro raciocinio los excesos.

— Te agradezco lo bien que lo has expresado — rió Pilar —. No me imaginaba a una espía como tú tan filósofa.

— Concluyendo entonces — rió también Robert al tiempo que otros —, dejaremos en paz por el momento el resto de genes humanos y nos seguiremos centrando en corregir la codicia. Bueno, ¿y qué pensáis sobre la modificación del genoma para hacernos inmunes a las enfermedades y el enveje...?

— Pues yo pienso — cortó Mariam con risas — que es hora de dar un paseo y aprovechar el comienzo de la primavera en Sevilla. En este momento me siento un reptil ávido de sol.

Los demás también rieron y se levantaron de sus asientos siguiendo a Mariam.

* * * * * * *

49. Retratos



Robert Morrison



Mariam Bermúdez



Henri Crosstand



Rose Sutherland



Susan Bertelli



Bernard López



Alice Delapierre



Jhon Hutkins



Maribel Hernández



Pilar Ferrero



Fran Escobar



Pedro Buenatierra



Azucena Castillo



Frank Lucas



Edward Huthignton



Lorraine Crowley



Coronel Charles Vaillant



Heinz Beisheim









Kate Heissenn

Hans Priebke

Dalila Cacciatore

50. Personajes

Nombre	*Empleo*	*Organización*	*País*	*Descripción*
Robert Morrison	**Científico**	**CMH-SGL**	**Inglaterra, Canterbury**	**Investigador de Genicotrox antes había trabajado en Genentech.**
Mariam Bermúdez	**Científico**	**CMH-SGL**	**España**	**Investigadora de Genentech.**
Henri Crosstand	**Científico**	**CMH-SGL**	**Inglaterra, Londres**	**Director de división en Genentech.**
Rose Sutherland	**Espía**	**MI5**	**Inglaterra**	**Agente infiltrada en Genicotrox Horsham como recepcionista**
Bernard López	**Activista**	**CMH**	**Franco-español**	**Ex militar, trabaja como periodista en «Le Monde» Destacamento ALAT de Operaciones Especiales (DAOS) de Pau (Pirineos Atlánticos).**
John Hutkins	**Policía**	**Scotland Yard**	**Inglaterra**	**Agente de Scotland Yard. Lo abandona para unirse a la CMH**
Susan Bertelli	**Activista**	**CMH**	**Italia**	**Enfermera de Cuidados Intensivos**

Nombre	*Empleo*	*Organización*	*País*	*Descripción*
Pedro Buenatierra Martínez	**Espía**	**CNI**	**España**	**Agente del CNI español**
Maribel Hernández	**Científico**	**CMH-SGL**	**España-Sevilla**	**Médica, especialista en terapias genéticas. Amiga de Bernard.**
Pilar Ferrero	**Científico**	**CMH-SGL**	**España-Sevilla**	**Médica, especialista en terapias genéticas. Amiga de Robert.**
Francisco Escobar	**Científico**	**CMH-SGL**	**España-Sevilla**	**Bioquímico, genetista. Amigo de Mariam**
Alice Delapierre	Espía	BDN	Alemania	Infiltrada en el BDN. Origen suizo. Alias: Constance Straugt. Carmen Gutiérrez de los Santos
Kurt Madlow	Espía	MI5	Inglaterra	Segundo jefe de unidad
Wattner	Espía	MI5	Inglaterra	Jefe de unidad
Scalabra	Espía	MI5	Inglaterra	Agente
Comisario Edward Huthignton	Policía	Scotland Yard	Inglaterra	
Teniente Frank Lucas	Policía	Scotland Yard	Inglaterra	
Heinz Beisheim	Potentado	Oil	Alemania	Cúpula Directiva localizado por la CMH
Alain Darlan	Potentado	Oil	Suiza	Cúpula Directiva localizado por la CMH de Francia

Nombre	*Empleo*	*Organización*	*País*	*Descripción*
Hans Priebke	Gorila	Oil	Alemania	Jefe de Seguridad de Oil Corp. localizado por la CMH
Kate Heissenn	Gorila	Oil	Alemania	Gorila al servicio de Beisheim
Dalila Cacciatore	Potentado	Oil	Italia	Cúpula Directiva
Marc Jeppson	Potentado	Oil	USA	Cúpula Directiva localizado por la CMH
Juan García Bustos	Activista	CMH	España	Cooperativista y ex-sindicalista
Francesco Jacometti	Activista	CMH	Italia	Capitán del barco Capri — Almería
Franklin Simpson	Activista	CMH	USA	Abogado y periodista
John McDouglas	Activista	CMH	USA	Sindicalista
BBOL	Agencia	BBOL	Alemania	Policía alemana uniformada.
BDN	Agencia	BDN	Alemania	Bundesnachrichtendienst Servicio Secreto alemán.
CIA	Agencia	CIA	USA	Central de Inteligencia Americana
CNI	Agencia	CNI	España	Centro Nacional de Inteligencia (España)
DGSE	Agencia	DGSE	Francia	Dirección General de Seguridad Exterior (Francia)
MI5	Agencia	MI5	U.K.	Inteligencia Militar 5

Nombre	*Empleo*	*Organización*	*País*	*Descripción*
MI6	Agencia	MI6	U.K.	Inteligencia Militar 6
NSA	Agencia	NSA	USA	Agencia de Seguridad Nacional
SVR	Agencia	SVR	Rusia	Servicio de Inteligencia Extranjera KGB
DGPN	Agencia Policía	DGPN	Francia	Dirección General de Policía Nacional (Francia)
Scotland Yard	Agencia Policía	Scotland Yard	U.K.	
Justine	Camarera	Palais Royal	Francia	
Beatriz Montaño	Científico	CMH-SGL	España-Valencia	Médica, especialista en terapias genéticas. Amiga de Maribel
José Ramírez	Científico	CMH-SGL	España-Valencia	Bioquímico, genetista. Amigo de Francisco
Teresa Sanz	Científico	CMH-SGL	España-Valencia	Bioquímico, genetista. Amiga de Pilar
Clarise Gordon	Empleado	Genicotrox	Inglaterra, Horsham	Secretaria de Edgard Brooks.
Edgard Brooks	Empleado	Genicotrox	Inglaterra, Horsham	Director de Genicotrox Horsham
Philip Arnais	Empleado	Genicotrox	Inglaterra,	Jefe de personal de Genicotrox Horsham.

Nombre	*Empleo*	*Organización*	*País*	*Descripción*
			Horsham	
Thomas Brezsky	Empleado	Genicotrox	Inglaterra, Horsham	Investigador senior de Genicotrox. No entra en escena
AgroEvo	Empr.Ing.Gen.	AgroEvo		
Bayer AG	Empr.Ing.Gen.	Bayer	Alemania	Leverkusen
Dow	Empr.Ing.Gen.	Dow		
Dupont	Empr.Ing.Gen.	Dupont		
Genentech	Empr.Ing.Gen.	Genentech	Estados Unidos	1 DNA Way SOUTH SAN FRANCISCO CA 94080 ESTADOS UNIDOS
Genicotrox	Empr.Ing.Gen.	Genicotrox		Genicotrox Europharm Limited Wimblehurst Road RH12 5AB HORSHAM REINO UNIDO
Monsanto	Empr.Ing.Gen.	Monsanto		
Zeneca	Empr.Ing.Gen.	Zeneca		
Astrid Meinl	Espía	BDN	Alemania	Infiltrada en el BDN. Alias: Sonia Hernández García
Clemens Gottsched	Espía	BDN	Alemania	Infiltrada en el BDN. Alias: Álvaro González Hiruela

Nombre	*Empleo*	*Organización*	*País*	*Descripción*
Gisela Baumeister	Espía	BDN	Alemania	Infiltrada en el BDN. Alias: Felisa Pérez Gurtiel
Holger Kähler	Espía	BDN	Alemania	Infiltrada en el BDN. Alias: Antonio Márquez Espejo
Kaspar Urlacher	Espía	BDN	Alemania	Infiltrada en el BDN. Alias: Fernando Lapuerta Canales
Bradley Miller	Espía	CIA	Estados Unidos	Infiltrado de la CMH en la CIA
Lorraine Crowley	Espía	CIA	Estados Unidos	Infiltrada de la CMH en la CIA
Rachel Owen	Espía	CIA	Estados Unidos	Infiltrada de la CMH en la CIA
Azucena Castillo	Espía	CNI	España	Agente del CNI español
Eduardo Cortés	Espía	CNI	España	Agente del CNI español
Claire Villeneuve	Espía	DGSE	Francia	Agente del DGSE francés. Pareja de Gustav Mercoli
Jazmine Bertoli	Espía	DGSE	Francia	Agente del DGSE francés. Acompañante en París de los espías alemanes
Marie Chateaux	Espía	DGSE	Francia	Agente del DGSE francés. Acompañante en París de los espías alemanes

Nombre	*Empleo*	*Organización*	*País*	*Descripción*
Pauline Forgot	Espía	DGSE	Francia	Agente del DGSE francés. Acompañante en París de los espías alemanes
Pierre Bonard	Espía	DGSE	Francia	Infiltrado en la DGSE, conductor en la fuga de Avig-non
Rosalie Narbonne	Espía	DGSE	Francia	Agente del DGSE francés. Acompañante en París de los espías alemanes
Gustav Mercoli	Espía	DGSE	Suiza	Agente del DGSE francés, Jefe de Grupo
Redmigton	Espía	MI5	Inglaterra	Agente
Whiston	Espía	MI5	Inglaterra	Agente
William Richardson	Espía	MI5	Inglaterra	Agente
Jerrod Blumer	Espía	MI6	Inglaterra	Amigo de Rose
Peter Schward	Espía	MI6	Inglaterra	Amigo de John Hutkins.
Berta Gersdorff	Espía-Oíl	BDN	Alemania	Trabaja para la Oil. Topo de Beisheim
Julius Lohausen	Espía-Oíl	BDN	Alemania	Director general de la BDN
Harley	Espía-Oíl	MI6	Inglaterra	Jefe de sección corrupto.

Nombre	*Empleo*	*Organización*	*País*	*Descripción*
Smitshon	Espía-Oíl	MI6	Inglaterra	Jefe de unidad corrupto muerto en refriega con Wattner.
Ewan Birney	Genetista	Genetista	Estados Unidos	Predecesores
Samuel Braun	Genetista	Genetista	Estados Unidos	Actuales
Ian Dunham	Genetista	Genetista	Inglaterra	Predecesores
Mike Stratton	Genetista	Genetista	Inglaterra	Predecesores
Frank	Gorila	Oil	Alemania	Gorila al servicio de Beisheim
James	Gorila	Oil	Alemania	Gorila al servicio de Beisheim
Antonio Montes	Guardia Civil	Guardia Civil	España	Capitán Guardia Civil — protección de Isla Cartuja
Guillermo González	Guardia Civil	Guardia Civil	España	Cabo Guardia Civil — protección de Isla Cartuja
Adam Kieffer	Médico	CMH	USA	Jefe de Virología de Nebraska
Coronel Charles Vaillant	Militar	Armée de l’Air	Francia	Se pasa a la CMH con su base de helicópteros
General Antoine Rousseau	Militar	Armée de l’air	Francia	Se pasa a la CMH con su división al mando
General Rippley	Militar	British Army	Inglaterra	Se pasa a la CMH con su división al mando

Nombre	*Empleo*	*Organización*	*País*	*Descripción*
Tte. Coronel Whallam.	Militar	British Army	Inglaterra	Se pasa a la CMH con todo su acuartelamiento y General al mando
Donovan	Militar	Pentágono	USA	General Estado Mayor del Pentágono
McNeill	Militar	Pentágono	USA	Jefe Estado Mayor del Pentágono
Rodríguez	Militar	Pentágono	USA	General Estado Mayor del Pentágono
Stevenson	Militar	Pentágono	USA	General Estado Mayor del Pentágono
Wedemeyer	Militar	Pentágono	USA	Agregado Estado Mayor del Pentágono. Adjunto a Stevenson
Oil Corp.	Multinacional	Oil	Mundo	
CMH	Organización	CMH		Coordinación Mundial por la Humanidad
SGL	Organización	SGL		Sociedad de Genetistas por la Libertad
McLean	Piloto de avión	USAF	USA	Piloto del Globemaster III
Charles Lambert	Policía	CMH	Francia	Guardacostas. Ex-miembro del ejército de Aire Francés. Amigo de Bernard López
Marcel Brasillach	Policía	CMH	Francia	Profesor universitario. Ex-policía DGPN

Nombre	*Empleo*	*Organización*	*País*	*Descripción*
Comandante Antoine Guillaumet	Policía	DGPN	Francia	Contraespía. Policía corrupto marcado por Coronel Paul Lafayette
Coronel Paul Lafayette	Policía	DGPN	Francia	En París organiza el secuestro de los jefes de la Oil
Agente Murphy	Policía	Scotland Yard	Inglaterra	
Agente Saboa	Policía	Scotland Yard	Inglaterra	
Ten Hu Jiao	Potentado	Oil	China	Ejecutivo de la Oil
Xiao Zheng	Potentado	Oil	China	Cúpula Directiva
Shin Takahashi	Potentado	Oil	Japón	Cúpula Directiva
Mâjid Amir	Potentado	Oil	Qatar	Cúpula Directiva
Nikolai Novikok	Potentado	Oil	Rusia	Cúpula Directiva



Un grupo de científicos ayudados por espías y militares buscan el modo de impedir que la élite financiera mundial someta a la humanidad a una esclavitud sin precedentes en la historia.

Tras ser perseguidos por la mafia petrolera con la ayuda de varios estados, consiguen establecerse en una base secreta, desde la que llevan a cabo su plan para liberar a la humanidad de los dueños de los oligopolios y así ayudar a que se forje una auténtica democracia.